3 1761 06743976 0

OBRAS DE PIO BAROJA

Vidas sombrías.
Idilios vascos.
El tablado de Arlequín.
Nuevo tablado de Arlequín.
Juventud, egolatría.
Idilios y fantasías.
Las horas solitarias.
Momentum Catastrophicum.
La Caverna del Humorismo.
Divagaciones sobre la Cultura.

LAS TRILOGIAS

TIERRA VASCA

La casa de Aizgorri.
El Mayorazgo de Labraz.
Zalacaín el Aventurero.

LA VIDA FANTÁSTICA

Camino de perfección.
Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox.
Paradox, rey.

LA RAZA

La dama errante..
La ciudad de la niebla.
El árbol de la ciencia.

LA LUCHA POR LA VIDA

La busca.
Mala hierba.
Aurora roja.

EL PASADO

La feria de los discretos.
Los últimos románticos.
Las tragedias grotescas.

LAS CIUDADES

César o nada.
El mundo es ansí.
La sensualidad pervertida.

EL MAR

Las inquietudes de Shanti Andía.

MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCIÓN

El aprendiz de conspirador.
El escuadrón del Brigante.
Los caminos del mundo.
Con la pluma y con el sable.
Los recursos de la astucia.
La ruta del aventurero.
Los contrastes de la vida.
La veleta de Gastizar.
Los caudillos de 1830.
La Isabelina.

LA SENSUALIDAD PERVERTIDA

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT BY
RAFAEL CARO RAGGIO
1920

Establecimiento tipográfico
de Rafael Caro Raggio.

P Í O   B A R O J A

LAS CIUDADES

LA SENSUALIDAD PERVERTIDA

ENSAYOS AMOROSOS DE UN HOMBRE INGENUO EN UNA ÉPOCA DE DECADENCIA

181311
13.6.23.

RAFAEL CARO RAGGIO
EDITOR
MENDIZÁBAL, 34
MADRID

PRÓLOGO

NOTA DEL EDITOR DE 1954

Al publicar una nueva edición de la Sensualidad pervertida, libro de un escritor ignorado y de otra generación, no tenemos el propósito de revelar a un autor ilustre, ni de sacar a la superficie una joya literaria.

Nada menos literario que esta obra. Luis Murguía, indudablemente, no era un literato, ni siquiera un *dilettanti* de la literatura, sino un curioso, un aficionado a la psicología y un crítico de una sociedad vieja, arcaica y rutinaria. Su libro, bastante paradójico, pretende ser un documento y dar una impresión exacta de la sociedad española de a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, sociedad regida todavía por el capitalismo, el militarismo y la teocracia, y que sucumbió por completo en la Revolución de 1948. A nosotros, españoles de la segunda mitad del siglo XX, que vivimos en pleno industrialismo, nos produce una impresión de pasado lejano el ambiente que pinta Murguía. ¡Lástima que el libro no esté bien concluído y que se

halle escrito a la carrera y, a veces, telegráficamente!

Luis Murguía, al contarnos su vida, demostró una vagabundez de pensamiento, casi siempre sin sentido y en algunas pocas ocasiones amena. Se ve que, a pesar de no tener una formación intelectual seria, nuestro autor pretendía crearse una cultura y armonizar sus ideas generales. Se ve también que Murguía no aspiró a escribir un libro artístico, sino que se dejó llevar por el placer melancólico del recuerdo.

De Luis Murguía, hombre, no sabemos mas que lo que él nos cuenta de sí mismo: que fué un curioso de muchas cosas, un sentimental, un cínico y un pequeño buscador de almas.

Comprobar qué grado de verdad hay en lo que dice, es imposible. Su libro termina al llegar él a las proximidades de la vejez. ¿Qué hizo luego nuestro autor? Lo ignoramos.

Por lo mismo que desconocemos en absoluto su final, quisiéramos saber cómo acabó la vida, qué hizo en la vejez este hombre de un espíritu crítico y negativo, melancólico y descontento; pero no hemos llegado a obtener el menor dato acerca de su existencia fuera de su libro.

Así, pues, nos contentaremos con lo que él dice y le dejaremos en el uso de la palabra.

PRIMERA PARTE

LA INFANCIA

I

Mis condiciones de carácter.

El que comience a leer este libro —dice Luis Murguía— y no sea partidario de las divagaciones, debe dejarlo cuanto antes, porque yo soy un divagador empedernido.

Soy un curioso de muchas cosas y necesito ondular y trazar curvas como los ríos.

No tengo nada de parnasiano ni de estilista: soy un psicófilo, y sólo el que sienta la psicofilia, como yo, podrá entretenerse leyendo mis cuartillas. Y basta de advertencia.

El otro día estaba leyendo cómo se forman las agallas en los robles por la picadura de un cínife, y encontraba cierta semejanza entre su génesis y la de algunos de mis sentimientos.

Se lo decía a mi amigo y pariente José María Larrea, y éste me replicó:

—No creo que te considerarás hombre de agallas.

—No, no me considero un tipo templado y valiente, pero sí un tanto mortificado por los cínifes.

—A ti te habrán mortificado como a todo el mundo.

—Es muy posible que no me hayan dado más picaduras que a los otros, pero creo que las he sentido más.

Mi pariente no podía consentir tal superioridad, que yo me asignaba, y trató de demostrarme que si había sufrido picaduras de amor propio y de la sensibilidad, eran las mismas, exactamente las mismas, ni una más ni una menos, que las del resto de los mortales.

¡Qué estúpido sentido igualitario el de la mayoría! Ni siquiera se puede aguantar que alguien haya tenido un tifus extraordinario o una gripe de condiciones extrañas. ¡Qué falta de psicofilia!...

Pensando acerca de esta cuestión, de la formación y del desarrollo del carácter —sigue diciendo Murguía—, y pensando como el hombre desocupado que tiene muchas horas que perder, se me ha ocurrido escribir unas cuantas notas y divagaciones acerca de mi carácter. Supongo que el recordar lo pasado aclarará mi manera de ser, por ahora, para mí mismo obscura en su esencia.

Yo soy un ingenuo, un pequeño buscador de almas, un sentimental, para quien simpatizar con una persona o con una cosa es el hallazgo más agradable que se pueda tener en la vida.

Yo creo tener una sensibilidad más aguzada que el hombre corriente y normal. No sé si la palabra sensibilidad es la más adecuada para mi caso; sensibilidad parece indicar una facultad de impresionarse exclusivamente psíquica;

mi facultad de impresión es tan psíquica como sensorial. No he poseído de chico ni una inteligencia fuerte, ni una voluntad tenaz. En cambio, mi vista ha sido casi perfecta; el oído, bueno, aunque no del punto de vista musical, y el olfato, finísimo. Llegué en cierta época a notar el olor de muchas personas, facultad muy desagradable y antisocial, que suprimí oliendo olores fuertes y fumando.

Yo no me siento un Homo Sapiens, de Linneo, sino un Homo Sensualis, de Epicuro.

Pienso en mí como tipo espiritual, y me figuro que no soy un vertebrado ni un articulado, sino una medusa de cuerpo blando para flotar libremente en la superficie del mar.

En el medio ambiente en que yo me he desarrollado, esta blandura vagabunda y congénita, esta sensibilidad, con su agudeza de los sentidos, no podía tener utilidad y empleo, y se pervirtió y se convirtió, con el tiempo, en una sensiblería, en un sentimentalismo perturbador.

Mi sensibilidad era como un órgano sin revestimiento, sin piel; así, el más pequeño contacto con la aspereza de la vida española me hacía daño.

No he podido dominar el sentimentalismo, y sólo a fuerza de tiempo he llegado no a mitigarlo, sino a insensibilizarme. Mi sentimentalismo durante mucho tiempo fué completamente absurdo y casi siempre ridículo. Me dolían las despedidas, el dejar un hotel vulgar en donde había pasado unas horas perfectamente monótonas; me angustiaba el abandonar un pueblo; parecía que iba dejando trozos de alma por los

sitios por donde pasaba y que sentía un gran dolor por dejarlos allá lejos.

Como mis motivos sentimentales no se convertían casi nunca en actos, me quedaba un remanente de impresión que tenía que rumiar y luego criticar. Así me pasaba a veces largas horas, pensando en una tontería retrospectiva dicha hacía cuatro o cinco años, y me perturbaba y me avergonzaba como una cosa actual.

Después comencé a fingir la insensibilidad, para defenderme de la ridícula efusión experimentada por las cosas y las personas, y poco a poco, de la ficción de parecer insensible, pasé a la realidad de serlo.

—No tiene usted corazón —me han dicho algunas veces.

Generalmente, este reproche me lo han hecho gentes de esas que creen que el sentimiento es la retórica y la palabrería.

¿Cómo y cuándo la sensualidad mía se fué pervirtiendo y convirtiéndose en algo anómalo y puramente cerebral? ¿Cómo y cuándo mi sensiblería y mi sentimentalismo se convirtieron en burla y en tendencia irónica? No lo sé a punto fijo. Hay, sin duda alguna, cierta evolución inconsciente que se realiza de pronto en la obscuridad del cerebro, y se da uno cuenta de ella cuando ya está realizada. Supongo ahora que mi ficción de insensibilidad era un débil comienzo de ella y que después se convirtió en algo más fuerte y habitual.

Dicen que Spallanzani acostumbró a una paloma a comer carne y a un águila a alimentarse de pan.

Yo tengo más de águila vegetariana que de paloma carnicera.

No quiero decir con esto de águila que me crea un gran hombre, ni mucho menos, sino que quizá espontáneamente sea más carnívoro que granívoro, más agresivo que pacífico.

Siempre me han acusado de ser un poco bárbaro. Un amigo, estudiante de arquitectura, con quien solía pasear en el Retiro, me llevó una vez al Museo de Reproducciones, y me mostró una ánfora griega con unos bajorrelieves.

—Mira tu retrato —me dijo, enseñándome un fauno.

Era verdad: se parecía a mí.

—Tú debes ser un fauno por dentro —añadió.

—Sí —le contesté—; soy un fauno reumático, que ha leído un poco a Kant.

II

Luis Murguía y Arellano.

Voy a comenzar mi libro un tanto a la buena de Dios.

Supongo que mi vida debe tener su unidad, y la unidad de mi vida hará la unidad de esta historia. Es posible que a veces marche por la tangente y me entregue en los amorosos brazos de la divagación. En este momento no sé si tengo gran cosa que contar; pero me figuro que sí, que vaciando todo el saco de los recuerdos saldrá algo, aunque probablemente en lo que salga haya mucho de vulgar y de pedestre. ¿Mucho? Con seguridad casi todo.

Es nuestro tiempo tan extraño, que los hombres que quieren ser extraordinarios, los que aspiran a saltar por encima de su sombra, como dice Séneca, resultan ridículos, y los que se contentan con llevar la sombra a su lado, como un escudero fiel, parecen vulgares.

Yo soy de estos últimos; no he hecho nunca nada que valga la pena de ser cantado en prosa ni en verso. Claro que si fuera un artis-

ta, un escritor hábil, elegiría unos episodios, suprimiría otros, inventaría algunos; pero no lo soy, y no pienso escribir mas que mis recuerdos, por un vulgar orden cronológico.

No debo conservar muy íntegros mis recuerdos. El tiempo lo transforma todo: da relieve a un acontecimiento que se tuvo por suceso sin trascendencia en la época en que sucedió y esfuma y borra otros considerados antaño como importantes.

A mis recuerdos de la juventud y de la infancia les iré añadiendo las reflexiones de hoy. Sería más completa una historia autobiográfica si se pudieran añadir a los sucesos de la vida pasada las reflexiones y comentarios hechos entonces; pero esto sería muy difícil y, probablemente, una obra de artificio, y yo no soy hábil para el artificio.

Alguno también pensará que, dando como doy poca importancia a mis recuerdos, no debía haberme tomado el trabajo de escribirlos. El que piense así quizá tenga razón, quizá, no.

Cada cual obtiene de la vida un resultado, cuando lo obtiene, y estas cuartillas son el mío.

. . . .

Varios me han reprochado cierta indiferencia, cierta *morgue* para mis asuntos y para los ajenos, considerando que había en ello alguna afectación. No hay tal cosa. A mí los acontecimientos siempre me han dado la impresión de hechos ocurridos a mi lado, más que dentro de mi espíritu. Sólo al cabo de tiempo se han incorporado a mi conciencia...

Me llamo Luis Murguía y Arellano, y voy acercándome, con un movimiento uniformemente acelerado, como decíamos cuando estudiábamos en Física la caída de los cuerpos con la máquina de Atwood, a los cincuenta años.

Soy un hombre inútil, un hombre sin fundamento, un hombre fracasado, sin proyectos y sin planes. La mayoría de mis amigos y conocidos creen que el fracaso mío es mi falta; yo creo que no, que es la culpa de los demás, culpa de algo en donde yo no he intervenido, o, por lo menos, he intervenido muy poco.

Ha visto uno tanto inútil, tanto imbécil, tanto cínico y egoísta progresar en la vida, que uno se resiste a creer que la inutilidad, la imbecilidad, el cinismo o el egoísmo le hayan impedido a uno hacer su camino. Puede uno asegurar con fuerza que, si uno tiene algo de inútil, de imbécil, de cínico y de egoísta, estas condiciones no son las que le han cerrado a uno el paso y le han impedido avanzar.

Por el contrario, han sido las condiciones buenas las retardatarias: la ingenuidad, la probidad, la buena fe. Es estúpido y cobarde que uno tenga que vivir respetando estrechamente las normas que inventaron los antepasados, que se pudren en los cementerios, y, sin embargo, es así. Rebelarse contra la mentira es peligroso. Hay que respetar lo que no se cree: que un labriego, vestido de negro, porque ha estudiado en un seminario un latín de cocina y le han hecho una calva en la cabeza, es el representante de Dios; que el sonido de una cam-

panilla puede tener relación con la Divinidad, y que es más grata para ésta la cera y el aceite que la margarina y el petróleo, como si el buen Dios tuviera un laboratorio químico arriba, para analizar los humos que le llegan hasta el trono.

Hay que respetar al rico, aunque sea usurero; al aristócrata, aunque sea un cretino; al militar, aunque sea un tonto, y al magistrado, aunque desacierte constantemente. Así nos lo manda el señor cura, que es el representante de Dios en la tierra. La sociedad debe tener una base firme; y que los cimientos suyos se apoyen sobre roca viva, o sobre un montón de fiemo, es igual. Debemos respetar la obra de los antepasados, aunque esta obra sea una mezcla de extravagancia y absurdo.

La verdad es que ellos nos gobiernan desde sus ataúdes, y sus preocupaciones rancias valen más que los juicios exactos de los hombres vivos. ¡Vayan al diablo los antepasados!

. . . .

Soy huérfano desde la infancia. Mi padre era un militar vascongado, de los pocos vascongados que en su tiempo tuvieron el mal gusto de hacerse militares; mi madre era riojana.

La familia, generalmente, ejerce en el niño dos influencias fuertes: una, de protección, de afecto, de cariño; otra, de deformación, de adaptación a ese medio social, creado por los antepasados, formado por ideas falsas y por prejuicios absurdos. La primera influencia yo no la pude experimentar, porque, como he dicho, mis padres murieron cuando yo era niño;

la segunda la padecí mientras viví en casa de una tía mia.

Yo he nacido en Cádiz por casualidad.

La infancia la pasé en varios pueblos. Mi padre, militar por un capricho de su juventud, no tenía ningún amor por la milicia. Era un espíritu turbulento e inquieto. Una de las manifestaciones de su inquietud la constituía el afán de cambiar de pueblos, y en cada pueblo cambiar de casas. Aquella manía se la comunicó a mi madre, y los dos se pasaban la vida proyectando traslados que les desilusionaban en seguida. Por la manía ambulatoria de mis padres, mi infancia fué una serie de viajes por las ciudades españolas y una serie de mudanzas.

De chico, tales mudanzas y traslados me parecían una cosa muy divertida; luego, no sé a punto fijo por qué me han dejado un recuerdo triste.

La ilusión de los proyectos de mis padres se comunicaba a mí, y cuando estábamos en la casa que pensábamos abandonar, entre baúles, bultos, cajas y cuerdas de esparto, soñaba que íbamos en busca de un paraíso admirable, lleno de bellezas, que luego no resultaba mas que una casa como otra cualquiera, en una calle, como otra cualquiera, de un pueblo como otro cualquiera, en el cual, en vez de hablarse el castellano con acento extremeño o navarro, se hablaba andaluz, catalán o gallego.

El momento más agradable de nuestra vida ambulante, el de más esperanza, era cuando se iba a dejar la casa antigua y se pensaba en cómo sería la nueva. El dormir en el suelo, el

saltar sobre los montones de paja de maíz, que se sacaba de los jergones, me daba una impresión de alegría y me inducía a pensar en las delicias del salvajismo.

Los primeros días, cuando llegábamos a un pueblo, íbamos a alguna fonda no muy cara. Mis padres tenían mucha afición al teatro, y a veces me dejaban de noche solo, con lo cual pasaba yo unos miedos terribles. En ocasiones, quedaba encomendado a una criada que, para amenizar mi existencia, me contaba cuentos de ladrones y aparecidos, o de gitanos, con lo que me dejaba asustado para una semana.

El recuerdo del paso por los distintos pueblos por donde fué destinado mi padre se ha quedado en mí muy confuso, y las figuras de un papel de una habitación de Madrid se confunden con un asistente catalán de Lérida, y las garitas de la muralla de Pamplona, con las palmeras de Alicante.

La repetición de casas nuevas, calles nuevas, criadas nuevas, chicos de la vecindad nuevos, se ha confundido en mi memoria, formando una masa de recuerdos borrosa, que lo único claro que tiene para mí es el dar una resonancia triste dentro de mi espíritu.

III

Del colegio al pueblo.

Hacia 1880, mi padre pidió un destino en Filipinas. Al parecer tenía deudas y quería normalizar con mayores ingresos su situación económica precaria. A mí me llevaron a un colegio de Barcelona, de interno. El colegio barcelonés, y me figuro que la mayoría de los colegios españoles no se diferenciarán gran cosa, era bastante desagradable.

Mi madre solía venir todos los domingos a verme, y me hablaba de sus esperanzas con gran ligereza y volubilidad. A veces me abrazaba con lágrimas en los ojos.

—Sácame de aquí —yo le decía llorando—. Yo quiero vivir contigo.

Ella tenía siempre que hacer muchas cosas, y me contestaba diciendo:

—Espera, espera un poco. Ahora he de hacer un viaje y a la vuelta te sacaré.

Fué a hacer un viaje, y del viaje aquel no volvió. Estaba yo consumiéndome de desesperación y de impaciencia, cuando, pasados unos

meses de la marcha de mi madre, se presentó en el colegio, preguntando por mí, un militar de grandes bigotes, tufos y ceño fruncido, el comandante Escobedo, amigo de mi familia. Me dijo que me iba a llevar a casa de mi abuela, y que me preparase para el viaje.

Arreglé mi baúl y esperé a que viniera. Tomamos un coche, fuimos a la estación y entramos en un vagón de primera clase. El comandante Escobedo era un hombre muy empaquetado, seco y de pocas palabras. Vestía de paisano, llevaba una chaqueta entallada, una capa y unos pantalones estrechísimos, con muchas arrugas abajo. Debía ser de aquellos militares clásicos a quienes gustaba que les conocieran su profesión. Tenía unos movimientos duros y violentos. Yo me figuraba que en uno de aquellos movimientos iba a hacer crac y a romperse. Escobedo fumaba como si estuviera tragando una pócima amarga. Como el comandante no parecía amigo de charlar, yo me arrellané en mi asiento y me dediqué a dormir. Al pararse el tren en las estaciones, me despertaba y miraba a mi acompañante, el cual seguía fumando. Escobedo ostentaba una gran cicatriz en la cara y un tic facial. Yo me figuraba que, de pronto, iba a tomar una decisión violenta, como tirarse por la ventanilla o acogotar a algún viajero.

El comandante apenas se dignó cambiar algunas palabras con los que iban en el vagón. Llegamos a Zaragoza, tomamos un ómnibus y fuimos a una fonda muy grande. Escobedo me dijo con su modo lacónico:

—Espera aquí; vendrán a buscarte.

Poco después salió él a la calle, embozado en la capa.

Esperé en un salón de lectura del piso bajo, iluminado por un quinqué de petróleo humeante, y me quedé dormido en un sillón de mimbre.

Cuando me desperté, me encontré delante de un hombre viejo, afeitado, vestido de negro, pelo cano, cara redonda y nariz peluda.

—¿Tú eres Murguía? —me dijo con un tono rudo.

—Sí.

—Bueno, pues anda, que en seguidica tienes que venir conmigo.

—¿Adónde?

—No sé. En la estación donde lleguemos te esperarán.

Tomamos el ómnibus de la fonda y fuimos al tren, en el que entramos en un coche de tercera, ya lleno. El sitio me pareció muy incómodo; había mucha gente y mucho olor a tabaco desagradable; pero, a pesar de esto, me quedé dormido sobre la alforja de un labriego. Recuerdo que tuve una serie de sueños extraños, que tomé a un cura envuelto en una manta por un elefante que venía a saludarme con gran amabilidad, y creí otras veces encontrarme en una cueva.

Cambiamos a la mañana siguiente de tren en Alsasua, y una hora después, mi acompañante, el hombre viejo, me dijo:

—¡Eh, tú, tienes que bajar aquí, despabílate! Vendrán a buscarte. Si te preguntan en qué clase hemos venido, di que en segunda.

—Bueno.

Bajé en la estación, y un mozo dejó mi baúl en el andén. Estaba lloviendo.

El cielo, de un color violáceo, se deshacía en agua; se marchó el tren y quedé yo solo, paseando de un lado a otro, muy acongojado, al ver que no venía nadie que se interesase por mí.

Pregunté a un mozo de la estación si alguien no había preguntado por un chico de mis señas, pero el mozo no me hizo caso. Llevaba sin comer muchas horas y sentía un gran desfallecimiento. Me encontraba sin saber qué hacer, con ganas de llorar, cuando apareció una mujer gorda, sonrosada, con los ojos azules y la nariz larga, y un pañuelo blanco y azul en la cabeza, que me preguntó en mal castellano si me llamaba Murguía, si venía de Barcelona y si iba a casa de mi abuela.

Le contesté que sí y me dijo:

—Bueno, bueno, vamos en seguida a tomar el coche.

—Tengo un baúl —le advertí yo.

—Sí, sí, ya le diré al mozo.

Cruzamos entre la lluvia y entramos en una diligencia grande, amarilla, tirada por tres caballos enormes y fuertes, ya casi enteramente ocupada por campesinos de boina y por mujeres de pañuelo en la cabeza, con sus equipajes respectivos, consistentes en cestas, sacos, tiestos, plantas, etc., etc. La diligencia parecía demostrar la penetrabilidad de los cuerpos, porque todo cabía en ella. Pusieron mi baúl en la imperial, debajo de un hule, se subió el cochero al pescante, y en marcha.

Echaron a andar los caballos. Llovía desesperadamente; por los cristales empañados se veía la masa verde sombría de los montes, y, de tarde en tarde, al entrar en la calle estrecha de un pueblo, se hacía la más completa obscuridad. Entonces, el mozo del coche saltaba del pescante, subía por una escalerilla a la imperial, bajaba bultos, cobraba y volvíamos a echar a andar.

Los viajeros hablaban en vascuence; yo no los entendía; las mujeres y los hombres discutían y se reían a carcajada; los hombres hablaban con sorna y con malicia. La mujer que había venido a buscarme a mí era de las más charlatanas. La miraba y me parecía una cigüeña o una grulla, un pájaro de esos de pico largo y aire perplejo.

Yo no marchaba a gusto; con la debilidad y en las vueltas de la carretera, casi siempre muy rápidas, sentía un principio de mareo. Pasé dos horas así, y, por fin, se detuvo la diligencia delante de una casuca con una taberna. Una viejecita, con un pañuelo negro en la cabeza, armada de un paraguas grande, se acercó a la portezuela del coche.

—Ahí tienes el chico —le dijo la mujer gorda de aire de pájaro, señalándome a mí.

—¿Tengo que bajar aquí? —le pregunté yo.

—Sí.

Salí tropezando con las rodillas de los viajeros y bajé a la carretera.

—Vamos, vamos —me dijo la vieja del paraguas.

—Tengo un baúl.

—Bueno, ya lo bajarán.

Protegido por el paraguas de la vieja, y a su lado, marché unos doscientos pasos por la carretera; abrimos la verja de un jardín y entramos en una casa.

Había llegado al final de mi viaje. Mi abuela y mi tía me preguntaron cómo venía. Yo no tenía fuerzas para contestar.

—Este pobre está muerto de hambre —dijo mi abuela.

Me llevaron a la cocina, me hicieron mudarme de ropa y me dieron de comer. Ya reanimado, les conté mi vida con ingenuidad, y ellas se rieron y me acariciaron.

—Y mi madre, ¿dónde está? —les pregunté yo.

—Pues chico, no sabemos. Nosotras creemos que ha ido a Filipinas a reunirse con tu padre. Ya vendrá.

Me tranquilicé. Yo parecía un gato vagabundo que habia encontrado un rincón caliente al lado del fuego.

IV

La casa de mi abuela.

Mi abuela era una viejecita de cara sonrosada y fresca y de pequeña estatura; tenía los ojos claros, el pelo gris y el aire sonriente. Vestía siempre de negro y solía llevar en la cabeza una toca, en invierno de terciopelo, y en verano de encaje. Tenía el cuerpo ágil y trabajaba mucho en la casa. Por las mañanas, aunque hiciera frío, andaba por la huerta, y por las tardes, en el comedor o al lado del fuego, hacía media o remendaba la ropa. Para esto usaba unos anteojos, compuestos con hilo negro.

Mi abuela vivía con su hija, mi tía Cecilia, hermana de mi padre, solterona, de más de cincuenta años. Mi tía era alta y desgarbada y con la cara larga.

Desde que la vi a mi abuela pensé que la querría.

Le pregunté varias veces por mi madre y me aseguró de nuevo que había ido a Filipinas. Me quedó la sospecha de que no era verdad. Estas sospechas de la infancia no tienen fijeza casi

nunca, van y vienen alternativamente, aparecen y se olvidan con facilidad. La sospecha no se acentuó al ver que me vestían de negro porque mi abuela y mi tía me aseguraron que estaban de luto. Pasado mucho tiempo supe cuándo y cómo me había quedado huérfano.

Por la noche, mi abuela puso para mí una cama pequeña de madera al lado de la suya. Si no, en aquella casa grande y solo en un cuarto, hubiera tenido miedo.

Encajé muy pronto en las costumbres de la familia.

Al principio, el pueblo me pareció muy triste: la obscuridad, la lluvia, el monte, que parecía echarse encima, con el cementerio en su base, me impresionaban melancólicamente; pero al llegar la primavera la impresión de lobreguez se fué perdiendo y me pareció que vivía en un paraíso.

La casa de mi abuela era grande, vieja, por un lado cubierta de hiedras, con el tejado lleno de pedruscos y de hierbajos. Tenía un jardín enverjado, con cuatro cipreses y cuatro hortensias muy altas hacia la carretera. Por encima de la verja caían unos rosales silvestres con flores pequeñas. En la parte de atrás tenía una galería de cristales, desde la que se divisaba un monte alto, el río y el puente. Por este puente pasaban las mujeres, con las herradas en la cabeza, por agua.

Por dentro la casa era cómoda y espaciosa. Los cuartos tenían papeles de gusto isabelino con figuras. La luz verde, reflejada en los montes, penetraba en las habitaciones y sonreía en

los muebles antiguos y lustrosos. Mi abuela, mi tía y la criada vieja que me había recibido al llegar, la Joshepa, se desvivían cuidando la casa. Por la mañana, las tres enceraban y frotaban los suelos, de castaño negruzco, y los tenían relucientes; todo estaba allí limpio y arreglado, todo muy brillante, desde los cristales hasta los cacharros de cobre de la cocina. En la primavera las lilas entraban por los balcones, y las plantas trepadoras, clemátides y madreselvas, sonreían con sus flores en las paredes viejas y negruzcas.

La huerta era de las mejores del pueblo; mi tía Cecilia, gran hortelana, la cuidaba, y en los rincones tenía flores de todas clases, algunas raras, hasta el punto que, el verano, los bañistas de Urbero pedían permiso para entrar en el jardín a verlas. Con la inconsciencia de la infancia pronto fuí abandonando recuerdos y preocupaciones, y comencé a vivir en el presente y a olvidar todo lo pasado. Le acompañaba a mi abuela a coger habas y guisantes, iba al gallinero con ella a dar de comer a los pollos, pescaba en el río y recorría los alrededores.

Mi tía Cecilia me enseñó el solfeo y comencé a teclear en un piano viejo que tenía en la sala.

. . . .

Arnazabal era un pueblo chiquito, con una plaza y cuatro o cinco calles estrechas, rodeadas por una antigua muralla, rota en varios sitios, aprovechada en otros como tapia y con dos o tres puertas antiguas. La plaza y sus alrededores, lo más viejo del pueblo, presentaba un color negro verdoso producido por el soplo

constante del viento del mar, encajonado en el barranco del río. Algunas casas, desbordando el pueblo, se habían ido construyendo en la carretera; entre ellas, la de mi abuela. A un kilómetro de distancia del pueblo se hallaba el establecimiento de baños de Urbero, en un sitio obscuro y triste, cercado de árboles y próximo al río.

Al comienzo de la primavera, mi tía Cecilia y mi abuela decidieron hablar a un antiguo maestro retirado, por si quería darme lecciones. El maestro aceptó y yo empecé a ir a su casa.

Don Fernando Echezarreta era un hombre alto, huesudo, muy serio, afeitado, con una cara larga y triste; andaba siempre envuelto en un gabán, y llevaba una gorra negra con dos cintas que le caían por detrás, una gorra de estilo escocés, quizá usada hacía años. Don Fernando había casado su hija Dolores con un rico hacendado del pueblo.

Don Pernando, como le llamaban los vecinos, se pasaba la vida en el mirador de su casa leyendo. El invierno, por encima del gabán se ponía una capa.

Don Fernando era buena persona: me acogió a mí con gravedad, pero con benevolencia; me hizo unas cuantas preguntas para saber en qué estado se encontraban mis estudios, y me metió de rondón en las traducciones de Cornelio Nepote. Más tarde, al mismo tiempo que el latín, comenzamos la retórica y la geografía. Don Fernando quiso darme explicaciones astronómicas y matemáticas, que yo trataba de comprender.

Don Fernando era pomposo y pedagógico; corregía todos mis solecismos y faltas de pronunciación, le gustaban los párrafos de latín ciceroniano, las frases lapidarias, el estilo en prosa de Solís y los versos de la *Araucana.* Había que ver con qué énfasis recitaba aquello de

> No las damas, amor; no gentileza
> de caballeros canto enamorados.

Yo notaba vagamente que estas cosas no me entusiasmaban, pero suponía que quizá cuando fuera viejo me gustarían.

El tiempo que me dejaba don Fernando andaba con los chicos de mi edad del pueblo, hacíamos excursiones, subíamos a los montes, pescábamos en el río y nos pegábamos de vez en cuando.

V

Tipos de Arnazabal.

Había tipos curiosos en Arnazabal bastante locos y algunos otros de esos personajes descentrados, muy frecuentes en el país vasco.

Uno de los que más nos intrigaba era un viejo harapiento y raro. Este hombre se pintaba el pelo y la barba, y tenía fama de rico y de brujo. Hablaba de una manera muy suave y un tanto repulsiva; le llamábamos *Don Permín*. La principal brujería de *Don Permín* era ser naturista y partidario del sistema Kneipp; así se le veía dando paseos, descalzo, por algún prado húmedo, o saltando en la carretera y atacando con el palo, o haciendo molinetes frente a un personaje imaginario. A veces se le veía en el balcón corrido de su casa, completamente desnudo y dando saltos. Los chicos le gritábamos, y él solía amenazarnos con el palo. Mucho tiempo después me dijeron que el viejo éste había sido un sátiro, cosa que no me chocó.

Otro tipo muy curioso era el padre de un amigo mío, Gastaminza, el carpintero, apodado

Chorroch (afilado). Chorroch se distinguía, más que por lo afilado, por lo terco y por las ideas arbitrarias que tenía sobre todo.

Durante mucho tiempo, el arte de la carpintería de Chorroch se caracterizó por la solidez, por el peso específico. Que no le hablasen a él de cosas ligeras; todo lo que salía de sus manos era tosco y sólido: le encargaban una palomilla para un candelero u otra cosa ligera, y la hacía como para sostener encima una tonelada de peso.

Chorroch no empleaba casi nunca el metro.

—Esto lo quiere usted así, ¿verdad? —decía, separando las manos y marcando en el aire una medida, como si tuviera la seguridad de recordar exactamente la distancia señalada por él en el vacío.

Chorroch era hombre de decisiones rápidas. Una vez le mandaron colocar una magnífica lámpara en el palacio. Había en el pueblo una casa aristocrática con una capilla particular en la iglesia. En aquella casa vivían dos solteronas muy finas, con aire de gato, y un señor viejo, tío de ellas, don Ramón, que se dedicaba a la historia natural. Este señor era conocido en el pueblo por *Don Dramón.*

—Con cuidado, Chorroch —le dijo la dueña de la casa, una de las solteronas, al carpintero con su voz suave—; por favor, *gashúa*, póngala usted bien. Esta lámpara vale mucho.

—Sí, sí; ya la pondré fuerte; no tenga usted cuidado— contestó Chorroch con su aire rudo y malhumorado.

Chorroch se subió a la escalera y metió un

gancho en el techo de la sala, con una espiga larga de un dedo de gorda.

—No se caerá, no —dijo, y para demostrarlo se colgó de la anilla. Hubiera sostenido a un gigante.

Se colocó la lámpara, y muy bien; pero en esto vino la criada a decir que el tornillo puesto por Chorroch había atravesado el suelo, y que salía en medio del comedor, hasta el extremo que *Don Dramón*, el tío de las solteronas, había tropezado y estado a punto de caerse.

—¡Caerse! —exclamó Chorroch con desdén—. Bueno, ahora lo arreglaré yo en seguida —y subió las escaleras detrás de la criada, entró en el comedor y se arrodilló en el suelo delante de la espiga saliente. No dió mas que tres golpes con el martillo... uno... dos... tres... y se oyó un estrépito en el piso de abajo terrible. La lámpara se había caído sobre una serie de cacharros puestos en un velador, y a la aristocrática solterona de la casa le había dado un síncope.

Las burlas de los amigos sobre sus muebles pesados y sus tornillos gruesos hirieron en lo vivo a Chorroch, que de repente abandonó sus teorías y su amor por lo fuerte y pasó a defender lo débil. Desde entonces, para Chorroch todo era suficiente.

—Pero esto no está bastante fuerte —se le decía.

—¡Bah!, no tenga usted cuidado —contestaba él—. Si usted resistiera tanto como esto, no estaría usted mal.

Una vez, en la fonda próxima al balneario

comenzaron a hacer una galería en el segundo piso. Chorroch, conforme a su segunda manera, lo hizo todo muy fino, como si fuera a construír una jaula de pájaros.

El amo de la fonda, que vivía fuera del pueblo, al ver la obra de Chorroch le dijo que no, que aquello no estaba bien.

—¿Esto? ¿Que no está bien? ¿Que no está fuerte? Sí, sí, bien fuerte está—; y para demostrarlo Chorroch comenzó primero a dar puñetazos en el barandado del mirador, y no contento con esto, dió una patada tan terrible, que rompió unos listones y se cayó a la huerta, donde le recogieron con una fractura del fémur.

El primer oficial de Chorroch, y socio suyo, era también buen tipo, Joshé Martín, un hombre con una gran nariz, apodado *Shudur* (*Naricitas*).

Joshé Martín era conciso y rápido. De él se contaba, como un rasgo de humor, este diálogo que tuvo con un individuo a quien llamaban por mote Malhombre, mote que, al parecer, le disgustaba.

Se encontraron en la taberna, y Malhombre dijo:

—¡Hola, Shudur!.

—¡Hola, Malhombre!

—Yo no me llamo Malhombre —replicó el aludido.

—Tampoco yo me llamo Shudur.

Joshé Martín, alias Shudur, era un espíritu fuerte, al que no le asustaban ni brujas, ni almas en pena, ni cementerios, ni nada.

Al construír un ataúd, Shudur era el encar-

gado de esta faena; siempre se metía dentro para ver si era cómodo, era su frase; cosa que nos causaba gran asombro a los chicos. Cuando se trasladó el cementerio, Joshé Martín llevó los huesos de aquí para allá y debió hacer un estropicio tremendo.

Shudur no era un hombre respetuoso. Un día hablaban de caracoles y Joshé Martín dijo:

—Los mejores caracoles que *hay* comido yo, los *hay* cogido de la tumba del difunto párroco. Nunca los *hay* visto más gordos.

Joshé Martín hablaba a su modo, con unas leyes gramaticales suyas. Cuando entraba en la taberna y saludaba a uno, le decía: «¿Hola, qué tal?»; pero, en cambio, si había varios, decía: «¿Hola, qué tales?» Cada cual tiene su lógica, y Joshé Martín, la suya.

Shudur estaba viejo y arrugado. El decía que era de trabajar.

—Mala vida *hay* llevado yo —decía con un gesto de disgusto—. Demasiado trabajar y así.

La opinión popular suponía que no era el *demasiado trabajar y así* el que le había envejecido, sino las terribles borracheras que pescaba, a veces casi diariamente.

Los curas del pueblo eran curiosos; el vicario no pensaba mas que en comer. La merlucita, el bacalao a la vizcaína, los despojos de cerdo, las angulas, éstos constituían sus más caros ideales.

De los dos coadjutores, el uno, don Pedro, jugaba a la pelota y cazaba con un bastón-escopeta; el otro, don Ignacio, cantaba y jugaba al tresillo.

Este era muy entremetido. Había en el pueblo un señor liberal que tenía una casa grande. Era uno de los pocos que seguían la tradición de los enciclopedistas guipuzcoanos. Este señor tuvo que arreglar el tejado de su casa, y en una guardilla se le ocurrió poner una veleta. Como hombre caprichoso, mandó al herrero que le hiciera una veleta adornada con un león rampante en un extremo y una flecha con un corazón atravesado en la punta en el otro. Don Ignacio, el coadjutor, que era el dueño de la herrería, cuando se enteró del proyecto del señor liberal, fué a decirle al herrero que si hacía aquella veleta le despacharía de casa. Según el duro caletre de don Ignacio, el león y el corazón en la veleta constituían un símbolo antirreligioso evidente.

Otro tipo curioso era Tipitho, el confitero del pueblo. Tipitho era gordo y liberal y había sido alcalde y juez. Como alcalde, había tenido rasgos de audacia. Un día que el vicario, después de la misa mayor, predicaba contra la inmoralidad de las costumbres del pueblo y decía que las tabernas se cerraban demasiado tarde, Tipitho, desde el asiento del coro, le dijo con voz tonante:

—Señor vicario, eso no es cuestión de usted. Eso, yo, yo soy el que debe resolver.

El escándalo fué tremendo.

Como juez, Tipitho se manifestó enemigo declarado del papel de oficio.

Una vez, la sacristana le llamó porque había entrado un hombre en la cuadra de su casa. Tipitho fué con la sacristana a la cuadra.

—¿Qué hace ese hombre? —preguntó.

—Parece que está durmiendo.

—Sí, duerme; dejadlo, estará cansado.

Y el juez se marchó.

Cuando le mandaban alguna denuncia, llamaba al denunciador y le decía:

—Ya te puedes llevar este papel, porque si no yo lo rompo ahora mismo.

Tipitho era partidario de la justicia patriarcal y rápida.

Otros tipos curiosos había en el pequeño microcosmos de Arnazabal, aunque casi todos podían entrar en el grupo de los grandes comedores o de los grandes bebedores: sólo con las aventuras estomacales del barbero se podía formar un tomo.

Este hombre tenía tal entusiasmo por la comida, que una vez que padeció un cólico por atracarse decía al arrojar: «No siento los dolores que tengo, sino el desperdiciar esto».

VI

La línea de la vida.

Una de las cosas que me sorprende cuando pienso en mi destino, es el aire de fatalismo que tiene. Todas las circunstancias de mi vida han tendido a hacerme un hombre aislado, disgregado, separado del rebaño. Mis intentos de llegar a ser un hombre de familia, un hombre de subordinación, me han salido mal. Alguien me podría decir que no puse en ello mucha energía; ciertamente, pero esto de no desear con fuerza, también es destino.

La casualidad ha querido hacer de mí un desarraigado, un *dilettanti,* un libertino del espíritu, un fruto podrido del árbol de la vida; todas mis tentativas para adquirir una posición, por el trabajo o por el esfuerzo, han fracasado, y, al último, la fortuna, la pequeña fortuna necesaria para un pasar modesto, me ha venido casualmente y por un rasgo de audacia.

Así como hay muchas vidas que parecen teoremas, para demostrar la fecundidad del esfuerzo; en grande, la de Stephenson o la de

Fulton, la de Pasteur o la de Edisson, hay otras que, por el contrario, son como escolios que señalan la inutilidad del esfuerzo; quizá señalen la inutilidad del pequeño esfuerzo.

A los dos años de vivir en Arnazabal, me escribió mi padre una carta, y poco después tuve la noticia de que estaba enfermo con fiebres en Mindanao y que, trasladado a Filipinas, había muerto en el hospital militar de Manila.

Yo no recordaba apenas a mi padre, y no pude sentir, al saber su muerte, un gran dolor.

El segundo verano que estuve en Arnazabal, mi abuela me dijo que fuera a pasar unos días a casa de un tío mío, hermano de mi padre, empleado en Irún.

Fuí a Irún y conocí a mi tío Luis y a su familia.

Volví a casa para las fiestas del pueblo, y, poco tiempo después, se recibió una carta que dió mucho que pensar a mi abuela y a mi tía Cecilia. La carta se refería a mí, y era de una hermana de mi madre. Esta señora le decía a mi abuela que, si querían, podían enviarme a mí a su casa a estudiar el grado de bachiller.

Mi tía doña Luisa vivía con su marido el invierno en Villazar, donde había Instituto, y el verano en un pueblo de la Rioja, llamado la Mota del Ebro.

—Ya sabes —me dijo mi abuela—. Vas a ir a Villazar, a casa de tu tía.

Al indicarme esto me entró una congoja y un pánico que no se me quitaron en mucho tiempo. Llegado fin de septiembre, mi abuela y mi

tía me hicieron el equipaje. Sentía una gran pena al tener que abandonar Arnazabal.

Mi tía y mi abuela me dijeron que debía despedirme de don Fernando y del vicario.

Recuerdo aquel día de marcha como si fuera ayer.

Era un día de otoño que se me quedó grabado en el alma. Estaba lloviznando; los árboles comenzaban a desprenderse de sus hojas amarillas; la carretera, húmeda, brillaba como si fuera de plata, y de las chimeneas del pueblo salía el humo en hebras azuladas. En los balcones de madera, cubiertos por el enramado y el follaje de las parras, comenzaban a brillar las luces.

Al volver a casa, al anochecer, contemplé el pueblo con las lágrimas en los ojos, como si quisiera apoderarme para siempre de él. Miré la iglesia, los montes, el cementerio, el puente, por donde pasaban las mujeres con sus herradas, todo envuelto en la niebla vaga del anochecer, y sentí una gran congoja.

VII

Una ojeada a la familia.

No sé de dónde me ha venido a mí la indecisión y el sentimentalismo que me caracterizan; supongo que son una descomposición del fondo de sensualidad de mis instintos. En mi familia no sé que haya habido gente muy vacilante, ni muy sensible. Por los datos que tengo, más bien han sido tipos de cierta audacia emprendedora. Respecto a la familia paterna, no poseo muchos informes. Mi abuela era muy cabal y muy inteligente; entre los Murguías, parece que un tío mío, organista, fué un pobre hombre con arrebatos místicos, maniático y lleno de extravagancias, y que una señorita Murguía, impulsada por unos amores desgraciados, se metió monja y se dedicó en el convento a escribir versos lacrimosos y recetas de cocina.

Respecto a los Arellanos, ha sido gente dura

y equilibrada, y únicamente me ha parecido sorprender en ellos una tendencia marcada al erotismo. Un tío segundo mío, primo de mi madre, era en Villazar, a los sesenta años, un perseguidor de criadas, y una hija suya se volvió loca y parece que le dió la erotomía.

SEGUNDA PARTE

DE ESTUDIANTE

I

Villazar.

Cuando tomé la diligencia en Arnazabal llevaba el corazón en un puño. Tuve que esperar el tren, transbordar dos veces, y entré en Villazar, donde me esperaba un hombre negro, muy afeitado, con la barba azul y con cierto aire de cura.

—¡Bueno, tú, vamos, trae el baulico! —me dijo con rudeza, y puso mi baúl en un carrito y echamos a andar en dirección del pueblo.

Mi tía Luisa vivía en un caserón grande de una calle solitaria, polvorienta y triste, de casas con los bajos llenos de tenduchos dedicados al comercio de granos.

La casa de mi tía era espaciosa, con habitaciones un poco irregulares y con escaleras para pasar de una a otra.

Por la parte de atrás tenía un patio ancho, en el cual había siempre tres o cuatro carros para transportar el trigo que traían de los pueblos a un granero de la planta baja.

Cuando entré en casa y pasé al gabinete de

mi tía Luisa, me la encontré en la más extraña ocupación que uno podía imaginarse. Estaba limpiando huesos de persona. Por entonces mi tía Luisa había mandado trasladar los restos de unos Arellanos enterrados en la iglesia de un pueblo a su panteón de la Mota del Ebro. Mi tía había conseguido que le entregaran los huesos de sus antepasados, y todas las mañanas, como quien hace gimnasia o da brillo al calzado, sacaba unas cuantas tibias, cúbitos o radios, y los frotaba con un cepillo y con un trapo, hasta que los dejaba relucientes dentro de un baúl.

Mi tía Luisa debía creer que unos huesos ilustres como los de los Arellanos debían estar limpios y pulcros.

Mi tía Luisa me acogió con sequedad, mirándome con sus lentes, mientras tenía un omoplato de algún Arellano ilustre en la mano, y me echó un sermón bastante agrio, en el que barajó la impiedad, la falta de respeto y otras mil y una máculas de la sociedad moderna. Había que tener religión, ser respetuoso con los mayores, humilde, bien hablado, obediente y una porción de cosas más.

Mi tía era una señora gorda y pálida que tenía en la cara esa audacia peculiar de las chatas gordas, y sobre todo de las chatas gordas que usan lentes. Hablaba con un retintín de autoridad como si llevara al lado el corneta de órdenes. Cuando se calaba los lentes parecía más autoritaria.

Después de predicar su sermón llamó a la criada, para que me llevara al cuarto. Me ins-

talaron en una alcoba pequeña, que daba al patio, me lavé y me arreglé y estuve sentado sobre mi baúl, pensando en las recomendaciones de mi tía. En esto oí una voz en el patio, y abrí la ventana. Un arriero pequeño, rojo, cantaba con un timbre muy agudo:

> Si quieres que te la hinque,
> carita de cielo...

¡Buena enseñanza para seguir los consejos de mi tía! Ésta me llamó poco después y me hizo una porción de preguntas, que no sé cómo contesté. Mi tía me fascinaba, me dejaba sobrecogido y paralizado; tenía sobre mí esa acción legendaria de la serpiente sobre el pajarillo.

Mi tía se creía la sabiduría personificada, y suponía, no sé por qué motivo, que el mundo entero debía ocuparse exclusivamente de ella; pensaba que era el ornamento del pueblo y de la región.

A la hora de cenar se presentó mi tío Javier, el marido de mi tía, cantando una canción de *La Diva*, entonces en boga:

> Amigo soy de Rafael,
> amigo soy de Baltasar...

Me miró con cierta extrañeza, como si un chico fuera una de las cosas más raras que se pudieran encontrar en la vida.

Mi tío Javier, a pesar de un amago de hemiplejia, que le había dejado la boca torcida y una pierna que le renqueaba, era hombre ale-

gre, cantaba, silbaba y comía como un tiburón.

Me quedé asombrado de ver lo que tragaba.

Unos días después de llegar a Villazar ingresé yo en el Instituto, y al mismo tiempo en un colegio, en donde estuve un curso.

La vida en casa de mis tíos fué para mí al principio bastante desagradable: de ser el niño mimado de la familia, como en casa de mi abuela, pasé a ser el último mono: me daban de comer el último; el vino, el final de la botella, y me escatimaban el postre.

Yo creo que mi tía tenía un fondo de crueldad, de eso que los médicos llaman sadismo. Le gustaba decir a la gente lo que más le podía molestar. Hacía llorar a las criadas. A su marido le daba una de puntadas que a otro le hubieran hecho sangre, pero que él oía como quien oye llover. Respecto a mí, al cabo de algún tiempo de conocerme, no sé si me odiaba o me despreciaba: tenía un sentimiento mixto por mí de simpatía y de desdén.

Para los inferiores era severa; todo lo que hacían mal las criadas lo ponía en evidencia; el garbanzo duro, o la sopa quemada, o el rincón sin barrer, tomaban proporciones de acontecimiento que se voceaba y se ponía en la picota casera.

A mi tía le gustaba la pompa; llevaba trajes antiguos muy ricos y muchas alhajas en los dedos. Pretendía ser el árbitro de Villazar. Esta madama Petronio lo sabía todo de antemano. Tenía el derecho incuestionable de dirigir inconveniencias a los demás; pero si alguien se

atrevía a decirle algo molesto ponía el grito en el cielo.

Mi tío Javier, a pesar de su boca torcida y de su pierna que renqueaba, andaba detrás de todas las muchachas del pueblo, y, según supe después, le habían dado algunas encerronas. Mi tío, con algunos amigos de su cuerda, viejos eróticos con el cerebro irritado o con la próstata hipertrofiada, perseguían a las muchachas.

Mi tía Luisa tenía muchas relaciones en Villazar. Los Arellanos eran archiilustres. Según ella, procedían de los reyes de Navarra; pero tantas familias he visto que proceden de los reyes de Navarra que el mérito de una familia debe ser ya no proceder de ellos.

II

Aprendizaje de barbarie.

Los chicos de Arnazabal, aunque bastante bárbaros, no tenían comparación con los de Villazar.

Estos eran de lo más brutos que puede imaginarse.

Constantemente estaban pegándose y, sobre todo, pensando barbaridades y crueldades. Al entrar en el colegio a mí me pusieron en la alternativa de pegar o ser pegado, y pegué todo lo que pude. Yo creo que no soy naturalmente brutal, pero tuve que serlo, porque, entre los chicos de Villazar, el que no amenazaba y se pegaba estaba fastidiado para siempre. Me hincharon las narices muchas veces, pero me resistí firme y di con todas mis fuerzas y llegué a hacerme temer. El que se entregaba estaba perdido. En aquella pequeña lucha por el prestigio había que ser bruto, jactancioso, sin compasión ni piedad. A un condiscípulo que se achicó cayeron sobre él los demás y le amargaron la vida. Como estaba asustado, a la

salida le esperaba una criada para acompañarle. Esto no le salvó; los demás le hacían barbaridades, le pisaban el sombrero, le orinaban en la capa, le colgaban papeles con insultos en la espalda.

Aquello era como un gallinero. El fuerte, el grande, el audaz, vencía. Yo creo que nunca me puse con los fuertes contra los débiles. Tenía odio a los grandes que se manifestaban déspotas y bárbaros. Uno de ellos solía darme puñetazos en la espalda, que me dejaban sin aliento. Por consejo de un amigo, para defenderme de él hice una especie de cinturón hueco, como un tubo, relleno de arena, y al primer intento de pegarme le di al grande con aquello y le hice un verdugón en la cara.

Los chicos de Villazar teníamos una mentalidad de pirata; todo lo que fuera cortesía o suavidad se nos antojaba humillante. Andar con sombrero era una vergüenza: había que ir con boina; el marchar de paseo, en fila, con un traje nuevo, nos parecía una cosa indigna. No teníamos ninguna confianza con el profesor, y mentíamos siempre que nos preguntaba algo. A mí me preguntaron si había hecho la primera comunión, y dije que sí para evitar el examen de doctrina. A la segunda vez ya me comulgué sin confesarme.

Cuando alguno se consideraba ofendido contra los profesores del colegio, cogía los tinteros de cristal de la clase y los rompía en los bancos de la plaza. Al cabo de algún tiempo los tuvieron que poner sujetos y de plomo.

En el segundo curso yo dejé el colegio y fuí

solo al Instituto, lo que entre los chicos era el colmo de la emancipación. Así tenía uno más tiempo para vagabundear. Solíamos hacer mil barbaridades; luchábamos a pedradas con los estudiantes de cura; a veces, también con los soldados.

Muchos chicos llevaban navaja, y hubieran empleado armas de fuego, de tenerlas.

Sentíamos una gran curiosidad y un gran amor por las armas. A cada paso íbamos a un baluarte de la muralla y nos sentábamos sobre los grandes cañones de cobre y mirábamos los viejos morteros de plaza, con asas, que parecían pucheros, y los montones de bombas, en forma de pirámide, medio envueltos en la hierba.

Nos quedaba a los chicos un gran entusiasmo por las maniobras y las historias de la guerra. En cambio, sentíamos un profundo desprecio por todo lo que fuera cultura. Entre nosotros, hacer una pregunta a un profesor era la más indigna de las pelotillas. Considerábamos al profesor como nuestro enemigo natural, y creíamos que todo lo que se hiciera contra él estaba bien hecho.

Durante algún tiempo fuí curtiéndome con esta vida; me parecía la brutalidad y la agresividad de mis camaradas un rasgo común a la especie humana; luego, el ir saliendo de Villazar para veranear en Arnazabal, la vida con mi tía y mi abuela aplacaron mi violencia y mi brutalidad.

III

Militares, clérigos y paisanos.

El panorama espiritual de Villazar y su fauna eran interesantes. El cleromilitarismo preponderaba como en casi todas las ciudades españolas. Villazar estaba cleromilitarizado en todos sus miembros, y la cleromilitarina le envenenaba.

En los pueblos de guarnición, como Villazar, los militares son los amos. Tienen unos supuestos tácticos, unas líneas de defensa que a ellos les parecen muy serias y a los demás un poco absurdas.

El Ministerio de la Guerra es intransigente en estas cuestiones. El construír una mala barraca en la zona polémica se le figura un atentado a la seguridad del país. Los gobernadores de la plaza son tan intransigentes como el Ministerio. Parece que suele haber algo de interés no completamente patriótico en ello, pues la zona polémica suele servir a algunos gobernadores de la plaza para sacar una buena ren-

ta de los pastos de los glacis y de los fosos. Villazar estaba lleno de soldados.

Los oficiales se las echaban de tenorios; consideraban a las mujeres como dentro del ramo de guerra, y producían la admiración de las señoritas del pueblo, que creían que casarse con uno de ellos e ir a vivir a un tercer piso en una capital de provincia, y obligar al pobre asistente a hacer de niñera, era el más bello sueño de la vida.

Los ingleses dicen cuando van a un espectáculo y hay militares: Esto no es distinguido; hay soldados.

A mí también me ha dado siempre el militar la impresión de una cosa poco distinguida; los que he conocido han sido todos gente petulante que hablaban de rancho y de cuadra y leían el escalafón y alguna novela pornográfica.

En Villazar, los curas y los militares tenían una absoluta preponderancia. Yo sentía más antipatía por los militares que por los curas. Los militares de Villazar era gente orgullosa y petulante. Se creían los dueños de la ciudad; para ellos debía serlo todo, y oficiales, sargentos y soldados inundaban el pueblo con su presencia. Ciertamente se explica que el militar victorioso de Austerlitz, de Jena o de Sedán sea petulante; pero que gallee al volver de probar el rancho o de enseñar a los quintos a andar al paso, es un poco ridículo.

Es curioso también que estos militares que se consideran defensores de la sociedad tengan una insolidaridad social tan completa. En

una capital de provincia, un militar me explicaba las cooperativas que habían fundado ellos, lo que les permitía prescindir del tendero, del boticario, del médico, del zapatero, etc. Yo le decía:

—Me parece muy bien; pero si le permiten al militar que prescinda del médico, del boticario y del tendero, que le dejen también al médico, al boticario y al tendero que prescindan del militar. Así como el militar tiene su médico, su boticario y su tendero particulares, el boticario, el médico y el tendero deben tener derecho a escoger su militar especial.

Esta insolidaridad social del ejército llega hasta lo más alto. Es el caso del antiguo rey de los Papanatas.

Al rey de los Papanatas se le estropeó la nariz, y fué en busca de un médico extranjero. La Papanatería le podía dar los millones que necesitaba su rey para vivir, pero no le podía dar un médico que le tratara la nariz. El hombre desconfiaba de los médicos papanatas, y decían los médicos papanatas, con razón:

—Si él tiene derecho a prescindir de nosotros porque no nos cree hábiles para tratarle su nariz, que nos dejen a nosotros, si creemos que este rey no es un Carlomagno, escoger otro rey para nuestro uso particular.

Dejando esta cuestión en la esfera de las divagaciones, seguiremos adelante.

Por más que uno sea un tanto antimilitarista, no puede uno negar que el ejército, en general, es sin disputa decorativo y que sirve para amenizar la vida de las niñeras y de los

chicos de las capitales de provincia. Nosotros, en Villazar, solíamos ir con frecuencia a ver las maniobras de los soldados en las explanadas de las afueras, los ataques a la bayoneta, las marchas y cambios de frente y otras cosas probablemente inútiles para la guerra moderna, pero muy pintorescas y divertidas. Cuando había maniobras de un regimiento, veíamos a un coronel encorsetado gritando muy rojo, a los oficialitos, mirando con una mirada terrible, y a los cabos, con unas banderitas en el fusil. Muchos chicos conocían los toques de corneta y nos decían de antemano la maniobra que se iba a hacer.

Los capitanes con grado de comandante, ex sargentos de la guerra de Africa, vestidos de paisano, presenciaban estas maniobras, y las discutían como si fueran lo más trascendental de nuestro universo.

. . . .

Los curas tenían también gran influencia e intervenían en todos los actos de la vida de Villazar, pero, a pesar de que parecía que el pueblo les seguía ciegamente, no había tal cosa. Lo que ocurría es que los paisanos villazarenses sentían en el fondo como curas. Es lo que nos pasa a la mayoría de los españoles.

En Villazar, el clero tenía una fuerza oficial, pero no íntima, en las conciencias.

El obispo era un señor avaro, según se decía, dedicado a reunir dinero y a vender todas las riquezas arqueológicas de la provincia, en connivencia con un anticuario. El tiempo que le

dejaban sus quehaceres de obispo y sus rapiñas de chamarilero lo dedicaba a jugar al tresillo.

Después, cuando he vuelto a Villazar y vivido en otros pueblos del Norte de España, he comprobado que entre nosotros el sentimiento religioso está casi perdido, sobre todo en los hombres. Nos queda, naturalmente, el dogmatismo cerril, la intolerancia, todas las características de la mentalidad cura. Para mí, la razón de esta pérdida de sentido religioso en los hombres es una razón sexual.

El cura católico es muy hombre, muy macho; es el producto de una religión como la judía, en donde la mujer no es mas que una tentación, un vaso de impurezas y de la idea romana de la autoridad. El cura domina a las mujeres por su carácter masculino; pero a los hombres, no. Los hombres ven en el cura algo como un rival.

A los hombres el cura los podrá avasallar, los ha avasallado muchas veces, pero no les puede seducir; para esto sería indispensable que tuviera un carácter femenino que no tiene. De aquí procede, creo yo, el éxito mundano de los jesuítas.

Los jesuítas han visto claramente que el tipo del cura español, fuerte, brusco, intolerante, aunque tenga virtudes, no puede apoderarse del sentimiento religioso del hombre. Ellos, comprendiendo esto, han dado la nota femenina y sensual, como contraste a la nota bronca, dogmática de los curas.

En Villazar, la mentalidad cura se respiraba

por todas partes: en las casas, en las calles, en las iglesias, en los teatros, en los salones y en las tabernas...

Aunque con influencia en el pueblo, pero con mucha menos que los curas y militares, había algunos señores graves y severos del elemento civil.

Se podían contar entonces en la ciudad siete u ocho personas de importancia que salían a pasear con su sombrero de copa por la plaza; y un profesor del Instituto, viejo y con aire de momia, no se contentaba con esto, sino que aparecía por los arcos de sombrero de copa y frac. ¡Había que verle a este señor en las procesiones llevando un farol! Era la evocación de toda la vieja España.

Como en clase nos hablaba con entusiasmo de Felipe II, a mí me parecía, a veces, que debía haber jugado al tute con el gran rey en alguna sacristía del Escorial.

III

Conocimientos y amistades.

A medida que pasaba el tiempo, me fuí acostumbrando a la casa de doña Luisa Arellano; por otra parte, cada día transcurrido me acercaba al final del curso y al momento de volver a Arnazabal.

No llegué a tener el menor afecto por mi tía, ni tampoco la menor confianza. Mi tía hablaba mal de mis padres, tanto de su hermana como de su cuñado, a quienes consideraba culpables de muchas faltas; yo creo que les acusaba hasta de haberse muerto. Según ella, los dos habían sido personas sin energía, que creían que en el mundo no hay más misión que arrullarse como las tórtolas y andar de pueblo en pueblo.

Después sospeché que mi tía sentía celos retrospectivos de su hermana, porque ésta tuvo, desde los diez y seis años, amores con mi padre, y, en cambio, a ella la arreglaron una boda de conveniencia con un hombre que no la quería.

Mi tía Luisa hacía una pequeña vida de so-

ciedad; tenía muchas amistades, aunque ninguna íntima.

Sus amistades se podían dividir en dos clases: una de amistades místicas y otra de amistades mundanas. Las amistades místicas estaban formadas por algunas señoras y solteronas que andaban siempre dirigidas por curas y ocupadas en arreglar altares o en catequizar supuestos herejes. Algunas de estas damas, a fuerza de tratarse con los santos, llegaban a perder todo respeto por los objetos religiosos.

Una de aquellas damas congregacionistas tenía el afán de hablar de cosas sucias; otra se llevaba cuanto podía, un dedal, un carrete o un lápiz. A veces, hacía una serie de maniobras difíciles para apoderarse de una quisicosa cualquiera. Ni la iglesia se hallaba libre de sus rapiñas. Después he sabido que esta manía está clasificada en la patología.

Las amistades mundanas de mi tía eran de otra clase.

Entre sus amigos había profesores, militares y gente de la Audiencia.

De estos amigos de mi tía, ninguno, naturalmente, se ocupaba de mí, excepto el señor Fernández, que era catedrático del Instituto, y un señor viejo, don Isidro, ex administrador de un aristócrata, hombre muy religioso, que siempre me estaba dando consejos y haciéndome exhortaciones.

Me decía que debía mostrarme agradecidísimo con mis tíos, que se habían encargado de mi educación: debía humillarme ante los mayores, ante los superiores. ¡Qué asqueroso tipo!

¡Qué esfuerzos para hacerle a uno bajo, adulador, envilecido y miserable!

Cuando yo opinaba de algo con la espontaneidad de un chico, don Isidro se ponía contra mí y me hablaba con sarcasmo.

Ahora, al recordarlo, me asombra aquella saña, aquella rabia contra los impulsos naturales e ingenuos de la infancia. Pensando en la oposición que se hace a las inclinaciones buenas de los chicos, he llegado a creer que, con el tiempo, los hijos estarán mejor cuidados y educados por el Estado que por la familia.

Se explica que un hombre sienta rivalidad y llegue a enemistarse con un joven; el uno tiene la experiencia, el otro, la fuerza; pero con un niño no lo comprendo.

Entre las visitas de casa, había una señora canaria, de apellido catalán, casada con un militar, que me hablaba con mucho afecto. Esta señora, doña Asunción, tenía mucha gracia. Una vez que mi tía repetía su cantata eterna de que los Arellanos procedían de los reyes de Navarra, la señora canaria aseguró que ella, por su familia materna, procedía en línea directa de Clodoveo. Entonces, el señor Fernández, el catedrático del Instituto, que estaba de tertulia y que aceptaba todo de buen grado, empezó a llamar a doña Asunción y a su hija las Clodovinas.

—¿Cómo están mis señoras Clodovinas?—las decía al verlas. La hija de esta señora hacía, al oír la pregunta, un mohín de disgusto; era muy coqueta y le fastidiaba oír hablar de familias y de genealogías.

Mi tía, a pesar de que me desdeñaba profundamente, trataba de inculcarme la idea de que podía ser un muchacho de porvenir, para lo cual no tenía mas que olvidarme de que era Murguía y acordarme de que era Arellano.

Es posible que yo no supiera llevar a la práctica el consejo.

Ni el primero, ni el segundo año de Instituto me distinguí gran cosa como estudiante.

—¿Qué tal el chico? —le preguntaban al señor Fernández.

—Muy distraído, muy distraído —contestaba él—, pero ya se arreglará.

No creo que me arregle. Me aprobaban en el curso por mi tía. En general, todos los profesores me tuvieron por corto de inteligencia. Sólo dos o tres años después, el profesor de Psicología, hombre chiquito, con una cabeza grande en forma de mazo, unos anteojos y unas barbas negras, me dijo:

—Usted, señor Murguía, tiene una buena inteligencia, que si la aprovecha sacará fruto de ella.

Esto me asombró. ¿De dónde había sacado este señor tal especie?, como hubiera dicho él.

Para excitarme, en casa y fuera de casa, siempre me estaban hablando de la emulación, cosa que, la verdad, yo no sentía. Me acostumbré pronto a no ser el primero ni el segundo de la clase, y me contenté con no ser el último.

En cambio, tenía una serie de puntos sensibles, que después se aumentaron. No comprendía por qué me consideraban como un chico absurdo, porque yo creía que, en general, obra-

ba como el representante más genuino de la sensatez infantil.

Concluído el primer curso, mis tíos decidieron, en vista de que había salido bien, que les acompañara a la Mota del Ebro, donde pasaría un mes, y, transcurrido éste, iría a Arnazabal. Yo les hubiera agradecido que me hubiesen dejado marchar inmediatamente a casa de mi abuela. Estuve en la Mota del Ebro, en donde mis tíos tenían sus propiedades, y de allí fuí a Arnazabal.

Al volver de nuevo a Villazar, marché como si me fueran a sacar una muela.

Esta misma vida hice en los años sucesivos: en Villazar el invierno, y el verano en Arnazabal y en la Mota del Ebro.

IV

La Mota del Ebro.

PARA ir a la Mota del Ebro desde Villazar había que cambiar varias veces de tren, hasta una estación grande, que el verano se veía llena de braceros, dormidos en el suelo.

Nos esperaba en aquella estación un landó viejo y destartalado, y, metidos en él, comenzábamos a avanzar despacio, por una carretera polvorienta, entre viñedos y olivares, hasta acercarnos a la Mota del Ebro, que aparecía sobre un alto, con sus casas blancas y su iglesia, con una hermosa torre amarilla, esbelta, que se destacaba en el cielo azul. Cruzábamos el río por el puente, y comenzábamos a escalar el cerro de la Mota.

Para llegar a la casa de mi tía había que subir una cuesta y pasar después, con un traqueteo de mil demonios, por entre callejuelas angostas, hasta un pequeño raso enlosado de piedras.

. . . .

El caserío de la Mota del Ebro se halla sobre

la meseta de un cerro arenoso, coronado por la iglesia y por la torre de un antiguo castillo en ruinas, con murallas almenadas.

A los pies del cerro se desliza el río, ancho y verdoso, entre murallones de tierra rojizos y paredones grises de greda.

El pueblo está formado por varias calles, con casas amarillas y rojizas, del mismo color de la tierra, y con tejados tan pardos como la greda.

Para formarse una idea completa de la Mota y sus aledaños, nada mejor que escalar el cerro hasta la iglesia.

Alrededor de ésta, que es amplia y suntuosa, hay una gran terraza enlosada, y desde ella se divisa una inmensa extensión de terreno, con varios pueblos a lo lejos. Uno de ellos, aunque no lo es, parece una ciudad importante, con sus varias torres y las murallas que lo rodean; los otros, más pequeños, se ven con su caserío apretado, del que sale un alto campanario.

Desde el cerro de la Mota se divisan, en verano, los campos amarillos de trigo, los barbechos secos y el tono gris polvoriento de los olivares y de las viñas, todo calcinado, como si algún gran incendio hubiera pasado por la llanura. Sólo la masa verde de un olmedo próximo al río da un poco de amabilidad, de frescura, a esta tierra abrasada.

Alrededor del pueblo, desde lo alto, se ve que la mayoría de las casas están derruídas; los tejados se han ido cayendo y hundiéndose, dejando las cuatro paredes, y dentro, montones de piedra. Se diría que la muerte viene de la campiña y va atacando a la ciudad y carco-

miéndola de fuera a adentro, y así es. La enfermedad de la vid va empobreciendo el campo, y el empobrecimiento del campo produce lentamente la muerte del pueblo.

Cuando se ha formado una idea de la Mota a vista de pájaro, y se desciende al caserío y se penetra en el pólipo de sus callejuelas y encrucijadas, se comprende su ruina y su desolación.

La mayoría de estas callejuelas se hallan desiertas; algunas viejas haraposas cosen sentadas en un poyo; algunos chiquillos corretean desnudos, y los perros vagabundean por los rincones. Las calles más importantes tienen aceras desgastadas y están empedradas con cantos. Hay una plaza grande, llena de barricas, y otras plazoletas pequeñas, con árboles anémicos, quemados por el sol.

Se ven en la Mota dos o tres casas góticas, con su arco apuntado y su escudo pequeño, y siete u ocho palacios de los siglos XVII y XVIII, con grandes balcones de hierro forjado, portadas barrocas, rejas retorcidas, enormes artesonados de madera y escudos con cabezas barbudas y angelitos rollizos.

Las demás casas son de ladrillo y adobes, pobres, feas, amarillentas, sin ventanas apenas, prolongadas por tapias también de adobes, con bardas de ramaje.

A la salida del pueblo al llano hay una rambla con cuevas labradas en la colina.

Todo en el pueblo es seco, polvoriento, ardoroso y requemado.

. . . .

La casa de los Arellanos en la Mota era cua-

drangular, con un cuerpo central y dos alas laterales.

Estaba esta casa rodeada y oprimida por casuchas míseras, excepto por la fachada, que miraba a una plazoleta, y por una de las alas laterales, que daba al borde de un tajo que caía sobre el Ebro.

Tenía una portada de piedra arenisca amarillenta y un patio enlosado delante, con una verja.

La puerta era cuadrada, baja, con columnas a los lados, que sostenían un balcón grande, de hierros barrocos. A derecha e izquierda, entre el balcón y una reja, había dos escudos, carcomidos por el tiempo, el uno con flores de lis y el otro con calderas y medias lunas; las puertas y ventanas estaban pintadas de verde, de un verde gris, decolorado por el sol.

La escalera monumental era de piedra blanca, sostenida por columnas; tenía barandilla de hierro y subía por un hueco coronado por una cúpula con claraboyas. En la escalera había dos retratos viejos muy feos, unas cabezas de ciervo y unos reposteros polvorientos y desgarrados.

En el rellano se veía una litera, adornada por fuera con clavos de cobre y pintada con florecitas y arabescos. Esta litera tenía dentro un asiento forrado con una seda amarilla, ya ajada. Aquel artefacto roto, cuya madera apolillada se iba deshaciendo en polvo, era el símbolo de las grandezas pasadas de los Arellanos.

Voy a hacer una descripción minuciosa de

la casa de mi tía. Me gusta recordarla, porque tenía para mí mucho interés.

En el ala lateral, que daba hacia el río, estaban las habitaciones de lujo, había grandes salas con puertas de cuarterones y tallas en las jambas, balcones barrocos con cristales pequeños y techos artesonados. Por estos balcones se veía abajo el Ebro, cerca el cementerio, abandonado, sin árboles, lleno de hierbas espesas y salvajes, y por todas partes, la campiña agostada y el pueblo grande de las torres altas y de las murallas de un color de miel. Desde los balcones que daban a la fachada se divisaba, por encima de los tejados ruinosos con sus chimeneas medio derruídas, la iglesia y el castillo.

La casa ostentaba en su interior una mezcla de instinto de grandeza y de abandono, y se hallaba muy mal amueblada, aunque quedaba algún vestigio de pasado lujo, una mesa labrada, un espejo antiguo, un canapé dorado.

La disposición de la casa era tan confusa, que al mes de estar allá todavía me desorientaba tomando una puerta por otra y me asombraba al encontrarme en un cuarto que no esperaba.

Todo en casa de mi tía era, como decía una amiga suya, de «mírame y no me toques». Si se sentaba uno en un sillón estaba expuesto a caerse al suelo; si se intentaba abrir una ventana se quedaba uno con la falleba en la mano; si se cogía un plato se le veía compuesto con cola fuerte; todo parecía que estaba deseando romperse definitivamente y para siempre.

El primer día yo intenté lavarme en un lavabo elegante que había en mi cuarto, y al cabo de un momento vi que se inundaba el suelo.

En el ala de la casa que daba al río estaba el comedor, un salón grande con el suelo de baldosas blancas y negras, y un gabinete, el único cuarto bonito y bien arreglado de la casa.

Era un cuarto octogonal que hacía esquina, con dos balcones, armarios en los ángulos y una chimenea francesa. Antiguamente debía haber estado todo pintado; después le habían cubierto las paredes de un papel con flores doradas, de color amarillo claro que mi tía llamaba color Aurora. Uno de estos armarios, en vez de serlo de verdad, era un hueco que comunicaba con mi cuarto.

El techo quedaba del tiempo en que se construyó la casa, a mediados del siglo XVIII, y era muy bonito. Estaba pintado por algún artista de mucho gusto, con pinturas muy claras, rosas, grises, azules pálidos. Había un barandado con guirnaldas de flores, un cielo lleno de nubes blancas por el que nadaban ninfas desnudas adornadas con cintas de color de rosa, amorcillos rollizos, con sus flechas y su carcaj, y palomas blancas y tornasoladas. Hasta los sitios descascarillados parecían bonitos y decorativos en aquel techo.

Mi tía Luisa había pensado muchas veces en borrar aquellas ninfas desnudas y escandalosas, de cuerpo rosado, cara fina, pecho turgente y grandes popas; pero el tener que hacer un trabajo grande con andamios y el que al-

gunos dijeran que aquella pintura era de mérito, se lo impedía.

—No mires al techo —me decía a mí cuando iba al gabinete.

Este saloncito tenía un buró Luis XV, varios sillones, unos de damasco y otros de terciopelo, de colores muy suaves y ajados, y alguno que otro cuadro del estilo de Claudio Lorena; pero lo más agradable de ver allí después del techo era una vitrina con casacas, chupas y capas del siglo XVIII que ocupaba el ángulo entre balcón y balcón.

Había también en la casa un despacho o biblioteca, al final de un pasillo, en donde los antiguos administradores llevaban las cuentas cuando la hacienda se encontraba en su esplendor.

Desde hacía tiempo este despacho no se utilizaba. Era un cuarto grande, cuadrado, sombrío, el techo bajo, con vigas, y el suelo de baldosas viejas que se iban deshaciendo. Tenía un papel, negro por la humedad, desprendido en varias partes en grandes pedazos, una mesa mugrienta y un armario con cortinas verdes, y dentro, libros sucios, húmedos, mohosos, que entonces yo no los consideraba buenos mas que para encender el fuego.

Un día que estaba muy aburrido, miré los libros y encontré, entre ellos, el *Viaje de Anacarsis*, *La Ciropedia*, *El teatro crítico*, de Feijóo, y el Diccionario de Madoz. Me pareció imposible meter el diente a aquellos tomos. También encontré *Las pasiones del joven Werther*, librito editado en Madrid en 1849. Leí estas

Pasiones, y por entonces no me hicieron efecto.

Registré bien la biblioteca, y encontré en un rincón unas cartas bastante eróticas de hacía cuarenta o cincuenta años de una señorita que se entendía con el criado.

De aquel viejo despacho o biblioteca se pasaba a una capillita con reliquias, entre ellas un hueso amarillo, un diente también amarillo, un pedazo de madera igualmente amarillo, cosas todas que me producían una invencible repugnancia y un escalofrío de horror.

El cuarto que me destinaron a mí era muy grande y tenía un papel que representaba la vista de un pueblo de América, con indios y negros, a quienes algún otro chico que me había precedido en la casa se había entretenido en pintar bigotes sin distinción de sexo ni edad. La cama era grande, con unas cortinas de damasco amarillo ajado.

Los muebles parecían náufragos en aquella sala tan espaciosa. Muchas veces yo suponía que había habido una inundación, y que el reloj había dado un salto sobre la chimenea, los cuadros habían escalado las paredes y la cama flotaba como la cuna de Moisés en el Nilo.

Aquella cama grande de madera, con sus cortinas ajadas y polvorientas, crujía cuando yo me acostaba como protestando de tal manera, que los primeros días me intranquilizaba con sus ruidos.

Había también en este cuarto un piano pequeño y antiguo, con la mayoría de las teclas desgastadas y hundidas, y que no sonaban. Un

día se me ocurrió desarmarlo y vi que había estado recompuesto en Caen. Mi tía me dijo que había pertenecido a un pariente suyo, carlista, emigrado de la primera guerra civil.

La cocina de la casa, enlosada, con su fogón bajo, donde se quemaban sarmientos, era muy agradable. Por una escalera que daba a la bodega se salía a un patio, con un pozo muy profundo y un emparrado.

Aquella casa, a pesar de su abandono, tenía su encanto. ¡Qué puestas de sol!, ¡qué amaneceres se podían contemplar desde los balcones que daban al río! La aurora y el crepúsculo ostentaban desde allí una magia extraordinaria. El río, ancho, hermoso, solía brillar con los colores más espléndidos; pasaba desde el rojo y el oro hasta el verde pálido y el gris ceniciento.

Yo, muchas veces, solía mirar absorto el ir y venir de las nubes por el cielo y los cambios de color del río, lo que a veces me producía cierto mareo.

—Si te mareas, ¿para qué miras? —me preguntaba mi tía, y añadía después: —Este chico es tonto.

De noche la casa era muy triste, había poca luz y todos eran rincones obscuros. En el comedor se encendía una lámpara de aceite, a la que se daba cuerda, y cuando se rompía el tubo, lo que era muy frecuente, se ponía una vela en un candelabro. A mí me parecía que estábamos en una misa de difuntos.

Para ir a nuestros cuartos de noche, teníamos unas candilejas, cuya luz mezquina dibu-

jaba la sombra temblorosa del que la llevaba en la pared blanca. Muchas veces marchaba a la cama lleno de miedo y me tapaba la cabeza con las sábanas...

En la casa de la Mota había un criado, una vieja que hacía la comida y una muchacha joven, la Serviliana.

V

La Serviliana.

En general, en otros países más fríos, los chicos de trece años son todavía niños; entre nosotros, no; el velo que hay sobre la cuestión sexual se ha desgarrado en esta edad ya violentamente.

Yo recuerdo este despertar sexual como relacionado con la vida de la Mota del Ebro. Había allí en aquel pueblo como una atmósfera de cantárida. Lo que hablaban los amigos, lo que se murmuraba y se veía en la calle, las conversaciones de las criadas contribuían al ambiente de erotismo. A la muchacha de la casa, la Serviliana, le gustaba contarme todos los líos del pueblo, entre los que abundaban las historias lúbricas.

La Serviliana era una muchacha alta y roja, fuerte como un gañán, con las mejillas herpéticas y la voz agria y chillona.

Su nombre allí no chocaba.

En la región, los curas tienen la costumbre

de bautizar con el santo del día a todos los niños, sin excepción; así hay allá muchos Zósimos, Melianos, Procopios, Nilamones y Protos, nombres que en otras partes se rechazarían como una mala broma.

La Serviliana me contaba, como digo, todos los rumores del pueblo, y yo la oía con ansiedad. Una de las historias más lúbricas era la de una viuda, llamada Dominica, y sus tres hijas. La Dominica tenía una taberna de bulla, jaleo, riñas y escándalo. En aquella taberna pasaban horrores, según la Serviliana, porque la madre y las hijas andaban siempre en líos amorosos. Un hombre, dueño de un servicio de coches, que partía de casa de la Dominica, murió por entonces en la taberna; unos dijeron que, durmiendo con la Dominica, le había dado un síncope; otros aseguraron que el marido de la tabernera le sorprendió y le estranguló. El caso fué que al hombre le enterraron y no se hicieron más averiguaciones.

Me habló también la criada de una maestra bizca y de un cura joven que estaban enredados, y a los que tuvieron que echar del pueblo; del médico, viejo que tenía una moza guapa a la que dejaba heredera, y ella pensaba matarlo pronto y heredarlo; de un santero, que había violado a una niña, y de un lego, a quien se le echó del convento por bestialidad.

Aquella mujer era la crónica viva de todo el erotismo del pueblo. El mundo comenzó a ser para mí un inmenso lupanar disimulado.

Seguramente, una impresión así no la recibe el muchacho que vive en París, y mucho menos

el que habita en Londres y está templado por el *sport.*

Yo tenía cierto odio a la Serviliana, aquella muchachota brutal; pero me atraía y me lanzaba sobre ella. Ella, mucho más fuerte que yo, me contestaba con pellizcos, puñetazos y coces. A pesar de esto, me provocaba, lo que indudablemente quería decir que la divertía. Tales juegos acababan de mala manera, a pesar de lo cual volvíamos a las andadas. Yo, como digo, la tenía más odio que simpatía: un odio mixto de curiosidad. Ella era el Oriente, y yo, Marco Polo; ella, las Indias, y yo, Magallanes; ella, el país salvaje, y yo, el que pretendía ser su explorador.

Esta posición respectiva entre la Serviliana y yo siguió igual durante unos años, hasta que se casó con un zapatero.

Después se dijo que si tenía algún enredo, y luego se aseguró que se emborrachaba.

A mí ya no me interesaba nada. Tomó en seguida un aire brutal y repelente.

Mis amigos, en el pueblo, eran Enrique Lozano, hijo de un antiguo administrador, enriquecido de la familia de mi tía, y Ricardo Zumento, pariente suyo, que vivía en Madrid y pasaba en la Mota unos meses.

Lozano y Zumento no tenían mis inclinaciones ni mis gustos.

Nos sentíamos un tanto hostiles, pero la necesidad nos obligaba a reunirnos y a andar muchas veces juntos. Ellos eran aficionados a cazar, cosa que siempre me ha sido antipática.

A ellos les gustaba ir al casino, donde se

jugaba al tute, y la gente se insultaba y reñía por unos cuantos céntimos.

A mí el juego no me hacía ninguna gracia.

Muchas veces yo les dejaba y me iba a buscar al licenciado Vicio, maestro de escuela y organista, y marchaba con él a la iglesia. Subíamos al coro.

—Toque usted algo —le decía—; yo ya le daré al fuelle.

—¿Qué quieres que toque? ¿Algo clásico?

—Lo que usted quiera.

El hombre tocaba composiciones de Bach, y yo, muchas veces, oyendo la música religiosa y mirando el gran retablo dorado, me parecía que creía en el cielo y en los ángeles.

A veces, cuando estábamos en el coro, subía el párroco, un hombre untuoso, como cubierto de pomada, que, según se murmuraba, hacía preguntas maliciosas a las chicas.

—Están ustedes en el órgano... Bien, bien... Sí..., sí... Muy bien —decía con su aire meloso.

Algunos domingos, con mis tíos solía salir en coche. El coche estaba guardado en un gran zaguán, con barricas en el fondo.

Era un landó, tan viejo y tan destrozado, que cuando salíamos a la calle la gente lo mireba con una sonrisa de burla.

Solíamos ir a los alrededores a ver las viñas, que iban enfermando con la filoxera, lo que a mi tía Luisa desesperaba.

VI

Amores.

En aquella época de la adolescencia, cada año me daba la impresión de un período larguísimo y de una vida nueva. Cuando volvía de la Mota del Ebro y de Arnazabal a Villazar llevaba casi siempre grandes proyectos; mejor dicho, una vaga idea de grandes proyectos que no realizaba. La imaginación infantil encuentra base en lo más endeble y ligero.

Me parecía siempre que el volver al Instituto iba a ser para mí agradable, y que las nuevas asignaturas me gustarían, cosa que no me ocurrió nunca.

Sin embargo, a pesar de no haberlo previsto, me enamoré el tercer año de una chica de la vecindad, Milagritos, una muñequita rubia con unos rizos y unos tirabuzones dorados, a la que encontraba en la escalera y saludaba azorado, mientras ella me contestaba riendo.

Milagritos tenía doce o trece años y solía mirarme en el paseo muy burlonamente. Una

amiguita suya me preguntó que por qué no me decidía a acompañarlas en el paseo; pero aunque lo deseaba con fervor no me atrevía.

Años después supe que mi muñequita rubia había hecho, de mujer, disparates en la vida, y que se la tenía por una cabeza destornillada.

También estuve enamorado de una muchacha de más edad que yo, con los ojos ribeteados, que aparecía en un balcón de la calle por donde yo iba al Instituto. Se la tenía por una gran belleza. Muchos años después la vi casada y con hijos, y me produjo risa el pensar en mi entusiasmo por ella, y en mi idea de considerarla como una rival de la Venus de Milo.

El otro amor simultáneo a aquellos dos, si es que se podía llamar amor, una inclinación de erotismo y de rabia, era el de la Serviliana. La Serviliana continuaba provocándome y pegándome. Yo la hubiera tratado como a país conquistado, pero no podía. Tenía mucha más fuerza que yo.

VII

Los amigos de Villazar.

Mi mejor amigo en Villazar era un chico, Ignacio Arnegui, condiscípulo mío en el Instituto. Arnegui era delicado de salud y muy tímido, mucho más tímido que yo. Como tenía que estar casi siempre en casa, su madre, una señora viuda, rica, le compraba novelas de Julio Verne y de Mayne Reid, y libros con estampas que me prestaba.

Otro condiscípulo y amigo, el polo opuesto de Arnegui, era un tal Laquidaín, temperamento inquieto, la esencia de la turbulencia y de la barbarie. ¡Qué cosas más raras se le ocurrían a aquel muchacho! No tenía idea del peligro. Andaba por la barandilla estrecha de un puente muy alto, expuesto a caerse a un remanso del río, de gran profundidad. Cuando estaba en el colegio era de los que cogían los tinteros de cristal de las mesas y los rompía con rabia en los bancos de la plaza; tiraba piedras a los faroles, hacía agujeros y muescas a los bancos

de la clase del Instituto con el cortaplumas, agrandaba el oído de los cañones de la muralla. Era la suya una verdadera furia destructora. Acabó destruyéndose a sí mismo, pues un día, el último año del bachillerato, se le encontró estrellado al pie de la muralla.

Laquidaín era amigo de un estudiante, mayor que nosotros, Pepe Plaza. Algunas veces yo me reunía con ellos. Ibamos los tres a beber aguardiente y a comer churros a una churrería sucia, ahumada, un verdadero antro. Engullíamos unos churros indigestos y bebíamos un aguardiente que llamaban matarratas, que rascaba la garganta como el papel de lija.

Por entonces me asaltó una verdadera enfermedad de amor propio y de egotismo: la aspiración de ser interesante a toda costa; pensaba grandes extravagancias, y si no las realizaba era porque no me decidía a ello, pero estaba siempre cavilando algo con el fin de llamar la atención. Hubo día que anduve cojeando. Suponía, sin duda, que la cojera era un gran procedimiento para atraer todas las miradas hacia mí.

Me hubiera gustado ser un tipo flaco, moreno, esquelético y esquinudo, porque las mujeres que conocía, empezando por la Serviliana, tenían como una gran cosa el tipo cenceño y el pelo y los ojos negros. Mi imaginación andaba siempre combinando aventuras.

Una vez, durante el carnaval, me inventé una historia de una máscara que me perseguía y me amenazaba. Yo no sé que grado de verdad había en aquello, supongo que muy poco o

nada; pero yo, de contárselo a la Serviliana, que era la única capaz de creer en mi aventura con todos los detalles imaginados por mí, la llegué a considerar como ocurrida en la realidad.

Un par de años después me planteé el problema de este asunto mitológico, y tuve que irlo demoliendo hasta no dejar nada de él.

Cuando yo estudiaba el tercer año del bachillerato, los estudiantes del quinto curso, entre ellos Pepe Plaza, dieron un escándalo en un prostíbulo de la ciudad. Eran en su mayoría muchachos de los pueblos pequeños, hijos de gente violenta, engendrados en la época de disturbios de la Revolución y de la guerra civil, que llegaban a la ciudad con el pelo de la dehesa, como potros sin domar.

Ignacio Arnegui y yo les admirábamos, aunque con cierta dosis de desprecio, porque nuestras lecturas y conversaciones nos llevaban ya por otros derroteros.

Este año, al terminar el curso y al comenzar el verano, no fueron mis tíos inmediatamente a la Mota; mi tío Javier estaba enfermo; yo tampoco pude ir a Arnazabal, y quedamos en Villazar más de la mitad del verano. Pepe Plaza y Laquidaín, cuyos amigos se habían marchado a sus respectivos pueblos, comenzaron a reunirse diariamente conmigo. A Laquidaín se le ocurrían unos proyectos atrevidos y absurdos Era un medio loco. Pretendía que atacáramos a los soldados, o que asaltáramos una casa abandonada, o que nos dejáramos ir por el río en una balsa hasta el mar.

Aquel comienzo de verano, teniendo libertad para ir y venir y sin obligación de estudiar ni de asistir a clase, lo pasé bien. Marchábamos a recorrer los alrededores del pueblo y a la orilla del río a tendernos en las arboledas.

Los olmos dejaban una capa blanca verdosa de flores en el suelo, que las hormigas traían y llevaban. A veces, la alfombra blancoverdosa parecía hervir con el movimiento de las hormigas.

En ocasiones, íbamos lejos, a pueblos a dos o tres leguas de distancia de la capital. Seguíamos la carretera entre los trigales, en donde el viento formaba remolinos y olas, al lado de campos de habas de color de plata. En los setos, las flores de los escaramujos brillaban blancas y rosadas; los barbechos se veían llenos de lirios silvestres, de flores azules y de grandes cardos morados.

En estos días ardientes de sol implacable, chirriaban los grillos y las cigarras, cruzaban los tordos con su vuelo bajo por las enramadas, y el milano planeaba en el cielo azul. Después de los calores sofocantes venían las turbonadas, el cielo se nublaba, soplaba de pronto el cierzo y aparecían los pueblos en los montes próximos en un ambiente gris, con alguna torre cuadrada y un aire medieval.

Otras veces fuimos a pescar a un tajo próximo al río de tierra de batán, de color gris azulado. También solíamos frecuentar un talud cercano al paseo del Miradero, y nos tendíamos sobre las altas hierbas. Había allí, en los días de calor, un olor fuerte, sofocante, como

de ratón, de las cantáridas que infestaban los álamos y los fresnos. Yo pienso a veces que aquel ambiente de cantárida me intoxicó para siempre.

Muchos días pasábamos las horas de calor tendidos entre las hierbas, mirando a lo lejos el anfiteatro de montes, y cerca y abajo, los fosos de la muralla, donde pastaban manadas de pequeños caballos negros. Oíamos los toques de tambor y corneta de los soldados y hablábamos de mujeres. Hablábamos de ellas como dos salvajes o dos pieles rojas, y pensábamos que el robo, la violación o el estupro no nos hubieran detenido si se nos hubiera presentado ocasión. Un día citamos a unas criadas zarrapastrosas que nos dijeron que irían allí al anochecer, pero que no fueron.

A la caída de la tarde dábamos la vuelta al pueblo alrededor de la muralla, por el paseo limitado por los fosos y por las arboledas, por aquel paseo tan clásico, tan español, frecuentado por soldados y por seminaristas, paseo como hecho ex profeso para las divagaciones de un filósofo grave y solitario.

. . . .

Se marchó Laquidaín, el partidario de las excursiones largas y difíciles. Pepe Plaza, que frecuentaba los lugares de placer de Villazar, me indujo a acompañarle. Yo vacilaba. Para él aquella pequeña tragedia sexual de la juventud era algo grotesco y cómico, digno de ser tomado a broma.

Así hablaba riéndose de Fulano, que iba a casa del médico, y de Mengano, que tenía que

tomar inyecciones o cápsulas, lo cual a mí me daba frío.

Plaza era un depravado, un vicioso, aunque completamente normal. Sentía una inclinación y una curiosidad grande por todo lo relajado. Frecuentaba los rincones peores del pueblo, y no había cómico, perdido o periodista tronado, indígena o forastero que no le conociera. A su familia le empeñaba ropas y alhajas. Era atrevido, republicano y anticlerical.

El anticlericalismo suyo era un anticlericalismo sacrílego del que cree vagamente o está cerca de creer. Era el anticlerical que gusta a los curas, que escandaliza y, al último, se arrepiente. Para él hubiera sido una hombrada quemar un santo de madera, derribar un altar o beber en un cáliz.

A mí, en cambio, los utensilios de las iglesias siempre me han producido una impresión desagradable. Uno de los sitios que me parecieron más terroríficos en la infancia fué un desván que vi en la iglesia de la Mota, lleno de santos desnarigados y de figuras de paso de Semana Santa.

Todos los objetos religiosos del cristianismo o del fetichismo me producen cierta impresión y cierto miedo, como si estuvieran impregnados de la exaltación mística de los fieles.

. . . .

Aunque divergía en opiniones con Pepe Plaza, le admiraba porque me parecía audaz.

Me llevó varias veces a un billar, donde se reunían varios sargentos a jugar a la lotería, y me hizo apuntar cinco o seis pesetas, las úni-

cas que tenía y que, afortunadamente perdí, con lo cual se me quitó toda inclinación por el juego.

Un día, uno de estos sargentos, andaluz, sacó una guitarra y cantó una canción que entonces debía estar en boga.

Al gobernador de Cádiz
le ha dado por la finura
de ponerle campanillas
al carro de la basura.

El estribillo de la canción, que no tenía que ver gran cosa con la copla, era éste:

¡Ay, qué vaquilla!
¡Ay, qué esqueleto!
Todo se vuelve
piltrafa y hueso.

El cantar una canción así y pronunciar las palabras en andaluz me pareció una verdadera superioridad; a no ser por mi falta de atrevimiento, me hubiera lanzado a echármelas de andaluz. Seguramente lo pensé.

Como yo he tenido siempre un fondo instintivo de moral, esta reunión de sargentos y de perdidos de capital de provincia me producía, al mismo tiempo que interés, cierta impresión de repugnancia. A pesar de ello, me dejaba llevar por la influencia de Pepe Plaza, cuando apareció en el pueblo un *dandy* venido de Inglaterra.

Era en época de fiestas. Había en el paseo una feria con barracas llenas de baratijas, y en el extremo del paseo, tíovivos, monstruos, figuras de cera, la mujer cañón, etc.

Le vi al *dandy* por primera vez en la feria.

Aquel *dandy* era sobrino de mi tío. Estuvo de visita en nuestra casa, y allí le hablé. El *dandy* vestía de una manera exageradísima; llevaba monóculo, cosa que pareció el colmo de la audacia a los villazarenses; el cuello almidonado, muy alto, los pantalones estrechísimos y el bastón agarrado por la contera, lo que entonces era muy elegante.

Yo, la verdad, por ese instinto de plebeyez igualitaria innato en el hombre y que impulsa a odiar toda distinción, sentí al verle cierta hostilidad; pero la hostilidad se convirtió en simpatía cuando me vi paseando con él y compartiendo la animadversión de la gente.

Aquel *dandy*, a quien los jóvenes de Villazar querían considerar como un tipo ridículo, era un muchacho de fibra.

Su conocimiento sirvió para mí de un enérgico revulsivo. Me trajo una bocanada de aire del mundo turbadora. ¡Qué desprecio tenía aquel chico por el pueblo, por sus murmuraciones, por sus calaveras y por sus vicios! Lo consideraba como un pequeño rincón provinciano, sin el menor interés.

El había trabajado en Inglaterra, en unas minas de carbón, de obrero durante tres años; luego pasó a una oficina de los Docks de Londres, y era socio del amo y pensaba realizar en España el dinero de una herencia y emplearlo allí. Cobraba ya una buena cantidad, entre sueldo y comisiones. Algunos domingos iba con los amigos a comer a París, y en las vacaciones había estado en Egipto. Respecto a las mujeres, él hablaba de amigos que tenían un

flirt con grandes damas, de paseos en lancha con muchachas preciosas que se dejaban besar con facilidad. Yo le escuché maravillado y entristecido. Sus palabras me llegaron al alma.

Para él todo lo fácil no valía nada.

Un Pepe Plaza, empeñando gabanes y robando en su casa, no pasaba de ser un miserable truhán, a quien no se le debía dar la mano. La cuestión para mi *dandy* era dar pruebas de energía, de valor y de constancia.

¡Cómo bebí las palabras de aquel muchacho! ¡Saltar de en medio de la rutina de las costumbres a otro ambiente! ¡Dominar el medio social! Esta idea halagaba mi orgullo de una manera terrible.

Decidí no volver al café, donde jugaban los sargentos al billar y a la lotería, ni andar con Pepe Plaza.

¡Lo difícil! ¡Cómo me impresionó esto! Hacer algo extraordinario, algo que saliera del marco trivial de una vida provinciana. Aquella idea se afianzó en mí. Por entonces contribuyó también a ello el leer un folletín de *La Correspondencia*, en donde los personajes, aristócratas, banqueros y artistas vivían en un mundo fácil y dorado.

Conspirar o intrigar, hacer grandes jugadas de Bolsa o explorar países desconocidos. Estas eran las ocupaciones dignas de un hombre partidario de lo difícil; no envilecerse, jugando en un café infecto con los sargentos a la lotería.

Pero, ¿cómo dar el salto de la zona gris, de sombra, en que yo vivía, a la zona de luz en que me hubiera gustado vivir? ¡Qué cerrado

el horizonte! Sentía murallas hasta en las nubes.

Muchas veces ideé mil proyectos, todos igualmente irrealizables, mientras la música militar tocaba en el paseo aires de *La Mascota* y de *Bocaccio,* entonces en boga.

VIII

Preocupaciones y lecturas.

Hubiera preferido ir a Arnazabal, pero no fué posible, y tuve que quedar todo el verano en casa de mi tía, en la Mota. Hizo un calor abrasador. Había que pasarse el día entero en casa, en una semiobscuridad, y salir de noche. Me dediqué a leer lo que encontraba, y *Las pasiones del joven Werther,* que unos años antes me dejaron frío, me empezaron a entusiasmar. Soñé con Carlotas a todas horas del día.

Lozano, el hijo del antiguo administrador de los Arellanos, que se las arreglaba para divertirse, me llevó al café de la Dominica, en donde se reunían los viejos rijosos y los jóvenes tenorios a refocilarse diciendo enormidades a las chicas, y luego a casa de unas costureras, las de Bernedo, que eran hijas del empleado de la Alhóndiga.

Estas chicas de Bernedo cosían, y tenían algunas aprendizas. Íbamos allí Lozano y yo. Nuestra conversación estaba hecha con alusiones picantes; a cualquier palabra, aun a la más

inocente, se la encontraba un sentido lúbrico, y ellas y nosotros lo cogíamos al vuelo.

Esta preocupación de ver en todo malicia y erotismo me quedó mucho tiempo, y cuando, ya hombre, pude hablar con las mujeres sin buscar siempre en las frases segundas intenciones lascivas, tuve una gran tranquilidad.

Aquellas chicas de Bernedo, la Filo y la Puri, eran muy rozagantes y muy activas. Trabajaban todo el día, y muchas veces de noche, a la luz de un quinqué de petróleo. La Filo era una rubia fuerte, guapa, de cara cuadrada y ojos claros, muy decidida y muy ardiente. La Puri, más fea, un poco chata, tenía los dientes grandes y feos. La Filo se manifestaba muy coquetona, muy atrevida. A mí me gustaba mucho, y ella me hablaba muy amablemente. Lozano pretendía a la Filo en serio, auque no para casarse con ella, porque Lozano era ambicioso y esperaba hacer una buena boda.

Yo sentía inclinación por la costurera, y la llegué a escribir. Ella me contestó una carta de chica lista, con algunas faltas graciosas de ortografía, dándome a entender que estaba comprometida con Lozano.

Lozano, con más edad que yo, con más dinero, con más aplomo, se hizo el dueño de la situación. La cosa me mortificó mucho y dejé de ir a casa de las costureras.

La Serviliana me contó luego que se decía que la Filo había abortado, y que le había dado el abortivo un boticario de un pueblo de al lado. También se decía que este abortivo lo tomó una muchacha de buena familia que tuvo

unos amores trágicos con un cura, y a quien habían llevado, según la voz pública, a Barcelona.

Para olvidar mi fracaso con la Filo y la constante alusión al erotismo bajo, me puse a leer *Las pasiones del joven Wherter,* con lo cual mi espíritu andaba como una pelota de las alturas del amor noble a las bajezas de lo encanallado. Los domingos, como me obligaban a ir a la iglesia, aunque ya para entonces la fe mía se hallaba muy mitigada, solía estar en el coro, oyendo la música, con los ojos cerrados, abstraído en vagos pensamientos. Las voces del órgano me daban la impresión de que elevaban mi espíritu, aunque mientras sonaban y se esparcían por la nave no pensase en nada.

Los chicos de mi edad me tenían por un extravagante, y esta opinión era general. Ni yo ni nadie hubiese conseguido en la Mota hacer, no respetable, ni siquiera pasadero su *dandysmo.* Con dificultad se encontrará gente que sienta menos respeto que los ribereños por las personas y por toda clase de categorías antiguas y modernas. Allí al joven Werther, con su álbum bajo el brazo, le hubieran pegado una pedrada en un ojo, sin hacer caso de su sentimentalismo ni de sus ideas poéticas.

Nosotros los vascongados —yo me siento vascongado, aunque nacido en Cádiz— somos más protocolares que estos ribereños, y aunque no sepamos distinguir los prestigios modernos, reconocemos al menos los tradicionales.

La hostilidad de algunas personas agudizó

en mí el deseo de ser interesante a toda costa.

En aquella época decía muchas tonterías, quería afirmar mi personalidad, ser alguien entre los demás, y esto me perdía; no me daba cuenta clara, como luego, del ambiente en que me encontraba, y cuando acababa de decir la impertinencia o la tontería comprendía mi traspiés y me quedaba confundido.

La preocupación por las mujeres no me dejaba vivir tranquilo. Yo soñaba con Carlotas, como la del Werther. Mujeres como la Serviliana, tan brutales, o como las hijas de la Dominica, a quienes se les podía decir las mayores suciedades, no me entusiasmaban; la Filo, sí, porque ya era otra cosa; pero la Filo tenía el mal gusto de dejarse conquistar por Lozano. Para enterarme un poco de la vida, yo al menos así lo esperaba, me puse a leer novelas. El padre de las de Bernedo me prestó unos tomos de folletines de *Las Novedades*, y el estanquero otros libros.

A pesar del gran interés y entretenimiento que me producían las novelas, nunca creí gran cosa en su verosimilitud. Tenía sobre ellas mi criterio particular.

—Este conde de Montecristo es un majadero —pensaba yo—. ¿Por qué se venga al cabo de los años mil? Gracias al daño que le han hecho sus enemigos, llega a conde y a millonario, y a vivir como un nabab. Debe agradecer a los que le metieron en la cárcel y le quitaron la novia, porque le han hecho vivir y ver el mundo.

Mario el de *Los miserables* me parecía un estúpido, y Javert, otro.

¿Se puede creer que un jefe de la Policía tenga tan gran odio a un pobre diablo que ha robado en toda su vida unos candeleros y unos céntimos a un chico, como si no hubiera otros mayores criminales a quien perseguir?

A Rodolfo de Gerolstein le consideraba como la quintaesencia de la falta de habilidad y de la pedantería.

—Es un tipo que todo lo hace mal —pensaba.

Leí también *El jorobado,* de Paul Feval, *Rocambole* y las novelas de Montepín. Estos libros me parecían entretenidos, y, como más inverosímiles, no me producían ningún deseo de comprobar su realidad.

IX

Charo y las mujeres.

Al volver a Villazar comencé el quinto año de Instituto. Mi tía me decía a cada paso, con su retintín habitual:

—Tienes que pensar en lo que has de ser.

—Sí, sí —contestaba yo.

—Mira bien tus aficiones.

Yo veía claramente que no tenía ninguna.

Mi tía quería inculcarme la idea de que yo era un muchacho de porvenir y que debía labrarme una posición. Posición y porvenir: estas dos palabras, a fuerza de ser repetidas, me iban aburriendo; porque la verdad, no comprendía por qué podía tener más porvenir que los demás.

Yo sentía curiosidades; pero en definiva, vocación, clara y determinada, ninguna. Fuera de que me hubiera gustado tener éxito con las mujeres y correrla por el mundo, ¿qué más había en mí? Nada. Vacilación. Oía hablar de marinos y me hubiera gustado embarcarme; hablaban de pintura y me parecía un oficio muy

bonito el de ser pintor; leía aventuras de un viajero y soñaba con el desierto o con los ríos inexplorados, pero el ser médico, militar, abogado o comerciante no me hacía ninguna gracia.

Ya que no hacer cosas extraordinarias me hubiese contentado con ver un poco el mundo y vivir.

Después de largas reflexiones pensé que no tenía vocación alguna y que era un joven perfectamente inútil para la vida corriente. Hay personas que se hacen ilusiones y saben convertir sus defectos en cualidades. Yo creo que veía bastante bien mis ineptitudes. No tenía ni tengo capacidad matemática alguna, no comprendía bien los aparatos de física, ni me gustaba la gramática. Para los idiomas era, y soy, una nulidad completa. La música tampoco la comprendía rápidamente, y necesitaba y necesito oír varias veces un trozo musical para que me llegara y me llegue a gustar. Mientras no la recuerdo, a medida que la oigo, la música no me dice nada.

En realidad, no era un joven inteligente, sino un joven de sentidos perspicaces, una vista admirable, un oído fino y un olfato de perro.

Como mi amigo Arnegui se puso a aprender dibujo, yo quise hacer lo mismo que él, y fuí a una academia de un pintor de santos y de estandartes, un pintor muy malo, con grandes aires de artista, mucha barba, mucho pelo e indumentaria descuidada.

Aquel pintor, don Trinidad, era un hombre absurdo y contradictorio; carlista e incrédulo,

patriota, y hablaba mal de España; tenía mucho oído musical y muy poco sentido pictórico, y era pintor.

A veces, al terminar su enseñanza en la academia, sacaba una guitarra y solía cantar *Jugar con fuego*, *El juramento* o *Cuando en las alas del deseo*, de *Marina*. Lo hacía tan bien que varias veces le preguntábamos por qué no se dedicaba al teatro, pero él se encogía de hombros.

Con don Trinidad fuimos Arnegui y yo por Todos los Santos al teatro a ver *Don Juan Tenorio*, al paraíso. ¡Qué impresión me causó! Se decía que la compañía era buena. El teatro, uno de aquellos teatros antiguos, todo rojo y dorado, estaba de bote en bote; en los palcos, las familias distinguidas; el gallinero, lleno de soldados. Había, como en todos los teatros en aquella época, un olor de gas sofocante; las caras se veían congestionadas, los ojos inyectados.

Durante mucho tiempo pensé en el placer que debía dar el representar la escena del sofá del Tenorio, o la otra en que don Juan se arrodilla ante la tumba de Doña Inés. Luego se me pasó tal chifladura, y no sé si con razón o sin ella, tomé gran antipatía por el *Tenorio* y un profundo desdén por el poeta Zorrilla.

En aquella época comenzó a venir a casa de mi tía un pariente suyo, militar, casado con una mujer que fué, durante mucho tiempo, mi tipo. A esta mujer la llamaban Charo. Decían que no era bonita esas gentes que tienen una idea de la belleza de los cuadros antiguos:

óvalo alargado, ojos grandes, boca pequeña... Charo tenía los ojos verdes, la nariz un poco ancha, la boca grande y el pelo como de caoba. La nuca suya era algo precioso, con sus rizos de color de llama y la piel blanca de nácar. Otra cosa encantadora eran sus tobillos y sus manos.

Charo usaba un perfume entonces muy usado, yo no sé si era el pachulí, el opopónax o el ilang-ilang, pero a mí me volvía loco. Este perfume penetrante lo percibía desde lejos.

Una tarde, al entrar en el portal de casa y comenzar a subir la escalera con mi tía, le indiqué:

—Aquí debe estar Charo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque se nota su perfume.

Efectivamente, estaba en casa.

Charo me producía una excitación terrible. No era quizá una mujer bonita, pero sí de un atractivo que arrebataba. ¡Qué ojos! ¡Qué boca! ¡Qué manera de hablar!

Tenía una voz un poco ronca y una manera de pronunciar ceceante. Era una voz para mí encantadora. Yo la hubiera estado oyendo toda la vida. Sin embargo, no decía mas que vulgaridades; hablaba únicamente de la chismografía del pueblo. Sabía los amores de los chicos y de las chicas y los comentaba. Sabía si este viejo tenía una querida, y cómo se llamaba, y de qué familia era, y lo que le pasaba al mes. Llamaba a las personas por sus apodos, cosa que siempre divierte en una capital de provincia donde se conoce a todo el mundo. Estos apo-

dos se repiten de generación en generación y parecen siempre nuevos. Constantemente hay el hombre rico y cerril a quien se llama el Burro de Oro, el guapo o la guapa estúpida a quien se le califica de la Bestia Hermosa, y la chica que ha tenido muchos novios militares, a quien se le dice El Cuarto de Banderas. Nada hay nuevo en el mundo, y menos en el mundo de los apodos.

También había el hombre a quien se atribuía todos los *lapsus* grotescos y se le hacía decir *excremento* por incremento, timo por mito, y anacoretas por aeronautas.

Charo manejaba estos tópicos con mucha gracia.

El marido de Charo era un hombre grave y soso, con aire de pasta flora. No sé por qué la había tomado conmigo, y hacía chistes a mi costa y trataba de reírse de mí. Yo le contesté varias veces de una manera grosera. Estaba convencido de que debía ser hombre blando y sin energía.

Eran Charo y su marido dos tipos completamente distintos. El, todo grasa fofa, frialdad y linfa; ella, todo ardor y nervio.

Yo convenía que era imposible encontrar una mujer menos espiritual, menos heroína de novela que Charo, y, sin embargo, me entusiasmaba; no le gustaba la lectura, ni la poesía, ni la música, ni siquiera el teatro; y, a pesar de ello, tenía una gracia que hacía que todo el mundo la oyera entretenido, y para mí dejaba por donde iba como un rastro de cantárida. El verla me producía un entusiasmo loco, pero un entu-

siasmo mezclado con cierta aversión. Su mirada y su voz me revolvían la medula: ¿Será posible que, con sus aires tan eróticos, Charo sea una mujer tranquila y bien acomodada a esta vida de capital de provincia? ¿Será posible que se entienda con ese hombre grasiento y linfático?, me preguntaba yo.

Yo le dejé *Werther*, lo leyó y le pareció una tontería. El tal Werther era un estúpido, según ella, un jovencito ridículo.

Yo no sé lo que hubiese hecho por aquella mujer, si ella me hubiera querido; creo que hubiera sido capaz de robar y de matar; pero ella no me hacía caso; tenía para todo el mundo, comenzando por su marido, una actitud de desdén y de desprecio extraordinario. Yo hubiese querido ser Hércules y dominarla y abatir su orgullo.

Un día, sin más ni más, cuando iba a salir a la calle, la esperé junto a la puerta, me abalancé sobre ella y la besé en la garganta. Ella dió un grito ahogado.

—Se lo diré a mi marido —exclamó con voz temblorosa y su hablar ceceante.

—No me importa —le contesté temblando—. Que venga ese cochino cerdo; lo mataré.

Naturalmente, no le dijo nada. Desde entonces, Charo me observaba con curiosidad. Por las conversaciones que sorprendí, supe que Charo tenía alguna enfermedad en el sexo y que había sido operada. Esto no impedía mi entusiasmo por ella; en ella todo me parecía un atractivo más.

Una amiga de Charo, muy bonita, que tam-

bién iba a casa de mi tía, era la mujer de un oficial de ingenieros, una mujer joven, morena, con unos ojos preciosos. Llevaba tres años de casada, y estaba apenada por no tener familia. Un día la oí decir con mucha gracia a su amiga.

—Mira, chica, si no tengo hijos de mi marido, estoy dispuesta a acostarme con el asistente.

Charo se echó a reír, tapándose la boca.

—De verdad, de verdad —decía ella—, no creas que es broma.

—Antes eche usted una mirada a los amigos —le dijo el secretario del gobernador, que estaba a su lado y que le había oído.

—No, no quiero desunir las familias —replicó ella—; además, no sé si me ofrecen garantías.

—Señora, ¡por Dios! —contestó el otro—. Es usted muy dura para un padre de cinco hijos.

Charo y ella se rieron varias veces, y mi tía les preguntó:

—¿De qué os reís?

—Nada; Charo que me está diciendo tonterías —contestó ella.

—No haga usted caso. Es una loca.

Ellas siguieron riendo, y, cuando vieron que yo las miraba, se rieron más.

Después se pusieron a hablar de una amiga, casada con un coronel, ya viejo, y de quien se mostraba enamorada.

—Esa chica quiere convencerme —decía la amiga— de que su marido es un hombre fuerte y joven.

Luego la amiga se inclinó al oído de Charo y le dijo algo, y ésta se echó a reír.

—¿De verdad dice eso?

—Sí.

—¡Qué fantasía!

—Mi marido es joven y fuerte y nunca ha llegado a eso.

Charo me miró riendo. La hubiera asesinado.

Estaba yo entonces en una constante exasperación erótica. Todas las mujeres me gustaban: las bonitas, las feas, las solteras, las casadas, las niñas y las viejas, a todas las miraba como una presa deseable. Del amor, de ese amor de las novelas, no había nada en mí; yo tenía una fiebre erótica, como hubiera podido tener viruelas, pero una fiebre continua y perpetua. Si a veces pensaba que podía encontrar una mujer simpática y dulce para quererla, pensaba en esto como se puede pensar en poseer un castillo en Escocia o en oír serenatas en una góndola, a la luz de la luna, en Venecia. Las mujeres me parecían una caza difícil. Es curioso lo corrompido que es uno de chico. Se absorbe toda la corrupción del ambiente, y luego, si se puede, poco a poco se va eliminándola. Yo creía en aquella época que la vida era un estercolero disimulado con algunas florecitas retóricas del más puro papel de estraza. No me parecía que el mundo se diferenciara gran cosa de una pocilga, en donde la mujer hiciera de gamella y el hombre de cerdo. La gamella sucia y mezquina, para el pobre; la limpia y bien surtida, para el rico. Yo en esta pocilga

me sentía un tanto jabalí. Me indignaba la estupidez de las mujeres. ¡Qué estúpido animal este de cabellos largos y de glándulas mamarias, y de qué difícil caza! —pensaba.

Esta idea de la dificultad de la mujer iba unida a mi poca decisión. Milagritos, la vecina de quien también estaba enamorado, dijo una vez de mí:

—Es muy corto de genio: lo que me llegó al alma. Después he notado que para las mujeres, la mayoría de los hombres son cortos de genio.

Yo, en vez de dejarme llevar como todos por la inspiración, me contenía y observaba.

La lectura me iba dando ideas distintas a la generalidad, y al contrastar mis opiniones con las de los demás, me veía aislado y descentrado. Así me resultaba siempre que tenía algún entusiasmo por alguna muchacha del pueblo. Hablaba con ella y me entraba una gran decepción, y hasta una exasperación al notar, por ejemplo, que el militarcito o el pollo que a mí me parecía un tipo petulante y ridículo era considerado por ella como el modelo de la gracia y de la simpatía. Esto excitaba mis celos y humillaba mi amor propio.

Otra de las cosas que me irritaba profundamente era tener granos en la cara; no me parecía una manifestación patológica más o menos importante, sino algo así como un agravio, como una ofensa a mi dignidad vidriosa.

Estas tendencias mías a la cólera y al análisis me daban un sentido de autointrospección v de autocorrección que a la larga me

dejaba indeciso y vacilante. Cuando veía a alguno que accionaba mucho pensaba: ¡Cuidado que lo hace mal!, y añadía: Probablemente yo no lo haré mejor. De aquí deducía una regla de conducta: No hay que accionar.

Con tales restricciones, que me dictaba a mí mismo, me encontraba con poca comodidad entre la gente. Luego me avergonzaba de las tonterías que podía haber hecho o dicho, con lo cual no podía estar nunca tranquilo.

Respecto de las mujeres, llegué a estas conclusiones sucesivas:

—Todas las mujeres son malas.

—Todas las mujeres son buenas.

—Unas mujeres son buenas y otras malas.

—Todas son buenas y malas al mismo tiempo.

—Todas son buenas y malas al mismo tiempo...; pero algunas son casi exclusivamente buenas y otras exclusivamente malas.

Después de llegar a esta solución, que me parecía satisfactoria, me pregunté: ¿Qué criterio ha de ser para mí el de la bondad y el de la maldad? ¿No hubiera sido mejor, como después he visto que preconizaba el filósofo Espinosa, explicarse los hechos sin calificarlos ni alabarlos, ni denigrarlos?

Las excitaciones constantes, las preocupaciones, las lecturas, los paseos solitarios iban pervirtiendo mi sensualidad y haciéndola patológica.

Vivía en un alucinamiento erótico, en una erupción constante; pero al mismo tiempo alambicaba y perfeccionaba mi gusto estético.

En mis camaradas el conflicto no tenía tantas proporciones como en mí, en unos porque el instinto sexual era normal, en otros porque su sensibilidad era tosca. A mayor instinto sexual y a mayor delicadeza, más dificultad en resolverlo. Es lo mediocre en todos sentidos lo que encuentra la más fácil salida en nuestro medio ambiente.

Me hubiera gustado leer algo que me hubiese aclarado mis vacilaciones y mis dudas. Entre los libros que tenía mi tío, llevados allí de la Mota del Ebro para adornar su despacho, había la *Historia Natural*, de Buffon, en varios tomos.

En uno de ellos encontré estas dos frases, que me sorprendieron:

«¿Por qué el amor hace la felicidad de todos los seres y la desgracia del hombre? ¿Es que únicamente lo físico es lo bueno en esta pasión? ¿Es que lo moral no vale nada?»

Y la otra frase era: «Queriendo fijarse en el sentimiento, el hombre no hace mas que abusar de su ser y abrir en su corazón un vacío que nada es capaz de llenar.»

Estas dos tesis acerca del amor tan del siglo XVIII me parecieron muy acertadas. Yo veía claramente que así debía ser; comprendía que lo contrario no era mas que perturbaciones producidas por la abstinencia.

Luego he leído la célebre novela de Tolstoy *La Sonata a Kreutzer*, y me ha parecido muy bien como novela, pero como tesis, absurda.

Conseguir la castidad universal por la persuación, ¡qué tontería!

Para mí, la solución en el porvenir será algo así como la despoetización del amor físico, sin vestirlo, sin mentirlo, sin darle aire de aventura ni prestarle proporciones falsas.

Entonces quizá la poesía pueda girar sobre otros motivos, sin pretender, como ahora, que se base sólo en la cuestión sexual, tema que ya ha agotado como materia poética la Humanidad.

X

La Anthoni.

ACABÉ el bachillerato, y mi tía me dijo que podía ir a Arnazabal a casa de mi abuela y decidir la carrera que debía comenzar. Aquel verano fué para mí de emociones. A mi abuela la encontraba más encantadora que nunca; mi tía me miraba como un chico guapo, elegante y mundano. La buena opinión que tenía de mí me daba una soltura al hablar con ella extraordinaria. Me encontraba a mí mismo suelto, inteligente, ingenioso. Yo me creía Talleyrand y Metternich en una pieza. Era lo contrario de lo que me ocurría con la tía Luisa, con la cual estaba siempre como agarrotado de cuerpo y alma. Me encontré con los amigos del pueblo ya mozos: unos tenían novia, otros se las echaban de atrevidos y bailaban en la plaza. Ya todos habían fijado su destino: el uno trabajaba en la ferrería, el otro, en el taller o en la tienda de sus padres; algunos pensaban marcharse a América.

—¿Y tú que vas a hacer? —me preguntaban.

—Pues no sé.

Cierto que esto no me daba quebraderos de cabeza, pero me dejaba ante los camaradas en una posición indefinida que, en parte, me agradaba. Seguía en mi casa la criada vieja, la Joshepa, y había, además, una joven, la Anthoni, una chica muy bonita que desde que la vi me hizo efecto. Era la Anthoni de un carácter suave y blando, como un cordero; tenía el tipo muy fino, delgada, pequeña, con unos ojos pardos brillantes, una cinturita estrecha y unos movimientos ágiles. A los siete u ocho días de vivir allá yo estaba entusiasmado de la Anthoni como un loco. Mi entusiasmo no tenía el carácter tan agudamente erótico como el que sentía por Charo; había algo más de blandura, de simpatía, en mi inclinación. La Anthoni, con su mezcla de inocencia y de malicia, se dejaba abrazar y besar con facilidad. Al principio, ella y yo creíamos que el mundo era nuestro; pero no contábamos con la vieja criada, la Joshepa, el espíritu de la inquisición y del espionaje. La Joshepa nos espió, y a cada paso nos encontrábamos con su mirada atenta de ojos negros allí donde fuéramos. La vieja nos acechaba, y pronto contó lo que ocurría a mi abuela.

Mi abuela me echó un sermón. Desde entonces la Anthoni y yo estuvimos vigilados por tres Argos: mi abuela, mi tía y la Joshepa.

La chica y yo, para ponernos de acuerdo, nos citamos un día de fiesta y hablamos. No pensamos más que tonterías y absurdos. Ella era tan infeliz, tan ignorante del mundo, que estaba dispuesta a seguir mis indicaciones. Me

recordaba una ternera joven cuando marcha jugando al lado de su madre.

—Donde tú vayas yo iré —me decía ella.

¿Pero adónde iba a llevarla yo teniendo por todo capital unos céntimos en el bolsillo?

—¡Si te quedaras aquí! —me decía ella.

Y yo, como no he sabido nunca urdir una mentira con gracia, decía la verdad, que me tendría que marchar pronto.

¿Por qué no sabré mentir a tiempo? —pensaba yo después—; pero no lo he sabido nunca. No he podido mentir con gracia; no se me ha ocurrido inventar una historia mas que contando con tiempo por delante; pero de improviso he sido incapaz de inventar nada. He tenido una ingenuidad que sólo a fuerza de años he podido disolver.

Nuestra entrevista se supo en mi casa, y mi abuela y mi tía me llamaron a capítulo.

No había mas que dos soluciones: o echaban a la chica a su caserío, o me marchaba yo a casa de mi tío, a Irún. Se decidió que fuera yo. En mi discusión con mi abuela y mi tía se me ocurrió decir que, con el tiempo, podía casarme con la Anthoni.

Mi tía me puso de majadero hasta la coronilla. Mi abuela sonreía con lástima.

—Buena se pondría tu tía Luisa —dijo varias veces con cierta ironía—. ¡Casarse con una criada! ¡Un chico de porvenir! ¡El sobrino de la señora de Arellano! Nada, nada; lo mejor es que te vayas a Irún. Allí se te pasará esta chifladura.

No me despedí de la Anthoni, porque no hubiera sabido qué decirla, y me marché del pueblo.

XI

Suzón.

La vida de Irún es una vida bastante alegre y fácil; se gana y se gasta con facilidad; hay mucho forastero, mucho comisionista y no se siente tan fuertemente la presión de la iglesia como en los demás pueblos vascos. Por eso la gente no es tan hipócrita, ni tan solapada, ni tan tortuosa.

La casa de mi tío Luis, una casa pequeña y moderna, daba por dos de sus lados a un jardín. Era una casa alegre, en la que a todas horas se oían voces de chico, notas de piano y canciones.

Mi tío Luis era hombre muy amable, músico de afición; su mujer, muy hacendosa, muy simpática, y los chicos, exceptuando los dos mayores, turbulentos y alborotadores. En la casa, el padre, la madre, los chicos y hasta las criadas tenían muchos amigos; así que era un entrar y salir continuo de gente.

A mí me recibió la familia con afecto y con un poco de burla por parte de la mujer de mi

tío, a quien, sin duda, habían escrito el motivo de mi extrañamiento de Arnazabal.

A los dos o tres días estaba allí como en mi casa.

El tío Luis era un hombre inteligente, activo, lleno de iniciativas. Desempeñaba un empleo de importancia en la Compañía de ferrocarriles.

Trabajaba mucho y tenía tiempo para todo. Su mujer era digna compañera suya.

Mi tío me preguntó acerca de lo que pensaba hacer, y me habló de una manera tan clara de cómo se presentaba el porvenir, de los trabajos que se pagarían más en España, que me pareció que me abría una ventana en la inteligencia.

Mis primos, el de más edad, Luisito, era algo menor que yo, y concluía por entonces el bachillerato.

Carmenchu, mi prima, la chica mayor del tío Luis, tenía unas amigas de su edad muy coquetonas, que hablaban de novios, subían al tocador a adornarse y a ponerse polvos de arroz, y cantaban y tocaban el piano. Yo las acompañé alguna vez por el paseo de Colón, aunque casi todas tenían novio.

Estas chicas vivían a sus anchas, se quitaban unas a otras los galanteadores y reñían y hacían las paces.

De ellas, la que me hacía olvidar muchas veces a la Anthoni era una francesita que se llamaba Suzón. Esta Suzón tenía un aire de Mascota, una cara un poco ancha, una voz un poco ronca y unos trajes llamativos.

Era coqueta hasta la exageración; pero de una coquetería un poco infantil.

—Estas chicas se timan hasta con los palos del telégrafo—decía un señor amigo de la casa, refiriéndose a Suzón y a la hija de mi tío.

Suzón me hizo una serie de preguntas acerca de mis gustos e inclinaciones y me habló de que estaba enterada de mis amores con la Anthoni.

—¿Era bonita? ¿Era graciosa? ¿Era rubia, o morena? —me preguntó.

Yo reconocí que, comparada con ella, era poca cosa. Suzón, suponiendo quizá que esta declaración mía era un avance amoroso, me dijo que tenía novio, pero no sabía si le quería o no; entonces no sentía mas que muchas ganas de divertirse.

—Soy muy loca —me dijo riendo y con su voz ronca— y hago caso a todos los chicos de aquí, aunque ninguno me gusta del todo.

—¿Ni el novio tampoco?

—El novio menos que los otros.

XII

Las amigas de la casa.

Las amigas de la casa de mi tío Luis eran señoras amables, y no tenían la actitud rígida y severa de mi tía Luisa. Yo podía hablar con ellas sin estar cohibido.

Una de las amigas era una señora casada con un propietario manchego, rico y cerril, que veraneaba en Irún. El era hombre bajito, afeitado, con un aire de jabalí, una mirada de través y las piernas torcidas. Aquel hombre bruto y sombrío contrastaba con su mujer, Concha Olavarría, alegre como unas castañuelas. Tenía ella una conversación ocurrente y graciosa, y sobre todo atrevida. Una vez le preguntaba a mi tío Luis:

—Oiga usted: ¿Qué le encuentran a la Biblia que dicen que tiene tanto mérito? Porque yo, en lo que he leído, no he visto mas que tonterías e historias como para chicos, que, además, nada tienen que ver una con otra.

Concha cantaba al piano con mucha chispa canciones de café concierto de París: *L'amant*

d'Amanda, La Femme a barbe, Queı cochon d'enfant.

Concha era un tipo muy original: alta, delgada, la nariz larga, los ojos claros, las mejillas rojas, una cara de manzana. Su alegría perpetua contrastaba con la obscuridad estúpida y siniestra de su marido.

Concha tenía talento de cupletista; para ella la vida hubiera sido esto: bailes, canciones, fiestas. El marido protestaba siempre, con alguna reflexión cazurra y rutinaria, de la alegría de su mujer; pero era rico, y ella aceptaba la brutalidad del cónyuge, porque le daba una vida cómoda y se notaba que oía sus observaciones sin darles la menor importancia.

Se podía tener la seguridad de que allí donde estuviese Concha Olavarría había animación y buenhumor.

Yo, acostumbrado a vivir en guardia, en un estado de suspicacia, me asombraba de la poca agresividad de aquella gente, y esto a veces me infundía confianza y me hacía ser espontáneo y natural.

XIII

Una boda en un pueblo francés.

Un día mi primo Luisito y otro muchacho me invitaron a ir a San Juan de Luz. El muchacho tenía unos parientes allí. Fuimos en un carricoche. Al marchar por la carretera algunas chicas francesas nos saludaron riendo.

Llegamos a San Juan de Luz; comimos en la casa del pariente de mi amigo, y por la tarde fuimos a un café de la plaza. Estábamos allí cuando nuestro amigo se encontró con un joven francés que le invitó a ir a la boda de un primo suyo a Sara.

—He venido con estos chicos —dijo el amigo, indicándonos a nosotros— y no les puedo dejar.

—Que vengan ellos también.

—No, hombre, no. No parecerá bien.

—Sí, hombre, sí. Voy a verle al primo y vendré con él a invitaros a la boda.

Efectivamente, poco después se presentaba el amigo con su primo, un hombre de unos treinta años, indiano, alto, delgado, sonriente,

con los ojos azules, el bigote largo y rubio y unos dientes de oro.

—Vamos, vamos —dijo el novio en español—; no hay que hacer esperar a las chicas.

Montamos en dos carricoches y fuimos a Ascaín, merendamos en el hotel de Larrun y seguimos a Sara. Llegamos al anochecer a un hotel, el hotel de Hoyarçabal, una fonda pequeña, limpia, bonita. La fonda rebosaba gente. Había unas chicas muy guapas, muy vistosas, muy sonrientes. Nos sentamos a la mesa treinta o cuarenta personas.

Yo, como no sabía ni francés ni vascuence, tuve que estar mudo.

Después de la comida se pasó a un salón con piano. Una chica graciosa, con la nariz un poco remangada, cantó la habanera de *Carmen,* y después esta misma chica, con un joven, cantó el dúo de Pippo y de Bettina, de *La Mascota: Je sens lorsque je t'aperçois,* que obtuvo los honores de la repetición, entre grandes aplausos. Después comenzó la *quadrille,* y se tocaron valses y contradanzas. Yo tampoco sabía bailar y tuve que meterme en un rincón.

—¡Qué extraña educación la que le dan a uno! —pensaba entre mí—. No sabe uno nada útil ni nada agradable. Ni cantar ni bailar, ni siquiera hablar.

Lo que más me mortificaba era ver lo que se divertían todos. ¡Qué manera de gozarla, qué manera de abandonarse al placer de reír y de saltar! Yo hacía el papel del buho, sin poder hablar con nadie y sin saber bailar. Ni siquiera se fijaban en que yo me aburría. Incomodado,

salí de la fonda; di la vuelta a la manzana de casas y entré en el cementerio del pueblo, que está alrededor de la iglesia. Hacía una noche templada, de luna llena; el monte Larrun brillaba enfrente, como una mole puntiaguda, con sus aristas plateadas. Estuve sentado en una sepultura mucho tiempo, para tranquilizar mi acritud y mi pena, y volví a la sala de la boda más tranquilo. Mis amigos, al verme, se rieron, tomando mi salida como señal de que había bebido mucho y me había hecho daño.

En el intervalo, las chicas se habían marchado. Los convidados cantaban a coro. Recuerdo una de las canciones en vascuence, que repitieron mucho:

> Inchauspeco alaba dendaria
> goician goiz jostera joailia
> nigarretan pasatzen du bidea
> aprendiza contzola tzailia.

(La hija de la tienda de Inchauspe marcha muy de mañana a coser, pasa por el camino llorando y la aprendiza intenta consolarla.)

Después de media noche nos acostamos, y al día siguiente, domingo, salimos de Sara. Hacía un día caliente de viento sur; el campo brillaba incendiado; la gran mole de Larrun aparecía formidable, como centinela de la tierra de España. Nos cruzamos con otros carricoches y llegamos a San Juan de Luz para comer.

Cuando cesó la fuerza del sol paseamos en la plaza, llena de chicas elegantes; luego montamos en nuestro cochecito y fuimos hacia Irún. Nos detuvimos un momento en Urruña; era la fiesta del pueblo; tocaban cuatro o cinco

músicos, instalados sobre un tablero sostenido sobre barricas y adornado con la bandera tricolor. Los aldeanos, sonrientes, y algunos señores con una cinta de color en el ojal, charlaban, sentados en las mesas exteriores de los cafés.

Las parejas bailaban la *quadrille* con cierta torpeza aldeana. Tomamos un bock de cerveza, presenciamos el baile y, a la caída de la tarde, marchamos hacia Irún. Por el camino las chicas pasaban cantando, los enamorados iban agarrados de la cintura, besándose. En el cielo alto comenzaban a brillar las estrellas.

¡Qué dolor ver aquella vida fácil, sonriente, amable! ¡Qué contraste con Villazar y la Mota del Ebro! Mientras marchaba en el coche, llevaba el corazón encogido, pensando si mi destino sería siempre el no poder acomodarme en ninguna parte. Cruzamos Behobia, luego el puente internacional y llegamos a Irún.

—¿Os habéis divertido?—nos preguntó mi tío.

—Mucho.

Cenamos, y yo me fuí a mi cuarto y me senté en la cama. Me sentía atormentado, retorcido de cólera y de despecho. No, no me acomodaría nunca a la dureza y a la sequedad de Villazar, y no tenía medios para ir habituándome a la blandura y a la suavidad de los pueblos franceses. El asomarme a una vida más muelle no me servía mas que para notar la aspereza de la vida a la que tenía que someterme.

Después de muchas reflexiones amargas y tristes, me metí en la cama y sentí un gran alivio al pensar que durmiendo estaba en un reino más agradable que el de la vida.

TERCERA PARTE

JUVENTUD

I

Sin vocación.

Mi tía Luisa me había aconsejado que fuera militar, pero yo no tenía la menor afición por ello. Me parecía un mal oficio en tiempo de guerra y un oficio ridículo en tiempo de paz. Como era necesario armonizar los gustos de mi tía con mis inclinaciones, dije que me agradaría ser cónsul.

Eso de la diplomacia le sonaba muy bien a mi tía. Comencé a estudiar para abogado en Valladolid. La verdad es que no tenía vocación ninguna para la abogacía, ni para nada, y que no me preocupaba gran cosa el porvenir.

Sentía el temor de que los acontecimientos iban a escamotearme la vida, como me iban escamoteando la juventud. Entonces ya pensaba que me contentaría con un año de vida intensa, de fiebre, y luego vivir al margen, es decir, un año de acontecimientos y el resto de la vida dedicado al comentario.

En momentos de ilusión, esperaba una racha de dinero o de buena suerte, como quien sueña

una novela. Me examinaba mucho, física y moralmente.

En aquella época me sentía humillado por una porción de cosas y, sobre todo, por mi figura. No deseaba ser más alto, me parecía bien una estatura media; en cambio, me fastidiaba no ser esbelto y no tener un aspecto acusado, aunque fuera siniestro. Nada más lejos de lo siniestro que mi tipo.

Era y soy algo rubio, sin ser rubio del todo; tengo los ojos medio grises, medio verdes, medio dorados, la nariz gruesa, la frente ancha y la cara redonda.

Cuando me miraba en el espejo, torcía el gesto. No se podía decir de mí que fuera un hombre desagradable, pero sí que era borroso y sin ningún carácter.

Lo único que a veces me gustaba era no ser el tipo corriente del país. En Valladolid me preguntaban si era extranjero, alemán o francés. Llevaba unas barbuchas amarillentas, que tan pronto me las dejaba como me las quitaba, pues en esto tampoco manifestaba la menor consecuencia. Reconocía, mal de mi grado, que no era el tipo de los que impresionan a las mujeres, sobre todo a las españolas. Con las extranjeras, no es que haya tenido grandes éxitos, pero, al menos, he sido aceptado como candidato.

No tenía nada de donjuanesco ni de byroniano, nada en mi aspecto de agudo, de cortante, de decidido. Al revés, era un tipo indeciso, vacilante, de aspecto cansado. Nada de pájaro de presa o de ave de rapiña.

Sin embargo, tenía y he tenido siempre un sentimiento de pájaro que no quiere ensuciarse las alas, que me ha salvado. Si no hubiera sido por él, hubiera terminado siendo un parásito o un granuja. El orgullo y el amor propio han suplido en mí la voluntad. Es uno un rebelde sin proponérselo.

Una educación así como la mía, desordenada, ¿cómo va a producir un tipo de ideales sociales?

Alguna vez alguien me ha dicho: usted es un indisciplinado. Sí, he contestado yo; pero no un indisciplinado voluntario. ¡Qué más hubiera deseado yo que encontrar un hombre o una institución que me hubiera dirigido bien por un camino de sensatez y de cosas razonables!

Muchas veces he pensado que la verdadera solución para mí sería perder la clase y aprender un oficio. Mi tía se hubiese indignado, seguramente; pero, ¿qué es lo que da el pertenecer a la burguesía a la mayoría de la gente? Nada. Una mala comida, una mala ropa, una casa mísera y una vida triste, desagradable.

En todo lo que yo hacía en esta época, en cuanto pensaba, no podía encontrar la medida. Era descomunal, un poco energúmeno, sin proponérmelo. De este instinto inarmónico, y de contrastarlo con la tendencia equilibrada y mediocre de los demás, me nacía un ímpetu anárquico y destructor.

Si el mundo hubiera sido una bola de cristal, muchas veces lo hubiera roto de un puñetazo o de una patada.

II

De estudiante en Valladolid.

Mi abuela había ahorrado la orfandad que me pasaban a mí, y calculó que con dos años de orfandad podría tener para un año de carrera. Yo estudié dos cursos como alumno oficial, y luego encontré una combinación perfectamente inmoral que me permitió seguir por libre.

Fuí a vivir a Valladolid a una casa de huéspedes de estudiantes de la calle de las Angustias con un condiscípulo de Villazar, y después me mudé a otra de la calle de Orates.

En una, los estudiantes eran casi todos navarros y burgaleses; en la otra, vizcaínos y guipuzcoanos.

En las dos casas, igualmente sórdidas, se vivía muy mal, sin la menor comodidad, en cuartos interiores, sucios, con una patrona que le trataba a uno groseramente, y unas criadas lugareñas, andrajosas, torpes, chillonas, que se pasaban la vida cantando. En la casa de huéspedes de los navarros y burgaleses se ju-

gaba constantemente y se pensaba siempre en hacer trastadas a los cadetes de caballería, a los que se les odiaba con toda el alma.

No sé por qué se les acusaba de afeminados, y se decía de ellos que llevaban corsé y hasta que se daban colorete en el cuartel. Muchas veces hubo riñas de consecuencias graves entre cadetes y estudiantes.

En la segunda casa de huéspedes, en la que predominaban los vascongados, se hablaba de música, del orfeón que tenían los de la región, se jugaba al mus y se bebían copones, enormes vasos de vino blanco.

Ninguno de estos gustos encajaba con los míos. El juego, el orfeón, el mus y los copones me fastidiaban; me aburría el café con su ruido ensordecedor de fichas de dominó, no me gustaba el paseo de la Acera de San Francisco, ni tenía gran entusiasmo por el teatro.

Me dedicaba a la lectura de novelas o a hacer comentarios. Yo advertía cómo la moral española, rígida y fuerte, no es mas que un disfraz de la miseria. Estudiantes que apenas contaban con medios mas que para vivir pobremente en un rincón, ¿cómo iban a tener fiestas, ni banquetes, ni amores alegres, ni nada de lo que caracteriza, según la literatura, la loca juventud? Todo estaba hecho allí a base de pobretería y de miseria, sin alegría, sin robustez, sin esplendor.

Yo creo que era el único que notaba aquello. Los demás estudiantes se figuraban vivir en Capua.

En las dos casas de huéspedes en donde

paré en Valladolid, la mayoría de los huéspedes estaban enfermos de enfermedades sexuales.

Los cultivadores de la Venus callejera tenían color de papel mascado, y sus alcobas apestaban a drogas. Muchos quedaban estropeados para siempre.

Un amigo que estudiaba medicina me explicó el caso: parecía que traían a los prostíbulos de la ciudad mujeres desde los puertos de mar en donde desembarcaban marineros que venían de países cálidos.

Así, a veces sucedía que las enfermedades sexuales tenían una violencia terrible.

Todas estas cosas me producían una repulsión y una tristeza profunda. No me gustaba reunirme con nadie.

Solía ir con frecuencia al Museo a ver las esculturas de Berruguete y de Juan de Juni, a la Biblioteca, donde no solía haber gente, y alguna que otra vez fuí de excursión en lancha por el Pisuerga.

Con una vida así languidecía, no tenía amigos. Entre los que vivían en la casa de la calle de Orates había un estudiante vascongado, por el que sentía gran admiración. Era de familia pobre, estudiaba medicina y se hallaba dispuesto a ser algo en el mundo a fuerza de trabajo.

Mientras los demás se marchaban de parranda a la taberna o al teatro, o a bailar con alguna chalequera, él quedaba en el comedor estudiando en la mesa camilla, mientras el patrón, la patrona y un huésped viejo jugaban al tute.

El estudiante seguía con sus libros, tomando notas, sin oír lo que se decía a su lado.

Algunos domingos por las tardes nos encontrábamos y paseábamos juntos, él poniendo en evidencia su brío y yo mi poca energía. Coincidíamos en la antipatía que experimentábamos por las tabernas, los garitos, los cafés donde se jugaba al dominó y las riñas.

III

La martingala de Joshé Mari.

Al segundo año encontré en Valladolid a un pariente mío, primo segundo por parte de mi padre, José María Larrea.

Era bastante mayor que yo. Larrea había vivido en Valladolid de estudiante, dejando una fama de calavera y de perdulario terrible. Sus luchas con los cadetes habían hecho época; las chalequeras de cerca de treinta años le recordaban con enternecimiento, y entre las mozas de la calle del Duque de Lerma y de la calle del Río era popular.

Larrea me dijo que iba a casarse y a concluír la carrera de abogado.

Le faltaban cinco o seis asignaturas. El hombre se examinó, hizo unos exámenes brillantes y salió bien.

Le felicitaron todos los que le conocían, porque había cambiado y se había hecho un hombre formal.

Un día vino a mi casa y me invitó a ir de paseo con él.

—Ya sé —me dijo— que aquí te aburres.

—Sí, es verdad. Esto de tener que envenenarse con la imbecilidad de los profesores y vivir entre gente cerril es cosa triste.

—¿No te gusta estar aquí?

—No.

—Me han dicho todos que eres un hombre formal.

—Sí, creo que sí.

—Tienes, además, serenidad; ¿eres hombre frío, tranquilo?

—Creo que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—En secreto te voy a decir que yo he salido bien porque un mozo de la Universidad me ha proporcionado tres bolas de tres lecciones que me he aprendido la noche anterior. Por cada bola le he dado diez duros. He sacado diez y ocho y le he dado ciento ochenta duros. Un magnífico negocio para él, pero que le puede costar el destino. Si tú eres hombre tranquilo y te sientes capaz de hacerlo te llevaré donde ese mozo. En vez de estar todo el curso aquí, estudias por libre; es decir, haces como que estudias, vienes una semana aquí, te examinas y estás despachado.

—Muy bien, me parece un gran proyecto. Vamos a verle al mozo.

Fuimos a verle, seguí la martingala y salí bien. Naturalmente, en cada examen hecho así pasaba los grandes sustos. Me estaba viendo descubierto y expuesto a la atención pública, al consejo de disciplina que me expulsaba, y tomaba conmigo otras medidas muy severas.

Con el procedimiento Larrea abandoné Va-

lladolid, y gran parte del año lo pasaba en Arnazabal. No hacía nada de provecho.

Lo único que hacía era leer.

Una vez fuí a la Mota del Ebro. Hablando con mi tía, como si me rebosaran mis opiniones, largo tiempo contenidas, le dije el juicio que tenía de la gente de Villazar y de sus amigos. ¡Qué asombro el suyo! Creo que si de pronto me hubiera convertido en un dragón, con una cola de lagarto y una lengua bífida, no se hubiese asombrado tanto. Me dijo, de buena fe, que yo era un enemigo de la Humanidad.

Desde entonces ya rompimos nuestras relaciones. Ella vendió, poco después, todas las fincas que tenía en el pueblo y se estableció definitivamente en Villazar. Aquí se dedicó a caciquear en las iglesias. Por lo que me dijeron me tomó un gran odio, y hablaba siempre mal de mí. Creo que llegó a emplear esa metáfora clásica de que había abrigado una serpiente en su seno. Yo pensé que, por muy serpiente que uno fuera, se encontraría en un sitio poco cómodo en el seno de mi tía Luisa.

En Arnazabal estaba muy bien. Si hubiera sido posible me hubiera pasado allí la vida. Supe que existía una biblioteca abandonada de un personaje político del pueblo, muerto hacía años, y entré en ella. No había muchos libros de los que a mí me interesaban, pero sí papeles, revistas y periódicos.

Durante mucho tiempo estuve leyendo números de la *Revue des Deux Mondes* y del *Figaro*, lo que me dió una idea de la literatura y de la política de hacía diez años.

Llevaba una vida solitaria; trabajaba en la huerta y daba grandes caminatas.

Solía ir a los montes a leer, seguido de mi perro. Los días de lluvia me ponía el impermeable y me marchaba por los caminos altos y pedregosos en donde no había barro. Oía el ruido del agua sobre los robles y las hayas y contemplaba las masas de bruma nadando sobre el valle. Hubiera evocado los espíritus, como Manfredo, sobre el Junfrau si hubiera creído en ellos.

Una tarde me sorprendió una tormenta en el alto de un monte. Para guarecerme me metí en una ermita asentada en la cima; era una tejavana con una campana. Caía la lluvia como un torrente y brillaban los relámpagos a derecha e izquierda y retemblaba la tierra. El perro aullaba de miedo, yo me sentía espantado. Había oído decir que el tocar las campanas atraía los rayos, y para comprobarlo cogí la cadena e hice sonar la campana dos veces. Me quedé satisfecho de mi valor y cuando cesó la lluvia volví a casa pensando en la impresión que habrían tenido en el pueblo de al lado al oír las campanas.

IV

Problemas interiores: Divagación confusa.

De cuando en cuando, me detenía en mi camino y me decía: ¡Alto! Hay que hacer un ligero comentario. Leí en esta época *Parerga* y *Paralipomena,* de Schopenhauer.

Todo lo que dice este hombre como reserva y suspicacia me pareció que lo sabía desde la infancia. Los meridionales tenemos el sentido de lo humano, de lo demasiado humano. Es posible que los hombres del Norte, para otras cosas mucho más profundos, necesiten tiempo para comprender la vida que nosotros comprendemos por instinto. Quizá este libro de Schopenhauer sea desilusionador para gente entusiasta como los alemanes; para un francés o un español es el abecé; a un siciliano, a un griego, o a un judío les hará sonreír.

A mí, al menos, no me quitó las ilusiones; al revés, me dió la impresión de que el autor creía en muchas cosas fantásticas que yo había desechado ya en mi interior.

Por si tenía una inclinación hacia el misti-

cismo ascético, leí la *Imitación de Cristo,* que me pareció una obrita lacrimosa e insignificante; leí también las *Moradas,* de Santa Teresa de Jesús, y la *Guía Espiritual,* del padre Miguel de Molinos; pero no me entusiasmaron.

No me encantó, ni me hizo considerarme superior el comprobar que no tenía ilusiones fuertes; al revés, lo sentí, porque esta sequedad, como hubiera dicho el padre Molinos, me pareció una prueba de decadencia de los instintos. Sin embargo, no es que flojeara siempre mi voluntad; la sentía a veces enérgica, pero sin saber en qué emplearla; tenía una voluntad desgranada de los instintos. Era y soy como un hombre que guarda unos duros en el bolsillo y entra en un bazar: lo que le gusta no lo puede comprar y lo que puede comprar no le gusta. Al último, deja los duros en un cajón o los tira al río.

Aquello, claro es, me producía disgusto. A tal disgusto le seguía una esperanza quimérica. ¿Quién sabe? Quizá, de un momento a otro, podía cambiar mi vida, y, de aburrida y estúpida, convertirse en extraordinaria y brillante. Esta vaga e indeterminada aspiración flotaba como una nube por encima de mis angustias.

Mis ideales individuales no eran claros: primera cosa que necesitaba, independencia; segunda, enterarme de la vida.

La independencia es muy difícil de conseguir, me decía; soy hostil a la catalogación, hostil a la limitación impuesta. Para limitarme con gusto, para vivir aquí en este rincón, necesito saber qué es lo que pasa allí lejos; con tener la

certidumbre de que aquí y allí lo esencial es lo mismo, me basta.

Necesitaba primero que me dejaran conocer lo que yo podía abarcar; luego, no tenía inconveniente en vivir en cualquier lado.

Para mi ideal de independencia, la cuestión sexual era una imposibilidad. ¿Cómo resolver esa cuestión? —pensaba—. O hay que tener dinero, y yo apenas lo tengo, o sumisión, cosa que me repugna. Todo está hecho a base de sumisión. ¿Quieres ganar? Hay que someterse. ¿Quieres vivir con una mujer? Hay que someterse. ¿Quieres tener sitio para respirar? Hay que someterse, y someterse a un sistema viejo sin prestigio, absurdo, que quizá durante la propia vida de uno sea abandonado.

Hay que someterse a un sistema que inventaron nuestros antepasados.

Parece mentira que el hombre valga tan poco y que tenga tan poca originalidad, que le sea indispensable vivir acomodándose al pensamiento de los muertos.

Yo no quería tener una rebeldía sin sentido, ni aparecer como descomunal o extraordinario. El satanismo, la perversidad y la neurastenia, que en algún tiempo me sonrieron, me empezaron a parecer repugnantes, aceptados de buen grado. Yo soy un hombre vulgar —me dije—; no quiero enfermedades, ni las de los grandes hombres; eso sí, quisiera tener las ventajas de la mediocridad. Me parece muy lógico someterme a todo lo que es racional; ¿pero someterme a una organización instintiva, vieja, que se hunde por todos lados? No.

Para mí, añadía, no hay posibilidad de bienestar, dentro de la sumisión. Es, pues, una condición indispensable la libertad, la autonomía espiritual.

Para realizar el segundo ideal, el ideal de conocimiento, una carrera me parecía un sistema muy malo. Claro que yo no estudié la carrera, la salté. A veces, me decía: Si yo estudiara en serio una carrera como la de abogado, que, dicho sea de paso, me repugna, y no tuviera éxito, sería un pasante de un bufete, un pobre hombre; si tuviera éxito, me hundiría en un mecanismo chinesco, y llegaría a creer que los pequeños éxitos de una Audiencia de provincias eran algo trascendental, como el descubrimiento de Newton. Después de unos años de vivir así, me pasaría como a uno de los grandes hombres de Villazar, abogado elocuente, que a los cincuenta y tantos años hizo un viaje por Europa, y trajo, en consecuencia, la idea de que todas las ciudades de nuestro continente eran muy húmedas, y que las no húmedas, como las de Italia, eran un poco sucias.

Mejor que una carrera, me hubiera gustado meterme en cuestiones de negocios; pero, además de no tener dinero, estaba lejos de los focos financieros. Luego me sentía con tan pocas inclinaciones de intriga, y era tan incapaz de captarme las simpatías de nadie, sobre todo estando en una posición subalterna, que veía el mundo de los negocios muy poco asequible.

No sé qué hubiera hecho en una posición alta; quizá tampoco gran cosa, porque me ha faltado siempre actividad y constancia.

La verdad es que hacía un balance de mí mismo poco consolador.

No soy capaz de un trabajo fuerte —me decía—. Para las matemáticas, la ciencia y la mecánica no tengo condiciones; el Derecho me repugna, el comercio también. Escritor no puedo ser, ni orador tampoco; no tengo facundia ni talento verbal. ¿Qué va a hacer uno? A pesar de esto, yo no me tenía por un tonto ni por un hombre anodino.

De creerme un tipo interesante, como me creía en la infancia, pasé a pensar que era un personaje sin carácter, y me gustaba presentarme como un tipo borroso. Durante mucho tiempo he pensado, con una profunda tristeza, que mi sino podía ser completamente vulgar y ramplón; pero, a pesar de esto, yo no me creía ni vulgar ni ramplón.

Yo no he pretendido grandes cosas ni ser sabio, ni rico, ni virtuoso, ni vicioso, ni imitador de Don Juan, ni de San Francisco.

Vivir decorosamente, hacer el menor daño a los demás y tener la mayor satisfacción posible. No he pretendido la gloria ni el dinero, ni la importancia social. Vivir y contemplar. Ese ha sido mi ideal.

V

Erotismo y sensiblería.

Hubiera dado cualquier cosa en mi juventud por emanciparme de la preocupación erótica, que no sólo me impedía hacer algo serio, sino también vivir tranquilamente.

En general, en los pueblos civilizados el hombre joven tiene que huír del placer. El erotismo presenta aparentemente una cara atractiva y risueña, aunque por debajo haya también mucho fango y mucha tristeza. En pueblos como los nuestros, el erotismo juvenil es algo terrible que se ve en una perspectiva de gasas de iodoformo y soluciones de permanganato.

Unido a mi tendencia erótica, y quizá como una descomposición de ella, iba teniendo un absurdo sentimentalismo. Era un ridículo sentimiento de perro sin amo. El despedirme de la criada de la fonda, el dejar un pueblo antipático y aburrido, me impresionaba.

Había siempre en esto algo semi-voluntario, porque si no me fijaba mucho en las cosas mi sentimentalismo no aparecía. Así que para mí

el problema se resolvía en hacerlo todo rápidamente. Una despedida brusca, una decisión inmediata y no pensada eran muchas veces la salvación en una situación difícil y embarazosa.

En ocasiones me sentía bien, sereno, ante una dificultad seria.

En general, era más perruno que gatuno; pero a veces obraba con una audacia felina.

CUARTA PARTE

MADRID

I

Primeras amistades.

No sé por qué una señora de Villazar llamaba a Madrid el pozo de los mártires, con un romanticismo al estilo de Pérez Escrich. Así como Valladolid se me figuró un Villazar aumentado, Madrid me pareció un Valladolid grande. Nuestra España es una e indivisible en su adustez, en su sequedad y en su roña.

Fuí a Madrid con el pretexto de esperar las oposiciones para cónsul; pero, en realidad, porque me parecía que no podría vivir en otra parte.

Por recomendaciones de mi tío el de Irún me dieron un destino de treinta duros al mes en un ministerio, sin obligación ninguna. Ya se me había acabado la pensión de orfandad.

Cuando me presenté en la oficina el jefe me dijo amablemente:

—¡Trabajar! ¿Para qué va usted a trabajar? Usted no es de plantilla. Le van a echar el mejor día. Venga usted a cobrar a final de mes y no se ocupe usted de otra cosa.

Seguí el consejo y me dediqué a la vagancia. No me gustaba Madrid. He tardado mucho en acostumbrarme al ambiente de Madrid, más al ambiente físico que al moral. Esa luz fuerte, ese sol brillante, el aire polvoriento, me han desagradado. Sobre todo, el verano me parecía muy molesto. No es para mí la luz violenta, no tengo ojos buenos para verla; a la claridad fuerte prefiero el gris, no porque sea más fino ni más basto, esto me tiene sin cuidado, sino porque me parece más agradable. El invierno en Madrid me ha sido siempre simpático, hasta que me he hecho friolero como un gato viejo.

Una de las cosas que siempre me molesta en Madrid, como en casi todos los pueblos españoles, es la cantidad de hombres que hay en las calles, sobre todo con relación a las mujeres. Es una cosa que da una impresión triste, fea y monótona. Cuando me dicen a mí que Sevilla es un pueblo alegre, me río. Un pueblo lleno sólo de hombres, y de hombres la mayoría petulantes, no puede ser mas que un pueblo desagrable.

En Madrid parece que las mujeres se van decidiendo a salir cada vez más a la calle y a animar la ciudad con su presencia y sus trajes de colores.

Al principio de llegar a Madrid, aunque hubiera preferido otra manera de vivir, me fuí a una casa de huéspedes de la calle de la Montera, que daba por detrás a la plaza del Carmen. Era una casa grande, destartalada, sucia y descuidada, donde vivía la gente más heterogénea del mundo: unos cómicos, dos franceses,

un cura castrense, un empleado alemán, un médico de una Casa de Socorro, un marino, un usurero, un caricaturista...

La dueña se llamaba doña Milagros, y el cura castrense, que era un humorista, llamaba a la casa la Babilonia impura de doña Milagros.

La casa era divertida, porque había constantemente muchos líos entre los pupilos. Yo pasaba por un joven serio que estudiaba para hacer oposiciones a cónsul.

Todo el mundo me creía viejo. Una vez fuí a ver a un conocido, a quien no encontré. Al verle al día siguiente me dijo:

—No podía suponer que fuera usted.

—¿Por qué?

—Porque la criada me ha dicho: Ha venido un señor de barba a preguntar por usted. ¿Joven? —le he preguntado yo—. No, de cuarenta a cincuenta años.

Yo tenía entonces veintitrés.

Al principio de llegar a Madrid me encontré con Lozano, que era también abogado y estaba de pasante en el bufete de un político muy conocido.

Hablamos de Villazar, y le pregunté por las chicas de Bernedo, la Filo y la Puri.

—La Filo tuvo un hijo —me dijo.

Yo me estremecí.

—Sí. ¿De quién?

—Me lo han atribuído a mí —contestó—; pero yo no cargo con el mochuelo. No he sido yo el único que ha rondado por aquella casa.

—¿Y qué hacen esas chicas?

—No sé, salieron del pueblo; creo que estuvieron en París y se establecieron en Bilbao. Ahora quieren trasladarse a Madrid.

Lozano, que ya me era antipático en el pueblo, me pareció más antipático en Madrid. Tenía cierto aire de superioridad, de hombre bien enterado; era conservador, y sentía un profundo desprecio por todo elemento republicano y democrático.

Lozano me hablaba como si fuéramos los dos buenos amigos. El caso es que no reñíamos y estábamos en muchas cosas conformes, hasta el punto que, después de una conversación larga, desaparecía en mí la antipatía profunda que le tenía; pero al día siguiente, al pensar de nuevo en él, sentía el mismo disgusto de siempre. Lozano era el hombre de voluntad, de pocos escrúpulos, muy social, con soluciones claras para todos los actos de la vida.

Nos citamos varias veces, y nos reunimos y fuimos al café y al teatro. Yo iba con él más que nada por recurso, por tener con quien hablar.

Cuando hice otros amigos dejé de verle de repente, cosa que le debió de ofender un tanto.

Los nuevos amigos míos salieron de la casa de huéspedes de la calle de la Montera. Al principio me reuní con un joven marino, Arnal. Arnal era un conquistador, dedicado sólo a las mujeres, hombre perfectamente cínico; le habían echado de un baile de Palacio porque le habían encontrado lanzándose al abordaje sobre una alta dama. Arnal tenía esta máxima

para sus conquistas: A las princesas, como a cocineras; a las cocineras, como princesas.

Como Arnal no cambiaba de tema me llegó a parecer pesado.

En la misma casa de huéspedes me hice amigo de un joven, Enrique Martí, empleado en el Ministerio de la Gobernación. Cuando dejé la Babilonia impura de doña Milagros seguí cultivando la amistad de Martí. Yo no conocía siquiera mi oficina, pero, en cambio, iba todos los días a la oficina de mi amigo. Esta oficina tenía relación con la Prensa y estaba atestada de periódicos de Madrid y de provincias.

Entre los amigos de Martí había aprendices de literato y de pintor que iban a su oficina, en el invierno, a calentarse; en el verano, a tomar el fresco, y siempre a pasar el rato charlando. Allí se discutía libremente y se llenaba la habitación de humo.

Si faltaban sillas se improvisaban con montones de periódicos.

Los cuatro o cinco empleados compañeros de Martí eran tipos curiosos. Uno de ellos, un viejo periodista, andaluz, escribía en un periódico clerical y se mostraba reaccionario. Echaba discursos elocuentes, porque tenía una gran verbosidad. Aquel hombre era muy aficionado al vino, y a cada paso bajaba a la calle a echar una copa. Para tener pretexto para ello dejaba el bastón o el paraguas en una tienda de comestibles de la calle de Correos, y en medio de una peroración decía:

—Voy a coger el bastón aquí al lado —y marchaba a beber.

Otro de los empleados, un señor con una barba blanca y un aire de gnomo sabio, escribía muy gravemente unos artículos en unos periódicos inverosímiles por lo desconocidos; artículos llenos de lugares comunes, por los que cobraba a duro cada uno.

El jefe de la oficina era un señor elegante, con unas grandes barbas en abanico, vestido de claro, con un cigarro, con su boquilla en los labios. Era hombre amable, del tipo de la gente de la Restauración, que creían lícito todo, y a quien no le parecía mal que en una oficina del Estado entrara una tropa de bohemios a charlar, a distraerse, a discutir la Religión y la Monarquía, y hasta a exaltar el anarquismo.

Los empleados de la oficina no manifestaban gran interés en aparecer por allí; en cambio, los amigos de Martí lo tenían grande. Se llevaban papel, lápices, plumas para escribir obras maestras, y un pintor arramblaba con trozos de leña y los sacaba debajo de la capa, y le servían de combustible en su taller.

En la oficina de Martí conocí mucha gente, unos que fueron amigos míos, otros a los que traté de pasada.

De estos últimos fueron dos bohemios que entonces vivían al arrimo de un joven catalán que explotaba un cinturón eléctrico que no servía médicamente para gran cosa, pero que a él le servía para vivir muy bien.

El joven catalán no era nada discreto; nos contaba quiénes iban a su casa, y por él sabíamos que el conde de tal o el marqués de cual estaban impotentes. Entre el joven catalán y

sus amigos hacían un periódico, en el que colaboraba un escritor del que recuerdo que andaba siempre con gabán, porque no tenía chaqueta, y en vez de pantalones completos llevaba los tubos de las piernas sujetos al cinturón con unas cuerdas.

Allí conocí también a dos o tres personas que luego llegaron a ser amigos míos. Uno de ellos fué Enrique Más y Gómez, hombre delgado, enfermo, abogado y profesor de lenguas. Más vivía de milagro, no ganaba nada.

Era un hombre insubstancial y débil; pasaba el tiempo tomando bicarbonato, fraguando combinaciones absurdas, pidiendo un destino en Bombay o en el Canadá, cuando no haciendo diligencias vanas, como las llamaba él mismo, pues sabía que ellas no le podían conducir a nada práctico.

Con Más y Gómez y un estudiante valenciano, Magraner, frecuenté los teatros y los bailes durante una temporada. Magraner se pasaba el curso en cervecerías y en teatros. Nos convidaba a ir aquí y allá, y había que acompañarle, so pena de reñir con él. Magraner era un hombre terco y voluntarioso, un hombrecito seco, duro, cetrino, que no tenía frío ni calor nunca. Si se le ponía una cosa en la cabeza la hacía. Afortunadamente para él, sus caprichos no eran costosos, y tenía dinero. Se le había ocurrido ver todas las representaciones de una zarzuelita que representaban en el teatro Eslava, y llegó a verla noventa y tantas veces. Magraner estaba destinado por su padre al comercio de la naranja. Más y Gómez le daba leccio-

nes de inglés. Por Magraner tuve amistades con un estudiante de Derecho, Santolea. Este Santolea, joven, alto, moreno, con una voz tonante, era republicano, hablaba muy bien y escribía medianamente en unos periódicos absurdos, en donde se pontificaba en severo moralista, lo que no era obstáculo para que los periodistas que escribían en ellos cobraran, unos en el Ayuntamiento, otros en la Inspección del arbolado, del alcantarillado, como empleados de la Diputación, y algunos hasta de amas de cría.

Santolea, al principio, me pareció hombre inteligente.

Yo no comprendía cómo podía soportar aquella patulea republicana que la mayoría era muy bestia y muy poco desinteresada.

Fuimos Santolea, Más y yo a los mítines del Primero de Mayo. Santolea tenía una hostilidad contra los socialistas que a mí me parecía absurda. Más y Gómez no comprendía la posición del socialismo.

Santolea y yo solíamos discutir; yo veía que el punto de vista social era el del porvenir, aunque yo no participara sentimentalmente de él. Santolea, más que razonar, peroraba, y se embriagaba con su oratoria.

Pronto vi que yo no simpatizaba con Santolea. Era un retórico, un hombre de discursos, sin intimidad, un vozarrón puesto al servicio de una inteligencia mediocre.

Se me agudizó esta sensación de desacuerdo yendo una vez a la casa de huéspedes donde vivía. Tenía una sala con alcoba que daba a

una calle estrecha y triste. En la sala no había ningún detalle agradable. Santolea no se había ocupado de quitar un cuadro antipático, bordado en cañamazo, o de variar algo el aspecto del cuarto.

A mí, en cambio, me gusta darle algo de mi carácter a la casa donde vivo, por pobre que sea. Santolea siguió su camino y yo el mío. No llegó a ser nada y acabó de empleado de un ministerio.

Indudablemente no era inteligente. Al pensar en él recuerdo uno de los capítulos de Huarte de San Juan en su *Examen de ingenios*, «Donde se prueba que la elegancia y policía en el hablar no puede estar en los hombres de gran entendimiento».

Entre los conocidos de aquel tiempo no recuerdo a ninguno que llegara a hacerse notable.

II

Un revolucionario y un "dandy".

La mayoría de aquella gente, gente ramplona, ocultaba su pereza y su falta de talento con frases.

Sin embargo, había algunas personas de valer. Los que me parecieron de más brío fueron un periodista, Montoya, y un joven amigo suyo estudiante, López Alvear.

Montoya era un viejo prematuro, calvo, inteligente, con unos ojos muy profundos. Ganaba ya bastante en el periódico donde escribía. Creía que se debía trabajar por los ideales sin esperanza de premio; era anarquista a su modo, y pensaba que la anarquía no debía de terminar en nada, ni tener más objeto que intranquilizar.

Montoya se sentía revolucionario y hubiera sido hombre de acción en otras circunstancias. Un día, al saber una catástrofe ocurrida en Madrid en un depósito de agua, que costó varias víctimas, fuimos Alvear, él y yo a

presenciar una manifestación obrera de protesta a los Cuatro Caminos.

Estábamos asomados a un desmonte, cuando se oyó un tumulto lejano y comenzó a saltar la tierra aquí y allá, como el agua en un charco donde se tiran piedras.

—Son balas —dijo Alvear—. Están disparando.

—¡Si tuviéramos armas! —exclamó Montoya con furia.

Montoya era hombre de barricada, de esos hombres retraídos que un día se exaltan y hacen una extravagancia o una enormidad.

Bastante conocido en el mundo periodístico, era odiado y tenía fama de malo.

A Montoya se le temía por su mordacidad. Sentía un profundo desprecio por la Prensa.

—¡Qué asco! —decía cuando cogía un periódico—. ¡Cómo ensuciamos el papel! Y de algunos aseguraba:

—Es tan imbécil como cualquier periodista.

—¿Cree usted que los periodistas valen menos que los políticos? —le pregunté yo una vez.

—El mundo político español es tan negado como el periodístico, o quizá más; pero el periodístico es más vil.

Montoya hablaba mal de Salmerón, de Costa y de las últimas novelas de Galdós, a las que llamaba el saldo de *Episodios Nacionales* de don Benito.

En la redacción donde trabajaba Montoya había un periodista viejo, hombre incomprensivo y pedante, que de oír a Montoya hablar

mal de los radicales, se había convencido de que estaba pagado por los jesuítas.

—Ya viene el padre Montoya —decía entre dientes.

Los demás periodistas, para burlarse del viejo, habían asegurado que la redacción en pleno estaba pagada espléndidamente por la Compañía de Jesús, y el uno ponía en una cuartilla *A. M. D. G.*, y el otro escribía Reinaré.

Cuando el viejo salía de la sala de redacción, los periodistas comenzaban a cantar en voz baja y mística:

Corazón Santo,
Tú reinarás.

Y al volver el periodista viejo se callaban y se miraban compungidos.

El pobre hombre estaba a punto de volverse loco, y veía jesuítas de hábito corto, unos con el puñal, otros con el veneno, otros con la mónita secreta hasta en la sopa. Toda la Compañía de Jesús, con San Ignacio de Loyola a la cabeza, bailaba una terrible zarabanda alrededor de él.

El estudiante López Alvear le acompañaba mucho a Montoya, y si no más inteligente que él, era más interesante.

Alvear, alto, rubio, delgado, de buena familia, tenía los ojos azules y el pelo como una llama, sentía una inclinación decidida por todo lo raro. Vestía muy bien, como un *dandy*. Era hombre de nervio y poseía una cualidad que a mí me ha parecido siempre genial: la de crearse el medio.

Montoya, su amigo, con mucha más cultura que él, quizá con más talento, no arrastraba a nadie; andaba flotando en el remanso sin esperanza en nada ni en nadie. Se le oía, y nada más. Alvear, no; Alvear arrastraba, quizá por su simpatía o por su instinto social. Le conocí una época anarquista, y vivía en ambiente anarquista, luego de escritor decadente, y tenía también su tertulia de esta clase. Parecía que inventaba aquellos pequeños focos para su uso particular, como Potemkin había inventado ciudades en Crimea para que las viera de lejos la gran Catalina. Cuando Alvear se dedicó a hacer versos, muchas veces yo quería convencerme de que estaban mal, pero no quedaba muy convencido.

Lo característico en él eran las explicaciones, por lo absurdo y por lo ilógico. No retrocedía en la discusión ante nada. Muchas veces, naturalmente, disparataba; pero otras acertaba de una manera sorprendente.

Cuando acertaba, Montoya le oía muy serio, mirando al suelo; cuando disparataba, le atacaba a fuerza de sarcasmos, y Alvear sonreía, reconociendo su pifia.

Yo estaba de acuerdo en muchas cosas con Alvear. Para él como para mí, las cortapisas de la costumbre y de la rutina no eran medio de canalizar las energías, sino trabas inventadas a favor de los imbéciles y de los cobardes, en perjuicio de la gente de personalidad fuerte y noble; pero él era capaz de eludir los frenos sociales por la violencia o por el fraude y yo me contentaba con la resistencia pasiva.

Alvear era un hombre inquieto e insaciable: matemáticas, anarquismo, decadentismo y nietzscheanismo, en todo metía su sonda; tan pronto se le veía inclinado al arte como a la ciencia, tan pronto pensaba si lo mejor sería hacerse obrero, como si sería mejor hacerse fraile. Había siempre en él algo de afectación y de pedantería. Le gustaba tomar actitudes extrañas para sorprender a la gente.

Un día, en plena época de su anarquismo, me dijo que se había relacionado con unos revolucionarios extranjeros y otros españoles, y que les había prometido fabricar un aparato explosivo perfecto.

—Me parece un disparate —le dije—. Además, en el complot habrá gente de la policía.

El se encogió de hombros.

Unos quince días después, volvía a casa de noche, de comprar un periódico en la Puerta del Sol, cuando me encontré con Martí, Montoya y otros que iban a un café de la calle del Arenal, donde tenían una tertulia medio pictórica, medio filarmónica. Me instaron a entrar con ellos y entré. Nos sentamos a una mesa y charlamos largamente.

La tertulia era heterogénea, se componía de unos cuantos escritores, pintores, de un cura y de un ex policía, don Paco, que sabía muchas historias de la vida de Madrid.

Se discutía en la mesa cuando apareció Alvear y se sentó a mi lado; poco después entró un agente de policía secreta a quien yo conocía de verle en el Ministerio, y se sentó en una mesa próxima.

—Ese es de los del Gallo —le dije a don Paco.

—Sí —me contestó él—, debe andar rondando algo, quizá a alguno de la tertulia.

Los artistas habían entablado una gran discusión sobre pintura.

Alvear se puso a dibujar con lápiz en el mármol de la mesa. Dibujó una caja que estallaba y escribió después: *La he fabricado ya.* Luego me dió con el codo para que mirara, y en seguida borró el dibujo y las letras. Yo leí lo que decía y comprendí en seguida de qué se trataba. Saqué un lápiz y escribí en el mármol de la mesa: *El hombre que ha entrado después que usted en el café le sigue, y es de la policía.* Inmediatamente borré también las letras.

Alvear quedó sonriente. Poco después nos propuso una partida de billar a Martí y a otros tres, y subimos al piso primero. Yo más que nada por curiosidad.

—Espérenme ustedes —nos dijo Alvear, al llegar al entresuelo—. Vengo en seguida.

Al poco rato subió el de la policía, buscó con la vista a Alvear, y al ver que no estaba desapareció.

—Este Alvear es un tipo raro —me dijo Montoya—, se le ocurre a él jugar al billar y luego se marcha.

Nos cansamos del billar y nos fuimos a casa. A los cuatro o cinco días le encontré a Alvear.

—Estuve a punto de caer en el garlito —me dijo.

—¿Pues?

—Tenía hecho mi aparato y empaquetado, cuando usted me dijo que me seguía la policía. Fuí a casa, lo deshice todo, eché por el retrete mis preparados, y al día siguiente vino la policía a registrar mi cuarto y no encontró mas que unos cacharros para hervir la leche y una cafetera. Indudablemente, había polizontes en el complot.

Alvear pareció perder su entusiasmo anarquista con esta prueba y evolucionó hacia el nietzscheanismo. Fué su época de esplendor. Las paradojas más extraordinarias salían de sus labios.

Alvear adivinaba la curiosidad que producía en los demás y replicaba con una sonrisa irónica que sorprendía. Le dejé de ver algún tiempo, luego desapareció y no supe más de él.

III

La casa de un indiano.

Cuando dejé la Impura Babilonia de doña Milagros, fuí a vivir a casa de la señora Petra, una mujer de la Mota del Ebro, casada con un empleado del tren. La casa estaba en una callejuela de la calle Ancha; era alta y dominaba un gran panorama.

En mi cuarto hacía frío en invierno y calor en el verano, pero tenía delante de mí espacio y aire. Al asomarme al balcón recordaba la novela *Guzmán de Alfarache*, cuyo subtítuto es: *Atalaya de la vida humana.*

Yo me veía también como un atalayero de la vida humana. Estaba allí más independiente, más solo que en la Impura Babilonia, y para contrarrestar la soledad pensé en cultivar algunas amistades. Hice una lista de personas a las que iba a visitar con cierta periodicidad. Una casa adonde hubiera acudido con frecuencia era la de mi amigo y condiscípulo de Villazar, Arnegui, pero estaba el pobre muchacho enfermo de epilepsia, y el verle me produ-

cía una impresión tan desagradable que no aparecía por allí mas que de tarde en tarde.

Visitaba también alguna que otra familia, siempre temeroso de que me manifestaran frialdad o me hicieran alguna grosería que me obligara a dejarles de ver.

Una casa donde me recibían amablemente era la de un americano, condiscípulo de mi padre, de niño, en Vergara.

Este señor se llamaba Alpizcueta y era un pobre hombre bueno, débil y sin ningún carácter. Se hallaba dominado por su mujer, una americana despótica y altanera; tenía un hijo y dos hijas. El hijo era negado, de lo más incomprensivo que pudiera imaginarse, tonto, soberbio, caprichoso, rubio y con cara de negro; las hijas habían salido como la madre, altas, fuertes, guapas, voluntariosas y mandonas.

Durante largo tiempo fuí a casa del señor Alpizcueta, que me convidaba a comer muchas veces. Me trataban como si fuera de la familia. Algunos me daban broma, suponiendo que pretendía a una de las hijas de la casa; pero no era cierto. No simpatizaba ni con la madre ni con las hijas. Ellas creían que habían traído toda la sabiduría en su equipaje de América, y que el conjunto de sus conocimientos acerca de la vida era tan grande que no podían añadir una partícula más.

No notaban los valores que hay en los países viejos. Para ellas un museo, una iglesia, un libro, no eran nada al lado de unos rebaños de vacunos o de algunas hectáreas de terreno. Solían aparecer varios jóvenes en la casa de Al-

pizcueta, porque las americanas tenían fama de ricas.

En esto se presentaron dos hermanos, hijos de un notario de un pueplo de Castilla; los dos esbeltos, morenitos, bien portados.

Los hermanos comenzaron a galantear a las hijas de Alpizcueta. Los dos, muy religiosos, muy buenos cristianos, hicieron una campaña admirable: adularon a la madre, halagaron a las chicas y en un par de meses se apoderaron por completo de la casa y nos hicieron el vacío a los demás. Los amigos antiguos tuvimos que desfilar y marcharnos. Al cabo de algún tiempo, por lo que me dijeron, un tío de los dos hermanos era el asesor y el consejero de la mujer de Alpizcueta. Los dos hermanos se casaron con las dos hermanas; uno de ellos se marchó a América y no se supo más de él; el otro, que se quedó en Madrid, parece que después de vivir muy fastuosamente resultó jugador y se arruinó. Yo, la verdad, creo que me alegré al saberlo.

IV

La novela de mis tres novias viejas.

Solía visitar por entonces a tres señoras viejas; las tres muy simpáticas, las tres muy amables y de la misma edad, próximamente.

Yo las llamaba mis tres novias viejas. Una era doña Asunción, la otra doña Isabel y la otra doña Rosario. Todavía no se había generalizado la moda de suprimir a las personas de edad el don o el doña, y ellas lo aceptaban sin molestia. Las tres señoras tenían una historia curiosa.

A doña Asunción la conocí en Villazar. Desde que había muerto su marido vivía en Madrid para dar carrera a su hijo. Su hija se había casado. Doña Asunción era gruesa, rubia, con el pelo cano y los ojos azules. Era hija de un militar y había nacido en una ciudad de Canarias, de la que guardaba un recuerdo romántico.

—Mi pueblo es un pensil —solía decirme.

Debía haber tenido una infancia muy agra-

dable en una pequeña ciudad donde su padre estaba de gobernador, siendo ella la niña mimada, una especie de reina.

Recuerdo de doña Asunción muchas frases que revelaban siempre el amor que tenía por todo lo que le parecía noble y bello.

—Mira, Luisito —me decía—; si yo no fuera católica, sería panteísta.

Doña Asunción era lectora entusiasta de Daudet, de Georges Ohnet y de otros autores entonces en boga; tenía curiosidad por todo. Le gustaba vestirse bien, porque aunque se reconocía vieja, le parecía que debía presentarse lo mejor posible.

Su hijo era un poco agrio y pedante. Le solía decir a su madre:

—Mamá, ese sombrero no te sienta bien; o menos años, o menos plumas.

Yo defendía a doña Asunción contra su hijo. Esta señora tenía mucha confianza en mí, y en nuestras largas conversaciones me hacía extrañas confidencias: me confesaba que de niña había estado mirando en el diccionario el significado de todas las palabras eróticas o sospechosas de erotismo, suponiendo muchas veces intenciones lúbricas allí donde no existían. Coincidíamos los dos en que sería mucho mejor enseñar fisiología en la pubertad. Doña Asunción quería leer una fisiología y yo se la compré. También tenía curiosidad por conocer algo de Voltaire, pero no se atrevía a pedirlo en las librerías. Me encargó a mí que le buscara una obra de este autor. Yo encontré el *Diccionario filosófico*, en francés, por tres pesetas,

en una librería de viejo, y se lo llevé. A mí ni siquiera se me ocurrió hojear el libro.

Doña Asunción cogió los tomos y leyó en el capítulo sobre la Ignorancia, en su primera parte, un apóstrofe poco galante que el autor dirige a una dama, en el que le llama animal de dos pies y sin plumas, que va al retrete y piensa, que está sujeto a las enfermedades más repugnantes y tiene ideas metafísicas. El apóstrofe termina con esta frase:

«J'aperçois que la nature t'a donné deux espèces de fesses par devant et qu'elle me les a refusees: elle t'a percé au bas de ton abdomen un si vilain trou que tu es porte, naturellement, à le cacher. Tantôt ton orine, tantôt des animaux pensans sortent par ce trou; ils nagent neuf mois dans un liqueur abominable entre cet egout et un autre cloaque, dont les inmondices accumulées seraient capables d'empester la terre entière.»

Convinimos en que las frases eran muy duras y descarnadas, pero nos pareció que valía más esto que la hipocresía y la mentira. Doña Asunción decía que hubiera preferido que la hubieran hablado así, que no como a un niño a quien hay que engañar siempre.

. . . .

Un día, doña Isabel me contó su historia.

—Mi padre —me dijo— era un marino mercante, hijo de franceses, que se llamaba Montalieu. Mi madre era de una familia catalana que, como te he dicho, pretendía descender nada menos que de Clodoveo.

Mi padre tenía un hermano, Joaquín, comer-

ciante en Barcelona, y sus ahorros de marino los tenía depositados en la casa de éste.

Era yo niña, estaba en el colegio y solía ir todos los domingos a casa de mi tío a comer; cuando conocí allá a un francés y a su señora, que me hicieron grandes regalos. Este francés pasaba por rico y tenía una gran influencia en el consulado. Se llamaba Benjamín Dupont y llevaba una vida fastuosa. Su mujer llamaba la atención por su elegancia. Poco después supe que Dupont era socio de mi tío Joaquín y de mi padre.

La casa de comercio Montalieu-Dupont subió de importancia y comenzó a hacer negocios en gran escala.

Mi tío Joaquín y Dupont tenían confianza absoluta uno en otro, y mi tío admiraba a su socio.

Mi tío poseía una torre en un pueblo de la provincia de Tarragona, y solía ir a ella con frecuencia. Dupont y su mujer le acompañaban muchas veces, porque, como te he dicho, reinaba entre ellos una gran armonía.

Un domingo, en que mi tío Joaquín y Dupont fueron a la torre, no se sabe lo que ocurrió; el caso fué que mi tío Joaquín no volvió. Se pensó si se habría caído al mar. Se buscó por la costa y no se le encontró.

El señor Dupont fué a Barcelona, se deshizo la Sociedad Montalieu-Dupont, y resultó que no había dinero en caja. Los negocios, según el francés, habían sido muy malos los últimos años.

Mi padre estaba navegando, y cuando volvió

a Barcelona y pidió cuentas a Dupont, éste se las mostró, y resultó que estaba arruinado.

Todo el mundo sospechó que Dupont había asesinado a mi tío y que se había quedado con el dinero; pero la cosa no pasó de habladurías y de sospechas.

Mi padre registró la costa próxima a la torre de mi tío para ver si encontraba el cadáver de su hermano; leyó todos los papeles que había dejado. Sus investigaciones fueron infructuosas. Mi padre quedó arruinado y Dupont salió de Barcelona unos meses después. El hombre subió en categoría, se divorció y llegó a ser nada menos que ministro en Francia.

Siendo ministro, contaron que estaba en Marsella o en Montpeller cuando ejecutaron a un criminal. Al ir éste a la guillotina vió a Dupont en una ventana. El reo le conoció al ministro y le dijo a gritos:

—Señor Dupont. ¿Se acuerda usted de Montalieu? Usted debía venir aquí conmigo, porque es usted tan asesino como yo.

—Pero me cuenta usted un folletín, doña Asunción —le dije yo cuando acabó su relato.

—Pues no es un folletín. Es la pura verdad —me contestó ella.

. . . .

Doña Isabel, mi segunda novia vieja, era una señorita que vivía en la Costanilla de los Angeles, y a quien había conocido por recomendación de mi tía Luisa.

Doña Isabel tenía un gran tipo. Era muy elegante, muy distinguida. Debía haber sido muy bonita. A pesar de su belleza y de ser hija

de personas ricas había quedado soltera. Doña Isabel tenía una casa alta, pero muy grande, muy espaciosa, muy bien alhajada, con muebles ricos, retratos de familia, vitrinas con miniaturas, abanicos pintados y otros adornos lujosos.

Doña Isabel era romántica como pocas. Ella no quería saber nada de las cosas impuras de la vida, sino de los grandes actos, de los heroísmos. Católica exaltada y monárquica ferviente, su ideal se había forjado con los *Mártires*, de Chateaubriand, y los versos de Lamartine. Con doña Isabel se podía hablar, porque a pesar de su gusto literario, para mí antipático, sentía curiosidades. Lo más desagradable de su casa era su criada y una perra malhumorada y tuerta, llamada *Violeta.*

La criada, la Plácida, una vieja avara, castellana, de cara de vinagre, recibía a todo el que llamaba en la casa como a un apestado. La Plácida hablaba como un libro, con unos giros castizos que recordaban el castellano antiguo. Los dos principios de su vida eran no gastar y aprovechar.

Cuando doña Isabel le mandaba que comprara algo y veía a los pocos días que no lo había comprado, le preguntaba:

—¿Por qué no has comprado lo que te dije?

—¿Para qué se va a gastar? —replicaba la criada.

La manía de aprovechar de la Plácida producía diálogos notables.

Un día escuché éste:

Habían recetado a doña Isabel, después de

la gripe, un jarabe de digital, que lo tomó hasta que el médico le dijo que lo dejara.

—Ya que se ha traído el jarabe —le indicó la Plácida a su ama—, ¿por qué no lo concluye usted?

—Porque ya no lo necesito.

—Entonces lo tomaré yo, para aprovechar.

Doña Isabel mandó tirar inmediatamente el jarabe, y que no se hablara más del asunto.

Casi tan desagradable como la Plácida era la perra *Violeta*, vieja, calva y gruñona, que se ensuciaba en todas partes, y a quien unos chicos habían dejado tuerta de una pedrada.

A pesar de su criada y de su perra, la casa de doña Isabel tenía su encanto, y yo pasaba en ella largas horas de charla.

. . . .

Doña Isabel tenía también su novela. Me enteré de ella por un viejo carlista alavés, amigo de Arnal el marino, que vivía en la casa de huéspedes de la calle de la Montera.

Doña Isabel era de Vitoria y había vivido en esta ciudad durante su juventud. Su padre era militar de graduación y hombre de fortuna. Isabelita, como la llamaba el viejo carlista, había sido la niña bonita del pueblo, siempre muy mimada, con muchos galanteadores. Como sucede con frecuencia a las chicas que tienen dónde elegir, era un poco remilgada. Ningún pretendiente le parecía bien: el uno era gordo, el otro flaco, éste soso, aquél sin carácter. Después de tantos reparos eligió lo peor, y tuvo relaciones, con gran oposición de su padre, con

un tal Pepito Salazar, joven calavera de buena familia y sin un cuarto.

Los amores de Isabelita y de Salazar duraron años. El novio no servía para nada práctico.

Al comenzar la guerra civil, Pepito Salazar entró de oficial carlista y fué a parar poco después al ejército del centro, con las tropas de Villalaín.

Salazar escribía a su novia de cuando en cuando, aunque no con mucha frecuencia. El padre de Isabel hablaba de los carlistas con odio y con desprecio, y su hija estaba interiormente de acuerdo con él. Si no lo manifestaba era por no reconocer que se había equivocado.

Al saberse el saqueo de Cuenca, el padre de Isabel volvió a maldecir de los carlistas y a acusarlos de bandidos y de bárbaros. Poco después Isabel recibió una carta de Salazar, y en la carta una cadenita de oro y una cruz preciosamente trabajada, con unos adornos de rubíes. El novio le decía que aquella joya la había comprado en Cuenca.

Unos meses más tarde Salazar cayó prisionero, se escapó, huyó a América y ya no volvió a saberse noticias suyas.

Tres años después Isabel conoció en Vitoria al comandante Albornoz, que le hizo una corte asidua. El comandante era hombre enérgico y decidido; habló a la muchacha, habló al padre y se concertó la boda.

Un día a Isabel se le ocurrió ponerse la cruz y la cadenita que le había regalado Salazar y presentarse con ella.

Verla Albornoz, palidecer e inmutarse, fué todo uno.

—¿De dónde tienes esa cruz? —preguntó el comandante—. Di, ¿de dónde tienes esa cruz?

Isabel, sorprendida y turbada, contó parte de lo que había pasado y se echó a llorar desconsolada.

La cruz y la cadena eran de una hermana del comandante Albornoz, a quien los carlistas, al entrar en Cuenca, habían robado y violado.

El comandante estuvo brutal. Doña Isabel le devolvió la cruz y la cadena.

Unos días después, el comandante quiso reanudar las relaciones con su novia; pero ella había quedado espantada con la violencia de carácter de aquel hombre y no quiso verle más.

Cuando murió su padre, doña Isabel fué a vivir a Madrid con una tía suya, y aunque tuvo proporciones para casarse, no quiso.

. . . .

Doña Rosario, mi tercera amiga, era la fantasía. Estaba un poco neurasténica y tenía ideas extravagantes. Su juventud había sido rara. Hija de un diplomático, pasó la infancia en París, en un colegio de monjas, durante el segundo Imperio. En la época de la *Commune* vivió en los sótanos del colegio y acompañó a las monjas que salían disfrazadas a hacer cola en las panaderías y carnicerías. Recordaba las escenas de la calle, los tiros y cómo una vez entraron unos comunistas, negros de pólvora, en el colegio, a los que sacaron los soldados versalleses para fusilarlos. Concluída la guerra en

Francia, el padre de doña Rosario había tomado partido por el pretendiente Don Carlos, y llevó la niña a Vergara. De las escenas terribles de París a la corte de opereta de Don Carlos había todas las gradaciones de lo pintoresco en su existencia.

Doña Rosario llevaba una vida desordenada e inquieta: cambiaba de casas a cada momento; se acostaba y se levantaba al día varias veces; comía a horas intempestivas; pero era muy simpática y de muy buen corazón.

Doña Rosario tenía una hija, Amparo, una muchacha de veinticuatro o veinticinco años, alta, con unos ojos claros, muy amable, que cuidaba de su madre y la trataba como a una niña.

V

La abuela.

Un día de invierno recibí un telegrama de mi tía diciéndome que fuera inmediatamente a Arnazabal; su madre, mi abuela, se hallaba enferma de cuidado.

Al recibir la noticia supuse que mi abuela estaría gravísima, si no había muerto. Como no tenía para más, tomé un asiento de tercera. Pasé en el tren un frío terrible. Afortunadamente, unos soldados riojanos que venían de Melilla con la licencia absoluta me prestaron una manta y me convidaron a pan, queso y vino. Estos muchachos se pasaron toda la noche bailando y cantando, sobre todo una canción que tenía como estribillo Larigú, Larigú.

Cuando llegué a Arnazabal mi abuela había muerto. Mi tía andaba como una loca, de la derecha a la izquierda, de un cuarto a otro y de la casa a la huerta, hablando sola. Yo temía que estuviera trastornada. Por la tarde vino la gente del pueblo y el vicario a darnos el pésa-

me; hablé con ellos, sin entender apenas lo que decían.

Mi tía tuvo ataques de nervios durante la noche y hubo que cuidarla. Yo estaba, por el viaje, cansado, lánguido y soñoliento. Por la mañana se efectuó el entierro de mi abuela, y mi tía, que de pronto se tranquilizó, me dijo:

—No vayas a la iglesia. Acuéstate. No has dormido.

Salí a la huerta.

El aire de la mañana me despejó. No fuí a la iglesia, no quise tampoco acostarme.

Anduve por delante de casa, por la carretera, mirando el paisaje. El cielo estaba gris, el campo verde, caía una lluvia menuda, cantaban los gallos y se contestaban a lo lejos.

En una casa próxima a la nuestra, en un balcón corrido, apareció una muchacha a colgar unas ropas y se puso a cantar. Tenía una voz de un timbre tan bonito, que estuve oyéndola absorto, apoyado sobre una tapia. En la pesadez, un poco soñolienta, de mi espíritu, me pareció que yo iba marchando por un camino obscuro y que la voz aquélla era como una estrella brillante que me guiaba. Calló la voz y noté que quieto me estaba helando. Me sentí un poco escalofriado y comencé a dar unos pasos para calentarme. Me acerqué al cementerio. La puerta estaba abierta.

—Voy a ver dónde la han enterrado a la pobre abuela —me dije.

No la habían enterrado aún; la caja se veía sobre un montón de tierra, al lado de la fosa cavada. El sepulturero, un viejo borrachín, se

había marchado a beber y estaba allí solo su hijo.

—¿Se ha ido tu padre? —le pregunté.

—Sí, a echar una copa.

Comprendí que era una preocupación; pero me pareció poco piadoso dejar allí el féretro, sobre un montón de tierra, a que esperase la llegada del sepulturero, borracho.

—Ayúdame —le dije al chico.

—¿Qué quiere usted hacer? ¿Enterrarla?

—Sí.

Entre los dos deslizamos la caja al fondo de la fosa, con suavidad, y luego fuí yo echando paletadas de tierra, sin ruido.

Cuando volví a casa le conté a mi tía lo que había hecho, y ella me abrazó llorando.

—Qué piensas hacer ahora? —me dijo.

—Tengo que volver a Madrid, pero necesito dinero para el viaje.

Mi tía me dió el dinero. No hablamos nada de la casa y de las tierras de la abuela. Me despedí de mi tía y volví a Madrid, con una impresión de frío en el corazón. En el tren, mientras los viajeros dormían, fuí largo rato llorando.

. . . .

Tenía a veces días en que me encontraba muy solo e iba a buscar a alguien con quien charlar.

Una noche, en el café de Fornos, me encontré con Montoya y otro periodista. Estuvimos hablando hasta la madrugada.

—¿Sabe usted ahora dónde vamos? —me preguntaron.

—No.

—Pues a una cosa muy desagradable —dijo Montoya—; a ver una ejecución de una mujer. Yo tengo que hacer un artículo y éste tomar unas notas. Venga usted.

—No, no; yo no voy.

—No iremos a la cárcel. Yo, al menos, pienso ver la ejecución de lejos.

Tomamos un coche. El periodista fué a la cárcel, y Montoya y yo nos quedamos en un desmonte a trescientos o cuatrocientos metros del muro de la Cárcel Modelo, donde iban a ajusticiar. Se veía el patíbulo armado sobre lo alto de la pared de ladrillo en la luz fría y clara del amanecer. Esperamos una media hora. De pronto vimos salir unos hombres de negro, precedidos de un cura que llevaba una cruz alzada. Se pusieron en rededor del tablado y luego salieron la mujer a quien iban a ejecutar y el verdugo. Después quedó el cuerpo de la mujer como un muñeco negro en el palo. A pesar de que no pude apreciar detalles, la cosa me hizo mucha impresión y contribuyó a borrar el recuerdo triste que tenía de Arnazabal.

VI

El conocimiento de la gente.

Yo no sé si es una ilusión o una realidad, pero me figuro que desde que conozco a una persona sé aproximadamente su manera de ser. Este hombre es un egoísta o es un envidioso, o es un violento, tiene buena o mala voluntad para mí. Tal conocimiento intuitivo me ha parecido casi siempre cierto.

La verdad es que no he sufrido nunca un desengaño. Jamás he tenido que decir: Yo pensaba que este hombre era amigo mío y me ha traicionado, o al revés: Yo tenía a este hombre por enemigo y me ha hecho un favor. No me ha sucedido nada semejante, y si me ha sucedido algo semejante a esto, ha sido con personas a quienes no conocía mas que por carta. ¿Es que creo yo que hay medios extraordinarios de conocer a la gente? No. Todo es cuestión de atención, de instinto y de no fiarse de lugares comunes.

Naturalmente, esas miradas magnéticas y fascinadoras de que nos hablan los novelistas,

las pupilas que se contraen y se dilatan a capricho son pura fantasía. El globo del ojo solo, de por sí, dice bien poca cosa, pero la cara puede decir mucho. He comprobado que el no poder resistir la mirada de otro no es una señal de remordimiento de conciencia, sino un indicio de debilidad nerviosa. Hay personas de ojos brillantes cuya mirada cansa, pero en ello no interviene apenas la parte moral. Ese cansancio es el mismo que produce el contemplar con fijeza un objeto brillante cualquiera.

Con esto sucede como con el rubor; muchas personas tímidas se ruborizan pensando en que los demás pueden sospechar de ellas.

En un taller de modistas visitado por mí, siempre que faltaba algo, un dedal, una cinta, un metro de goma, una de las chicas se ruborizaba; al principio, todas sus compañeras creían que era ella quien los cogía; luego se vió que no, que la pobre muchacha se ruborizaba sólo pensando que le podían atribuír la falta de los objetos que se buscaban.

. . . .

La inteligencia, obrando directamente sobre los hechos, descartando las ideas admitidas y los lugares comunes, puede llegar a mucho.

Yo he intentado emplear este procedimiento, y a veces me ha dado resultado. Cierto que no se me ha notado en la práctica. En la práctica de la vida el impulso y la adaptación al ambiente valen mucho más que la comprensión.

A mí me asombra mucho, al pensar en mi vida, las pocas ilusiones que me he hecho acerca de mí mismo, acerca de los demás, de la so-

ciedad, etc.; me asombra, y no creo que es petulancia, lo claramente que he visto algunos acontecimientos políticos sociales y familiares; sin embargo, lo poco que he conseguido conscientemente.

El secreto es que la voluntad lo hace todo, es la que da la flexibilidad, la hipocresía, el acomodamiento fácil. Yo no tengo estas condiciones, no tengo fuerza en la volición.

Además, hay en mí un fondo de probidad intelectual un tanto absurdo, resto de ingenuidad infantil que no he podido disolver por más esfuerzos que he hecho. No sé engañar espontáneamente ni a un hombre ni a una mujer, ni a un chico; tengo que proponérmelo, tengo que poner todas mis fuerzas para ello. No he conocido muchos hombres que tuvieran una impotencia para engañar semejante a la mía.

Según dice Gobineau en su libro sobre las religiones del Asia Central, los musulmanes asiáticos practican una forma de hipocresía y de casuísmo que llaman el Ketman. Gracias al Ketman son como camaleones ante el peligro, y cambian de color según las conveniencias, siempre conservando interiormente la fe. Entre nuestros católicos se practica también el Ketman, aunque la fe principal católica es el dinero.

Yo no he sabido nunca practicar este Ketman.

VII

Las modistas.

Un día de fiesta, en la calle de Alcalá, llevaría ya dos años en Madrid, me encontré con la Filo y la Puri, las chicas de Bernedo, mis amigas de la Mota, las dos muy elegantes. La Filo iba con un niño de la mano. Mi primer movimiento fué hacer como que no las veía y seguir adelante. La Filo se dirigió a mí.

—No te vas sin saludarnos —me dijo.

—Ah. ¿Sois vosotras?

—No finjas; nos has conocido y querías escabullirte.

Yo me callé.

—¿Vives aquí? —me preguntó ella.

—Sí. ¿Y vosotras?

—También.

—¿Ese es tu chico?

—Sí.

—¿De Lozano?

—Sí.

—Se parece a él muchísimo.

La Filo estaba muy guapa, alta, corpulenta,

muy bien vestida, con el pelo más rubio que antes. Parecía una francesa. La Puri tenía aspecto más vulgar.

Acompañé a las dos hermanas un rato.

—Ven a casa alguna vez —me dijeron.

—Ya iré.

No fuí; quince días después las volví a ver y fuí a su casa con ellas; vivían en una esquina de la calle del Barquillo. La casa suya estaba muy bien puesta, con mucha gracia. La Filo era la directora de todo. Había estado tres años en París y había aprendido el oficio y a hacer las cosas con gracia y coquetería.

—Esto a ti, que eres tan filósofo —me dijo la Filo—, te parecerá muy poco serio.

—No, no; me parece muy serio, porque os da de comer, y de comer bien, por lo que veo. Vosotras no tenéis la culpa de que las mujeres, cuando se ponen a adornarse, no se diferencien gran cosa de los monos.

La Filo se rió y me enseñó toda la casa, que estaba muy bien arreglada; en poco tiempo habían hecho grandes progresos. Volví una semana después. Como las de Bernedo me tenían por hombre formal, me pasaron al taller y vi cómo trabajaban las modistas. Me interesaba el taller. Solían estar las muchachas trabajando doce y catorce horas al día, y ganaban la que más dos pesetas. Con tener luego unos trapitos que lucir en la calle ya estaban contentas. ¡Qué modestia en las aspiraciones!, pensaba yo. La mayoría de aquellas chicas no eran bonitas, pero alguna que otra, sí muy graciosa. Había una aprendiza que me parecía

muy bien. Se llamaba Saturnina, y en el taller la decían la Satur.

Yo la llamaba la Gioconda, porque me recordaba el retrato de Vinci. Era una Gioconda niña, sin la expresión ambigua y extraña de la Monna Lisa.

Varias veces le dije a la Filo que su aprendiza la Satur tenía el gran tipo.

—Si no digo que no, pero es completamente inútil. No sirve para nada.

Al segundo o tercer día de acudir al taller conocí al tenedor de libros de las modistas, un joven, de nombre Santos, picado de viruela, con los ojos brillantes, hombre muy alegre, que por la mañana trabajaba en un almacén, por la tarde llevaba los libros en casa de las de Bernedo y por la noche tocaba el violín en un teatro.

Santos había nacido en un pueblo de la Rioja y me empezó a llamar paisano. Era un hombre efusivo y cariñoso. Me llevó en seguida a su casa. Vivía con un tío suyo, don Alejo, en un cuarto piso de la calle del Espíritu Santo Don Alejo estaba empleado en un almacén de papel. Era un hombre pequeño, alegre, con una mirada burlona, madrileño clásico de los que solían ir a la Puerta del Sol cuando había alguna marejada política, creyendo que aquellos corros de desharrapados tenían su influencia en la marcha del país. Yo solía verle con un gabán raído de color leonado, una pellica y un bastón amarillo. Don Alejo era un hombre cándido e infantil, republicano, amigo del capitán Casero. Se había sublevado con el gene-

ral Villacampa, y cuando hablaba de la República se le ponían los ojos brillantes de entusiasmo.

Un día, Santos nos invitó a ir a su casa a las de Bernedo, a una oficiala del taller y a mí.

Fuimos los cuatro. Santos hizo filigranas en el violín. Luego, don Alejo, que tocaba un poco la guitarra, cantó acompañándose con ella una canción del capitán Casero, muy mala como letra y como música. Comenzaba así:

Sienten ya nuestras venas
sangre española arder;
de España las cadenas
vayamos a romper.

El pobre hombre se entusiasmaba tan sinceramente con aquella canción, a pesar de su vulgaridad, que yo también me enternecí. Hablamos don Alejo y yo de la República, y aunque yo no estaba muy conforme con sus ideas, asentí sin dificultad a cuanto me decía:

De pronto, la Puri, sin más ni más, me dijo:

—¡Qué antipático estás!

—¿Por qué? No creo que te he hecho nada.

—Ya lo sé; pero me eres antipático, antipático como ninguno.

—Qué le voy a hacer; lo siento.

—No le hagas caso a esta burra —dijo la Filo—; a esta le gustan las chulerías y los hombres que toman posturas.

—¿Y a ti, no?

—A mí, no.

—Pues, chica, yo todavía no he tenido ningún hijo.

La Filo se calló y no replicó nada.

Antes de las doce se acabó la reunión y acompañamos a las dos hermanas hasta su casa; Santos con la Puri y yo con la Filo.

Esta, aunque de soslayo, se fué sincerando de su conducta en su juventud.

—En un pueblo como la Mota —me dijo—, ¿qué va a hacer una chica pobre, como nosotras? No puede aspirar a casarse con un muchacho decente y un poco educado; tiene que casarse con algún patán o con algún viejo, porque no hay hombres, se van todos del pueblo.

Yo le daba la razón.

Después me aseguró, aunque no de una manera clara, que si tuviera que elegir de nuevo entre Lozano y yo, me elegiría a mí.

—¡A buena hora! —pensé yo con algún despecho.

Las dejamos a las dos hermanas a la puerta de su casa y fuimos charlando Santos y yo.

—La Filo está por usted —me dijo Santos.

—¡Bah!

—Sí, sí; está por usted.

No sé si había algo de cierto en ello. Al pensar en la Filo, que era una mujer guapa, la sombra de Lozano se interponía en mi memoria, y la repugnancia que sentía por él se extendía hasta ella y, sobre todo, al hijo. El recordar que entre Lozano y yo había elegido a Lozano, me producía una herida en mi amor propio que me escocía aún.

. . . .

Con frecuencia, las de Bernedo y yo discutíamos cuestiones acerca del amor, punto que nos

interesaba igualmente a ellas y a mí. También solíamos hablar de modas, pero con menos apasionamiento.

Un día me dijo la Filo:

—Yo ya no pienso perder el tiempo. Si encuentro alguno que me guste de verdad, se lo digo. Si no me quiere como mujer, como querida.

—¡Qué emancipada estás, chica! —la dije yo.

—Me hicieron sufrir mucho en nuestro pueblo. Bueno, aquél es un pueblo asqueroso.

—¿Tú crees?

—Asquerosísimo. Yo preferiría vivir en cualquier rincón que allí. ¡Qué gentuza!

—Se echarían sobre ti cuando lo de Lozano.

—¡Figúrate! Todas aquellas viejas tan malas, empezando por tu tía, me persiguieron, me acorralaron. Mi padre se murió, en parte, del disgusto. Por eso le tengo odio al pueblo.

—Pues chica, el pueblo se hunde y dentro de poco no quedará nada de él.

—Eso ya me da lástima.

—¿Y a Lozano le tendrás también asco?

—No; no creas. Le vi una vez aquí. Estábamos juntos en el teatro. No se atrevía a hablarme. «Puedes hablar conmigo» —le dije—. «¿No me guardas rencor?» —«Ninguno; no me has engañado.» —«¿Lo reconoces?» —me preguntó él—. «Lo he reconocido siempre. Yo sabía que no te casarías conmigo; me gustabas tú, y nada más. ¿Qué iba a hacer? ¿Secarme de solterona, o casarme con un hombre que no me gustara? No. He preferido esto. Ahora trabajo, vivo con mi chico y estoy contenta.» El hombre

se quedó sorprendido; creía que yo le iba a contar lástimas. —«¿Y si ahora te pretendiese? —me preguntó»—. «Pues chico —le dije—, ahora no te haría caso.» —«¿Por qué?»— «Porque no me gustas. No tendría ninguna ilusión en vivir contigo.»

—¿Le encontraste petulante?

—No. Ahora le veo tal cual es, como te veo a ti; con la diferencia de que a ti te estimo y a él, no. Empezar de nuevo con él me parecería como leer un libro aburrido que se sabe de memoria.

—Muy bien ¡Psicología! ¡Psicología! ¿Y antes, cuando le conociste?

—Antes era como una locura. Me parecía un dios.

Yo debí de hacer un marcado gesto de contrariedad.

—¡Qué mueca has hecho!—exclamó la Filo—. ¿Te molesta que le haya querido a Lozano?

—Sí; me parece una prueba de mal gusto extraña.

—¿Le tienes odio?

—Más que odio, repugnancia.

—¡Cómo sois los hombres! Así que yo para ti soy una mujer como contaminada, por haber tenido un hijo con Lozano.

—Si; algo así.

—¿Y si lo hubiese tenido con otro?

—Con otro ya no me parecerías contaminada.

—¡Qué hombres! —exclamó la Puri—; no sienten mas que antipatía unos por otros. Todo se reduce a odio.

—En vosotras pasa igual. Rivalidad; todo se reduce a rivalidades de ovario.

—Tú no has querido a ninguna mujer —me dijo la Puri.

—Según a lo que se llame querer.

—Yo llamo querer a tener un cariño largo que desafíe las dificultades.

—¡Ah!, no. De ese cariño no he tenido nunca.

—Has sido siempre egoísta.

—¿Y tú, no? ¡Bah! Tú eres una mujer ardiente y te gustan casi todos los hombres.

—Menos tú.

—Menos yo. Y esa inclinación natural, como la de ir al retrete, de una persona sana, ¿tú crees que es amor, ese amor de sacrificio y abnegación? ¡Ca!

—Tienes razón, Luis. Es verdad, completamente verdad lo que dices —dijo la Filo.

—¿Así me defiendes? —preguntó la Puri, indignada.

—Es que tiene razón. En ese sentido de tener un cariño largo, generoso, le creo más capaz a Luis que a ti, y eso que es atravesado; ahora, para saber tener energía, para tomar una decisión pronta, tú vales mucho más que él.

—La Filo nos conoce —dije yo—. Tiene el instinto psicológico aguzado de la modista. ¡Qué lástima que no lo tuviera cuando conoció a Lozano!

—Chico, lo pasado, pasado —exclamó ella—. El que quiera, que me tome como soy; el que no, que me deje.

—Sí; no se puede borrar la historia.

—Y tú de conquistas, ¿qué? —me preguntó la Filo.

—Yo de conquistas, nada.

—¿No tienes éxito entre las mujeres?

—Muy poco, chica, muy poco. Un primo mío me decía un día: «Cuando empieces a tener las sienes grises, te querrán las mujeres.» Yo lo dudo.

—Pues a mí no me gustan los viejos —dijo la Puri.

—Es natural. Pero es el caso que las mujeres se confían a ellos y no sienten tanta repulsión como nosotros por las viejas para cuestiones de amor.

—¿Tú crees...?

—Estaba yo de estudiante en Valladolid, y en la Audiencia hubo un proceso por homicidio; uno de los acusados era un hombre de unos cincuenta años, un tipo castellano, cetrino, con unas patillas grises de bandido. En el juicio el presidente le preguntó: —«¿Tenía usted relaciones íntimas con la Fulana?» —«Sí, señor.» —«¿Y cómo empezaron estas relaciones?» —«Pues porque ella me solicitó:» Yo me quedé un poco asombrado de que una mujer que no era fea solicitase a aquel hombre de aire de facineroso; pero luego he visto que no es cosa tan rara.

—¿Te solicitan a ti? —me preguntó la Puri.

—No, a mí no se me han puesto aún las sienes grises.

—Todavía somos jóvenes —dijo la Filo—, y tú estás mucho más joven que antes.

—¡Pschl Además, ya me va importando poco. Me estoy haciendo un asceta.

—No sé qué es eso.

—Pues nada, que voy buscando la castidad.

—¿Y cómo? —preguntó burlonamente la Filo.

—Pues suprimiendo la alimentación. Ya no bebo vino ni como carne, ni voy a sitios donde haya mujeres, ni voy al teatro.

—¡Qué disparate! —exclamó la Filo—. Y entonces, ¿para qué vivir?

—Para leer, para enterarse.

—¡Parece mentira que los hombres que tenéis talento seáis tan estúpidos!

Por lo que vi, mi ideal de ascetismo le parecía a la modista la cosa más desgraciada que se le puede ocurrir a un hombre.

. . . .

Otras conversaciones parecidas tuvimos otros días, siempre alrededor del amor y de sus consecuencias.

—Con relación a las mujeres —les decía yo un día a las dos hermanas—, los hombres se podrían dividir en dos clases: en la una estarían los hombres vistos por las mujeres con cristal de aumento; en la otra, los vistos con cristal corriente o con cristal de disminución. Los primeros son admirados, mimados; los segundos, desdeñados; pero, en general, son iguales los unos que los otros. Cuando uno tiene el sino de que le miren con el cristal corriente o con el de disminución, siente uno un poco de odio a los que se les ha mirado con cristal

de aumento. Es uno de mis motivos de antipatía contra Lozano.

—Dale —dijo la Filo—. Me fastidia que tengas ese odio contra Lozano; porque si lo tuvieras porque me quisieras a mí, estaría muy contenta; pero le odias en balde, por rencor, por orgullo, porque antes, en vez de elegirte a ti, le elegí a él.

—Es verdad; eso no te lo perdonaré nunca.

—Además, veo que también le miras con antipatía a mi chico, que es un angelito el pobre, y eso tampoco te lo perdono yo.

—No, eso no.

—Bien. Me alegro que sea así. No tendrás antipatía ni odio, pero sí indiferencia, desdén. Hay que ayudarnos un poco a las pobres mujeres, que hacemos tonterías porque no tenemos quien nos aconseje ni quien nos ayude. Ya ves tú: yo he trabajado mucho, he cuidado de mi padre, he amamantado al chico y lo estoy educando; pues para mucha gente no soy una mujer honrada ni respetable.

—Para mí, sí, tan respetable y tan honrada como la que más. Yo tengo por ti la misma consideración que pueda tener por la más encopetada dama.

—Sí, pero no basta la consideración, Luis; hay que tenerme un poco de cariño y olvidar...

—¡Qué gatuna eres! —la dije, riendo y agarrándole la mano.

—¿Pues?

—Me das la impresión de una de esas gatas rubias, mimosas, redondas, que encorvan el

lomo para que las acaricien y que tienen, a pesar de su suavidad, uñas de tigre.

—¿Y yo tengo uñas de tigre? ¡Qué idea más negra tienes de mí! Tú sí que tienes uñas de tigre y eres rencoroso y malo.

Al decir esto a ella le brillaron los ojos, y parpadeó como si tuviera lágrimas.

Yo le dije que no la había querido ofender y la besé la mano.

VIII

Casi folletinesco

Las de Bernedo iban teniendo cada vez más clientela. Vendían sombreros a gente rica, a algunas cómicas y a unas cuantas horizontales de alto rumbo. Tenían como asesora a una señora francesa, inventora de artículos de tocador, madama Lulú, y a una cómica vieja. Madama Lulú era una intrigante completa que había rodado por el mundo y conocido mucha gente; la cómica, no; por excepción del gremio, era una persona seria y sin afectación alguna. En su tiempo había tenido mucha fama y representado con cómicos célebres. Se llamaba Lolita Rojas. Vestía muy modesta, como una viuda, con trajes negros y toca pequeña.

La francesa no me hacía gracia con sus aires de bulevar; por su consejo, las de Bernedo hubieran convertido su taller en un lugar de citas. Sabía las historias de todo Madrid. La Rojas estaba bien y nos hicimos muy amigos.

Al poco tiempo de conocerla, un día me dijo:

—¿Usted será soltero?

—Sí.

—¿No tiene usted novia?

—No.

—Si usted quiere, yo le caso con una chica rica que heredará un título.

—¿Una muchacha sola?

—Ahora vive con una tía segunda; pero es huérfana de padre y madre.

—Eso hay que pensarlo bien —me dijo la Filo con cierta sorna.

—¿Y es agradable? —le pregunté yo a la cómica.

—Sí, es una chica simpática e ilustrada.

—¿Cómo se llama?

—Sofía.

—¿Y cómo es posible que una muchacha agradable, huérfana, que va a ser rica, no tenga alguien que la pretenda?

—No todo el mundo sabe la situación de esta muchacha. ¿Usted quiere conocerla?

—¿Por qué no? Con eso no se pierde nada.

—Pues espéreme usted mañana, a las cinco de la tarde, delante de la iglesia de San José.

—Bueno. Esperaré.

—Yo pasaré con Sofía y entraré en la iglesia con ella.

Al día siguiente fuí a la cita. No estaba mal la chica de aspecto: era esbelta, gallarda, aunque de cara dura y aire de mal genio.

Ella, por lo que me dijo Lolita Rojas, no me encontró a mí desagradable.

Viéndola solo una vez, no tenía idea clara de cómo era mi posible futura, y quise observarla

de nuevo. Lolita me dijo que la encontraría en una pequeña mercería de la calle de Postas. Me indicó el número. Fuí y estuve contemplando a la muchacha, de noche, por el cristal del escaparate, sin que ella lo notara. La verdad, no me hizo gracia. La impresión de que era una mujer de genio dominador y agrio se acentuó en mí.

Así se lo dije a mi amiga la cómica, y ella reconoció que había algo de cierto en esto.

—¿Y eso qué te importa? —me dijo la Puri.

—¿No me ha de importar?

—A ti te conviene que te dominen.

—Eso te parecerá a ti; pero a mí se me figura lo contrario.

Le pregunté a Lolita Rojas cómo aquella muchacha del mostrador de una pequeña tienda podía ser heredera de una fortuna y de un título.

Lolita me contó la historia. El abuelo de Sofía, un señor don Juan, era hijo natural de un título importante de Castilla. Este don Juan, hombre un tanto misántropo, se casó con una señorita de posición modesta y tuvo un hijo y una hija. El hijo, Enrique, resultó un hombre tímido, apocado, y se casó con la chica del tendero de la calle de Postas. El mercero y su mujer consideraron a Enrique como hijo, y así vivió contentísimo en su tienda años y años, sin ocuparse para nada de la familia paterna. Murieron sus suegros, murió su mujer y murió él.

Poco después, el padre de Enrique, don Juan, heredó de su hermano natural, que lle-

vaba el título y no tenía descendencia, toda su fortuna.

Don Juan estaba ya viejo y enfermo y había hecho testamento a favor de su nieta. De aquí que Sofía iba a dar este salto de tendera a aristócrata.

La Filo y la Puri, que oían a Lolita Rojas, bromearon conmigo y me dijeron que debía hacer una campaña enérgica. Debía afeitarme, ponerme traje nuevo y una corbata más flamante. Cuando me casara con aquella chica, la llevaría a que comprara sombreros a su casa.

—¿Usted cree que ella tendría inconveniente en hablar un día conmigo? —le pregunté a la Rojas.

—Creo que no. Si quiere usted, el domingo vamos al Retiro y usted nos acompaña y hablan.

Así lo hicimos. La conversación que tuve con ella me confirmó el juicio formado a primera vista. Era la mercera-aristócrata una mujer orgullosa, seca; recordaba los años pasados en la tienda como un presidiario puede recordar la cadena; tenía de su padre una idea muy pobre, por haber aceptado con gusto la vida humilde de comerciante. Yo pensé que el hombre que se casara con aquella muchacha por su dinero se convertiría en un esclavo. Así se lo dije a Lolita Rojas, y ella reconoció que tenía razón. Me confesó que desde que sabía que iba a ser rica y aristócrata, había cambiado por completo.

—¿Así que no piensas insistir con la chica? —me preguntó la Filo.

—No, no me conviene. Sería incómodo para mí.

—Haces las cosas bien —me dijo ella—. ¡Pero por qué motivos más malos!

Al año o año medio, la eventualidad señalada por mi amiga la cómica, ocurrió. Don Juan, el abuelo de la chica, murió, y se traspasó la mercería. Poco después la tendera se casó con un joven aristócrata y la comencé a ver en coche. La Filo, que leía en los periódicos los «Ecos de Sociedad», me dijo que mi ex futura alternaba con lo más florido de la gente elegante.

IX

Amores de embozado.

En mi tiempo todavía se usaba la capa como prenda usual. De pronto desapareció, y luego volvió a aparecer con un aire de snobismo artístico.

Yo encuentro que el uso de la capa fomenta en el hombre ideas distintas que el empleo del gabán. El embozo parece ocultar y defender y ser propicio al enredo y a la aventura. Quizá, en realidad, no lo sea, pero da esta impresión. En España se nota que mientras se ha usado capa ha habido aventuras, lances de amor y revoluciones. Al desaparecer la capa ha desaparecido todo el aparato romántico de la vida.

Yo recuerdo que me dediqué, durante algún tiempo, a seguir a una muchacha a la antigua española. Probablemente fué la sugestión de la capa.

Cuando la conocí era invierno, después de los carnavales. La vi en medio de la Puerta del Sol, de noche, entre la gente, y sentí dos ojos

negros fijados en los míos. Era una mujer que iba entre otras dos, como ella, vestidas de negro. Me fijé únicamente en su mirada y me hizo un gran efecto.

Si era joven o no, bonita o fea, no hubiera podido decirlo. Me quedé parado sin saber qué hacer, hasta que se me ocurrió seguirla. Pero, ¿adónde había ido? No lo sabía. Fuí de la derecha a la izquierda, no la pude encontrar. Me entró verdadera rabia contra mí mismo por la pesadez mía en reaccionar y decidirme.

—Lo malo es que no la voy a conocer si la veo —pensé—, y entonces, adiós felicidad. Aquella mujer era, indudablemente, mi felicidad.

Al llegar a casa me paré a reflexionar sobre mis sentimientos.

—¿Cómo puedo pensar la tontería de que porque una mujer tenga los ojos más brillantes o más bonitos ha de ser una mujer ideal? Si la vuelvo a ver y no la conozco. ¿Qué importa?

Varias veces me dediqué a pensar qué cantidad de conocimiento de una persona podía darse por la mirada.

Por tendencia filosófica y por escepticismo me inclinaba a creer que en esto había una ilusión de carácter místico; sin embargo, no me cabía duda que, con frecuencia, muchas de las antipatías y simpatías experimentadas por mí procedían casi únicamente de la mirada. Claro que en la mirada iba envuelta la expresión de la cara.

A pesar de que racionalmente me convencía de que una mirada negra, de noche, no significa nada, el instinto no se daba por vencido.

Veía una mujer por la calle, delgada, vestida de negro y me daba un vuelco el corazón.

—Aquélla es —me decía.

Aquélla no era. Andaba así, como un perro que busca a su amo, hasta que un día la volví a ver otra vez, al anochecer y en el mismo sitio; no me cabía duda, era ella; tenía un aire de mujer ardiente, era morena, con el color pálido y los ojos brillantes. Ella me conoció.

La seguí embozado en la capa. Fué a una casa antigua, próxima al Senado.

—¿Viviría allí?

Me estuve de plantón una hora, hasta que obscureció.

Si hubiera llevado gabán probablemente no lo hubiera hecho.

Por fin, volvió a aparecer y yo la volví a seguir. Siempre la influencia de la capa. Al llegar al centro se paraba en los escaparates como para que yo la contemplase. Yo la miraba con furia para ver si podía deducir, por su aspecto, algo de su vida interior.

—Es una mujer amorosa, cariñosa, probablemente mística —me dije a mí mismo—; quizá guarde alguna pena, o es enfermiza o ha tenido algún amor contrariado. Debe ser ardiente y celosa.

Esto me parecía cierto, pero quería afinar más y me perdía en los detalles. Me parecía que tenía el hecho en bloque, pero me faltaban puntos importantes.

La seguí, como digo, y vi que vivía en el Barrio de Salamanca y me fijé en el número. Por la noche fuí al café, pedí la guía de Madrid y

vi el nombre de los vecinos que vivían en la casa. Eran un ingeniero, un abogado, un militar, un aristócrata, dos propietarios y dos tenderos.

Tardé bastante en enterarme de quién era mi dama. Un día se me ocurrió preguntar en casa de la Filo, donde conocían mucha gente, y, efectivamente, una de las chicas del taller de las de Bernedo resultó que conocía a mi dulcinea. Se llamaba María Nájera. Su padre, un señor López Nájera, era un senador que se había enriquecido de mala manera.

Por lo que me dijo la chica del taller, María Nájera tenía las condiciones que yo le atribuía, hasta el amor contrariado, pues había tenido un novio aristócrata que se casó con otra.

El saber quién era mi dama fué para mí un principio de decepción.

La ansiedad y la curiosidad por ella desaparecieron.

Le escribí una carta y hasta unos versos, que inmediatamente después de mandárselos me avergozaron.

La veía casi todos los días por la mañana; ella parecía inclinada a mí, pero a mí se me iba marchando la ilusión. Además, me faltaba esa petulancia que las mujeres españolas exigen que tenga el hombre para gallear y pararse en un escaparate. Me faltaba también la protección de la capa, porque había comenzado el buen tiempo y había que ir a cuerpo. Nada me fastidia a mí tanto como ir a cuerpo. Empecé a inventarme pretextos para abandonar la empresa. Conocí al padre de María, que tenía los mismos ojos que su hija; conocí a dos

hermanos suyos y a su madre, una señora gorda, morena, llena de alhajas, que miraba con impertinentes.

Ella notó que yo me escabullía y pareció asombrarse.

Un día, haciendo fuerzas de flaqueza, después de seguirles muy de lejos a María y a la señorita de compañía que le acompañaba, que era una francesa fea, roja y chata, la esperé a ésta, decidido a hablarla.

No experimentaba ni el más leve sentimiento de ternura en aquel momento.

—¡Qué asquerosa burguesía! —pensaba—. ¡Cómo elige las institutrices feas y de mal aspecto para que acompañen a las señoritas!

Llegó la francesa y, al acercarse a mí, la saludé y la hablé.

Estuvo bastante hábil y casi audaz. Le dije a la francesa que yo la había seguido y escrito a aquella señorita no creyendo que fuera rica, pero que veía que estaba en una posición superior a la mía y que, naturalmente, esto me producía timidez. La francesa me dijo que ella no podía decir nada, pero que el motivo que yo aducía de ser pobre no le parecía bastante, porque la señorita María no era interesada.

Si yo quería, añadió ella, le hablaría. Quedamos de acuerdo en esto, y tres días después, la francesa me trajo la contestación. María no podía contestar nada; pero la francesa, por su parte, me decía que debía insistir, porque ella estaba por mí. Yo la hice algunas preguntas acerca de la familia del senador, y me convencí de que era gente antipática y trepadora.

La acompañé a la francesa a su casa y me invitó a tomar café el domingo siguiente con ella.

Fuí a verla; vivía en una casa de huéspedes de la calle del Prado con otras institutrices y señoritas de compañía. Hablamos la francesa y yo toda la tarde de María y de su familia.

La familia debía ser insoportable; habían casado una hija mayor con un joven rico semiaristócrata, pasando por una serie de humillaciones denigrantes, y habían pretendido hacer la misma maniobra con María; pero el novio de ésta, hijo de una marquesa, después de seis años de noviazgo, se había casado con una mujer más rica que María.

María, según la francesa, era naturalmente de buen corazón y le gustaba hablar con todo el mundo; pero entre el padre y la madre y los hermanos la habían convencido de que todo lo que no fuera riqueza, aristocracia y posición social no valía nada.

Le pregunté qué había de cierto en los chanchullos que se atribuían a López Nájera. La institutriz me habló de esto con marcada satisfacción. Parecía que el senador, en unión de sus amigos, había entrado a saco en su distrito, hasta convertirlo en un feudo suyo. Todo tributaba en su beneficio, y no se colocaba un peón caminero sin contar con el cacique.

Por entonces, un periódico republicano de la región comenzaba a denunciar las tropelías del partido najerista, que se había quedado con fincas, minas, terrenos municipales y grandes y fructíferas contratas; pero la obra

maestra de López Nájera, según el periódico denunciador, había sido la realizada en la fábrica de la luz eléctrica. En la capital existía, desde hacía treinta años, una fábrica de luz eléctrica al otro lado del río, porque, según un acuerdo del Municipio, no se permitía tener la fábrica en el mismo pueblo. López Nájera consiguió de los concejales amigos suyos que el acuerdo municipal se revocase, fundó una sociedad por acciones, la «Nueva Electra Urbana», y se construyó la fábrica en el mismo pueblo.

La Nueva Electra comenzó a abaratar los precios, y la fábrica antigua no pudo resistir la competencia y se vino abajo.

Entonces, la Nueva Electra compró la fábrica vieja muy barata, fundió las dos sociedades y fué elevando los precios hasta volver a los antiguos.

López Nájera se embolsó con la combinación más de medio millón de pesetas.

—Así que este señor es un perfecto bandido —dije yo.

—Sí, sí —contestó la francesa.

—Lo que no será obstáculo para que sea severo con los demás.

—¡Oh! No sabe usted; él y toda la familia tratan a los criados con un despotismo y una dureza terrible.

—¿Y usted cree qne los padres me aceptarían a mí? —pregunté a la francesa.

—¿Quién sabe? Quizá. María tiene veintisiete años, y el fracaso con el novio le ha herido mucho; usted es abogado y podía trabajar con el padre.

Hablamos de otras cosas y me despedí de la francesa.

Al ir por la calle pensé en el asunto.

—Yo si tuviera dinero y pudiera sacar a esa chica de entre su familia, quizá me casaría con ella, si ella quisiera, pero yo no tengo un cuarto. Si me aceptan me van a aceptar como por misericordia, en vista de que el género está un poco ajado. En ese caso habrá que someterse al suegro, y hasta colaborar en los chanchullos que le han dado la fortuna; habrá que adular a la madama gorda de la suegra; hablar con éxtasis del rey y de la familia real y de la morralla aristocrática; habrá que ir al teatro y tratar a una colección de imbéciles. No, no. Esto hay que dejarlo en seguida. Hay que huír de los caminos de la vulgaridad.

Además, el hacer el amor a la madrileña sin capa, me parecía una cosa aburrida y enojosa.

Decidí quedarme en la cama hasta las doce y no salir por las mañanas. Al principio me costaba trabajo; luego me acostumbré.

—¿Soy un tonto, o soy un cuco? —me preguntaba a mí mismo—. Creo que soy un cuco, que es lo que hay que ser en una sociedad en que reina la cuquería y el egoísmo. La cuestión es ser independiente. Todo, menos convertirse en un animal doméstico.

Solía ir a casa de doña Isabel, a quien conté riendo mi aventura. A la buena señora le pareció que yo había quedado detestablemente, y me lo dijo con tal acritud que tuve que dejar de ir a su casa. Un año después la vi a María Nájera y me miró con un gesto de desprecio.

X

Joshé Mari Larrea.

Desde Valladolid no le había vuelto a encontrar a mi primo Joshé Mari Larrea. Una tarde le vi en la calle de Alcalá; bajaba de un coche. Me presentó a su mujer. Era una mujer gorda, llena de alhajas, con una tez ictérica, una cara inmóvil, unos ojos negros brillantes y un acento al hablar muy recortado y displicente, como extremeño o murciano.

No era quizá una mujer fea, pero para mi gusto, muy desagradable. Tenía algo como de india en la inexpresión de la cara. Hablamos sólo un momento. Me pareció que la misma antipatía que yo sentí por ella al verla, ella debió sentir por mí.

Pensé que por mucha fortuna y muchas fincas que tuviera, yo no me hubiese casado con ella. Para mí, al menos, tenía un aire siniestro.

Así como yo le compadecí a mi primo por su mujer, él me compadeció a mí por mi miseria.

—¿Dónde vives? —me preguntó Larrea.

Le di las señas de mi casa, y al día siguiente,

por la mañana, muy temprano, estaba en mi cuarto. Me dijo que llevaba seis años viviendo en el pueblo de su mujer, en una finca de Extremadura. Era el cacique de la comarca: como se aburría en el pueblo con su caciquismo, había emprendido grandes negocios, que por el momento le iban muy bien. Con esto tenía pretexto para pasar en Madrid una larga temporada.

—Mira, chico —me dijo—, yo vengo aquí a correrla; necesito de alguien que me sirva de tapadera, y como tú eres soltero y no tienes compromiso de ninguna clase, pues, me servirás divinamente para el caso.

—Hombre, gracias por la misión que me asignas.

—¿Qué tiene de raro? Tú tienes libertad, y yo tengo dinero. Entre los dos nos completamos.

—¿Cómo vamos a completarnos? ¿Por qué sistema?

—Tomaremos un cuartito a tu nombre y allí llevaremos nuestras conquistas.

—¿Es que las haremos? Me parece un poco dudoso.

—¡Bah! Con pasta todo se consigue; ya verás.

Yo no me acordaba de los planes de Joshé Mari, cuando éste, pasados unos días, me avisó que tenía un nuevo cuarto arreglado en la calle del Espejo, y que fuera por la tarde. Fuí después de comer y dar un paseo, y me encontré la casa muy elegante y a mi primo hablando mano a mano con una vieja, a quien me

presentó como doña Ruperta. Doña Ruperta era una lagartona, con el colmillo retorcido, que ejercía de celestina entre gente pudiente.

Al poco rato se nos puso a hablar de tú a Joshé Mari y a mí.

Estuvimos charlando hasta que sonó un campanillazo.

—Ahí están esas chicas —dijo la vieja.

Eran dos muchachas bonitas, con un aire desvergonzado.

. . . .

—Estas aventuras no son para que uno se crea un Tenorio, ni mucho menos —le dije a Joshé Mari.

—¿Tú crees? La mayoría de las conquistas de los Tenorios son así: conquistas al contado y sin plazos.

—Pues, chico —le repliqué yo—; si esto es así, no pasamos de ser lo que dicen las cocotas francesas, un *miché*, y lo que nuestra golfería llama de una manera más descarnada un cabrito.

—No nos ocupemos de las palabras —replicó Joshé Mari con gracia.

Joshé Mari no se contentaba con aquellas conquistas al contado, y habló a doña Ruperta para que encontrara dos muchachas presentables, a las que se pudiera llevar al teatro o a un restaurante de moda.

Doña Ruperta echó sus redes y nos presentó en un café a dos muchachas amigas, la una Anita, modelo de pintor, y la otra Enriqueta, que había trabajado de bordadora en un taller de la calle de Segovia. La modelo era la más

guapa, y, como decía doña Ruperta, don José María se quedó con ella. La más fea, la bordadora, me la adjudicaron a mí. Realmente, no se podía decir que fuese fea. Era una mujer pálida, con los ojos brillantes; tenía un olor fuerte de morena, un poco desagradable. Estaba algo anémica y mal alimentada. Tenía un gusto encanallado, no de un encanallamiento inteligente, sino de un encanallamiento de incomprensión. Su charla estaba formada por todos los lugares comunes y timos del bajo pueblo madrileño. Para la Enriqueta era un argumento y una gracia nueva decir: «*¡Pa* chasco!» «Me alegro de verte bueno». «¡A la vuelta lo venden tinto!» «¡Que si quieres arroz, Catalina!»

Estas frases espirituales, y otras por el estilo, constituían el fondo de su conversación.

Hay una canción de Beranger, *La Marquesa de Pretintaille,* en que se dice:

En amour j'aime la canaille.

La canalla y lo canalla tienen sus encantos, no cabe duda; pero el encanallamiento, cuando es rutinario y protocolar, es antipático. Yo siento un desprecio innato por lo que es corriente y vulgar; ahora que, para mí, lo no vulgar no es lo que se halla catalogado con la etiqueta de distinguido o de exquisito, sino lo que en realidad es, o lo que al menos a mí me parece que es.

La Enriqueta vió pronto que el que tenía el dinero y llevaba la voz cantante era Joshé Mari, y que yo no pasaba de comparsa, y me despreció. Se burlaba de mí. Me llamaba calvo,

viejo, nariz de porra. Si lo hubiera hecho con gracia, yo lo hubiera pasado; pero no tenía chispa ninguna, únicamente intención de molestar.

—Esta Enriqueta es una mujer tan bestia —le decía yo a Joshé Mari—, que por momentos la voy tomando odio. A veces me dan ganas de pegarle un puntapié.

—Ya veo que eres un salvaje —me replicaba él.

Por Carnaval fuimos a varios bailes, lo que era bastante aburrido llevando, como llevaba yo, la decisión de no emborracharme.

—Tenemos que ir un día al baile de la Flor —me dijo la Enriqueta—. Allá estará mi hermano. Mi hermano es un chulo de baile.

Yo no sabía qué es ser chulo de baile, ni me interesaba gran cosa saberlo; no tenía curiosidad por ir al salón de la calle de la Flor; pero Joshé Mari aceptó la idea, y fuimos a este baile. En el local, siniestro e infecto, había un olor a sudor horroroso.

Enriqueta nos presentó a su hermano. Era un chulo triste, pálido, con unos ojos azules verdosos y un aire de indiferencia. Llevaba traje claro, un pañuelo blanco en el cuello y una gorra gris. Por su tipo y su indumentaria podía haber pasado por un aristócrata.

Para demostrar su influencia en el baile, el hermano de Enriqueta se puso a coger de la mano a las chicas que andaban por allí y hablarlas de tú. Una de ellas se le mostró esquiva:

—Oye, tú, ¿tú qué te has creído? —le dijo él.

—¿Me meto yo con usted? —preguntó ella.

—¿Tú qué te vas a meter conmigo? Tú no puedes meter *na.* No tienes con qué.

El chulo se me quedó mirando, como diciendo:

—Esto es ingenio y aticismo, y lo demás son bromas.

Yo le pregunté por aquellas muchachas, y el hermano de la Enriqueta me dijo, recalcando las palabras:

—Estas chicas todas están *vacunás.* Las baila usted, y se las van cayendo al bailar los algodones.

Aquello me dió verdadero asco. La Enriqueta creía que su hermano era un Jorge Brummell del arroyo, y le admiraba con entusiasmo.

XI

La Enriqueta.

Al comienzo del verano Joshé Mari se fué al Norte y se llevó a la Anita. La Enriqueta, enterada de que yo no tenía un cuarto, levantó el vuelo y anduvo por verbenas y *kermesses.* La vi en coche, con mantón de Manila. Hacia principios de agosto la encontré, y estuvo conmigo más afable que de costumbre.

—¿Por qué no me convidas hoy a alguna parte? —me dijo.

—¿A qué quieres que te convide?

—Llévanos al teatro a mi hermana y a mí. ¿No tienes dinero?

—Tanto como para eso, sí.

Nos citamos en el café del Vapor, de la plaza del Progreso. La Enriqueta vino con su hermana, que era muy parecida a ella, un poco más fea y más agria. Fuimos a la Puerta del Sol, montamos en el tranvía y entramos en el teatro del Príncipe Alfonso. Tomé tres butacas. Había empezado la función y atrajimos las miradas de las gentes.

—Siéntate tú enmedio —me dijo la Enriqueta.

Me senté. Representaban la *Isla de San Balandrán,* una zarzuela del tiempo de los Bufos, ya bastante encanallada de por sí, y que los cómicos se encargaban de encanallarla aún más. Toda la gracia de la zarzuela estaba en que en la isla de San Balandrán los hombres hacen los oficios de mujeres y las mujeres los de los hombres. El ejército de la isla, siguiendo la convención zarzuelesca, es de mujeres, y a la cantinera, en cambio, le corresponde ser hombre. El cómico que hacía de cantinera era un hombre bajito, rechoncho, y salía con la cara llena de polvos de arroz, los labios y los ojos pintados y un lunar grande en medio del carrillo. Vestía falda corta, polainas; llevaba gorra de cuartel y un barrilito al lado, y venía andando con unos pasitos cortos y moviendo las caderas. Estaba verdaderamente desagradable. Del paraíso gritaban: ¡Zape! ¡Sarasa! La Enriqueta se echó a reír, con una risa tan escandalosa y tan chillona, que todo el mundo se volvió para mirarnos. Había un señor gordo, con chaqueta de alpaca y chaleco blanco, en una butaca de adelante, que se volvía, entre indignado y sorprendido, a contemplarnos. Era un tipo de caricatura, gordo, apoplético, con los ojos saltones e inyectados; parecía que iba a reventar.

La Enriqueta con esto se reía más.

—Calla —le decía yo.

—El tío gordo..., cómo me mira... otra vez.

—Estamos llamando la atención —advertí.

No había advertencia que valiera.

—Pero cállate, cerda —le dijo, incomodada, su hermana.

El público murmuraba y protestaba de nuestra charla.

—¡Jesús, qué gente más indecente viene a estos teatros! —dijo una gorda a nuestro lado.

—¿Qué ha dicho? —preguntó la Enriqueta, volviéndose.

—No se ha referido a ti —le dije yo—. Es que tiene detrás unos señoritos que la están parcheando.

Con esto se tranquilizó. Cuando dejó la gente de mirarnos volví la cabeza para atrás, con el objeto de contemplar la sala, y en una platea próxima encontré a mi amor del Barrio de Salamanca, a María Nájera. Ella, al verme, desvió la vista con marcado desdén, y su hermano, que estaba con ella, sonrió burlonamente. Salimos del teatro y volvimos a la Puerta del Sol; la Enriqueta quería tomar horchata y, después, que fuéramos a pasear al Retiro, pero su hermana se opuso; dijo que no, y las acompañé hasta su casa.

XII

El verano.

Mi casa era muy caliente, en verano sobre todo, en las horas de sol. Para no tostarme, salía, y por las mañanas me refugiaba en la Biblioteca Nacional.

Por las tardes comencé a llevar las cuentas del taller de las de Bernedo. Santos había aceptado una contrata para tocar el violín en un pueblo de Portugal. La contabilidad no era muy complicada, y con atención y algunas explicaciones que me dió Santos, pude substituírle, sin que se notara su falta.

Las chicas de Bernedo me trataban siempre como a un señor, como al sobrino de la casa de Arellano, y yo las trataba a ellas como a mis patronas. Me daban el mismo sueldo que a Santos.

La Filo fué a París y me invitó a ir con ella.

—Si quieres, te convido —me dijo.

—No, chica, no; no quiero ir de gorra.

—¡Cobarde!

—Cobarde, ¿por qué?

—Porque me tienes miedo.

—No, no; es que no quiero ir en tan malas condiciones.

—Yo no tendría inconveniente en dejarme convidar por ti.

—Es distinto.

—¡Ah! El orgullo del hombre. Bueno, pues aquí os quedáis la Puri y tú, cuidando de esto. Sed formales.

—Ya sabes que la Puri no me puede ver. No haremos ninguna calaverada.

—¡Hum! Qué sé yo.

El caso fué que la Puri, cuando se quedó sola, me hizo que la acompañara de noche a los teatros, a los jardines del Retiro y, algunas veces, a la Bombilla a cenar juntos. De noche se agarraba a mi brazo, y a veces me decía:

—Nos toman por enamorados.

La tesis de la Puri era que su hermana tenía debilidad por mí, y, después de afirmar esto, me iba especificando los muchos defectos, físicos y morales, que tenía la Filo.

—Para mí es una mujer muy simpática —le decía yo; lo que a la Puri le molestaba profundamente.

—Y, entonces, ¿por qué no te entiendes con ella?

—Qué quieres. Los amores con Lozano y el chico son cosas que no las puedo pasar, porque el chico es el retrato del padre.

—Sí, es verdad —decía la Puri—. ¡Quién había de pensar que allí en el pueblo, cuando andabais juntos Lozano y tú y parecíais tan amigos, fuerais tan enemigos!

—Entonces ya me era antipático. Yo comprendo que es una antipatía inmotivada, que no tiene un motivo serio de existir, pero existe. ¿Tú no le conociste al *Apañadico* de Ujué, el criado de mi tía, que fué guarda de unas viñas en la Mota?

—Sí.

—Pues aquel hombre había sido carlista, y no era de mal corazón. Sin embargo, contaba que, en tiempo de la carlistada, siendo él cabo y yendo con tres soldados, había hecho dos prisioneros liberales, y a uno de ellos, sin más explicaciones, le puso el fusil en la sien y le levantó la tapa de los sesos.

—Y por qué hizo usted eso? —le pregunté yo una vez.

Y él me contestó:

—Era un rubico más atravesado... Si tú recuerdas cómo era de negro y moreno el *Apañadico,* comprenderás el asco que debía tener a un hombre rubio. Pues la antipatía que yo tengo por Lozano es de esa clase.

No agregué que el haberle escogido como amante la Filo en otro tiempo en vez de haberme elegido a mí no lo podía olvidar.

XIII

La Rita y su amiga.

Así pasé el verano, bastante entretenido, y al comienzo del otoño apareció en Madrid Joshé Mari Larrea.

Me contó que la Anita se le había escapado en San Sebastián con un pollo elegante, pero esto no le quitaba el sueño y venía dispuesto a nuevas aventuras.

Yo soy un hombre que estimo a las gentes con dificultad, y a Joshé Mari no le estimaba. Joshé Mari, en cambio, pretendía protegerme a su modo, pero yo no aceptaba esta protección.

El juzgaba de mi vida por la suya. Le parecía, por ejemplo, que yo sufría mucho no veraneando. No comprendía que para mí hubiera sido mucho mayor sufrimiento el veranear con una mujer como la suya.

—No he tenido ninguna pena por quedarme el verano en Madrid. Puedes estar tranquilo —añadí.

Me preguntó cómo vivía, y se lo dije; quiso

saber dónde trabajaba, y a esto le contesté de una manera vaga.

En el taller de las de Bernedo hablé de Joshé Mari con la Filo, la Puri y la maestra, que tenía derecho a opinar; dijeron las tres que lo llevara un día a que lo conocieran ellas.

—Bueno, ya saben ustedes qué clase de pájaro es.

—Sí, sí; no importa.

Efectivamente, llevé a José Mari al taller, y el hombre estuvo alegre y concurrente. A media tarde mandó traer pasteles, helados y vino de Jerez, y obsequió a las chicas.

Joshé Mari habló mucho con la Filo, y se refirieron, principalmente, a mí. Lo noté por su sonrisa y su mirada.

—Ya sé que os estáis riendo de mí —les dije—; pero no me importa.

Entre las oficialas del taller había una chica muy vistosa, muy guapa, con unos ojos negros, grandes: la Rita. A Joshé Mari le hizo mucho efecto, y al día siguiente andaba tras ella. A mí aquella chica no me gustaba nada; no tenía vida en la cara ni gracia, ni energía; en ella no había mas que fachada, y con todo su aspecto rozagante estaba siempre enferma del estómago y del vientre, y con dolores de cabeza.

A la semana de conocer a la muchacha, Joshé Mari me indicó que me necesitaba para ir al teatro con la Rita y su madre.

—A ver si le distraes un poco a la madre —me dijo.

—¿Hay que llevar la cesta?

—Hombre, yo estoy dispuesto a hacerlo por ti.

—No digo que no. Yo también estoy dispuesto.

—Bueno; pues esta noche vendré a buscarte, a las ocho, cenaremos juntos e iremos al teatro.

Cenamos Joshé Mari y yo y fuimos a la Zarzuela a un palco, en donde estaban la Rita, su madre y una señora joven.

Las saludamos, y la madre de la Rita nos presentó a la señora joven, que se llamaba Matilde, y charlamos.

La madre de la Rita era una andaluza de mucha trastienda, morena, un poco chata, con hermosos ojos negros y dientes blancos; tenía un aire de tan poca distinción, que nadie la hubiera podido tomar mas que por una patrona de casa de huéspedes o por una mondonguera. Estuvo hablando conmigo. Al hablar se reía y guiñaba los ojos con mucha gracia.

Me dió a entender, con un tono entre malicioso e irónico, que sabía que Joshé Mari era casado, pero esto no le daba miedo; su hija, aleccionada por ella, no era tonta ni daría un mal paso; mientrastanto, la pobre chica se divertía.

A la media hora de estar en el palco, la madre de la Rita tenía confianza conmigo, y me dijo, por lo bajo, que yo a quien debía hacer el amor era a la señora joven, Matilde, la amiga de su hija, que estaba casada con un viejo diplomático.

—¿No le gusta a usted? —me preguntó.

Matilde, la amiga de la Rita, era una mujer morena verdosa, de ojos hermosos y rasgados, nariz fina, bien hecha, la boca de labios pálidos y el pelo negro. Era un tipo de judía que a mí no me ha gustado nunca.

Cuando se levantó vi que era bajita y gruesa.

—Ella está rabiando por tener un hijo —me dijo la madre de la Rita aparte.

—¿Hace tiempo que está casada?

—Sí, ya hace cuatro años.

—¿Y vive aquí con su marido?

—Sí, ahora viven aquí. El marido ha sido embajador en varios sitios. Era amigo de mi familia. Ya verá usted. Al final de la función aparecerá por aquí.

Efectivamente, a eso de las doce apareció en el palco un señor elegante, alto, de barba cana y lentes. Nos saludamos, y poco después el diplomático y su mujer se fueron.

La Rita siguió hablando con Joshé Mari, y la madre, con su risa burlona y guiñando los ojos, trató de convencerme de que debía poner un sitio en regla a Matilde, la embajadora.

Me dijo dónde vivía, qué costumbres tenía, a qué hora salía; me habló de sus encantos interiores, como un chalán puede hablar de un caballo.

Era la madre de la Rita una mujer para entenderse con Joshé Mari; pensaba que engañar a un marido o llevarse a una muchacha no tenía importancia, lo cual no era obstáculo para que guardase a su hija como quien guarda un capital.

Joshé Mari, interesado con la Rita, le hacía

regalos y la convidaba a todas horas. La madre, muy lagarta, tenía el sistema de aceptar todo lo que le dieran y no comprometerse. No quería que la chica dejase el taller de ningún modo, y como tenía gracia y mucha labia, solía recurrir a la Filo y la contaba lo que pasaba. La Filo se reía a carcajadas y permitía que la Rita llegara un cuarto de hora o media hora más tarde al taller.

La madre de la Rita siempre me estaba azuzando para que hiciera el amor a Matilde la ex embajadora.

—Ella lo que quiere es tener un chico, y su marido es muy viejo. Si no se lo hace usted, se lo hará otro —me decía, y se reía la mujer, mostrándome sus ojos brillantes, su nariz respingona y sus dientes fuertes y blancos.

Aprovechando que el marido de Matilde había ido fuera, la madre de la Rita y Joshé Mari prepararon una cena en un café muy poco frecuentado de la calle del Desengaño. Joshé Mari aseguró que iba a hacer una limonada especial.

Primero se pensó sólo en convidar a Matilde, a la Rita y a su madre; pero luego hubo que invitar a la Filo y a la Puri, con lo cual éramos cinco mujeres y dos hombres.

Cenamos en un cuarto del piso principal, bajo de techo, tapizado con papel rojo, con un espejo grande y un piano. La cena, como dirigida por Joshé Mari, fué espléndida, y se hizo un gasto de limonada grande. Después mandó traer mi primo dos botellas de *Champagne*, y se bebió y se brindó.

Joshé Mari tocó en el piano valses y polcas y el *schotis* de «Con una falda de percal planchá...»

Yo, como no tengo habilidad ninguna, no hice mas que fumar.

—¡Pero qué *desaborío* es usted! —me decía la madre de la Rita.

—Es un *asaúra* —añadió la Filo, también hablando en flamenco.

—¡Qué le voy hacer! —repliqué yo—. Nunca he sabido hacer nada.

Joshé Mari preguntó a Matilde y a las demás si querían que trajera un tocador de guitarra, con quien había hablado de antemano.

Matilde pareció vacilar, pero luego dijo que sí.

Entró el tocador, un viejo andaluz de pelo blanco y de buen aspecto; nos saludó finamente, se sentó, templó la guitarra y comenzó a lanzar jipíos metafísicos. Yo le dije que debía cantarnos canciones populares, tangos y cosas por el estilo. El hombre empezó con aquello de

Granada estará orgullosa
con el Frascuelo.

Yo insistí en que debía bajar más el diapason y dedicarse al tango callejero. Cantó el tango de la bicicleta, el de las mujeres que entran en quinta, uno dedicado a los personajes del crimen de la calle Fuencarral, que empezaba diciendo:

En la primera corrida,
que demos en mi lugar...

Luego cantó tangos misoginos:

De las grandes locuras que el hombre hace,
no comete ninguna como casarse.

Y el otro de:

Con pañuelos de Manila todas van;
la camisa muy cochina y sin lavar.

Después se dedicó al tango del Espartero y le dió a esta elegía popular todo su empaque, y luego, como contraste, en un compás de seguidillas, cantó el del Reverte:

Cuando dicen los papeles
que el Reverte va a matar...

Estábamos después de la cena envueltos en efluvios populares. Se nos pasó el tiempo rapidísimamente.

Como ya el repertorio del cantador se iba agotando, tuvo que recurrir a canciones más viejas, y una que me gustó por lo pintoresca fué un tango explicando la sublevación de Villacampa, que terminaba con esta enérgica imprecación dirigida a uno de los militares, enemigo, sin duda, de la algarada republicana:

¡Anda, so pillo, charrán,
asesino de mala estampa,
que quisiste regar las calles
con la sangre de Villacampa!

A la Filo le gustaba como a mí esta música plebeya, de callejuela, un poco encanallada.

—A mí me gusta mucho Madrid —me dijo la Filo—, soy muy madrileña.

—Sí, eres un poco chulona, a pesar de tu barniz parisiense. Goya te hubiera puesto entre las ángelas guapetonas de San Antonio de la Florida.

—A ti también te gusta Madrid.

—Sí, en algunas cosas. La verdad es que para esto de la canción popular suburbana un poco encanallada no ha habido pueblo como Madrid, como el Madrid de hace años. París tiene la canción inventada por un autor de más o menos categoría, una canción semiliteraria para burgueses, horteras y estudiantes; la canción suburbana de Roma y de Nápoles es romántica, de amores y cabellos rubios, de ángeles y claros de luna, está hecha por los Amicis y los d'Annunzios del arroyo; la canción de Londres es infantil, alegre, de *clowns*; la canción de Madrid es completamente popular, sin ornamentos literarios; sale de las entrañas de la plebe como un dragón de su agujero, pero ya va en decadencia.

—¿Crees tú?

—Sí, a medida que Madrid aumente y mejore y se haga socialista, la canción suburbana, el tango, desaparecerá. La civilización esteriliza el genio popular.

A la una y media de la noche, las de Bernedo dijeron que ellas tenían que trabajar al día siguiente, y aunque lo sentían mucho se marchaban. Se disolvió la reunión. La Rita, su madre, la Matilde y Joshé Mari tomaron un coche.

Yo las acompañé a las de Bernedo a su casa. En la calle le dije a la Filo.

—Si valiéndome de la obscuridad te hago un *zirri*, como dicen allá en mi tierra, no te alarmes.

—No, chico, no —me contestó ella con gracia—; pero yo no me contento con eso.

Me dió mucha risa su respuesta, y fuimos por la calle empujándonos el uno al otro.

—Te puedo —me decía la Filo.

—Claro, tú tienes mucha más base.

—Vamos; id con seriedad —dijo la Puri con acritud, a quien no le gustaba que se ocuparan mucho de su hermana.

Llegamos a su casa y me despedí de las dos chicas.

XIV

Discusiones con Joshé Mari.

El intento de seducción de la Rita por mi primo nos hacía a los dos tener largas discusiones de moral. Larrea era católico e inmoralista; yo defendía una moral utilitaria.

—Tú no te metas en dibujos —me decía Joshé Mari—. Toma lo que te den.

—¿Aunque se perjudique al prójimo?

—Sí, si no se lleva mala intención. No hay que pensar que todos son como uno.

—Yo creo que sí, poco más o menos.

—Pues, no.

—¡Qué religión más rara es la tuya! Así que tú, cristiano, ¿crees que se puede hacer daño impunemente, y yo, que no soy cristiano, no lo creo?

—¿Cómo que no eres cristiano? ¿No estás bautizado?

—¡Bah! ¿Eso qué importa?

—Pero, ¿tú no crees en la otra vida?

—Yo, no. Me parece natural que la vida acabe aquí y que no haya ni pueda haber para los

hombres otro mundo; pero no siento ninguna necesidad de convencer a los demás de esto.

—Malo, malo. Esa indiferencia es peor que la negación más rabiosa.

—¿Pero tú crees en todas las extravagancias del dogma?

—*Credo quia absurdum.*

—Es verdad que tú has estudiado para cura. Ahora caigo. ¡Qué conjunto de contradicciones eres tú, Joshé Mari! Tú, por ejemplo, a un amigo no le harías una charranada, y a una mujer, sí.

—Es distinto.

—Yo no comprendo cómo se puede vivir con una mujer un mes o dos y luego decirla: Ahora me estorbas, vete; y ya no ocuparse de ella, si anda por las tabernas o la pega un chulo.

—Todo eso me parece literatura. El hombre es pecador, y el que peca y se arrepiente...

—A mí el pecado no me importa ni me interesa.

—Pues es lo principal. El espíritn puede ser ágil, la carne está enferma. Te lo diré en latín: *Spiritus promptus est, caro infirma.* El pecado de la carne se perdona; el del orgullo, el del espíritu, no.

—Así que la regla de conducta que se desprende de esto es que, al tener un deseo, no hay que pensar en combatirle, sino satisfacerlo y después arrepentirse.

—Eso es.

—Es la moral del padre Molinos. Me parece una moral un poco baja.

—No, no. ¿Cómo vas a dominar la naturale-

za humana? Basta que al menos huyas del escándalo.

—Moral laxa, moral jesuítica...

—Moral cristiana, basada en que todos somos pecadores.

—A mí el pecado no me interesa nada. No creo en el premio ni en el castigo; para mí no existe el pecado; no existe mas que el perjuicio. Figúrate que a la Satur, esa aprendiza bonita del taller de las de Bernedo, a la que yo llamo la Gioconda, la conquisto...

—¿Has pretendido?

—No; pero figúrate que la conquisto y me la llevo. Yo soy un egoísta, y al cabo de algún tiempo me canso de ella y la abandono. El padre la echa de casa y la chica va a un prostíbulo y acaba en un hospital.

—¡Qué fin más negro!

—Negro, pero muy corriente. Pon otro caso: Yo soy rico y de buena intención; yo conquisto a la chica y no me quiero casar con ella, pero le pongo una magnífica casa y un coche, le abono a los teatros, le doy una renta, y la chica vive bien y se afina y concluye siendo una señora casi respetable. Para ti el pecado en los dos casos es el mismo.

—¡Claro!

—Pues hay que discurrir como cura para encontrar los dos casos iguales. Es como si me dijeras, con relación a un amigo comerciante, que es igual arruinarle que darle una fortuna.

—¡Pero lo tuyo sería tener como norma un utilitarismo repugnante!

—El utilitarismo que tenéis vosotros en la práctica, aunque no en teoría.

—¡La práctica! ¿Qué importa la práctica? Lo esencial son los principios.

—Pero, ¿vosotros tenéis principios? Yo lo dudo. Sois unos casuístas sin moral.

—Bien. Aceptémoslo; pero reconozcamos que, aunque sea por egoísmo, hay que tener religión. Figúrate tú que el Viaducto estuviera en malas condiciones y hubiera peligro de que se cayera, y todo el mundo dijera que llevando una castaña en el bolsillo al pasar no se caía. ¿Tú qué harías, de tener que pasar?

—¿Yo? No llevar la castaña.

—¡Pero si no te molestaba nada!

—Pues no la llevaría.

—Eres un hombre absurdo.

—No; soy un hombre recto que quiere tener probidad con las ideas y con los hombres.

—¡La soberbia, la soberbia satánica!

—¡Y tú la hipocresía, la hipocresía siniestra!

—Pero comprende que, si todos tuvieran tu moral, el mundo estaría formado por bandidos.

—¿Yo soy bandido? Tú estás un poco más cerca que yo de serlo.

Joshé Mari tenía de bueno que, a pesar de las cosas que le decía, no se incomodaba.

—Insúltame —me dijo.

—Tú has tomado en la vida —le dije— la posición mejor y más cómoda: una frase en latín para esto, otra frase en latín para lo otro, una reserva mental para este pecado. ¡Al pelo! Ahora, que te falta experimentar una sensación que ya no experimentarás nunca.

—¿Cuál?

—La sensación de lo ético... Eso no sabes tú lo que es; ya no lo sabrás en la vida.

—No me vengas con filosofías...; las detesto... Kant, Krause, el yo, el no yo...

—No confundas; no hablemos de lo que no entendemos...; yo no creo que sea una cosa confusa ni misteriosa hablar de lo ético.

A Joshé María Larrea le he tratado siempre mal, creyéndole un hipócrita redomado; después he visto que es un inconsciente.

Al final de nuestras discusiones, Joshé Mari decía:

—La verdad es que para ti, que no crees en el otro mundo, la muerte no te espantará.

—Me espanta a veces; pero es un miedo puramente animal. La inteligencia mía no se asusta. Los nervios tiemblan, pero nada más.

XV

Decaído.

Joshé Mari, que no tuvo éxito con la Rita, se dedicó por entonces a una cupletista francesa que trabajaba en un salón de la calle de Alcalá.

La cupletista se llamaba o se hacía llamar Fathma, y pasaba por argelina, aunque al parecer era de Marsella.

Joshé Mari me llevó dos o tres veces al teatrillo, a ver una farsa titulada algo así como *El pachá Bum-Bum*, en donde no faltaba un baile que entonces, y no sé si ahora, se llamaba por los técnicos *la danza del vientre.*

A mí estas cosas nunca me han divertido. Joshé Mari quiso que les acompañara a la Fathma y a él y a una cupletista insignificante del mismo salón; pero yo rechacé la oferta.

La gente de teatro siempre me ha producido poca simpatía.

Además, aquella cupletista que Joshé Mari quería adjudicarme era una mujer bestia y sin ninguna gracia.

Un día que les acompañé a un colmado, en el camino me tiró el sombrero tres o cuatro veces al suelo, me quitó un duro del bolsillo y se lo guardó, e hizo otra porción de gracias de la buena sociedad.

Al entrar le dije yo a Joshé Mari:

—Esta chica tiene demasiado ingenio parisiense para un palurdo como yo. Adiós.

—¿Pero te vas?

—Sí, sí.

Por aquella época, a pesar de no ser yo un patriota, me ponía de mal humor el leer los periódicos y el ver lo mal que iba la cuestión de Cuba y Filipinas. Al comenzar la guerra con los yanquis, varias veces me propuse no enterarme de nada; pero las aglomeraciones de gente delante de las oficinas de un periódico en la calle de Sevilla, que anunciaba en un telón las noticias de la guerra, me hacían pararme.

La gente patriotera se contentaba con cantar un cuplé bastante estúpido, que terminaba diciendo:

Para cerdos, Nueva York.

Yo me irritaba.

Al fin, sin quererlo comencé a leer los periódicos, y las noticias de la guerra siguieron apasionándome.

Solía ir a casa de doña Asunción, que se mostraba muy patriota.

Por entonces comencé a sentirme débil y con cierto malestar.

Un día, en la calle de Alcalá, escupí sangre.

—Bien —me dije—. Este es el principio del fin.

Fuí temblando a la Casa de Socorro de un médico amigo mío. Me reconoció. No había nada en el pulmón, según él. La intranquilidad que me produjo el creerme enfermo se mezcló a las noticias del desastre de nuestra pequeña escuadra, y anduve varios días triste, decaído y nervioso.

Se me quitó el sueño casi por completo, y no podía dormir nunca hasta que no empezara a entrar en mi cuarto la luz del día, y entonces dormía un par de horas.

Para remediar esto me decidí a hacer una vida más activa, y comencé a levantarme temprano. Solía marcharme a dar un paseo por la Moncloa, y pronto volví a la vida normal.

Q U I N T A   P A R T E

EN EL VACÍO

I

Camino de París.

La pérdida de las colonias hizo hablar a muchos políticos españoles de una necesidad de regeneración inmediata. No sé si la tal regeneración conmovió los Ministerios; el caso fué que en una de estas regeneraciones me dejaron cesante. Mi amigo Más y Gómez me dijo que él no encontraba ninguna colocación en Madrid, que estaba desesperado y que había dispuesto marcharse a París de profesor de español a un colegio, con doscientos francos al mes. Yo me decidí a seguirle para ensayar, aunque sin grandes esperanzas. Tenía unas trescientas pesetas guardadas. Con el cambio quedaban reducidas a ciento cincuenta o ciento sesenta francos. Empeñé un reloj de oro, por el que me dieron diez duros, y vendí unos cuantos libros por otro tanto. Tomé un billete de baños de tercera clase, de ida y de vuelta, muy barato, para San Sebastián; fuí allá muy incómoda-

mente, por cierto, y a la salida de la estación lo vendí.

Alguno me advirtió que yendo a París con poco dinero, lo pasaría mal. No me asustaba la perspectiva. Era hombre que me acostumbraba fácilmente a todo, menos a soportar a los demás. En las comidas me contentaba con lo que me dieran. No tenía apenas preferencias; vegetales o animales, carne o pescado, legumbres o verduras, todo me era igual. En el traje me pasaba lo mismo, y respecto al espectáculo, lo había suprimido. A esta indiferencia estoica llegué, parte por razonamiento y parte por desprecio.

De San Sebastían fuí a Hendaya y tomé un billete de tercera para París.

Al ocupar mi asiento en el coche, en Hendaya, se colocó a mi lado un matrimonio francés. El era capataz de unas minas de Ciudad Real, y bretón, ella parisiense; los dos hablaban muy bien el castellano. Estábamos cerca de la ventanilla charlando, esperando la salida del tren, cuando un hombre de bigote rubio y nariz roja se puso burlonamente a remedarnos.

—No haga usted caso —me dijo la mujer del capataz—. Ese hombre está borracho.

Efectivamente, no hice caso. Partió el tren; seguimos hablando en castellano el matrimonio francés y yo, cuando, de pronto, se abrió la puerta que separaba nuestro departamento de otro del mismo coche y apareció el hombre de la nariz roja y del bigote largo y se lanzó contra mí gritando enfurecido e inyectado:

—*¡Pas d'espagnol! ¡Pas d'espagnol!*

El capataz y otros dos se levantaron, agarraron al hombre y lo empujaron hacia fuera

La parisiense me dijo:

—No vaya usted a juzgar a Francia por esto.

—No, no.

A pesar de todo, el detalle me molestó. Luego, queriendo darle una explicación, pensé en el odio étnico que hay entre los hombres y en el acto terrible del *Apañadico* de Ujué con el soldado que había matado porque era rubio.

II

Diligencias vanas.

Llegué a París, busqué cuarto y encontré uno muy barato en un piso alto, aguardillado, de la calle de Vaugirard, enfrente del jardín del Luxemburgo, en una casa de muy buen aspecto. Costaba el cuarto veinticinco francos al mes.

Estaba citado con Más y Gómez, y fuí a buscarle a la calle de Flatters, donde él vivía. Hablamos, me acompañó hasta mi casa, y al ver que había encontrado para vivir un sitio de buen aspecto, me dijo con cierto énfasis estos versos, que creo que son de Zorrilla:

Siempre vive con grandeza
el que hecho a grandeza está.

Llegado a París, pensé perder unos cuantos días en orientarme un poco y luego buscar un medio de trabajo. Presencié un Catorce de julio feo, sucio y sofocante; nunca había visto yo tal cantidad de harapientos inundando las calles; las soldados marchaban en coche por los bu-

levares un tanto borrachos, y de noche, en las plazuelas y encrucijadas, adornadas con farolillos de papel, se bailaba.

El momento era muy político y el proceso Dreyfus volvía medio locos a los franceses más cuerdos. Constantemente había manifestaciones, riñas en los cafés y peleas en las calles.

Intenté ver si podía traducir para alguna casa editorial, pero no encontré nada; diez o doce españoles y sudamericanos explotaban las traducciones, ganando una bicoca, pero esto se consideraba una ganga. Entre los españoles que vivían allí había gente extraordinaria dedicada a las más extrañas ocupaciones. Uno de ellos, pintor, que no ganaba con la pintura, se dedicaba a la magia y solía estar en su estudio de Montmartre, el verano, con la estufa encendida, vestido con una túnica negra y, delante de un atril, con un libro cabalístico recibiendo a su clientela y aconsejando a uno y a otro qué amuletos debía usar para librarse de los maleficios.

Yo no era bastante audaz ni bastante hábil para inventar un recurso así. Los días se me pasaban en andar, en visitar museos, en diligencias vanas, como hubiera dicho Más; vivía con muy poco dinero, no gastaba arriba de tres francos al día. Encontraba París hermoso, pero nada amable. Es muy difícil encontrar amable un pueblo no teniendo dinero; naturalmente, se tropieza yendo en calidad de pobre con lo más triste y feo de una urbe. Mi francesismo disminuía progresivamente. Era una época de desprestigio absoluto de España, de

su vida, de su política, de sus costumbres, de su moneda, y aquel desprestigio acompañaba, como la sombra, a cada español en el extranjero. Nada para mí más estúpido. Yo no estoy seguro de ello, pero creo que ha habido épocas en que no se ha medido a cada hombre por la fuerza política o militar de su país. Actualmente es así, cosa antipática y antihumana. Sólo los ingleses he visto que todavía son capaces de medir a los hombres por lo que valen individualmente.

Además de esta desventaja de ser español, con la que tropezaba entonces al pretender algo, tenía uno que luchar con la gente, que, al menos la que a mí me rodeaba, era de una sordidez exagerada. Con dinero no me hubiese importado aquello mucho; pero no lo tenía, y era indispensable defender los céntimos contra el dueño del restaurante o contra la portera, que, cuando había uno gastado dos o tres bujías a la semana, decía que cinco o seis.

Al mes de estar en París me convencí de que no iba a hacer nada, y empecé a pensar en volver a España. Tenía decidido el viaje, cuando, en una gran manifestación dreyfusista, a la que acudí por curiosidad, conocí a un judío turco que hablaba español y que me proporcionó una labor de copia en la Biblioteca Nacional. Cobré por el trabajo doscientos cincuenta francos. Decidí quedarme otro mes en París.

Un día se me presentó en casa Más y Gómez y salimos a pasear. Entramos en el jardín del Luxemburgo. Era un día de calor bochornoso. Más me contó largamente sus dificultades; lue-

go se sentó en un banco, se quitó el viejo sombrero de paja, ennegrecido por el sol, y, secándose el sudor de la frente con un pañuelo de color, sucio y remendado, me dijo con acento lastimero:

—Puesto que está usted en las mismas condiciones que yo, le voy a decir que soy muy desgraciado.

—Hombre, no me mate usted —le indiqué yo.

Le animé un poco, y fuimos a cenar a un restaurante próximo al Odeón, un restaurante balzaquiano, amarillo, raído y triste. Después de cenar, Más, encontrándose animado, me convenció de que fuéramos hacia Montmartre. Marchamos a la otra orilla. Anduvimos por un bulevar vacilando, sin decidirnos a entrar ni aquí ni allá, y acabamos metiéndonos en un café cantante. Tuvimos mala suerte; no había mas que siete u ocho personas dentro. Nos dieron un café muy malo y oímos unas canciones de *argot* poco agradables. Yo me hubiera marchado en seguida, pero Más no quería. Cantaba un hombre grueso, que era el principal del café, un atleta con un sombrero muy ancho, unos calzones azules, chaqueta de terciopelo y corbata flotante, y después de él cantaban otros de menos categoría, tipos hambrientos, vestidos de negro, acompañándose todos con un piano pequeño. Cuando concluía alguno de ellos, pasaba un chico con una bandeja y se le echaba dinero; diez céntimos, por lo menos.

A la octava o novena vez nos pareció la cosa

un tanto abusiva, y, de común acuerdo, Mas y yo no echamos un cuarto a la bandeja.

Los cantantes nos insultaron horriblemente, y sobre todo el atleta de los pantalones azules. Más, que era un hombre absurdo y débil, fué a encararse con él y a pedirle explicaciones en un tono agresivo. El cantante atlético le miró despreciativamente. Yo me temí que lo iba a deshacer de una guantada.

El café estaba cerrado.

Afortunadamente, en aquel momento entró un gendarme; yo le agarré del brazo a Más, y salimos al bulevar entre el abucheo de los cantantes.

—No se le ocurren a usted mas que necedades —le dije a Más con furia—. Parece mentira que sea usted tan imbécil.

Más quería convencerme de que un español no debía dejarse atropellar de una manera tan villana.

Insistía en la palabra villana, como si se tratara de la exactitud del calificativo y no del golpe que le podían haber dado.

—¿Pero no comprende usted que le hubiera hecho polvo? —le dije yo.

—No crea usted que yo soy manco —me contestó él.

Esto me dió una risa inextinguible.

Mi amigo, que estaba aquella noche turbulento, quiso que nos acercáramos a Moulin Rouge a ver la salida de la gente. Entre el público, Más conoció a un pintor catalán que iba con un periodista sudamericano.

Me presentó a ellos, que me acogieron des-

deñosamente, y echamos a andar todos hacia la plaza de la Trinidad. Hablamos de lo que nos había pasado en el café.

El pintor catalán, secundado por el sudamericano, defendió la tesis estólida, con una falta de gracia absoluta, de que había que ser un hombre refinado para saborear una canción popular insulsa. Me pareció una tesis que no valía la pena de rebatir. Antes de llegar a la esquina del jardín del Luxemburgo, tomamos Más y yo por una callejuela que salía al Odeón; y a la puerta de una taberna, el Cabaret du Cygne, presenciamos un altercado entre el dueño y unos parroquianos. El dueño era un viejo templado, de perilla blanca, y luchaba a puntapiés con unos apaches jóvenes. Las camareras de la taberna, unas mujeres fuertes, grandes, tomaban parte en la riña, gritando e insultando. Todos los clásicos insultos del bajo pueblo parisiense cruzaban el aire. Más y Gómez, siempre entremetido, se había acercado al lugar de la reyerta. En esto se abrió un balcón de un tercer piso y estalló en la calle algo con estrépito. No era precisamente una bomba, sino un envoltorio hecho con periódicos, en el que habían vaciado unos cuantos bacines.

Los de la calle empezaron a gritar y a insultar a los de la casa.

Más y Gómez se me acercó, oliendo no precisamente a rosas.

—¿Qué voy a hacer? —me dijo el pobre hombre.

—Vaya usted a lavarse.

Yo, riéndome sin querer, me marché a mi guardilla.

. . . .

Otro día, con este judío turco a quien había conocido en la manifestación dreyfusista, estuve en un mitin ácrata, en un picadero próximo a la calle del Faubourg Saint-Antoine. Era de noche. Estaban los alrededores llenos de gendarmes, ciclistas y de soldados de línea, como si se fuera a dar una batalla. A mí me parecían estas precauciones un poco de broma; pero a la salida, por un callejón estrecho, nos dieron una paliza terrible. Los puños de los gendarmes maniobraban sobre las pobres cabezas ácratas de poco sèso, como quien varea lana.

La gente caía al suelo, golpeada y pateada.

Yo escapé como pude con un puñetazo en un hombro, que me dolió bastantes días.

III

Filosofía del que se sienta en los bancos de la calle.

Llevaba dos meses en París; estaba dispuesto a volver a España, cuando un aventurero francés me proporcionó una copia de unos documentos para un político centroamericano. Como había mucho trabajo, lo repartí con Más y Gómez; pero a Más no le gustaba trabajar. Se había hecho amigo de un francés medio loco, místico, que opinaba que no había apenas necesidad de comer, y que las enfermedades se tenían porque se querían, y se curaban por la oración.

Este hombre, Bertrand el profeta, no tenía casa, y dormía en las iglesias, en los bancos, en cualquier parte, a veces de pie. Más, con su insubstancialidad, aceptó las doctrinas del profeta, y a los cuatro o cinco días de copia me dijo que estaba harto de trabajar y que no quería seguir.

—Bueno, bueno. Está bien.

Un par de años después le encontré a Más en Madrid, ya muy enfermo, y le pregunté qué

había sido de su amigo, y me contó una historia que a él le parecía muy seria y a mí se me antojó muy grotesca. Un día, en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, le encontraron al profeta Bertrand que se estaba lavando las hemorroides que padecía en el agua de una pila de agua bendita. Miraron el acto como una profanación y lo llevaron al profeta a la cárcel, y allí murió.

Como Más no quiso hacer la labor de copia, la hice yo, trabajando al día diez y doce horas. Para no excitarme demasiado, daba largos paseos por los afueras.

Viví con el dinero que me dió este trabajo otro mes; pagué mis pequeñas deudas, y empezaba a verme en la necesidad de quedarme, porque no tenía dinero para volver, cuando un español me vendió un billete que tenía del consulado, como indigente, por quince francos. Tomé un coche y me metí en el tren. Nadie pretendió identificar mi personalidad.

No llevaba ninguna simpatía por París ni un recuerdo agradable de una sonrisa o de una palabra grata. Naturalmente, en cualquier gran ciudad, a la que hubiera ido con poco dinero, me hubiera pasado lo mismo. En los pueblos civilizados, la pobreza es casi un crimen, porque indica inutilidad o inadaptación.

Pensando en mi estancia en la gran ciudad, comprendí que no había perdido del todo el tiempo.

Había aprendido y practicado algo de esa filosofía que se adquiere mirando a un río por donde pasan barcos y gabarras, y sentándose

en los bancos de los jardines públicos. Este punto de vista del banco del jardín público no deja de ser trascendental. Se ve el mundo de muy distinta manera desde el banco de un jardín público que desde la terraza de un palacio particular, desde la imperial de un ómnibus que desde el asiento de un automóvil.

También llevaba una impresión de pánico, sentida al asomarse a la vida del suburbio parisiense.

De lo que he visto, nada me ha producido más espanto que algunos rincones de los barrios exteriores de París. En otros lados hay miseria, en otros crímenes; pero en esos rincones, cafetines y bares se reúne el vicio, el crimen, la abyección y la petulancia. Apaches jóvenes y fuertes, hombres robustos, inyectados por el alcohol, que pegan a sus queridas; mujeres también fuertes, morenas o de pelo rojo, peinado como un casco, con un delantal, unos brazos musculosos y unas manos que parecen hechas para estrangular; viejos y viejas derrotados, deshechos...

La curiosidad me impulsó algunas veces a asomarme a estas tabernas y rincones; pero luego el temor me hacía huír. Me veía asesinado a la puerta de algún cafetín de las afueras. ¿Cómo un español, un hombre de un país de riñas y de navajadas, podía encontrarse asustado en París? —me preguntaba el judío turco. Esto a él, como a un francés que le acompañaba, le parecía una extravagancia.

. . . .

A la vuelta a España iban en el tren dos mu-

jeres, que marchaban a Burdeos; debían ser modistas. Yo no tenía ninguna gana de entablar conversación, pero ellas, sí. Me preguntaron qué era y adónde iba. Les contesté que era español, que volvía de París a Madrid. Me volvieron a preguntar qué me parecía París. Les dije que era un pueblo admirable, sobre todo para los ricos.

—¿Y para los pobres, no?

—Para los pobres todos los pueblos son malos.

—Es un filósofo —dijo una de ellas a la otra, refiriéndose a mí.

Y la otra replicó:

—Es un idiota.

Al llegar a Burdeos tuve que esperar unas horas sin comer. No me quedaban mas que cuatro o cinco pesetas españolas, que no me las quisieron cambiar en ningún comercio. En Irún tomé café con leche, y me senté en un banco de la estación y me quedé dormido.

—Este pobre, ¿de dónde vendrá? —oí que le preguntaba una señora a otra con voz muy suave.

Le agradecí la compasión, y estuve por decirle:

—Señora. Muchas gracias por su piedad, aunque no sea digna de ella.

Esta simpatía por el pobre siempre será una cosa admirable de España.

IV

Oposiciones.

Llegué a San Sebastián, fuí a un hotel barato, me limpié, me arreglé todo lo que pude y me lancé a buscar a Joshé Mari. Lo encontré en un café.

—¡Hola! ¿De dónde vienes? —me preguntó—. Estás más flaco.

—Vengo de París.

—De juerga,¿eh?¿Cuánto tiempo has estado?

—Tres meses.

—Pues te habrá costado tus cinco o seis mil pesetas el viaje.

—No tanto; pero me he quedado sin dinero y he pensado en ti.

—¿Cuánto necesitas?

—Unas doscientas pesetas.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Me bastan.

Joshé Mari sacó su cartera y me dió dos billetes de a cien pesetas.

—Te los devolveré lo más pronto que pueda; no sé cuando —le advertí.

—No te ocupes de eso.

Dos días después tomé el tren y me fuí a Madrid. Había que encontrar algo; algún destino o empleo para vivir. Fuí a casa de las de Bernedo, pero no les dije en qué situación me hallaba. Un par de semanas después de llegar a Madrid me encontré con un joven a quien conocía de verle en la Biblioteca. Este joven me indicó que las oposiciones a cónsules iban a empezar de un día a otro. Efectivamente; empezaron, y yo salí mal. No me dieron plaza. En el examen me tocó un punto de geografía política, que no conocía bien, y después una cuestión de historia, en la que estaba fuerte, el tratado de Campo-Formio. Me enzarcé en una discusión con uno del tribunal, llevado por un momento de amor propio, y aduje pruebas y datos de una manera un poco categórica, sin pensar en si molestaría o no a mi juez. Cuando advertí que los demás del tribunal estaban celebrando mi triunfo era tarde y mi interlocutor se hallaba muy violento. Pasé de aquel examen al siguiente, quizá para que no se dijera que se me rechazaba por mis opiniones. El otro ejercicio consistía en traducir una página del castellano al francés, y cometí varias faltas. El profesor que había discutido conmigo en el ejercicio anterior me dijo, para vengarse, que el francés *voyou* no era el francés de la diplomacia. Con esto quedé excluído.

Mi brillante porvenir no aparecía por ningún lado. No veía luz en mi camino; obscuridad completa a derecha e izquierda.

V

Hogar ajeno.

A Joshé Mari le expuse mi situación. Mi primo presenció mi examen y se convenció de que habían hecho conmigo una injusticia.

—Vente a vivir a mi casa —me dijo.

—Gracias, no; yo no quiero ser parásito, quiero trabajar.

—Te gustaría ir a Bilbao.

—¿Por qué no?

—Yo tengo allí un primo, algo pariente tuyo también, que tiene grandes negocios. Le escribiré hablándole de ti.

—Bueno.

Le escribió y la contestación fué favorable.

—Vete a casa del sastre —me dijo Joshé Mari— y que te haga un par de trajes, y luego a casa del camisero y del zapatero.

—¡Pshe! ¿Para qué?

—Es que si vas tan raído como andas aquí, no van a querer tenerte. Los ricos nuevos son así, fantasiosos.

—Pues tú eres rico nuevo y no tienes esas ínfulas.

—Es que nosotros somos aristócratas de espíritu, y la quincalla no nos puede hacer efecto; pero a ti te conviene un poco de barniz.

—Bueno, pues me arreglaré una indumentaria decente.

—Y vete en primera.

Fuí en primera. En el vagón iba una mujer que me pareció inglesa o americana. Era una mujer muy delgada, esquelética, muy bien vestida, con el cutis tostado por el sol, los ojos brillantes, la cara larga y la mandíbula cuadrada. Me hizo algunas preguntas en mal francés, y entablamos conversación. Venía del Transwaal y era hija de un militar. Había viajado por todo el mundo, y, a pesar de esto, tenía un aire infantil.

En Miranda le convidé a tomar el desayuno.

Me despedí de la inglesa, que me invitó a ir al Transvaal seriamente, como se invita a tomar algo en un café próximo, y seguí mi viaje.

Llegué a Bilbao, donde me esperaba Ramón Larrea, el primo de Joshé Mari, que me llevó a una fonda.

. . . . , ...

Yo no sé por qué hablan de Bilbao como de una ciudad extranjerizada y moderna. A mí me pareció un pueblo tan hispánico como Villazar o Valladolid; pueblo áspero, sin vida social alguna. Allí, la gente rica se siente orgullosa por su dinero y se aísla; la gente media se aísla, quizá por despecho, y la gente pobre, venida de todas partes, es desvergonzada e insolente.

Me gustó mucho la ría de Bilbao; pero la vida de la ciudad no me gustó nada. Me pareció una vida de factoría, una vida estrepitosa y chillona, unos cafés llenos de humo y unos teatros llenos de hombres, y de hombres petulantes, cosa verdaderamente desagradable.

El trabajo que me dió don Ramón Larrea, el primo de Joshé Mari, fué de poco empeño; tenía mucho tiempo para salir y para aburrirme. Don Ramón Larrea, que quería pasar por un hombre serio, grave y sesudo, era en el fondo una cabeza destornillada. Se había encontrado con negocios tan fáciles, tan productivos, que se había hecho rico sin esfuerzo. Era más ligero que una bailarina y mucho más fantástico. Hablaba sin parar. Cuando conocí a otros ricos del pueblo me convencí de que aquella gente no tenía grandes condiciones para la vida moderna. Ninguno me pareció capaz de llevar la orientación de una ciudad grande complicada; ninguno apto para dirigir los acontecimientos. Eran los acontecimientos, la fuerza de las cosas, la que les arrastraba a ellos.

El primer domingo de estar en Bilbao, don Ramón me llevó a comer con su familia. Larrea había hecho su casa, medio *chalet*, medio palacio, en una calle nueva. Tenía hermosas vistas; desde las ventanas, a lo lejos, se veía el pico de Serantes entre la bruma, y por la noche, el resplandor rojizo de los Altos Hornos.

Don Ramón me presentó a su mujer como pariente, y para comprobar el parentesco se puso a hablarme de tú.

La mujer de don Ramón, Adela, era una mujer de unos treinta y tres a treinta y cuatro años, no guapa, pero con cierto aire de bondad. Tenía tres hijos, dos niñas, una de doce años, Adelita; otra de diez, Pepita; y un chico de seis, Ramoncito.

Después de comer, con el pretexto de que tenía mucho que hacer don Ramón, se fué y me dejó en el comedor charlando con su señora.

La mujer de mi primo tenía muchas ganas de hablar. Su marido, por lo que me dijo, siempre estaba fuera. Ella conocía poca gente, porque era de un pueblo de la costa, en donde había vivido hasta casarse.

Mientras hablaba Adela, sus hijos me mareaban a preguntas y me enseñaban sus juguetes. Cuando salí de la casa para marcharme a la fonda, era ya de noche. Al día siguiente, don Ramón me dijo que fuera a comer a su casa todos los días. El estaba siempre fuera y su mujer no tenía con quién hablar.

—Bueno, ya iré.

—De paso, cuando estés libre —añadió—, debías de hacerme un pedido de libros para formar la biblioteca. Tengo unos cajones de libros, pero no los he abierto. No sé qué habrá.

Don Ramón no podía parar en casa; tenía que moverse, gritar y vociferar para todo. Yo me figuraba al principio que era la fiebre de negocios la que le intranquilizaba, pero luego supe que tenía una querida ex corsetera, muy flamenca. Me lo dijo un dependiente del escritorio, un joven bizcaitarra de los que defen-

dían el mito de *Jaun-Goicua eta legue-zarrac* (Dios y las leyes viejas).

—En un vascongado, eso de tener una querida está mal —añadió el dependiente con seriedad.

—Si está mal en un vascongado, estará también mal en un chino —le dije yo.

El dependiente no se había ocupado jamás de la moral de los chinos.

Este hombre quiso hacerme a mí bizcaitarra.

—Pero si yo he nacido en Cádiz, donde mi padre estaba de guarnición —le dije yo.

—No importa, sus padres eran vascos.

—Mi padre, sí, pero mi madre, no. Mi madre era de la Rioja.

—La Rioja es una tierra vasca irredenta.

La cosa me pareció enormemente cómica.

Este bizcaitarrismo era en Bilbao una chifladura general; halagaba la vanidad de las gentes del pueblo, haciéndoles creer que sólo los de la región eran buenos y nobles, de la raza de Abel, y que los hombres de las demás regiones españolas eran unos energúmenos descendientes de Caín.

El dependiente bizcaitarra, para llevarme a su campo, me prestó algunos libros que leí. Al cabo de algún tiempo me preguntó:

—¿Ha leído usted eso?

—Sí.

—¿Y qué?

—Me parece que están ustedes en un error. He visto que el Jaun-Goicua de ustedes es un dios moderno. El dios antiguo de los vascos es

Urcia o Urtzi, el trueno, que es el mismo dios Thor de los escandinavos. Hay que desterrar a Jaun-Goicua, que es un dios de ayer, y volver a Urtzi. Respecto a las leyes viejas no tenga usted simpatía por ellas. El tradicionalismo y el amor por las leyes viejas es una idea esencialmente judía y romana. Los hijos de Thor y de Urtzi nunca han sido amigos de las leyes, ni antiguas ni modernas.

El dependiente se quedó un poco asombrado con lo que le decía, porque él no había leído ninguno de los libros que me había prestado. También hablé de esta misma cuestión con Adela, que manifestaba grandes simpatías por el bizcaitarrismo.

Iba yo a casa de Ramón todos los días. Por entonces estaban haciendo el ajuar de una prima de Adela, que se casaba con un médico.

Esta chica, Rosario, era hija de un marino mercante, y era muy simpática, muy decidida.

Las hijas de Adela y sus amigas colaboraban en el ajuar con gran entusiasmo.

Yo no quería estar cerca de aquellas muchachas porque me parecía que impurificaba el ambiente con mis ideas eróticas involuntarias. Por esto tomaba ante ellas una actitud adusta y burlona.

Estas chicas se educaban la mayoría en un colegio de monjas, de externas. Un día quise averiguar qué sabían y les hice algunas preguntas acerca de materias científicas.

No sabían una palabra de nada de cuanto a mí me parece trascendental. No tenían ni la más ligera idea del sistema planetario ni de

las estaciones, ni de la materia, ni de los cuerpos simples, ni de la eclíptica, ni de los volcanes, ni del mar, ni de las plantas, ni de los animales. De cuestiones históricas y artísticas, lo mismo es decir nada. Si se les hubiera asegurado que Napoleón era contemporáneo de César, no les hubiera chocado nada.

—Estas chicas tendrán que casarse con hombres tan ignorantes como ellas —le dije yo a Adela.

—¿Y para qué van a saber más? —me replicó ella—; con que sean buenas y hacendosas.

La maniobra de don Ramón de meterme a mí en su casa no tenía más objeto que el que yo entretuviese a su mujer mientras él andaba de parranda. Sin duda estaba muy seguro de la virtud de su esposa y de mis buenas intenciones. La mujer de Larrea, a la que llamaba ya mi prima, había abandonado el piano; yo le insté a que volviera a él, y volvió; Ramón se rió con esto.

—Ya veo la influencia de Luis —dijo.

También le aconsejé a mi prima que quitara algunos muebles y adornos de mal gusto de la casa, pero Ramón protestó.

—No, señor —gritó—. No, señor. Es que tú eres un esteta. Es que tú quieres, sin duda, que haya aquí una corrección ática; no, no estoy conforme. Yo soy un rico, y un rico de Bilbao, de un pueblo de mal gusto, sí, señor, ¿y qué? ¿No hay derecho al mal gusto? Porque aquí no ha de venir nunca un hombre de buen gusto; aquí no ha de venir el admirador de Botticelli,

o del Donatello, o del Bramante, sino el minero de Gallarta o de Somorrostro.

Yo me reí. Esta fraseología erudita entusiasmaba a Larrea; reconocí que tenía razón y se dejaron los adornos de mal gusto en donde estaban.

Un día, no sé cómo, después de una conversación larga con Adela, me dijo que sabía que su marido tenía una querida. Hablamos fríamente. Ella estaba dominada por la prestancia del marido y por la vida sexual. Me aseguró que no le importaba tanto la infidelidad espiritual como la material. Yo, puesto a hablar rudamente, quizá le tenía en el fondo cierto odio a aquella mujer por su reaccionarismo y por su fidelidad conyugal; le dije:

—Eso no lo comprendo, la verdad; porque para el amor material un criado le sirve a usted lo mismo que su marido.

Ella se estremeció.

—¿Y la deshonra?

—La deshonra existe cuando se hace pública.

—¿Y el pecado?

Yo me encogí de hombros.

Esta mujer buena estaba dominada por su marido, que era egoísta, infiel y un tanto botarate. A pesar de esto se preocupaba de él con entusiasmo.

—Claro, la vida no ha de dar a cada uno lo que merece —pensaba yo al salir de su casa—. Buscar la idea de la justicia fuera de la cabeza del hombre es una ilusión.

VI

El amor y la crueldad.

Un domingo, con el dependiente bizcaitarra, que había decidido abandonar su nombre latino de Pedro y aceptar el semítico de Kepa, fuí a Portugalete. Había mucha gente en el tren y fuimos Kepa y yo en la plataforma, al lado de dos chicas que venían riendo y bromeando.

Kepa se dedicó a lo que los madrileños llaman parcheo, y nosotros, los vascongados, el zirri.

—Quite usted la mano de ahí, ¡lerdo! —le dijo de pronto una de las chicas—. El asqueroso anciano éste. ¡Sinsorgo!

Kepa se rió de mala gana.

—Las *sensillas* costumbres vascas —le dije yo, y viendo que estaba algo confundido, añadí—: No haga usted caso. Si esto no es mas que civilización.

Una de las chicas me miraba atentamente, separándose de mí.

—No tenga usted cuidado —le dije yo—; mi

religión me prohibe esa clase de exploraciones.

Al volver y coger el tren en Portugalete, nos encontramos con las mismas muchachas, que venían seguidas por tres o cuatro jóvenes que las acosaban de una manera un tanto bárbara.

—Ya estamos aquí de nuevo —me dijo la chica que había venido a mi lado.

—Y con escolta.

—Estos chicos de Bilbao son más brutos...

Los jóvenes perseguidores, al ver que hablaban las muchachas con nosotros, se aplacaron.

Charlamos la chica y yo. Era esta muchacha costurera, y trabajaba en un taller. Era guapa, morena, con la cara un poco ancha y los ojos claros, verdosos. Se desocuparon dos asientos en el vagón y nos sentamos ella y yo.

Las costurera me pareció muy simpática y ocurrente, aunque tenía ese desgarro un poco brutal que parece que da la orilla del Ebro. Era riojana, algo paisana mía.

Llegamos a Bilbao, y al despedirme de ella le pregunté si nos veríamos otra vez; me dijo que el domingo siguiente iría al baile de los Campos Elíseos.

Fuí y la encontré en seguida. Las convidé a merendar a ella y a su amiga. Mi costurera se llamaba Teresa. Hablamos mucho, y la vi a mi gusto. Su cara no era fina, sino más bien un poco basta, como si estuviera hecha de prisa y corriendo; su color rojizo, las manos ásperas y como vináceas; pero tenía unos ojos grises

verdosos, con unas venillas azules en las ojeras, que eran un encanto.

—Mirarle a usted los ojos es para mí un espectáculo.

Estaba bien aquella chica; tenía un fondo inquieto de audacia y de decisión muy simpático. Hacía los diminutivos en *ico*, a lo aragonés y riojano, cosa que en ella me gustaba, pero que, en general, me fastidia.

La gracia y alegría que tuvieron nuestras primeras entrevistas se convirtió pronto en tristeza y en riñas. Cinco minutos que fuera tarde a una cita, y ya estaba Teresa de malhumor todo el tiempo.

La chica, celosa, creía indispensable infundirme celos. Me hablaba de lo guapo que era éste o el otro; generalmente, se refería a dependientes de comercio jovencitos, de los cuales yo no podía ser rival. Para ella un hombre moreno, muy derecho, recién salido de la peluquería y con ademanes de conquistador, era el tipo del perfecto galán. Yo me encogía de hombros.

—No comprendo, si ése es tu ideal, por qué me haces caso a mí —le decía yo.

El generalizar para Teresa era la más estúpida de las preocupaciones. Yo pensaba que tenía las mismas ideas y los mismos sentimientos que una mujer del siglo XVII.

Para ella no había más preocupación que cuanto se relacionara con el amor y con el lujo.

Un hombre, según ella, no podía tener valor mas que por la forma de la nariz, o por el co-

lor del pelo, o por la manera de vestir, o porque le faltara un diente. La vida para ella tenía dos núcleos: uno, la casa en donde se hacía el nido de amor, otro, la calle, donde se lucía. Lo demás no era nada. Así, todo trabajo que no se relacionara con la casa le parecía un trabajo envilecedor. ¡Ser mecanógrafa o maestra!... ¡Qué ridiculez! ¡Qué rebajamiento!

En el paseo, todo lo que no fuera lucir era denigrante. Ella no hubiera ido nunca con un obrero mal vestido, aunque hubiese sido su hermano. Llevar un paquete por la calle le parecía un horror; pensaba que el mundo entero se estremecía. Al principio de conocerla y de acompañarla, la vi algunas veces ponerse roja y mirarme inquieta, todo porque yo llevaba en la manga una mancha de yeso o la corbata torcida.

También quería hacer una comparación de la cantidad de entusiasmo que yo podía tener por ella y ella por mí. Yo la decía que no puede haber una reciprocidad completa en el afecto. Lo lógico es que no lo haya. Desde el momento que el amor es una gracia, un don que se da porque sí, no es natural que nos contesten con la misma cantidad de afecto. Nos darán más o menos, difícilmente la misma cantidad. Hay que resignarse, pues, a querer más o a querer menos de lo que nos quieran. Estos razonamientos míos, a mi parecer sensatos, le irritaban.

Teresa tenía un erotismo pánico y unas pasiones de salvaje. Toda su sensualidad se revestía con ideas violentas y sanguinarias. Su

egocentrismo era absoluto. No le cabía en la cabeza la más ligera sombra de una idea general. Yo no he conocido persona que llevara más lejos la limitación. Ella y yo nada más. Muchas veces me preguntaba:

—¿Qué tal estoy así?

—Muy bien.

—¿Y así?

—Pues, muy bien.

Otro día me decía:

—No me has dicho nada.

—¿Qué pasa?

—Que tengo zapatos nuevos.

Todo esto me aburría lo indecible. No podía decir yo nada de ninguna mujer. Que encontraba que ésta estaba bien vestida o tenía una figura bonita, bastaba ya para que se quedara enfadada.

—Te hablo de eso, porque a ti te gusta —le indicaba yo—; pero, si lo prefieres, hablaremos de filosofía.

Ella me miraba iracunda. Teresa había decidido que todas las mujeres eran enemigas suyas; y como ella estaba por entonces interesada por mí, todas querían conquistarme.

El convertirle a uno en ídolo, para mí siempre ha sido muy desagradable.

—¡No tengas cuidado! ¿Quién se va a enamorar de mí? —le preguntaba yo.

Este sentimiento de comprensión de uno mismo le parecía a ella una finta, un engaño.

Ella aseguraba que los vascongados eran hipócritas, calculadores y egoístas; creía que los riojanos valían más, que tenían más cora-

zón. Yo le atajaba no defendiendo a los vascongados, pero hablando mal de los ribereños del Ebro.

Una vez me dijo que ella ya no podía querer a nadie más y que ya no podía vivir; luego añadió, hablándome de usted:

—¿Usted no pensará casarse conmigo?

—No sé, chica —le contesté—. Todavía no te conozco bastante bien.

—Pues tendrá usted que decidirse pronto.

—¿Por qué?

—Porque tengo una tía en el pueblo y me ha arreglado la boda con un señor rico.

—¿Le conoces a ese señor?

—Sí.

—¿Cómo es?

—Un señor que está bien, pero que es ya viejo.

—¿Cuántos años tendrá?

—Lo menos, treinta y cinco.

—Pues yo ando cerca de los treinta; así que soy casi tan viejo como él.

—Yo no quiero casarme con él; si usted quiere, yo me voy con usted, si usted me da palabra de no abandonarme..., porque si usted me abandonara y me hiciera desgraciada, entonces le mataría..., no me mataría yo.

—¿Pero yo por qué he de hacerte desgraciada? ¿Por qué?

Ella aseguró que sufría mucho con mi indecisión.

La serenidad, un tanto amable, que yo me propuse tener con ella, le ponía furiosa y le sacaba de quicio. No pensaba mas que en cosas

terribles. En qué haría yo, si a ella le pegaran una puñalada o tuviera las viruelas. Todo esto me empezaba a aburrir. Tenía una tendencia a la exasperación y a los celos extraña.

A medida que hablaba con ella se revelaba esta personalidad brutal, rabiosa e iracunda. Y, sobre todo, la crueldad. Ella había notado que a mí no me gustaba matar a los animales, y, cuando salíamos al campo, se divertía, si veía algún bicho, poniéndole el pie encima. Hablaba de las mujeres con rabia. Si fuera hombre, ¡qué chascos les daría, después de aprovecharse de ellas!

El día de su santo le compré una sortija con una esmeralda.

¡Qué impresión le produjo este regalo!

Le acompañé hasta casa y en el portal me besó de una manera bárbara.

Después, recordando a esta muchacha y leyendo libros de psiquiatría, he pensado que había algo de sadismo en ella, porque me pellizcaba, me arañaba y a veces me pinchó con un alfiler.

Empecé a tenerla casi miedo. No era una mujer que pudiera vivir con un hombre tranquilo y de costumbres apacibles.

Como estábamos riñendo todos los días, un día le dije que tenía un carácter insoportable y que la iba a abandonar. Ella armó un escándalo tremendo.

Comencé a dejar de asistir a las citas y a ir tarde otras veces.

El furor que le daba era terrible. Afirmaba que estaba liado con la mujer de mi primo

Ramón. Un día le dije a su madre delante de ella:

—Mire usted, su hija tiene un carácter imposible. Yo me hubiera casado con ella, porque el que sea obrera, para mí no es obstáculo; pero la voy a dejar.

—No me diga usted nada —me contestó la madre—, ya sé demasiado cómo es. Es una fiera. A esta lo que le conviene es que la peguen todos los días una paliza que la deslomen.

La chica nos oía dando taconazos en el suelo, de impaciencia. Al día siguiente no apareció, y a los dos días me escribió una carta, rabiosa, colérica y llena de faltas de ortografía. Me decía que se casaba con el señor viejo de su pueblo y que se marchaba de Bilbao para no volver. Añadía que se quedaba con el anillo que la había regalado, pero que, si se lo pedía, me lo devolvería.

. . . .

La chica se marchó. Tuve luego, pasados algunos años, ocasión de saber de ella, y me dijeron que pasaba por una mujer rara, de genio violento, que apenas salía de casa y que dominaba al marido.

Muchas veces sucede, cuando se intenta poner en marcha una máquina complicada, que se impacienta uno al ver que no se sabe manejarla; en cambio, otras veces, si toca uno un botón y, por casualidad, la maquinaria comienza a funcionar, se queda uno espantado de haber hecho moverse todo aquel tinglado. Algo de esto me pasó a mí con esta chica riojana.

VII

Un señor pintoresco.

A MEDIADOS de marzo, Ramón y su señora dijeron que tenían que ir a San Sebastián.

—¿Tú vendrás? —me preguntó Ramón.

—¿Y para qué voy a ir?

—Mi mujer y mis hijos te reclaman.

La verdad es que era un señor de compañía de Adela y de sus hijos, lo que me fastidiaba profundamente. En San Sebastián fuimos la familia de Ramón y yo al mismo hotel.

Mi plan constante de no convertirme en animal doméstico no me servía. Sobre todo la niña mayor, Adelita, se me imponía. Era unas veces riñendo, otras llorando, siempre con rabietas. El caso es que yo no la tenía cariño; la encontraba voluntariosa, de mal humor, rencorosa; pero, aun así, me dominaba.

Muchas veces pensé:

—Voy a darle un puntapié a esta chiquilla y me voy a marchar a Madrid —pero no lo hacía.

La Adelita me tiranizaba; tenía que ir con ella a la playa, al Castillo, a ver las tiendas de ju-

guetes. No se acordaba para nada de su padre, sino de mí, a quien llamaba el tío Luis.

En el hotel se reunía una gente bastante curiosa. Al lado de nosotros comía una señora madrileña, rubia, pintada, redicha, que tenía una hija casi igual a ella, casada y entendida con un amigo rico del marido. Esta señora pintada, por lo que supe después, sacaba dinero a su hija, que, a su vez, se lo sacaba al amante; pero esta señora no se trataba públicamente con su hija. Así guardaba, en apariencia, una gran respetabilidad, y con sus amigas se lamentaba, de una manera teatral, de la corrupción de los tiempos.

Yo la veía a la hija en el Casino, jugando al treinta y cuarenta y al bacarat; al amante, como de guardia en la misma sala, y al marido, abajo, en los caballitos.

Solía ir yo al Casino, como recurso, para librarme de Adelita, que me acaparaba como si fuera un juguete. En el Casino me hice amigo de un señor, don César, que había conocido a mi padre. Don César era un hombre de unos sesenta años, de barba negra con mechones de plata, tos crónica, cara pálida y triste. Era hombre agrio y ocurrente. Don César solía ir acompañado muchas veces de un joven del pueblo, muchacho romántico, aficionado a la literatura y desesperado de que en su ciudad no hubiera nadie que tuviera aficiones literarias.

Muchas veces le oí a don César frases de este género al pasear por las calles.

El joven romántico decía:

—¡Qué bonita muchacha! ¡Qué aire de finura, de pureza!

—Pregúntele usted por el último guardia civil que se ha acostado con ella —replicaba don César.

—¡Por Dios, no! —decía el muchacho.

Don César, bohemio, trasnochador, hombre acostumbrado a la vida de Madrid de la Restauración, decía que aquel Madrid constituía el tipo de la máxima cultura; añadía que tomar el sol era muy malsano, y que el aire de la noche tenía más limpieza que el del día. Contemplar el mar le parecía una tontería, y aseguraba que no había espectáculo natural comparable a un teatro o a un salón de juego.

—¡Qué clima más calumniado aquel de Madrid! —me solía decir don César—. ¿Usted volverá allí?

—Probablemente.

—Fuera de Madrid, no se puede vivir en España.

Don César se había convencido de que el mundo no tenía más objeto que proporcionarle placer a él y a algunos amigos suyos de buena posición.

Yo le decía que, en parte, me parecía lógico lo que él aseguraba, porque más o menos explícitamente ésta es la filosofía práctica de todo el mundo; lo que se me figuraba un tanto absurdo era la simpatía que experimentaba él por el hombre acomodado y de suerte. «Yo, si fuera rico, añadía, creo que tendría mucha más simpatía por el pobre que por el rico. De tener que molestar, molestaría con más facilidad y

con más gusto al rico que al pobre.» Esto no lo comprendía él. Creía, como la mayoría de la gente, que el dinero, cuando va a alguno, es porque lo merece. El dinero para él era ya una superioridad.

Solíamos discutir mucho este punto y otros semejantes.

VIII

Bebé.

Adela, como la mayoría de la gente burguesa rica, tenía la tendencia de acercarse a la aristocracia. Así, yo la vi varias veces saludar a una señorona de Madrid que se sabía que había hecho una vida de mujer de prostíbulo, y hablar con ella con entusiasmo. Esta aristocracia española, fea, mezquina, insignificante y ramplona tiene todavía sus entusiastas. Las cosas viejas duran mucho, más de lo que parece.

Entre las amigas de Adela había una tal Luisa, una mujer joven, guapetona, casada con un dueño de una fábrica de Asturias. Era una rubia vistosa, con los ojos azules y la cara con pecas. Vestía siempre muy subversiva, como decía ella misma. Le gustaba pasear con Adela, porque ésta, casi siempre de negro, le daba un aire de respetabilidad.

Luisa tenía una prima bastante parecida a ella en el tipo y en la cara, a la que llamaban Bebé. Esta Bebé tenía mucho éxito. Era tam-

bién rubia, muy oxigenada, con los ojos claros, los labios gruesos y rojos, mucho pecho y caderas. Tenía la piel un poco basta y vestía bien. Yo la comparaba con una mariposa de esas grandes, pomposas y de colores. Había en Bebé y en Luisa un ascendiente alemán, y esto quizá les daba a los dos un aire exótico. A mí me gustaba Bebé por la voz: tenía una voz fuerte, pastosa, de mujer sensual y bonachona.

La chica mayor de Adela, la Adelita, le tomó un odio profundo a Bebé en cuanto la vió.

—¿Te gusta a ti? —me preguntó.

—Sí; es guapa.

—¡Qué va a ser guapa! Tiene la nariz gorda, los labios pintados... el pelo teñido..., luego ese color de carne asada.

—Claro, como tú eres verde como un sapito.

—Pues prefiero ser verde que no como ella.

—No digo que no: todo puede tener su encanto, hasta lo verde.

Esta Bebé tenía un pretendiente militar, joven, con quevedos, con un aire un poco seco y malhumorado.

Un día, Adela, sus hijas y yo, fuimos a pasar la tarde a Hernani, y nos instalamos para merendar en la terraza de un hotel.

Estaban también Luisa y su marido, Bebé, el hermano de Bebé y el novio de ésta. Hicimos un corro común y charlamos. El hermano de Bebé era un jovencito rubio, muy elegante, con algo de melena, que venía del extranjero. Como yo tenía la idea de que Luisa era una presa fácil, cuando la veía hablando con algún

joven observaba su actitud. Me pareció que el primo rubio le llegaba al alma. Había bastante gente en la terraza, y observé que Luisa le empujaba al primito con la pierna. El primo la miraba y se ponía rojo.

Bebé estuvo coqueteando conmigo, produciendo la desesperación de su pretendiente, que, echándome una mirada furiosa, se fué en compañía del marido de Luisa.

Adela advirtió antes del anochecer que se marchaba, porque Adelita estaba acatarrada.

—Si quieres volver —me dijo.

—Le llevaremos nosotros a Luis —advirtió Bebé.

Me quedé con Luisa y Bebé hablando. Luisa, la casada, le tenía al primito al rojo blanco. Bebé charlaba, y yo le decía barbaridades que le hacían reír a ella a carcajadas sonoras.

—Qué loca —decían al lado unas señoras.

Volvimos en el coche de Luisa los cuatro, ya obscuro. Bebé llevaba un enorme ramo de rosas con madreselvas y hojas de hierba luisa, con un olor admirabe. Me sentí conquistador y guerrero. Le agarré la mano a Bebé, y viendo que no se oponía, le pasé la mano por el talle. Ella se inclinó hacia mí y noté sus cabellos en mi cara, y le besé en la nuca. Sentía su cuerpo blando, que se apoyaba en mí.

Cuando empezaron a brillar las luces se separó y entramos en la ciudad.

Al día siguiente pensé:

—¿Qué actitud tendrá esta muchacha conmigo? ¿Creerá que hay algo ya entre los dos? ¿Querrá dejar a su pretendiente?

Al otro día la vi a Bebé en la playa con su novio, y me saludó con una sonrisa muy amable. Yo quedé un poco asombrado y confuso.

—Es tan corto de genio —decía Milagritos, mi vecina de Villazar—. Quizá decía lo mismo Bebé.

IX

La niña enferma.

El catarro de Adelita no se curó. La chica tenía muchas veces fiebre, las manos calientes y una mejilla más roja que otra. Yo le dije varias veces a su madre:

—Esta chica está enferma; más grave de lo que se cree.

La vió el médico, la reconoció, encontró que padecía una bronquitis sin carácter específico, y dijo que sería lo mejor llevarla a vivir a un sitio alto. Se olvidó el consejo porque la niña mejoró un tanto. Fuimos de San Sebastián a Bilbao, se empezó a hacer la vida corriente; pasaron unos meses, y una tarde, al ir a casa de mi primo, encontré a Adelita en la cama y a Adela con los ojos rojos de llanto. Adelita había tenido un vómito de sangre. Estaba la chiquilla en la cama tan serena, tan sonriente, como si no pasara nada.

—Ya ves lo que me ha pasado, tío Luis —me dijo—; pero no me voy a morir todavía. No tengáis cuidado.

Adela y su marido se miraron espantados. Yo creo que Ramón pensó, con la mentalidad de un bosquimano, que aquello no era la obra del bacilo de Koch, sino un castigo especial de Dios para él porque tenía una querida.

Pasó tres días Adelita en la cama tomando una poción de morfina y de bromuro potásico, y al cabo de este tiempo se levantó. La chica, que no había sido al principio muy cariñosa conmigo, ahora tenía un cariño por mí absorbente.

—Que venga el tío Luis; quiero que venga el tío Luis.

Yo no sentía por ella mas que piedad.

Como a mí me gusta enterarme un poco de todo, le pedí a un médico amigo un libro de patología para ver lo que era la tuberculosis. Leí los capítulos dedicados a esta enfermedad. Cada día iba comprobando un síntoma en Adelita: la roseta en el pómulo, el sudor pegajoso, el olor a ratón que había en su alcoba.

Me entró la preocupación por la chica. Cuando salía a paseo con la madre estaba lleno de ansiedad, y las esperaba en la ventana pensando siempre verla volver con el pañuelo lleno de sangre. Se me ocurrió marcharme de la casa y de Bilbao, y dije que iba a ir a Madrid a pasar unos días.

—No te vayas. Yo no quiero que te vayas —me dijo Adelita llorando.

—Bueno, bueno; no me iré.

Hablamos largamente Adela y yo. Yo creía que lo mejor que podía hacer con la chica era llevarla a otro clima más alto y más seco.

—¿Adónde se la podría llevar?

Pensamos en varios pueblos y consultamos con el médico. Este dijo que un clima muy alto, de más de quinientos metros, quizá no convendría a la enferma.

Después de muchas vacilaciones resolvimos que el mejor pueblo sería Vitoria.

—Id a Vitoria —le dije a Adela.

—Tendrás que acompañarnos. Si no, Adelita no va a querer venir.

—Sí, ¡no ha de querer ir!

—No, no. Estoy segura que no querrá.

—Bueno, pues ya iré.

Ramón estuvo primero en Vitoria y alquiló una casa bastante grande, amueblada, que daba por un lado hacia un paseo y por otro a un descampado. Yo tuve que ir con Adela y Adelita, y una criada vieja. Elegí en la casa un cuarto para la enferma, al mediodía, e hice que se blanqueara y se desinfectara el suelo y las maderas. La enferma dormiría con el balcón abierto y tendría en el cuarto constantemente un cacharro hirviendo con hojas de eucaliptus. Al principio mejoró la chica y comenzó a engordar.

El padre venía un día a la semana. Decía que no podía estar allí todo el tiempo que hubiera deseado por la urgencia de sus negocios. A los dos chicos menores no los traía a ver a su hermana por miedo al contagio.

El ver que el padre se iba zafando de la cuestión de la enfermedad de la niña, me produjo verdadera cólera. Yo hacía de padre con abnegación, y esta abnegación forzada me ponía iracundo.

—Pero, ¿qué cree ese hombre? —pensaba—. ¿Que así se puede descargar en otro los deberes de la paternidad? En estos casos los que saben tomar con autoridad una postura cómoda y dejan para los otros las incómodas son los que lo entienden.

Me hubiese marchado muchas veces de allí si no hubiera sido por la mirada de la niña, que parecía adivinar mis intenciones con esa clarividencia rara de los niños enfermos.

. . . .

Al entrar en la primavera, la chica se acatarró y se puso peor. No prestaba atención a las recomendaciones que yo le hacía y se reía de ellas.

—Tened cuidado con esta chica —le decía a la madre.

—¿Pero yo qué voy a hacer? —exclamaba Adela llorando—; si no me hace caso.

—Pues hay que tener energía, si no esta chica se muere.

Les hice que alquilaran un coche y fueran lejos y pasearan por el campo. Adelita protestaba, decía que se aburría e iba a regañadientes. A todo lo que se le mandaba o se le suplicaba decía que no. Le había brotado un espíritu de contradicción y de negación verdaderamente raro.

Yo, por entonces, había comprado unos libros de Nietzsche, en francés, y mientras madre e hija paseaban, yo las esperaba leyendo. ¡Qué salto daba mi espíritu de aquellos lirismos trágicos del superhombre a la situación pobremente humana en que me encontraba!

Cuando dejaba el libro, que me entretenía, caía en una ansiedad angustiosa. Creo que hubiera preferido marchar delante de una ametralladora que padecer esta ansiedad.

El médico había recetado una mezcla de guayacol y de cloroformo para darle a la enfermita en inhalaciones cuando tuviera accesos violentos de tos que amenazaran con la hemoptisis. Cuando había este peligro echaba unas gotas en un algodón, dentro de un tubo, y le hacía respirar a la niña. Me recomendó el médico que no dejara el frasco con esta mezcla, ni a la madre ni a la hija, para que no abusaran. Muchas noches Adelita me exigía que me quedara en el cuarto.

—No te vayas. No quiero que te vayas.

Había que quedarse; unas veces a jugar con ella a las cartas, otras a que le contara cuentos o tocara en un piano viejo que había en la casa algunas canciones de zarzuela entonces en boga.

Otras veces me decía que le diera la mano para dormir.

Algunas noches se pasaba hasta la madrugada haciéndome preguntas.

—Oye.

—¿Qué?

—¿Las viudas no tienen hijos?

—No.

—¿Y por qué no tienen hijos las viudas?

—Porque se les ha muerto el marido.

—¿Y sin marido no se tienen hijos?

—No.

Al cabo de un rato volvía a preguntar:

—Oye.
—¿Qué?
—¿Cómo nacen los niños?
—Pues nacen de las madres.
—No es cierto que los traen de París, ¿verdad?
—No.
—Los llevan dentro, ¿verdad?
—Sí.
—¿Como la gata que parió?
—Sí.
—Así que mamá a mí me llevó dentro?
—Sí.
—Y tener hijos, ¿hará mucho daño?
—Sí.
—¿Mucho, mucho?
—Sí.
—¿Y por qué tienen hijos las mujeres, si les hacen tanto daño?
—No se sabe, chica, no se sabe.

. . . .

Otra vez me decía:
—Oye, tío Luis, ¿dónde estará el cielo?
—Dicen que arriba, muy arriba.
—¿Y hay alguno que ha estado en el cielo?
—No creo.
Al cabo de un rato preguntaba:
—Oye, tío Luis.
—¿Qué?
—¿Qué es pecado?
—No sé. Hay muchas cosas que dicen que son pecado.
—Si tú me besas a mí, ¿es pecado?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque eres mi sobrina.

—Y si no fuera tu sobrina, ¿sería pecado?

—Creo que no.

Otra noche me preguntó:

—Oye, tío Luis.

—¿Qué?

—Yo no soy fea, ¿verdad?

—No.

—Pero a ti no te gusto. A ti te gustan las rubias, como aquella Bebé que había en San Sebastián.

—No; tú también me gustas.

—¿De verdad, de verdad?

—Sí.

Como yo intento buscar una razón fisiológica a los motivos íntimos que mueven la naturaleza humana, muchas veces pensé en qué podía haber en el fondo de la simpatía que experimentaba la enferma por mí y de la piedad que yo experimentaba por ella. En su efusión había una raíz erótica y en mí un principio de paternidad manca.

Como la situación se prolongaba y yo me encontraba cansado, nervioso, le dije a Adela que debía llamar a su marido.

—Sí; pero él no puede abandonar sus negocios.

—Pues los tendrá que abandonar —repliqué—. Es su hija.

Estuve por añadir que su marido me parecía un egoísta de una cuquería indigna.

El marido tenía sus negocios; no podía ocu-

parse constantemente de la enferma, la mujer, los cuidados mecánicos y la iglesia. A mí me dejaban lo duro, lo triste. La enferma misma había muchos ratos que era feliz; en su pobre cerebro febril fermentaba un idilio, en donde yo debía ser el personaje principal.

Varias veces le dije a Adela con cierta acritud que si me quedaba era por la niña. Sentía una gran irritación contra marido y mujer.

. . . .

La noche que murió Adelita fué una noche de primavera horrible. El viento silbaba, daba alaridos, luego sonaba el repiqueteo de la lluvia torrencial en los cristales. Poco después se oían ladridos de perros, y una ventana rechinaba con un largo lamento, que terminaba en un golpe.

La niña estaba febril, caprichosa. Había tenido a media noche un vómito de sangre.

Después del vómito quedó pálida, y comenzó a delirar por lo bajo. La madre y la criada rezaban en un rincón del cuarto.

A veces la enferma extendía las manos, las agitaba sobre la cubierta de la cama y abría los ojos.

—¿Estás bien? —le preguntaba yo.

Tardaba en conocerme, hacía un esfuerzo para sonreír, y decía:

—Sí. ¡Cómo me zumban los oídos! Me parece que voy en el tren..., de viaje.

—¡Terrible viaje, donde no se vuelve! —pensaba yo.

Por la mañana comenzó a desvariar y tuvo un nuevo vómito de sangre.

La incorporamos, le dimos el calmante y al tenderla sobre la cama gritó:

—¡Tío Luis! ¡Tío Luis!

—¿Qué?

No contestó. Los ojos se le pusieron vidriosos, tuvo un pequeño movimiento convulsivo y quedó muerta.

Miré a Adela.

—¿Ya? —me dijo ella, con la voz llena de lágrimas.

Le indiqué con la cabeza que sí.

Ella se arrodilló, hasta casi dar con la cabeza en el suelo, y se persignó.

—¡Qué fuerza la de la religión! —pensé yo.

Cogí el cadáver. Era un cuerpo flaco, flaco; no tenía más peso que un pajarito.

Se le quitaron las ropas manchadas de sangre, se la peinó, se la cerraron los ojos y se la puso sobre una sábana limpia. Luego la criada vieja vino con unas vecinas.

. . . .

Después no me ocupé de cosa alguna; me eché en la cama y me quedé dormido. Al día siguiente hice mi maleta y me marché a Madrid, sin despedirme de nadie.

SEXTA PARTE

PALABRAS Y NADA MÁS

I

En mi rincón.

Llegué a Madrid y busqué a mi antigua patrona, la señora Petra, la mujer de un empleado de la estación del Norte. La encontré: vivía en un piso tercero de la cuesta de San Vicente, y me alquiló un cuarto con vistas al Campo del Moro.

Me decidí a tomar precauciones en cuestión de crear amistades. Veía, no sé si estaba en lo cierto, que en mis relaciones sociales, por debilidad, salía siempre perdiendo; así, que me decidí a permanecer en guardia y a conservar, sobre todo, mi independencia. Tenía algún dinero, no mucho, pero lo suficiente para vivir modestamente siete u ocho meses.

En mi estancia en Bilbao había visto que en este pueblo enriquecido las cuestiones de genealogía y de heráldica iban tomando mucha importancia. El conocimiento de lo humano, de lo demasiado humano, me impulsó a estudiar tales materias. El pensar que podía sa-

car dinero a la vanidad de las gentes me hizo gracia. Di un curso de Paleografía en la Escuela Diplomática, y fuí durante seis meses al Casón del Retiro a aprender a dibujar del yeso. Luego me hice unas tarjetas, en donde me ofrecía como investigador de cuestiones históricas y genealógicas. Al poco tiempo tenía el encargo de dos personas para hacer la documentación necesaria para obtener un título. Conseguí esto por medio de mi amiga doña Rosario, que tenía parentela aristocrática. Me pagaron por anticipado. Fuí a la Biblioteca Nacional, al Archivo Histórico, a la Chancillería de Valladolid, y cobré muy barato, con lo cual tuve pronto nuevos encargos.

Esto de que la tontería humana sirviera de corriente para mover la turbina de mi vida, me parecía muy bien, muy divertido.

Creí que debía tomar una actitud nueva ante la vida. Tenía que limitarme más aún, y no dejarme llevar por ilusiones ni por sueños.

Llegué a hacerme un buen lector. Necesité un esfuerzo de voluntad. Siempre había leído mal, salteado; ahora, ya no. Encendía la luz, me ponía mis anteojos, porque la vista se me iba cansando, y leía. La lectura de ejecutorias me acostumbró a poder leer libros absurdos y aburridos; comencé también a armarme de paciencia para soportar historias largas, de varios tomos, que, por lo menos, no me impacientaban como en otros tiempos.

Iba con mucha frecuencia al Archivo Histórico, a la sección de Raros de la Biblioteca Naciona; al principio me estorbaba la gente para

el trabajo, pero llegué al último a sentirme tan aislado como en mi casa.

También solía acudir al Museo Arqueológico, con el objeto de orientarme un poco en cuestiones de arte, sobre todo de arte cristiano y moderno. Lo demás no me interesaba.

II

El clavo de oro.

Cuando fuí a ver a mis amigas, la Filo y la Puri, me reprocharon no haberlas escrito.

—Eres un ingrato —me dijo la Filo.

—¿Crees tú?

—Sí; no quieres a nadie. Eres un egoísta.

—¿Sabes lo que falta entre nosotros?

—¿Qué?

—El clavo de oro que decía un escritor francés.

—¿Qué es eso?

—Este escritor decía que para fijar la amistad entre una mujer y un hombre debía haber un momento de amor.

—¿Y luego?

—Luego, supongo que nada.

—Pues, chico, eso no me convence.

—Claro, tú creerás que el amor para siempre o nada.

—Naturalmente. Yo si le quiero a un hombre, le quiero para siempre.

—Si tienes razón. Estas teorías como la del

clavo de oro son de viejos, de gente sin bríos, comedores de verduras como yo.

—No quiero nada con ellos.

—Claro, tú serás partidaria del amor y de la alimentación de carne. Yo, no; yo soy partidario de la espiritualidad y de la verdura.

—Que estupidez.

—No es estupidez, no; es la liberación de la vida social. Se quiere ser libre, hay que ser asceta. Ni el cura ni el militar, ni el rey, ni el juez, ni el peluquero, ni el zapatero, ni la modista, ni el cómico, influyen en mí. Yo soy libre, todo lo libre que puedo.

—Qué cosa más triste.

—Para mí lo triste es la esclavitud, la ciudad. El que tú tengas que trabajar para otros y medir la tripa de una señora, y el que el profesor tenga que enseñar, el juez que juzgar y el médico que curar; el que la buscona atraiga a un hombre, y el mendigo busque un mendrugo, eso es triste. El águila que vuela sola, no..., eso es alegre.

—¿Y cuando seas viejo y estés enfermo?

—¡Psch! Nos resignaremos.

—¿Y cuando tengas que morir?

—Pues moriremos en un rinconcito lo más decentemente que se pueda.

. . . .

Vino luego la Puri y charlé con las dos hermanas.

Las pregunté por todos los amigos. La Rita se había marchado a su pueblo con su madre, habían heredado una casa y una viña; pero, al

parecer, madre e hija vivían de una manera tan miserable que querían volver a Madrid. Santos se había casado con la maestra del taller, y don Alejo estaba enfermo de reúma.

—¿Y la Satur, la Gioconda, que yo la encontraba tan bonita?

—Anda muy mal; ya por ahí de golfería. Una mujer holgazana no puede hacer nada bueno.

. . . .

Unos días después, la Filo me dijo que se casaba.

—¿Te vas a casar?

—Sí; tú no te quieres casar conmigo... me dijo medio en broma, medio en serio.

—¡Yo casarme contigo! No.

—¿Por qué?

—Porque me dominarías. Yo, a la mujer que me guste, le ofreceré como solución el concubinato. Libertad para los dos.

—¿Y si tuvieras un hijo?

—¡Ah!, le daría mi nombre. ¿Y tú, cuánto te casas?

—En seguida.

—¿Y quién es el novio? ¿Le conozco yo?

—No.

—¿Es joven?

—Sí; algo más que yo.

—¿Y qué es?

—Es empleado.

—¿Le habrás contado lo del chico?

—¡Ah! Claro.

—¿Y pasa por ello?

—Naturalmente. Si no, no se casaría conmigo.

—Es verdad. ¿Y tú le quieres a él?

—¡Psch! ¡Qué se yo! Ya veremos.

Unos días después conocí al novio de la Filo. Era un buen tipo, hombre serio, un poco desconfiado, que pareció no hacerle mucha gracia que yo tuteara y tratara con confianza a la que había de ser su mujer.

Un mes después se celebró la boda, y asistí a ella. La Puri, la pobre, estaba triste, viendo que el tiempo pasaba y no encontraba un marido.

II

Joshé Mari.

Adquirí la costumbre de levantarme tarde. Cuando hacía frío, como no podía tener calefacción y el brasero me atufaba, me metía en la cama, encendía la luz eléctrica y solía estar escribiendo y leyendo hasta la madrugada. No solía venir nadie a casa. Un día la criada, una especie de Quasimodo, por lo fea, entró en mi cuarto y me dijo:

—Aquí hay un hombre que pregunta por usted.

—Pregúntale quién es y qué quiere.

—Soy yo, Joshé Mari —gritó él con voz fuerte.

Di la llave de la luz eléctrica.

—¡Ah! ¿Eres tú?

—Sí.

—Abre las maderas, si quieres.

Abrió las maderas y el balcón.

—¿En la cama aún? ¿Te has acostado tarde?

—No, pero he estado leyendo hasta las tres.

—Vamos, levántate en seguida; te convido a comer.

Me levanté, me vestí y salimos a la calle.

—He estado en Bilbao —me dijo Joshé Mari—, y Ramón y su mujer te esperan. Parece que allí eres indispensable.

—Sí, aquí también soy indispensable.

—¿Para quién?

—Para mí mismo. Eso de la domesticidad es cosa que me fatiga.

—Ramón me ha dicho: dile que venga, que se le arreglará un cuarto y que hará lo que quiera.

—Bueno, ya lo pensaré; por ahora necesito estar en Madrid.

Hablamos de otras cosas; de la Rita, que volvía, y de mujeres.

Joshé Mari seguía tan enamorado y tan verde como siempre.

—Eres un enamorado perpetuo —le dije.

—¿Y tú, no?

—Yo, no.

—¿Y cómo te las arreglas?

—Así, así. Como lo menos posible y no como carne, ni bebo vino ni licores, ni tomo café.

—Pero eso no es vivir.

—Eso va en opiniones.

Comimos en el hotel de París, donde estaba Joshé Mari, y me llevó en coche a casa.

IV

La Gioconda del taller de las de Bernedo.

Una tarde estaba en una librería de viejo de la calle Ancha, cuando vi a la Satur, a la Gioconda del taller de las de Bernedo. Estaba mirando unas novelas folletinescas baratas. Vestía un gabán con botones gruesos y una mantilla negra.

—¡Hola!, Satur —la dije.

—¡Hola! —me contestó con frialdad.

—¿No recuerdas de mí?

—Sí.

—¿Qué, te gusta leer esas cosas?

—Sí.

—Te regalo la que quieras.

Escogió una, salió a la calle y se quedó en el escaparate de la tienda, mirando como sin ver. Yo tuve la veleidad de hablarla y salí a la calle.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—Donde usted quiera —me dijo ella con un aire insinuante de buscona.

—¿Quieres que entremos en un café?

—Vamos.

Entramos en un café próximo y nos sentamos en una mesa cerca del ventanal. Ella pidió café con tostada de manteca.

—¿Ahora vas a tomar eso?

—Sí; me he levantado tarde y no he desayunado.

Le trajeron el café con leche y lo tomó con cierta avidez.

Yo la miré con atención. Había afeado en poco tiempo; tenía el pelo ralo y sin brillo de las personas enfermizas y ese punteado negruzco en la nariz del acné.

Hablamos. Hablaba ella con un aire mixto de humildad y resignación. Me contó su vida. Su padre era un militar retirado. Le habían ido mal las cosas, porque, acusado de un desfalco, se había entregado a la bebida. Su madre, que era muy guapa, se había marchado con un señor rico.

En la casa todo andaba patas arriba, sin orden ni concierto. Un amigo del padre era el que le había deshonrado a ella.

Esto de deshonrar lo dijo la Satur con la misma indiferencia que hubiera podido decir que le habían rizado el pelo. Echada a aquella vida, solía ir a las casas de citas, y el dinero que ganaba se lo sacaba su padre para jugar y beber.

—Tu padre es un canalla —le dije.

—No; el pobre hombre, ¿qué va a hacer? Se ha acostumbrado, y no puede pasar sin beber; pero me quiere. Antes de que fuera tan borra-

cho solía decir: Si alguno no respeta a mi hija, lo mato. Y lo hubiera hecho.

—Lo hubiera hecho —repetí yo maquinalmente.

—Sí, lo hubiera hecho.

Le hablé del taller de la Filo, pero no recordaba de él nada. Le parecía una cosa lejana y sin interés. No tenía mas que la preocupación de su padre. Creo que en el fondo sentía una gran admiración por él.

Me fijé bien en la Satur; se veía una mujer descuidada y sucia. Tenía los dientes amarillos, las manos sucias y las uñas ribeteadas.

Me dijo que cerca del café había una casa donde ella había ido varias veces, en la calle del Alamo. Yo vacilé, pero tuve un mal movimiento y me decidí a acompañarla. Bajamos por la calle Ancha y tomamos por la de los Reyes. Fuimos a la casa, entramos en el angosto portal y subimos la escalera. Llamamos; una mujer de ojos negros inquisitoriales nos hizo pasar a un cuarto con un papel de color de rosa, un diván, unas cortinillas, también rosas, y una lámpara eléctrica muy fuerte. Había un olor a polvos de arroz y a perfume barato sofocante. Yo me senté en el diván.

La Satur se quitó la mantilla y el velo; después, el gabán y la blusa. Se desnudaba con una perfecta indiferencia. Llevaba un cubre corsé azul, del que se despojó también.

Hacía mucho frío y se puso a temblar.

—Te vas a enfriar. Vuélvete a poner eso.

Se lo puso.

Tenía en el nacimiento del cuello una señal

de escrófula que, en la piel azulada grisácea de la garganta y del pecho, se destacaba como una mancha blanca.

Yo la miraba con una estúpida curiosidad, y ella me contemplaba con unos ojos vacíos, con una vaga inquietud. Vi que iba poniéndose pálida.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

Tenía náuseas. Estaba mala del estómago; le había hecho, sin duda, daño el café con leche. Se puso el gabán y se quedó inmóvil haciendo esfuerzos para sonreír.

—Bueno, vamos —le dije yo.

—No, no; se me pasa. No tengo nada.

—No, no vamos.

Sentí crecer en mí un sentimiento de vergüenza y tristeza.

Aquella carita pálida, con los ojos ingenuos, los labios blancos y los dientes amarillos me dieron una gran compasión por la muchacha.

—Vístete —la dije.

Se vistió rápidamente y con indiferencia. Yo le di unas pesetas que tenía en el bolsillo.

Llamé dando golpes en la puerta. Vino la mujer de los ojos inquisitoriales y nos miró a los dos como adivinando algo no usual.

—Vamos.

Bajamos la escalera.

—¿Quiere usted que vaya a buscarle otro día? —me preguntó la Satur con humildad.

—No, no.

—Como usted quiera.

Nos despedimos. Ella se fué por la calle de los Reyes arriba, y yo abajo, hacia mi casa.

Pensé mucho en lo ocurrido. Joshé Mari, seguramente, hubiera hecho de esta pequeña aventura algo alegre, escamoteándose a sí mismo los detalles tristes y desagradables del hecho; yo elaboré, para mi uso particular, una aventura humillante y lastimosa. La escrófula, el estómago enfermo, el padre borracho, el amigo que se aprovecha de la hija. ¡Qué manera de hundirse en lo humano, en lo demasiado humano!

V

El hijo de doña Asunción.

A pesar de mis propósitos de abstenerme de discusiones y de riñas, no podía evitar el discutir a veces, y hasta el reñir. Con motivo del atentado de la calle Mayor, contra el Rey, tuve una discusión violenta con el hijo de mi amiga doña Asunción, y me ví obligado a dejar de ir a su casa durante algún tiempo.

Estaba hablando con aquella señora del atentado. Yo decía que el Gobierno debía vigilar, en los medios anarquistas, a la gente joven, capaz de pensar en locuras y en querer transformar el mundo de una manera absurda y quimérica.

Doña Asunción, como era una mujer tranquila y sensata, estaba conforme conmigo. A ella le parecía bien el socialismo; era partidaria de una evolución lenta y constante y, sobre todo, de la paz.

Yo le decía que era muy difícil el reinado de la paz, y que, probablemente, la guerra y la lucha social existirían siempre.

Charlábamos así, amigablemente, cuando

entró el hijo de doña Asunción, y, al oírnos, se puso a decir tonterías acerca de la represión violenta de una manera categórica.

Yo, pacientemente, le repliqué, y conté el caso de Alvear y de cómo le había disuadido de su proyecto. Este relato le puso frenético al hijo de doña Asunción, que me dijo que yo era de la misma clase que los dinamiteros.

—Hombre, eso no —le dije yo—. Ya ve usted que le cuento el caso de un hombre a quien disuadí de un proyecto dinamitero.

—Lo que debía usted haber hecho es haberle denunciado a la policía —replicó él.

—Eso va en opiniones; usted lo hubiera hecho; yo, no. Yo me contenté con evitar el atentado.

—Pero, ¿por quién y para quién hizo usted eso? —me preguntó violentamente—. ¿Por su amigo o por la sociedad?

—Hombre: yo, principalmente, por mi amigo. La sociedad no me inspira tanta solicitud.

El hijo de doña Asunción se levantó muy pálido, y me dijo que no volviera a poner los pies en su casa.

Yo le dije que bien, que estaba en su derecho, y que si a él se le ocurría venir a mi casa le cerraría la puerta en consideración a que era el hijo de una amiga, porque si no lo fuera lo echaría de ella a puntapiés.

Después de este cambio de galanterías me fuí a casa nervioso e incomodado.

Unos meses después, doña Asunción me escribió una carta amable y me apresuré a visitarla.

VI

Incompatibilidades.

CADA vez me iba haciendo más solitario, más malhumorado y más distinto de los demás; tenía un motivo de hipocondría, el artritismo, el dolor frecuente en la cintura y en las articulaciones; pero esto no era quizá lo más importante: lo más importante era el desacuerdo espiritual con la gente.

Me molestaba oír hablar de toros y de teatros; las tertulias de los cafés me aburrían. Yo necesito que en una reunión haya mujeres, y mujeres que no sean completamente bestias. Las reuniones de hombres solos me parecen cosa de sacristía o de seminario; además, odio las anécdotas y los monólogos, aunque sean de Shakespeare. La conversación que va y viene es la que a mí me gusta; escuchar a una especie de oráculo, aunque sea un hombre de talento, me cansa; tampoco me gusta que si van mujeres a una reunión sean mujeres a las que no se les tenga consideraciones. Una comida de hombres solos me aburre; hay generalmente en

ellas, o una familiaridad en mangas de camisa, muy antipática, o una malevolencia desagradable. La compañía de la portera de la casa la prefiero a una reunión de hombres solos, aunque sean príncipes.

Joshé Mari se encargaba de sacarme de mi rutina, de alborotarme. Una semana después de convidarme a comer me invitó a cenar, y me hizo beber un chacolí muy bueno. Luego fuimos a Apolo, y mi primo tomó un palco. Poco después entraban dos mujeres en el palco, las dos bastante elegantes. Una, la más bonita, parece que estaba ya entendida con Joshé Mari; la otra, más fea y tartajosa, me la adjudicó a mí.

Después del teatro fuimos a un piso alto de la calle del Príncipe, donde nos sacaron una botella de *champagne.* Yo no quería beber; pero Joshé Mari empezó con burlas, y las dos mujeres le secundaron, y bebí, y me aturdí e hice las tonterías que hace una persona que quiere ser seria cuando pierde los estribos.

VII

Intentan clasificarme.

Las cuatro o cinco semanas que Joshé Mari pasaba en Madrid las corría de lo lindo. A pesar de que su pelo estaba ya gris, entre pimienta y sal, como dicen los franceses, no perdía ocasión de fiesta ni de jaleo. Nos convidó a cenar a la Filo, a la Puri y a mí, en el hotel de París, en su gabinete. La Filo pudo ir, porque su marido estaba fuera. Después de cenar nos propuso ir al teatro, pero nos encontrábamos mejor allí. La Puri y la Filo fumaron cigarrillos egipcios. Hablamos mucho. Las dos modistas y Joshé Mari estaban en casi todo de acuerdo y en contra de mí.

Yo discutí con ellos. Hablamos del punto de vista que había que tomar para tratar con la gente. Mi posición y la de las modistas era un poco paradójica. Yo venía a decir que, dando como descontado que la gente es naturalmente mala y bestia, no se les puede perjudicar ni hacer daño; en cambio, ellas creían lo contrario: que siendo la mayoría de la gente buena,

no había que tener una preocupación excesiva del mal que se les podía hacer. Estos dos enunciados se mezclaron con críticas acerbas acerca de la conducta de unos y de otros, sobre todo de la mía.

Joshé Mari, que veía que su causa la defendían las dos modistas con grandes bríos, me dijo:

—No te comprenden, ¿eh?

—No, sois gentes sin efusión ninguna. Yo quiero ser un hombre efusivo, pero como no lo puedo ser, me meto en mi concha.

—¡Bah! Tú eres un egoísta —dijo la Puri.

—¿Este? —replicó Joshé Mari—. Este es un *gaizúa*, como dicen en mi tierra. En otro tiempo hubiera sido un frailecito místico, y hubiera vivido poniendo flores en los altares, o hubiera sido capaz de estar enamorado toda la vida de una mujer. Yo así le veo, como un miniaturista o un organista de un convento.

—A mí me parece lo mismo —dijo la Filo.

—A éste no le deis la vida mía: hoy aquí, mañana allí, discutiendo con unos, gritando con otros, con unas ideas fuertes, claras; hombre que no pide a las mujeres mas que lo que tienen. Este, no; se le ocurren ideas vagas, sentimentales, ve rosas en el aire.

—Pocas, desgraciadamente.

—Es un pobre hombre. Anda por la soledad buscando su albergue. Después de mucho buscar, encuentra uno. Está bien, se dice él. Pero aquí falta una ventana, allá una puerta; hay que cerrar este boquete, por donde entra el frío. Luis sale de su rincón para esto y para lo

otro, y cuando vuelve se encuentra que le han cogido el sitio y tiene que ponerse a buscar otro albergue.

—Bueno. Así es más divertido. ¿No se les ocurre a ustedes otra comparación hecha a mi costa?

—Sí —dijo la Filo—. A mí me parece una mujerica de pueblo que sale con un cántaro para ir a la fuente y hacer sus compras. Va a la fuente y ve que hay cinco o seis mujeres esperando. Esto va a tardar mucho —se dice—; voy a acercarme a la tienda. La tienda está cerrada, hay que esperar y piensa: Voy a volver a la fuente, y ya no son cinco o seis mujeres las que esperan, sino veinte o treinta. Vuelve a la tienda, donde hay cola, y así, de un lado a otro, ni coge el agua ni compra nada.

—¿Y tu conclusión es que la mujer se va desesperada?

—Claro.

—Pues no es ese mi caso. Yo digo: Hoy precisamente no tenía sed ni ganas de comprar nada.

—No te creo.

—No me creas; pero así es.

—Pues si así es, peor para ti.

—¡Bah! Esa es la opinión de una modista; pero no es la opinión de un filósofo,

SÉPTIMA PARTE

OTOÑAL

I

El anticuario de la Mota.

El pequeño negocio a base de heráldica intentado por mí fué desarrollándose, y me dió, además de dinero, muchas relaciones. Conocí, con motivo de los escudos y árboles genealógicos, a algunos coleccionistas, aristócratas tronados, dibujantes y anticuarios. Uno de estos últimos, que quiso asociarse a mí, fué un tal don Bernabé, que había empezado su negocio de comprar cachivaches antiguos en la Mota del Ebro y sus alrededores. Don Bernabé era un viejo encorvado, suspicaz, de bigote cano y ojos grises. Tenía de mí una idea buena: creía que yo sabía mucho y que era un poco usurero.

Hice algunos negocios con don Bernabé, vendiéndole en Madrid antigüedades y cobrando mi comisión.

En esto, don Bernabé compró por un precio crecido, en un pueblo de la Rioja, varias obras de arte de bastante importancia. Había, entre ellas, una tabla, que alguien había atribuído a

Mantegna, un Greco muy bonito, un esmalte de Limoges, auténtico, y otro sospechoso, que luego resultó falsificado en Barcelona; dos santos de Zurbarán y una colección de grabados de valor.

Don Bernabé estuvo en Madrid, y, como era listo, sospechó que le querían engañar los anticuarios.

—¿Sabe usted lo que voy a hacer? —me dijo.

—¿Qué?

—Irme a París con mis compras.

—Muy bien.

—¿Usted no tiene que ir a París por algo, don Luis?

—Yo no.

—Vamos, le pago a usted el viaje.

—No, no. Tengo aquí mis negocios.

Don Bernabé creía que en París podría vender bien sus antigüedades; pero no se decidía a ir solo, de miedo a que le engañaran. Insistió e insistió, y al fin quedamos en que él me daría mil pesetas para el viaje, ida y vuelta y estancia y el diez por ciento de la venta.

Yo le acompañaría en París a hacer todas las gestiones necesarias para el negocio; pero luego quedaría libre. Nada de imposiciones ni de vida en común. Cada cual comería y cenaría donde quisiera y se las arreglaría a su modo.

—Aceptado —dijo él.

Don Bernabé y yo decidimos que iríamos a París al comienzo del otoño.

Yo dispuse mis trabajos genealógicos, y le dije a mi patrona que le indicaría adónde te-

nía que enviarme las cartas que llegaran dirigidas a mí.

Acordamos don Bernabé y yo reunirnos en San Sebastián.

Yo fuí al final de verano a Valladolid, donde tenía que trabajar en la Chancillería, fabricando un árbol genealógico, y cuando lo terminé y lo cobré me presenté en San Sebastián. Estaba allí Joshé Mari. Fuí a verle; vivía en un hotel de la Concha. Charlé con él y le conté cómo iba a París de asesor de un chamarilero. Joshé Mari se echó a reír.

—Te voy a presentar a unas señoras que van a París y están en el hotel. Una de ellas es rusa y mujer de un ingeniero que ha vivido en la Argentina y en España.

Joshé Mari y yo salimos a la terraza; se acercó él a dos señoras y me presentó a ellas.

Una, la que yo supuse rusa, era una mujerona rubia, fuerte; la otra, pequeña y muy bonita. Charlamos una media hora y nos despedimos de ellas.

—Aquí tienes las señas de la rusa en París —me dijo Joshé Mari; y me dió una tarjeta, que guardé en el bolsillo.

Al día siguiente le esperé a don Bernabé en la estación, y seguimos los dos a Hendaya. Don Bernabé, bien vestido y arreglado, tenía unas trazas de tendero de pueblo verdaderamente desagradables. Me hubiera gustado mucho más ir con un desharrapado que con él.

Don Bernabé pensaba, a pesar de su edad, echar una cana al aire en París; yo le dije que no contara conmigo.

—¿Pues usted qué vida piensa hacer?

—Yo la misma vida que en Madrid. No pienso salir de mi rutina. Todo eso que llaman vida de placer me parece una cosa muy aburrida.

Don Bernabé creía que le estaba embromando. Yo me hallaba dispuesto a no ir a los cafés ni a los *music-halls,* ni a tener la aventura de París como todo el mundo, el conocimiento con una muchacha que luego resulta una antigua profesional.

Instalé a don Bernabé en un hotel de la calle del Faubourg Montmartre, donde había un ruido que no cesaba en todo el día ni en la noche, y yo tomé un cuarto en un hotel de la calle de Pierre Nicole, en el Barrio Latino, que me costaba sesenta francos.

—¿Por qué no se queda usted en este hotel? —me preguntó don Bernabé.

—Esto es caro y además hay mucho ruido: yo vendré a buscarle a usted por las mañanas. Yo tengo que administrar bien mis mil pesetas.

—Hombre, por eso, no. Yo ya le pagaré el exceso...

—No, no. Ya sabe usted nuestro contrato; autonomía y libertad para cada uno.

Al día siguiente de llegar, don Bernabé y yo comenzamos nuestra campaña, y en diez días vendimos por valor de cincuenta mil francos, de los cuales me tocaron a mí cinco mil por la comisión.

Don Bernabé estaba encantado de París y del Faubourg Montmartre. Había encontrado

no sé qué paraísos artificiales o naturales en la calle de Chabanais.

Me invitó a ir a ellos; pero yo no quise acudir.

Un día el viejo estuvo en mi hotel.

—La verdad es que ha tenido usted una ocurrencia rara en venir a vivir aquí, a un sitio tan triste —me dijo—, y añadió, como si conociera París tan bien como la Mota del Ebro:

—Esto no es París.

—¡Ah!, claro.

—Yo me voy. Ya no puedo más.

La calle de Chabanais le había abrumado a don Bernabé con sus pérfidos encantos, y el chamarilero volvía a España completamente enchabanado.

Le acompañé al tren y me volví a casa.

II

Valgañón.

El ambiente físico de París me ha gustado siempre mucho. Comprendo que ese cielo, un poco gris, no tiene la majestad de los cielos del Mediodía, pero es un cielo muy suave y muy amable. El Sena es un río delicioso. Yo no podría estar en París sin contemplar una o dos veces al día el Sena.

El ambiente moral de París ya no me seduce tanto; hay en el pueblo bajo una mezcla de brutalidad y de ruindad antipática, y en los medios artísticos, una petulancia, una vanidad y una afectación de gracia para mí poco agradable. Respecto a ese vicio de bulevar, vicio industrial que se exhibe para explotar al extranjero, me repugna. Todas esas mamarrachadas de misas negras y danzas del vientre, cocaína y éter, valses de apaches y de invertidos, todo eso está muy bien para los burgueses un poco crapulosos, y para los sinsontes americanos, que buscan motivo para una crónica llena de adjetivos brillantes.

Llevando esta idea de abstención, el progra-

ma que me tracé para vivir en París no era muy amplio. Pensaba estar un mes, no perder el tiempo, trabajar algo y ver si encontraba libros de mi nueva especialidad heráldica y genealógica. Compré algunos en librerías de viejo; comencé a estudiarlos y a anotarlos.

Iba con mucha frecuencia al Museo de Cluny y al Louvre, principalmente a la parte de objetos de arte de la Edad Media y el Renacimiento. Compré algunos libros de arqueología y un manual para conocer los estilos. Iba adquiriendo datos acerca de muebles, cuadros, cerámica, esmaltes, hierros, grabados, que me parecía que me podían ser útiles.

En una de las librerías de viejo que frecuenté, el dueño me presentó a un español bibliófilo, Nicolás Valgañón.

Valgañón era hombre rubio, con los ojos claros, llorosos, el bigote grande, la nariz roja y la cara de borracho. Había sido hacía tiempo en Madrid un elegante y un hombre de *sport*. De su época de *sportsman* no le quedaba mas que una tendencia a llevar guantes, y una gran antipatía por los trajes nuevos. En su tiempo había llegado a frotar los trajes recién hechos con piedra pómez, con el objeto de quitarles el brillo; cuando yo le conocí, el tiempo hacía de piedra pómez para sus pantalones.

Valgañón, el bibliófilo, hablaba el castellano con galicismos para que se le entendiera bien, decía él. Era un entusiasta de todo lo parisiense, en lo que constrastaba conmigo.

La primera discusión nuestra comenzó al oír un vals que llamaban de los Apaches.

—Ha oído usted este vals de los Apaches? ¿Qué carácter tiene, verdad? —me dijo él.

—Yo no entiendo de música, pero me parece muy malo, muy ramplón.

Al bibliófilo no le cabía bien en la cabeza que se pudiera juzgar con la misma medida un producto de París que uno de Bayona o de Guadalajara.

Con este motivo de nuestra divergencia tuvimos largas discusiones los dos, aunque siempre amistosas. Valgañón había reunido muchos libros manuscritos y estampas. Compraba y vendía constantemente. Era su medio de vida, malo, ya según él, porque el negocio estaba perdido.

Valgañón era hombre vicioso de todos los vicios. En esto también divergíamos. El quería llegar al círculo máximo de los vicios, yo, al mínimum de las necesidades. En su compañía me inicié en algunos conocimientos bibliográficos y artísticos, y pedí catálogos a librerías francesas y alemanas que se ocupaban de heráldica y de blasón.

Mi amigo, el bibliófilo, a pesar de creer que sólo lo que había en París era bueno, le gustaba tomar aires de hidalgo español. Solía andar muchas veces con capa. Entonces me recordaba el Menipo de Velázquez.

Una vez estábamos sentados a la puerta de un café y se nos acercaron unas muchachas y se pusieron a hablarnos.

—Este señor también es español —dijo Valgañón señalándome.

—¡Bah! —dijo una de ellas.

—¿Cómo que no? Sí.

—No creo —replicó la muchacha—. Este señor ha venido de algún pueblo de al lado a llevar los hijos al colegio.

—Amigo Murguía: le toman a usted por un buen burgués del campo cargado de hijos.

—No perdería nada en ser un buen burgués.

Valgañón, a pesar de su cinismo, tenía la superstición del artista como tipo humano superior, y creía que el que le tomaran a uno por un hombre corriente era casi un insulto.

Algunos días fuí a visitar a Valgañón y a ver sus colecciones, que eran muy curiosas.

La mayoría de las noches, yo no salía de casa.

Entre los libros encontrados por mí en las librerías de viejo había algunos muy interesantes. Por entonces elegí tres para leerlos constantemente. Eran tres libros que, diferenciándose mucho por las doctrinas y por la época en que fueron escritos, se parecían algo: *El Examen de Ingenios*, de Huarte; *La Antropología*, de Kant, y el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, del Conde de Gobineau. El ejemplar del *Examen de Ingenios* era de una edición en español antigua en donde se le calificaba a Huarte de natural de San Juan del Pie del *Puerco. La Antropología*, de Kant, estaba traducida al francés, y el *Ensayo*, de Gobineau, estaba anotado por algún lector. A estos libros les encontraba ciertos rasgos comunes de ingenio y hasta de humorismo.

II

La rusa.

A los quince días de estar en París pensé que sería ocasión de visitar a la mujerona rusa que había conocido en San Sebastián. Miré su dirección y fuí a su casa, en una calle del barrio de Passy; no estaba y dejé mi tarjeta. Pensé que la rusa no se acordaría ya de mí, lo que no me preocupaba mucho; pero, a los tres o cuatro días, recibí esta carta, en francés:

«Querido señor Murguía: He estado unos días en el campo; por eso no le he escrito a usted antes. ¿Quiere usted venir mañana, de cuatro a cinco de la tarde, a tomar el té? Tendré mucho gusto en verle. Le estrecha la mano,

Ana de Lomonosoff.»

Contemplé la carta: el papel azulado, la letra dibujada y modernista, un poco desigual, con cierto aire de languidez y de fantasía.

Me pareció raro que fuera aquella mujerona, hombruna y fuerte, la que escribiese así.

Al día siguiente me arreglé un poco y me puse lo más elegante posible. Llegué a la calle de Passy; subí al entresuelo, llamé, y la criada me hizo pasar a un saloncito, donde apareció, no la que yo creía que era la dama rusa, sino su amiga.

—¿Pero usted es la señora rusa?

—Sí.

—Yo había creído que la señora rusa era su amiga. Si hubiera sabido que era usted hubiera venido a visitarla antes.

Ella se rió.

Madama Lomonosoff me recibió como si fuera un antiguo amigo suyo. Hablamos mucho, me presentó a su madre y a una amiga suya, tomamos el té y, al despedirme de ella, me dijo:

—Me gusta hablar de España.

—Si no le molesta a usted, vendré a verla alguna vez —le indiqué yo.

—No, yo le escribiré a usted cuando esté libre; si usted puede venir, viene; pero si no, no venga usted, ni me escriba.

A los cuatro o cinco días me volvió a invitar a su casa.

Ana era una mujer de poca estatura, esbelta, sin gran corrección en las facciones, con la nariz corta, unos ojos azules obscuros que tenían el brillo del raso y una mirada inteligente y perspicaz. Tenía el pelo entre rubio y castaño y una frente pequeña y de un aire voluntarioso. Me fijé en que su cabeza era redonda y aplanada por la nuca. Esta braquicefalia me llamó la atención.

Había leído *El Ario,* de Vacher de Lapouge,

y recordaba sus teorías acerca de la inferioridad de los braquicéfalos. La braquicefalia no le impedía a Ana ser inteligente; por el contrario, la inteligencia dominaba su vida quizá demasiado, porque tenía una actitud crítica de intelectual que le fatigaba. Estaba siempre al borde del aburrimiento y de la tristeza. Las ilusiones suyas duraban el tiempo de un relámpago; se iniciaban y se marchitaban. Me confesó que pasaba muchos días sin hacer nada, en el más profundo hastío. Se cansaba de las cosas y de las personas. Por lo que pude observar después, tenía esa mentalidad moderna, cada vez más frecuente en las personas nerviosas que leen muchas obras de imaginación y oyen mucha música, y que van recibiendo impresiones, sin convertirlas nunca en actos, con lo cual parece que la voluntad se enmohece y se debilita.

Ana tenía gran curiosidad por todo. Varias veces hablamos de cosas científicas y filosóficas; sabía lo bastante para leer un libro técnico. Tenía también un agudo sentido musical; tocaba al piano muy bien, con gusto: Beethoven, Chopin y Schumann. Ese mérito de los grandes pianistas de meter mucho ruido y de ejecutar piezas complicadas, ella no lo sentía. Ana no aspiraba a lucirse, quería saturarse, envenenarse con algunas melodías.

—Esta frase de Beethoven me aprieta la garganta —solía decir con voz lastimera, cuando tocaba el andante de la *Patetica.*

A veces hacía sólo acordes y dejaba que el sonido se extinguiera en el cuarto.

Al principio, Ana me invitaba todas las semanas; luego, cada dos o tres días, y después, todos los días. Nunca quería que fuese sin que ella me avisara. Yo solía tomar, para ir a su casa, un tranvía que partía de la plaza de San Sulpicio, porque el meterme en el Metropolitano me daba un poco de ahogo. Algunos días compraba un ramo, que me costaba tres o cuatro francos, y se lo llevaba. Ana solía cogerlo y lo ponía en un jarrón; muchas veces lo deshacía, porque no le gustaba la combinación de colores de la florista.

Yo tenía el aire un poco raído y romántico, que a mí me parecía que no me cuadraba mal. Solían ir a casa de madama Lomonosoff unas señoritas francesas, un revolucionario ruso muy perseguido por la policía, que, tras del triunfo del bolcheviquismo, apareció como reaccionario; un pianista polaco, un joven de la embajada rusa y hasta una princesa del Cáucaso, pintora, la princesa de Orlof.

Ana se manifestaba aguda y penetrante; con ella había que confesarse; le gustaba analizar en el espíritu de los demás y registrar en los cajones secretos. Era difícil saber si en ella había coquetería; si la había, estaba muy envuelta, muy disimulada. Era una mujer enérgica y amable, con un ansia de ilusión amorosa que iba y venía en ella como por oleadas. Se veía que deseaba entusiasmarse, pero que no podía.

El ideal de Ana, al menos en aquel momento, era dominarnos al revolucionario ruso, al pianista polaco, al joven de la embajada y a mí; tenernos como en su mano.

Yo notaba muchas veces esta marea de los sentimientos de madama Lomonosoff. A veces dominaba su entusiasmo por Rusia y por los rusos, otras el gusto por la música, otras el encanto de la juventud, al hablar con el agregado de la embajada, y otras sus recuerdos de España. Estas sugestiones sucesivas le hacían inclinarse momentáneamente del lado de uno de nosotros. Había días en que teníamos ella y yo un acuerdo tan completo en nuestras ideas, que yo salía de su casa encantado. Otras veces, no. Sentíamos la contradicción de nuestros caracteres.

Yo la miraba atentamente. Ella contestaba a mi mirada. Sus ojos tenían un resplandor de viveza extraño y parecían decirme:

—Ya noto que me observa usted, pero yo también observo.

A veces, su mirada me decía:

—Le considero a usted como a una persona amable y discreta, pero no tengo por usted una inclinación de otra clase.

Yo sentía por ella atracción y curiosidad, una atracción como la que puede tener un chico viendo un pájaro perfilado y de colores. A veces, por contraste, recordaba a Charo, la de Villazar. Ella y Ana, fundidas, hubieran sido para mí una mujer completa.

A medida que Ana me conocía era más franca, y, a veces, más cruel conmigo.

—¿Ha leído usted a Dostoiewski? —me preguntó un día.

—Sí.

¿Y qué le parece a usted?

—Es un escritor admirable; pero, en mi opinión, para leerlo sólo una vez.

—¿Y por qué?

—¡Los medios que pinta son tan horrorosos! A mí, al menos, no me agrada pensar en volver a leer *Los recuerdos de la casa de los muertos.*

—Sí, ustedes los occidentales son hombres de conversación —dijo ella.

¿Le gustaba a Ana, de verdad, Dostoiewski? Yo creo que no. Hablaba de Dostoiewski como de algo sólo comprensible para los rusos. Al mismo tiempo le parecía bien Paul Bourget, y esto se me figuró sospechoso. Me prestó de este autor una novela: *Un cœur de femme.*

—¿Qué le parece a usted? —me dijo.

Yo me dediqué un poco a bromear sobre este libro y su supuesta psicología, lo que no le gustó. Ana me reprochó que tenía un fondo de gusto brutal, incapaz de apreciar sutilezas delicadas.

Yo le dije que aquel libro de Bourget estaba hecho con más o menos ingenio, pero que era artificioso, completamente falso.

—Yo no sé —añadí— si llegará un día en que la psicología de la mujer se aclare y se vea su personalidad sin misterios; si llega no será, seguramente, por la labor de estos novelistas mundanos.

—¿Y a usted le gustaría ese aclaramiento? —me preguntó ella.

—A mí, sí.

—No creo que nos convenga a las mujeres —replicó Ana.

—¿Por qué no?

—Es que las mujeres somos muy iguales unas a otras y, en el fondo, muy mediocres. Nos beneficia más el misterio.

Ana estaba casada hacía cinco años y no tenía hijos. Su marido, el señor Lomonosoff, era ingeniero, y por entonces estaba dirigiendo unas minas de petróleo de Bulgaria.

La madre de Ana era una señora rusa, de cara ancha y ojos azules; el padre no vivía, y por el retrato que me enseñaron, tenía el tipo de ruso meridional. Ana se debía parecer más al padre que a la madre.

Yo adquiría en casa de Ana una personalidad importante y, al mismo tiempo, borrosa. Me había acostumbrado a oír y a llegar a interesarme por cosas que no me importaban. Tenía este carácter de familiar que puede tomar el vascongado y que ha influído en el jesuitismo.

La madre de Ana me solía decir:

—Nos vamos acostumbrando a usted y le vamos a echar mucho de menos si nos deja. Le considero a usted como si fuera un ruso.

—¡Ah!, no; el señor Murguía es un completo occidental —decía Ana con ironía.

A veces, Ana se manifestaba optimista y llena de ilusión, y luego, poco después, aseguraba que estaba cansada de todo, que no le gustaría llegar a los treinta años. Su madre le reprochaba estas salidas de tono, y luego, en un aparte, me decía:

—Es la coquetería.

Sí, era la coquetería, había que reconocer que era muy distinta de la coquetería de las mujeres de España.

IV

Las amigas de Ana.

La casa de Ana era una casa pequeña y muy bien alhajada. Todo en ella era nuevo: los papeles de las habitaciones, los techos, las alfombras, los muebles, todo elegante y bonito. Había unos divanes muy muelles, muy bajos; uno, por el cual tenía yo predilección, era comodísimo.

—Despácheme usted de aquí —le decía a Ana—; tengo un sillón incómodo en el cuarto del hotel, que parece que es un enemigo personal mío. En cambio, este diván es tan amigo, que me sujeta como un pulpo.

Solía tener Ana en su casa una calefacción fuerte, y muchas veces encendía, además, una chimenea de leña. Así podían ella y sus amigas estar descotadas y andar con trajes muy ligeros.

Ana tenía muchas amistades en París, en donde había estudiado el bachillerato. Su amiga más íntima era Marta Pressigny, una muchacha muy burlona y muy graciosa. La señorita Marta era una mujercita sonrosada y do-

rada. Vestía con frecuencia trajes vaporosos, azules y de color de rosa; tenía las cejas un poco rojas, la nariz perfilada, la boca pequeña y sonriente, los ojos entre grises y azules, un poco miopes, que le obligaban a usar impertinentes, y el pelo, de oro.

La conversación de Marta, muy amena, muy atrevida, estaba llena de ingenio y de chispa. Esta señorita era hija de un médico de hospital, de un médico célebre. El doctor, entusiasmado, le había dado una educación de hombre. Marta había viajado, hecho estudios serios y sabía muchas cosas. Era escéptica en cuestiones religiosas, modernista y feminista. Era también anglófila; había pasado largas temporadas en Inglaterra, y se manifestaba muy entusiasta de los novelistas y poetas ingleses.

Cuando hablaba de cosas serias, yo la escuchaba con mucho gusto; cuando se dedicaba a burlarse de todo el mundo, casi me fastidiaba. Cierto que tenía ingenio, y encontraba la nota caricaturesca en seguida; pero había algo triste y mecánico en esta ingeniosidad constante.

Con mucha frecuencia estaba en aquella casa el joven agregado de la Embajada rusa.

Era un muchacho sin ningún interés, alto, moreno, de cabeza cuadrada; no decía mas que vulgaridades, en un francés muy correcto y perfilado. La señorita de Pressigny se burlaba de él de una manera descarada.

Con frecuencia tomaba un aire de admiración y le decía:

—¡Ah! ¡Cómo posee usted el *esprit* francés! Es *ravissant* lo que usted nos cuenta.

El ruso se pavoneaba, y en un hombre alto y desgarbado esta petulancia resultaba enormemente ridícula.

Un día Marta me dijo:

—Parece que no somos amigos, señor Murguía.

—Es verdad; parece que no.

—¿Y por qué?

—Porque abusa usted de sus ventajas. ¿Para qué me voy a poner en su radio de acción? ¿Para que se burle usted de mí como de este ruso de la Embajada, porque no habla el francés también como usted?

—No, no. Boris habla muy bien el francés; pero es un tonto que quiere darnos lecciones a nosotras. No me burlo de usted.

—Es verdad: y yo hablo muy mal el francés.

—Como yo hablaría mal el español.

—No me puede usted negar, señorita Marta, que el otro día, cuando fué a sentarse al piano ese pianista polaco, Luhecki, le ofreció usted una silla que sabía que estaba rota, para que se cayera.

—Sí, es verdad. Es un hombre que me molesta. Cree que todas las mujeres están enamoradas de él. Es un canalla. Vive sostenido por la princesa de Orlof, y la maltrata.

—Entonces comprendo que le tenga usted antipatía.

—Sí, me fastidia. A Boris, no; a Boris le tengo afecto. Es pesado y sin gracia, pero bueno. ¿Se acuerda usted el otro día, cuando le decía: Debe ser usted una encarnación del espíritu de Alfredo de Musset, cómo se pavoneaba?

—Es usted muy mala.

—¿Por qué? Si eso le gusta. Usted, en cambio, es muy misterioso.

—No. Es uno ya viejo, pobre, sin aspecto... Tiene uno que conformarse con estar en segundo término.

—Usted es el Caballero de la Triste Figura, siempre pensando en su Dulcinea.

—¿En qué Dulcinea?

—¡Bah! No le voy a decir yo cuál es su Dulcinea.

La señorita de Pressigny creía que mi Dulcinea era Ana, de quien estaba enamorado.

La hermana de Marta, Gabriela, una chica de catorce años, muy graciosa, era muy amiga mía. Tenía un gran desenfado en el fondo infantil, unos ojos castaños vivos y una boca de labios un poco gruesos, que al sonreír mostraban la dentadura blanca. Yo la galanteaba en serio, y ella me decía que le gustaban los hombres de mi edad, lo que me hacía reír un poco.

Gabriela era una violinista muy hábil. A veces Ana y ella tocaban sonatas de violín y piano, sobre todo la sonata a Kreutzer. Formaban un grupo encantador. Yo las miraba con entusiasmo. Ana tenía una suprema elegancia sobre el teclado. Gabriela era la gracia personificada. ¡Había que verla, con qué brío, con qué juventud cogía el arco y atacaba las notas! Si las aplaudíamos, Ana nos miraba irónicamente y Gabriela sonreía, con una sonrisa de satisfacción ingenua y alegre.

Cuando solíamos estar Ana, Marta y yo solos, hablábamos del amor y de la vida. Ellas

suponían, no sé por qué, que yo debía tener sobre esto alguna experiencia.

—Indudablemente —les decía yo—, la mujer se revela, en general, después del matrimonio; antes, ella misma no sabe lo que va a ser, vive como envuelta en una niebla.

—¿Y cree usted que antes no es posible conocerse?

—Posible, sí; pero también muy fácil engañarse. He visto el caso de un amigo mío y de su mujer. Se casaron enamorados, vivieron unos meses en un idilio y acabaron separándose y odiándose: él, insultándola y diciendo que era una mujer egoísta y mala; ella, asegurando que él era un canalla de la peor especie. En cambio, he conocido alguna que otra mujer casada a la fuerza con algún hombre viejo y sin condición ninguna, e ir tomándole afecto por momentos y llegarle a querer. Hay una incomprensión fundamental entre el hombre y la mujer. Somos dos clases de animales que no nos correspondemos psíquicamente.

—¿Y qué remedio habrá para nuestra incomprensión mutua?

—¿Remedio? Ninguno; la mayoría de la gente no necesita remedio. La gente vive, si no feliz, contenta, con esa existencia cotidiana de ir y venir, de trabajar, etc. Nosotros, ambiciosos, descontentos, inadaptados, que queremos una dicha pura y alta, nos equivocamos y no la alcanzamos nunca.

—Pero alguna solución debe haber para los inadaptados —dijo Ana.

—Yo creo que con el tiempo es posible que

el amor tome un carácter fisiológico de necesidad, y el idealismo siga otros derroteros puramente científicos o filosóficos. Si no seguiremos como hasta aquí.

—No creo en lo primero —dijo Ana—. Todas las mujeres y la mayoría de los hombres viviremos siempre pensando en que hay un mundo de color de rosa donde se vive feliz: el mundo del amor.

—Sí, es verdad —dijo suspirando Marta.

—¿Así que todos los estudios no evitan que el ideal de una muchacha sabia como usted estén condensados en un hombre guapo? —le pregunté a Marta.

—No evitan, no señor —dijo ella riendo.

V

Gente sin patria.

Un día que tocó el pianista polaco Lubecki en casa de Ana, al salir fuimos juntos él y yo hasta el Barrio Latino. Este polaco era judío, tenía una cara pálida, delgada, una nariz afilada y las orejas defectuosas, como ocurre con frecuencia en los judíos. Tocaba, casi exclusivamente a Chopin, con mucho arte.

Lubecki tenía ese entusiasmo por París tan general en todos los desarraigados, judíos, griegos, americanos del sur, etc.

—¿París es exquisito, verdad? —me dijo.

—Sí.

—Ese ambiente gris...

—Eso es la latitud —le indiqué yo—; eso es una cuestión de geografía.

El judío polaco quería creer que los parisienses tenían un cielo gris y suave por sus méritos.

Hablamos largo rato de literatura y de arte, y no estábamos muy de acuerdo.

—¿No le gusta a usted Anatole France? —me preguntó.

—Me gusta, sí; pero me parece una cosa un poco vieja, manoseada. Al lado de un Dostoiewski, por ejemplo...

—¿Es posible que le entusiasme a usted esa literatura de bárbaros? —me preguntó el polaco.

—Sí, me entusiasma y al mismo tiempo me repele. Es una sensibilidad nueva, enfermiza, la de esos rusos, pero de un interés agudo. En cambio, este arte de los latinos es un arte cansado, consumido. Labran en un campo de ceniza.

—¿Y mi paisano Sinkieviez?

—El de *Quo Vadis?* no me gusta.

El polaco me invitó a cenar con él a un restaurante de Montparnasse, donde iba mucho extranjero. Era un restaurante grande, de concurrencia internacional. Había alemanes, yanquis, portugueses, sudamericanos, judíos, orientales, una mezcolanza un poco desagradable para mi gusto.

El judío polaco se reunió con otro paisano suyo que estaba con una mujer.

Charlamos. Yo reconocí que este pisto internacional no me gustaba. Me parecía bien París, pero como un pueblo francés en el que un extranjero no podía ni debía intervenir para nada.

Los dos polacos, naturalmente, tenían un punto de vista distinto al mío, porque ellos, como judíos no tenían patria. Querían ver en París una capital suya, como les pasa a algunos americanos.

Cerca de nuestra mesa había un alemán.

Era un hombre que ponía en un plato hondo, mezclándolo todo, un pedazo de carne, un tarro de dulce, una pera, unos trozos de pepino y unas rajas de salchichón. Aquello me produjo una verdadera repugnancia.

—Ve usted —le dije al polaco—, con un hombre así yo no me podría entender.

El polaco se rió. Hablamos bastante de Ana Lomonosoff y de su carácter.

El la creía muy poco de fiar; le parecía una mujer inteligente, fría, incapaz de un momento de entusiasmo y de pasión.

—¡Esas rusas! —dijo el polaco con desdén.

Después de cenar me marché a casa, llevando esta impresión un poco desagradable de jaula de monos que se siente cuando se ven reunidos hombres de razas distintas.

Al meterme en mi cuarto, pensaba que era una lástima que no tuviese yo la religión de mis paisanos, no por creer en ella, sino por guardar la esperanza de ir a dormir en el cementerio de Arnazabal al lado de los hombres de la misma raza, entre la ceniza de los antepasados.

VI

Me busca.

Los cinco mil francos, para mí una pequeña fortuna, ganados con don Bernabé, me habían dado hábitos un poco dispendiosos. Solía ir a comer a restaurantes buenos y frecuentaba los cafés con mi compañero de hotel, el doctor Oiz.

El doctor Oiz era vascongado y estaba estudiando una especialidad. No tenía gran entusiasmo por París; sentía cierta antipatía, un tanto arbitraria, por la vida francesa.

El doctor y yo nos entendíamos bien; nos citábamos muchas veces delante del Instituto, para luego ir a comer juntos. Llegaba él al lugar de la cita, envuelto en el impermeable y leyendo un periódico español. No le hacía gracia comer en los Duval, porque les encontraba aire de sanatorio y le parecían muy viejas las camareras. Además, le gustaban las comidas variadas, caprichosas y pintorescas. Yo, no; comía siempre lo mismo, un poco de pescado o huevos, dulce y verduras.

Después de comer, el doctor Oiz y yo íbamos al café, charlábamos, y él se marchaba al hos-

pital y yo a casa. Antes de cenar volvíamos a encontrarnos.

Un día Ana me preguntó qué vida hacía yo. Le dije dónde comía y a qué cafés iba. Al día siguiente pasó ella por el bulevar Saint-Michel, por delante del café que yo le había indicado. Me levanté, la seguí un rato y me acerqué a saludarla.

Vestía Ana aquel día un traje gris perla y una capa de seda de color malva. El sombrero era también entre gris y morado. En el pecho llevaba un ramito de heliotropo. Estaba la rusa verdaderamente encantadora: tenía un aire otoñal; parecía una figura que no tuviese líneas, sino sólo color, y un color tenue.

—Perdone usted un cumplimiento banal —le dije—; pero está usted hoy deliciosa.

—¿Le gusta a usted mi traje? —me preguntó ella.

—Es muy bonito; pero me gusta principalmente usted —le contesté.

—Tengo una modista de mucho gusto y que me hace lo que le digo —advirtió ella—. ¿Así que estoy bien?

—Maravillosamente bien. Me recuerda usted algo de Chopin o de Schumann, de lo que usted toca en el piano.

Ella sonrió, satisfecha. Verdaderamente estaba encantadora, con su aire un poco audaz, la nariz corta, los rizos rubios y la manera de andar decidida, que acentuaba el movimiento de la capa.

—¿Puedo acompañarla a usted? —la dije.

—Sí, sí.

—¿No va usted a alguna visita?

—No; voy de paseo.

—¿No se avergonzará usted de ir en compañía de un señor viejo y un tanto raído?

—No me avergüenzo de mis amigos.

—Voy a parecer un limaco al lado de una rosa.

—Hoy está usted muy galante; más galante que de costumbre.

—Usted también esta más bonita que de costumbre.

Ana se rió.

Había tenido la veleidad de buscarme a mí, no me cabía duda. Bajamos juntos hacia el río y seguimos por el bulevar Sebastopol. Me habló de que quizá pronto tendría que dejar París; su marido le escribía con frecuencia, diciéndola que se reuniera con él.

—Lo comprendo —dije yo.

—¿Por qué?

—No le puede gustar que esté usted aquí separada de él.

—¿A usted no le gustaría eso, si fuera mi marido?

—Claro que no. Si yo fuera su marido, pretendería que estuviese usted cerca de mí el mayor tiempo posible.

—¿Sería usted celoso?

—Creo que sí; la verdad.

—¡Ah!, claro. Es usted español.

—Español, y enamorado de usted.

—¡Bah!

Charlamos largo tiempo, marchando por en medio del gentío de los bulevares. Al hacerse

de noche, Ana me dijo que iba a tomar un automóvil para ir a casa. Me habló luego con volubilidad de los peligros de París.

—¿No sabe usted lo que me pasó el otro día? —me dijo—. Tomé un coche, y el cochero me quiso engañar y me llevó al Bosque de Bolonia. Iba internándose en el Bosque, cuando yo saqué mi revólver y me impuse.

—¿Iba usted con ese traje?

—Sí; ¿por qué?

—Porque yo, siendo cochero, hubiera hecho lo mismo.

Ella se echó a reír.

—¿Quiere usted que le acompañe en el auto? —le pregunté luego.

—No, no; de ninguna manera.

—Dígame usted, Ana.

—¿Qué?

—¿No ha tenido usted hoy, al salir de casa y venir por aquí con un vestido tan bonito, la idea de encontrarme y de hacerme perder la cabeza.

—Es usted un poco brujo —me replicó ella riendo.

—Y luego, al verme y al hablar conmigo, le ha entrado una ligera desilusión.

—Quizá, sí; quizá, no.

—Enigmática y mudable como el viento.

—Así somos las mujeres en general y las rusas en particular. ¡Pobres de nosotras! Todavía nos tenemos que defender con el misterio y con la volubilidad.

—Pero a mí, que no soy tan mudable ni tan voluble como usted...

—¡Hum! ¿Qué sé yo? No me fío mucho de usted.

—Por lo menos, a mí me gusta usted siempre, sin intermitencias.

—Ahora cree usted eso.

—Y siempre.

—Habría que someterle a pruebas.

—Sométame usted a las que quiera.

Ella se calló.

—Ya que no quiere usted que le acompañe a casa —dije yo—, me dejará usted que le dé un beso de despedida.

—No, no.

—Sí. Al menos en la mano.

—Que llevo el revólver.

—No me importa.

Le tomé la mano, que no retiró y la llevé a los labios.

—Vamos como si fuéramos usted una modista y yo un empleado de un almacén que salen del trabajo —dije.

—¿Le gustaría a usted que fuera así? —me preguntó con coquetería.

—Daría... no sé lo que daría, porque no tengo nada que dar... Sería un sueño.

—Sí, un sueño.

De pronto, ella mandó parar un automóvil, abrí yo la portezuela y Ana, antes de entrar, me acercó la cara. Yo la besé en los labios y casi me dió un vértigo. Ella cerró la portezuela y el automóvil huyó.

A mí se me llenó la cabeza de melancolía al pensar en aquella mujer, al pensar que podia haberla encontrado cuando yo era más joven y ella estaba libre.

VII

Genios de café.

Analizando mi entusiasmo por la rusa, encontraba que no era grande, que notaba sus defectos y las incompatibilidades de nuestro carácter.

Sin embargo, la preocupación por ella me desmoralizaba; no podía quedarme en casa trabajando, su recuerdo me obsesionaba. ¿Qué hará ahora? ¿Con quién estará hablando? —pensaba—. Empezaba a sentirme celoso. Necesitaba marchar a los cafés, matar el tiempo de alguna manera, pues mientras no estaba en su casa las horas me parecían muy largas.

Mientras el doctor Oiz marchaba al hospital yo iba a buscar a Valgañón, el bibliófilo.

Le acompañé y me llevó a los dos o tres grupos de españoles del Barrio Latino, que no eran muy numerosos.

De unos cafés fuí a otros, hasta que recalé en uno de la Avenida del Observatorio, en donde había una tertulia de pintores españoles y otras varias de gente de todas partes. El doc-

tor Oiz tomó también la costumbre de ir de noche a aquel café.

Solíamos estar charlando allí hasta la hora en que se cerraba el establecimiento. Muchas veces, de vuelta hacia la calle de Pierre Nicole, el doctor Oiz sacaba del bolsillo interior de la americana una flauta de pico, de hoja de lata, que los vascos llaman chirol, y se ponía a tocar pasacalles. Aquellas notas agudas y burlonas, en medio de la noche, me producían una gran alegría.

El doctor Oiz amenizaba los alrededores desiertos de la Avenida del Observatorio y del bulevar Port Royal con toda clase de aires vascos, desde la marcha de San Ignacio hasta el Iriyarena.

. . . .

Entre los españoles del café conocí a Ignacio Lizardi, que tenía algunos conocimientos de heráldica y de blasón.

Lizardi y el doctor Oiz se dedicaban a hablar de música, pues los dos eran melómanos y wagneristas.

Lizardi era un pequeño Leonardo de Vinci, hombre que había ensayado muchas cosas en las ciencias y en las artes y que había llegado a ser culto. Entonces vivía pintando antepasados fantásticos a americanos ricos con traje de oidores, inquisidores o capitanes generales, y les ponía escudos e inscripciones y les daba a los lienzos o a las tablas un pátina y unas resquebrajaduras que las dejaban con aspecto de cosa viejísima.

Lizardi había tenido una época de afrancesamiento, según decía, pero por entonces reaccionaba hacia lo español.

Cuando se vive algún tiempo en el extranjero y se comienza a hablar el idioma del país, llega un momento en que se empieza a creer que los hombres de la tierra, donde uno vive, no se diferencian nada de uno; porque, naturalmente, tienen las mismas pasiones, virtudes y vicios; pero luego, cuando se ha pasado esa barrera del lenguaje, se nota que hay otras barreras de matiz apenas perceptibles al principio, pero que cada día se van haciendo mayores, más fuertes, más infranqueables.

Entonces se comprende, aunque no se sea patriota declarado, que tiene uno una patria que le sigue como la sombra y que la lleva uno en los instintos.

Lizardi estaba en este momento replegándose sobre sí mismo y sintiéndose español.

El pintor conocía a los rusos, polacos, judíos, alemanes e italianos que iban a aquel café de la Avenida del Observatorio. Eran casi todos ellos cubistas, futuristas, ubicuistas, apóstoles que iban a transformar la pintura y el mundo a fuerza de color y de aceite de linaza. Todos estos artistas misteriosos pintaban cuadros que no se sabía cómo ni por dónde mirar; en algunas de estas obras maestras se veía pegado un trozo de periódico, de cajetilla o una etiqueta de una farmacia.

Algunos catalanes eran de los más exaltados del grupo. Naturalmente, yo no comprendía la belleza de todo esto, por lo cual entraba de

lleno dentro del numeroso grupo de los bomberos, filisteos, etc., etc.

Al mismo tiempo, los poetas del café eran unanimistas, ultraístas, decadentistas. Todo ello terminaba en el mundo de los fenómenos en que la mayoría de las mujeres que iban a aquel café eran feas y con el pelo cortado, y los hombres sucios y melenudos.

Dos o tres catalanes muy dogmáticos afirmaban que el cubismo no tenía nada de absurdo. Lo mismo, según ellos, se había dicho años antes del arte de los impresionistas; tesis que me parecía un poco estúpida, porque la pintura de los impresionistas era como todas las pinturas, y la de los cubistas una tonta extravagancia. Uno de los catalanes me dijo, con una exquisita finura, que, siendo yo español, no podía entender el arte moderno. Para ellos el arte antiguo era amaneramiento.

¿Por qué se había de poner en una figura la nariz entre los dos ojos y la boca debajo de la nariz? ¿Por qué había de estar la cabeza encima del tronco y no debajo? Todo esto no eran mas que amaneramientos y rutinas, adquiridos contemplando cuadros en los museos y figurines en los periódicos de modas. Desde el momento que nos acostumbráramos a otra cosa, veríamos que nada era más lógico que pintar un retrato a pedazos: aquí la boca, en otro extremo la nariz, cerca de la nariz un dedo del pie, etcétera, etc. Como Lizardi tenía mucho de mixtificador, estas cosas en el fondo le gustaban. El hombre había comprendido que ser un buen pintor corriente era obra larga, pesada, para

lo que se necesitaban condiciones naturales y, además, comodidades, reposo, dinero, cosas con las que él no contaba, pues estaba casi siempre espoleado por la necesidad de vivir.

Lizardi era muy supersticioso. La mala suerte, la *guigne*, como decía él, le perseguía. Probablemente, había comenzado a tomar en broma la *guigne*, y había acabado por ser la preocupación de su vida.

De pronto, se le veía en el café levantarse con la cara muy triste y decir:

—Me voy.

—¿Pues qué ocurre?

—Que aquella mujer que nos mira da una *guigne* horrorosa.

Otro de los contertulios a este café era un tipo que pasaba por mexicano, pero que era alemán. Se llamaba Aníbal Muller, y de tercero o cuarto apellido, Obregón, y todos le conocían por Obregón. Corría el rumor de que se dedicaba al espionaje al servicio de Alemania.

Tenía la sequedad del militar alemán, unida a la manera de hablar perezosa de los criollos.

Con Lizardi se reunían también algunos catalanes y vascos que jugaban al ajedrez, un pintor y guitarrista gitano y Valgañón, que ponía cátedra de cinismo.

Para él no había valla ninguna; todas las aberraciones heterosexuales u homosexuales le parecían una broma.

Un día uno de los pintores catalanes nos dijo:

—¿Quieren ustedes venir al estudio de Lazarus?

Lazarus era de los más ilustres representantes de la tropa cubista, ubicuísta, etc.

—¿A qué? —pregunté yo.

—Van a bailar unas chicas desnudas.

—Yo no voy —advertí.

Obregón, el medio alemán, medio mexicano, dijo al pintor:

—No haga usted esas proposiciones a Murguía. Murguía es un hombre económico y correcto. ¡A ver bailar unas chicas desnudas!, piensa, no, no; hay peligro de excitación, después peligro de marcharse con la una o con la otra. Cena..., hotel..., veinte francos..., treinta francos..., ¿quién sabe?, quizá más. No, no, él es un sabio; va a comprar por dos francos un ramo de flores e irá a ver a su dama; veinticinco céntimos de tranvía ida y veinticinco vuelta; total, dos cincuenta. Le convidarán a merendar, le convidarán a cenar, oirá música y pasará por hombre galante. Eso se llama saber vivir.

—De eso no se puede usted quejar —le repliqué yo.

—Hombre, yo no estoy a su altura.

—A mí me parece que sí. Yo, al menos por ahora, no he sacado nada del espionaje.

Obregón me miró con unos ojos como si me quisiera matar.

Luego se echó a reír, haciendo como que lo tomaba a broma.

VIII

Una cena.

LIZARDI había hecho un buen negocio vendiendo unas tablas pintadas por él, que pasaron por obras curiosísimas y auténticas del siglo XV, y nos convidó a una cena a cuatro o cinco amigos en su estudio, entre ellos al doctor Oiz. A los primeros invitados se unieron otros dos o tres que, para adquirir como un derecho a la cena, trajeron botellas de toda clase de vinos.

Estaban invitadas varias muchachas, una de ellas, una judía, Esther, muy bonita, que había sido modelo y que ocultaba su judaísmo, su Estherilidad, como decía un chusco con el nombre de Clemencia; una amiga suya, Marcela, un poco chata; una chica, Rosa, que era sombrerera, y otra, Silvia, modelo, medio loca, medio sáfica, que a veces se le veía en el café fumando y oliendo a éter.

La cena fué buena, y hubiera sido agradable sin tanta botella de vino y de licor. Los comen-

sales bebieron el vino como agua, y al llegar a los postres ya no se entendía nadie. Era una horrible batahola.

El pintor gitano tomó la guitarra y se puso a puntear; pero no se le hizo caso.

La Esther y otra muchacha revolvieron las ropas que tenía Lizardi para los modelos; encontraron un traje de torero, y la Esther se fué detrás de un biombo y se vistió con el traje de luces y apareció en medio del estudio. Estaba verdaderamente preciosa.

—¿Te has puesto ese traje? —la preguntó angustiado Lizardi.

—Sí.

—¿Qué importa? —le dije yo.

—¡Oh! Da la mala suerte.

—¿La *guigne?*

—De una manera terrible.

Uno de los pintores, haciendo de toro, embestía a la Esther, y ella se reía y daba quiebros. Se cansaron del juego, bebieron más, y la chica, a quien no le bastaba este triunfo de taller, salió a la calle, seguida de dos jóvenes pintores, envueltos en sus capas. A los diez minutos los dos pintores volvieron trayendo a la muchacha judía en brazos.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —gritamos todos.

—Esta que se ha dislocado un pie —dijo uno de los pintores.

Había salido la Esther seguida de los muchachos, había cruzado la calle, una ancha avenida, y entrado en un café. La aparición de la muchacha, tan esbelta, tan bonita, vestida de torero, fumando un cigarrillo, produjo tal

asombro en los contertulios del café, que se levantaron de las mesas para mirarla.

—Es un toreador.

—No, es una mujer.

—Y una mujer bonita.

Esther, riendo del efecto producido, echó a correr, cruzó la calle, y al ir a entrar en el portal de casa de Lizardi, dió un grito y se cayó al suelo. Se había dislocado un pie. La cogieron en brazos a la chica, la llevaron al estudio, la tendieron en el diván y el doctor Oiz le hizo la cura.

—Ya decía yo que este traje daba la mala suerte —exclamó Lizardi—. Mañana voy a ver si lo vendo.

Después de la cura, la Esther quedó tranquila, con el pie vendado. De pronto, a uno de los pintores le dió un ataque de alcoholismo agudo, y empezó a gritar y a arrastrarse por el suelo. Hubo que sujetarle para que no se rompiera la cabeza.

—Y yo que no me puedo emborrachar —me dijo un jovencito pálido.

—¿Y para qué quiere usted emborracharse?

—Tengo ese capricho.

El joven cogió una botella de licor y se puso a beber de ella a chorro.

—Deje usted; no sea usted bárbaro.

El jovencito no consiguió mas que ponerse pálido y abatido.

El estudio parecía una jaula de locos: unos cantaban, otros recitaban versos, el gitano rasgueaba la guitarra.

—Señores, son las dos y media —grité yo—. Vamos a casa.

Salimos el doctor Oiz y yo a la calle. El doctor Oiz me dijo que tenía una sed terrible.

—Ya beberá usted agua en casa —le dije yo—. Es lo único que le conviene a usted beber.

No me hizo caso; entró en un bar, todavía abierto, y bebió unos cuantos *bocks* de cerveza.

Llegamos al hotel, y al subir las escaleras mi compañero dió un traspiés que estuvo a punto de caerse.

Por la tarde del otro día Oiz y yo comimos juntos.

—¿Iremos a ver qué han hecho en el estudio de Lizardi? —nos preguntamos.

—Vamos.

Fuimos al estudio y nos abrió Lizardi, todavía sin arreglarse. El suelo del estudio estaba sucio, lleno de pedazos de pan, de cáscaras de fruta y de botellas rotas. La Esther seguía acostada en el diván. Charlaban a su lado su amiga Marcela y la otra muchacha Rosa.

Habían dormido las tres allí.

—Esta chica, la Esther, quiere que la lleven a su casa —nos dijo Lizardi—. Si ustedes la pudieran llevar...

—Sí, la llevaremos.

El doctor Oiz fué a traer un automóvil. Luego Oiz y yo cogimos a la chica en brazos, y, ayudados por Marcela y Rosa, la metimos en el auto y la llevamos hasta su casa, un cuartucho desmantelado de un muelle del Sena, casi enfrente de Nuestra Señora.

Después, a las dos chicas que nos ayudaron

en el traslado, las convidamos a cenar. Una de ellas, Marcela, tenía la cara inexpresiva y dura, aunque era un tipo elegante; la otra, Rosa, la sombrerera, era gordita, blanca, muy agradable. Marcela se iba con el primero que llegaba. Rosa, no; esperaba el amante que la enamorara y se apoderara de su corazón de mujer sonrosada y redondita.

Después de cenar las llevamos al café de la Avenida del Observatorio.

Rosa, con su aire sano y fresco, tenía muchos golosos.

A las doce dijo que se marchaba; todos querían acompañarla.

—No, no —dije yo—; no debe haber imposiciones: que escoja ella.

La chica echó una mirada alrededor y se fijó en un muchachito esbelto, muy bonito, que se levantó.

—Pero si a ése no le gustan las mujeres —dijo uno de los pintores.

—Pero a ella le gusta él —replicó Lizardi.

—Y hay que respetar la pureza del sufragio —añadí yo.

La Rosa y el muchachito salieron del café entre las aclamaciones irónicas de nuestro grupo.

IX

La tragedia de Alfredito.

¿Quién es este chico? —pregunté yo a Valgañón.

—Pues es uno de nuestros más distinguidos pederastas.

—¿A eso no ha llegado usted todavía? —le dije yo.

—No; todavía, no; pero quizá llegue.

—¿Y es español ese chico?

—Sí.

—¿Y cómo se llama?

—Nosotros le llamamos Alfredito. Algunos le dicen Escamillo, porque hizo unas tarjetas postales de corridas de toros, firmando con ese nombre del personaje de *Carmen*.

—¿Y de qué parte de España es ese Alfredito?

—No sé. Ya sé que ha vivido en Bilbao, en Barcelona y en Madrid; no sé de dónde es, ni tampoco su apellido; unas veces se hace llamar Mendoza, otras Guzmán..., pero todo esto es

fantasía; lo que sí parece cierto es que ha vivido con unas tías suyas modistas.

—¿En Bilbao?

—Sí, creo que en Bilbao.

Esto del chico, dibujante de tarjetas postales, el nombre de Escamillo, las tías modistas en Bilbao, me recordaba unas costureras que trabajaban en casa de Ramón Larrea. Cuando Adela me habló de estas costureras y de un sobrino dibujante que vivía en París, me figuré que aquel dibujante sería un señor serio, un dibujante industrial de periódicos de modas. No sabía si aquel muchachito esbelto, con aire de niño, sería el mismo de que me habló Adela; luego sí lo pude identificar.

Una tragedia terrible la de este pobre Alfredito.

Se había quedado huérfano de padre y madre, con un hermano y una hermana más pequeños que él. Unas tías suyas, costureras, le habían criado y educado con un gran cariño, trabajando siempre, pensando en su porvenir. Como los ingresos de las costureras eran escasos para dar al chico mayor una carrera, le metieron en la Escuela de Comercio de Bilbao, y luego le colocaron en un escritorio. Alfredito no tenía afición al comercio, y siempre que podía estaba haciendo caricaturas, dibujando, y hasta intentó pintar. Las tías creían que su sobrino era una maravilla, y al primero que las dijo que Alfredito prometía como artista le creyeron como a un oráculo. El muchacho salió del escritorio y se puso a aprender a pintar; desde el principio comenzó a hacer manchitas

de color con cierto gusto. Al poco tiempo se quejaba de que allí no había ambiente artístico ni modelos. Un amigo de las modistas dijo que Alfredito tenía que ir a Madrid a ver el Museo y a visitar los estudios. Las tías creyeron en el gran porvenir de su sobrino y lo enviaron a Madrid. Alfredito se hizo amigo de los literatos y pintores principiantes; dibujó en alguno que otro periódico ilustrado, expuso dos o tres cuadritos, pero no sacó, ni mucho menos, para vivir.

Como todo el que no puede hacer algo inventa una justificación, Alfredito creyó, como en un dogma, que en el arte había pueblos adelantados y pueblos retrasados, y que el arte modernista no podía triunfar en Madrid como pueblo de gusto retrasado, pero sí en París. Con esta idea el muchacho se marchó a París.

El hambre, la debilidad de carácter suya, quizá un instinto de aberración patológica, le empujó hacia un grupo de invertidos, en el que había hombres ricos y de gran posición. Entró en esta masonería de los degenerados y se le vió en seguida bien vestido y con dinero. Se decía que Alfredito estaba sostenido por un negociante rico de la Bolsa.

Mientrastanto sus tías creían que su sobrino triunfaba en París por su arte, y que con el tiempo sería el sostén de la familia. Alfredito no era un cínico, escondía cuidadosamente su apellido, pues todo el mundo sabía que su Mendoza y su Guzmán eran nombres de guerra.

A mí me daba pena verle. Los demás espa-

ñoles le miraban de una manera irónica, y sólo algunos bohemios hambrientos se acercaban a pedirle dinero, aunque luego más tarde le quitaran la piel.

A mí me solía tratar con un respeto exagerado. Sabía que yo había vivido en Bilbao y quizá sospechaba que conocía a su familia.

—¿No le molestará a usted que me siente aquí, don Luis? —me preguntaba en el café.

—No, no. ¿Por qué?

Era el de Alfredito el caso de Lucien de Rubempré, el personaje de Balzac, pero de un Rubempré más débil y con menos talento. ¿Quién podía ser el Vautrin de este pequeño Rubempré? Un día lo vi: era un tipo innoble, bajo, grueso, rojo, con los ojos pequeños, la nariz larga y caída y los labios abultados.

Al cabo de algún tiempo apareció en el café un hermano más joven de Alfredito. ¡Qué situación la de este muchacho! Cosa triste y denigrante es vivir de chulo de una buscona; pero aun lo es más ser el protegido de un invertido, y que este invertido sea el hermano de uno.

El hermano solía vestirse con los trajes viejos de Alfredito y se presentaba así en el café. Yo no sé si entendía las alusiones de los demás acerca de la vida de su hermano; pero las entendiese o no, quedaba indiferente.

X

La curiosidad de la rusa.

Con frecuencia solía decir Ana entre sus amigas:

—Mañana o pasado me voy. Ya no puedo estar más tiempo. Pero luego no se iba.

Se habló en su casa de que debíamos hacer una fotografía de todos los contertulios.

Yo conocía en el café a un fotógrafo español que decían que lo hacía bien, un tal Rodríguez. Rodríguez era un tipo un poco de sainete, flaco, esquinudo, con unos lentes de miope de cristales muy gruesos, una corbata pequeña negra y un chaqué. Rodríguez se manifestaba como un perfecto cínico. Yo casi vacilaba en llevarle a casa de Ana; pero al fin lo llevé. Se hicieron varias fotografías de Ana, de Marta y Gabriela en el jardín y en el interior.

Me chocó verle a Rodríguez tan tímido.

—¿Qué le pasa a usted? —le dije—. Parece que está usted intimidado.

—¿Qué quiere usted? —me contestó—. Con

este traje lleno de manchas —y señaló el suyo —no hay manera de tener valor.

Me dió risa su contestación. A los ocho o diez días le llevé a Ana algunas fotografías, hechas por Rodríguez, pero ninguna estaba del todo bien.

. . . .

Una vez que falté dos o tres días a casa de Ana, ella me dijo:

—Veo que nos está usted olvidando.

—No, no hay tal cosa; pero si así fuera, usted más bien se debía alegrar.

—¿Por qué?

—Yo al menos, suponiendo que fuera posible que una mujer tuviera entusiasmo por mí y a mí no me gustara, preferiría que se distrajera y me olvidara.

—Yo, no.

—Es usted más mala que yo.

—Quizá.

Ana me preguntó qué hacía, adónde iba, y se lo tuve que explicar con detalles. Le conté la cena en el estudio de Lizardi, y quiso saber cómo era Esther, si era bonita, en qué casa vivía. Luego me dijo que quería ir a Magic-City, al baile de Bullier, a los *cabarets* de Montmartre y a otros espectáculos parecidos antes de marcharse a Bulgaria a reunirse con su marido.

—Usted me acompañará —terminó diciendo.

—Con mucho gusto; pero me temo que se va usted a aburrir.

—Bueno; eso ya veremos.

Efectivamente: un sábado por la noche fuimos a Magic-City, Ana, las dos señoritas de Pressigny, el ruso de la Embajada, el doctor Oiz y yo. Estas damas se divirtieron mucho más de lo que yo creía. Subimos a la montaña rusa.

Gabriela me dijo:

—Sujéteme usted, porque me da mucho miedo.

Le agarré de la cintura.

En las curvas rápidas dieron ellas una de gritos y de carcajadas terribles, y al bajar enseñaron las medias y hasta los pantalones, cuando una corriente de aire, salida como del suelo, sopló a nuestro paso.

—A usted, como español severo, este espectáculo le parecerá absurdo —me dijo Ana a mí.

—No, no me parece mal: es un espectáculo de feria divertido.

Cuatro o cinco días después fuimos a Bullier Ana, el ruso Boris, Marta de Pressigny y yo.

Había que entrar al salón de baile por dos rampas, una para las mujeres y la otra para los hombres, no sé por qué motivo.

Había en aquel baile unos cuantos profesionales del tango argentino, unos americanos altos, morenos, afeitados, vestidos de negro, con un sombrero ancho; todos chulos o medio chulos, que bailaban como quien ejerce un sacerdocio.

A Ana le parecieron muy bien, y me preguntó si conocía a alguno de ellos; la dije que no.

—¿Qué clase de gente son estos americanos? —preguntó Marta.

—Yo creo que todos son apaches o medio apaches.

—¿Tiene usted mucho desprecio por los apaches? —me preguntó Ana, con cierto desdén.

—Sí, es gente miserable, cobarde, explotadora de mujeres...

—¿Usted no es capaz de explotar a una mujer?

—Yo, no.

—Sí, usted es un hidalgo —replicó ella con sorna—. Usted cuida su moral. Yo creo que los hombres apasionados no son tan pulcros en esas cosas.

Ana, para demostrar quizá su desdén por la moral, se puso a hablar de algunas mujercitas que había en el baile, suaves y bonitas, y que la gustaban. En esto se me acercó Alfredito. Venía de artista, de negro, con una chalina flotante, sombrero ancho y melena.

Las mujeres le seguían con la mirada. Se puso a hablarme; yo hubiera querido zafarme de él y cortar el diálogo, pero me daba lástima.

Ana y Marta se habían acercado, sonriendo; sin duda, como la mayoría de las mujeres, sentían el atractivo por el joven efebo. Alfredito nos convidó a entrar en un palco, y antes que yo dijera nada ellas aceptaron. Afortunadamente, había mucha gente dominguera y mucho barullo, y no se notaba bien quiénes estaban en el público.

Alfredito pidió una botella de *champagne* y nos obsequió. Yo me fijé en el muchacho. Iba pintado como una cocota, con los ojos som-

breados, los labios de carmín, las orejas dadas de rojo, un lunar en la mejilla y las uñas largas y coloreadas. Alfredito conocía a las estrellas de Bullier, y nos explicó quiénes eran y de dónde venían.

—¿Alguna de ustedes quiere bailar? —preguntó luego.

Ana y Marta se miraron, turbadas. El vals sí lo bailarían y el *fox-trot,* también; pero el tango argentino, no, porque no sabían todas las figuras. Salieron del palco, Alfredito con Marta y Boris con Ana; yo me quedé solo.

—¡Cómo son estas mujeres! —pensaba yo, en un momento de misantropía—. ¡Qué pudor para bailar el tango argentino, que no saben! En cambio, se pondrían desnudas ante el público si supieran que no las habían de encontrar ningún defecto. ¡La mujer! ¡Qué digna compañera de este orangután peludo que se llama hombre!

Entre la multitud veía bailar de cuando en cuando a Marta con Alfredito y a Ana con Boris. ¡Qué diferencia entre uno y otro! Alfredito era una cosa ondulante, serpentina llena de gracia; en cambio, Boris parecía un poste: alto, desgarbado, torcido para atrás, con su cabeza cuadrada, hacía un efecto lamentable.

—Verdaderamente, es triste —pensaba yo— que uno de los pocos méritos incontrastables que tiene la raza a que uno pertenece es éste de saber bailar.

Volvieron las dos parejas. Marta venía entusiasmada, con los ojos brillantes y húmedos. Ana sentía un poco de envidia. La señorita de

Pressigny, encendida, con su cara de color de rosa, su mirada un poco miope y su boca burlona, estaba encantadora.

—Está usted subversiva —le dije yo—; en una sociedad bien organizada, la mandarían a usted retirar, por atentar a la tranquilidad pública.

—¡Bah! Usted es inconmovible —replicó ella con su sonrisa burlona—; sólo su Dulcinea le conmueve.

—Usted me conmueve también, no sabe usted hasta qué punto.

—¡Bah!

—La verdad es que su marido, la primera noche que se la encuentre a usted en la cama, va a estar perplejo.

—¿Cree usted...?

—Sí. Va a tener *l'embarras du choix*. En usted todo es adorable.

—Pero usted es un sátiro, señor Murguia —dijo ella, con una risa loca.

—Sí, soy un sátiro degenerado por la filosofía y el vegetarianismo.

La señorita de Pressigny estaba aquella noche chispeante, alegre. Ana, por contraste, se puso un poco melancólica. Me preguntó qué hora era, se lo dije y murmuró:

—Vámonos.

Salimos entre la gente, y en la Avenida del Observatorio Ana, Marta y el ruso tomaron un automóvil.

XI

Frialdad.

Los días siguientes, cuando fuí a casa de Ana, me dijo varias veces:

—Tiene usted que traer a casa al joven español.

—¿Al de Bullier?

—Sí. ¡Qué mirada tiene! Unos ojos alucinados...

—Es que toma morfina y cocaína...

—Tráigalo usted. Marta quiere volverle a ver y yo, la verdad, también.

—Cuando le vea se lo diré.

Unos días después, Ana, con una sonrisa satírica, me dijo:

—Veo que no nos quiere usted traer aquí al joven español que vimos en Bullier. ¿Tiene usted celos?

—No. Es que no le veo.

—¡Bah! Me dijo usted que casi todos los días iba a un café. ¿Es que no es una persona presentable en una casa?

—Eso dicen.

—¿Qué le achacan?

—El caso es que es difícil explicarlo.

—¿Es que es un invertido?

—Es lo que corre por ahí.

Ana debió decírselo a Marta, y ésta tomó la cosa a broma. A veces me miraba y se reía.

Gabriela, la hermana de Marta, hablaba mucho conmigo.

—Mi hermana tiene debilidad por usted, señor Murguía. Encuentra que los españoles son muy amables, muy distinguidos —me dijo con amable ironía Marta.

—¿Se va usted a reír también de que tengamos Gabriela y yo una buena amistad? —le dije yo.

—No. ¿Por qué me voy a reír? Estoy dispuesta hasta a ser la cuñada de usted. Ya ve usted que no hay hostilidad por mi parte.

—Pues, ya ve usted, yo no estoy dispuesto a eso. Aunque ella aceptara, yo no dejaría casarse a una muchacha de catorce años, como la pequeña Gabriela, con un señor de cuarenta años, como yo.

—El señor Murguía no puede hacer esas cosas. Es un hidalgo español —exclamó Ana con ironía.

—El señor Murguía —contesté yo— podría hacer un disparate así cegado por el entusiasmo, pero conscientemente, no.

—Yo creo que esta abnegación de usted, mas que abnegación, es debilidad y miedo —dijo Ana.

—Es posible —repliqué yo ofendido.

—El señor Murguía tiene mucha cabeza, pero poco corazón —repuso Marta.

—¿Y usted tiene mucho corazón?

—Más que usted.

—¿Ya se ha auscultado usted bien? ¿Ya ha comprobado usted que ese órgano existe?

—Sí, señor, lo he comprobado.

—¿No se habrá usted confundido con alguna otra cosa?

—No, señor, no me he confundido con nada.

—El señor Murguía le tiene a Marta por una mujer coqueta y fría —dijo Ana— y no es verdad.

—Yo no la conozco bien a la señorita de Pressigny. Me parece una mujer muy inteligente...

Marta hizo una reverencia burlona.

—Muy seductora.

Marta hizo otra reverencia.

—Pero, por el conocimiento superficial que puedo tener de ella, me parece que debe ser un tanto voluble.

—Afortunadamente, no todos piensan como usted —me dijo Marta.

No comprendía bien por qué les molestaba a las dos amigas el que acusara a Marta de volubilidad.

En toda la tarde no pudimos volver a encontrar un momento en que la conversación fuera cordial. Marta habló de un amigo de su casa, dramaturgo, que empezaba a estar de moda y por quien ella estaba muy interesada. Yo la oía distraído, pensando en cosas pasadas.

—¿Qué le ocurre a usted? —me preguntó, de pronto, Ana.

—¿No ha tenido usted alguna vez la sensa-

ción de haber perdido una partida? Pues esa la tengo yo.

—¡Qué penetración más mal empleada la de usted! —me dijo Ana con amargura.

Esto me hizo serenarme; me levanté, hablé un rato, me despedí y me marché.

XII

Despedida de Alfredito.

Una tarde que fuí a casa de Ana, me dijo la criada que la señora no estaba y que volvería a las seis. Fuí a dar un paseo al Bosque de Bolonia, y, al regresar, como era temprano aún, me senté en un café de la Avenida a hacer tiempo. Contemplaba el ir y venir de automóviles y de gente, cuando se paró un coche abierto delante, y bajó Alfredito y se sentó en una mesa a mi lado.

Me saludó con el sombrero, yo le saludé también, y quedamos uno al lado del otro sin hablarnos. En esto, noté que estaba llorando.

—¿Qué le pasa a usted? —le dije.

Se sentó a mi mesa y se explicó confusamente.

Le habían insultado en un periódico de Madrid, un periodista, un hombre a quien él repetidas veces dió dinero y que pasaba por su amigo.

—No haga usted caso —le dije yo.

—Sí, pero me horroriza el pensar que esto

llegue a oídos de mi familia... Tengo una hermana... —murmuró sollozando—. La gente es de tan mala intención, que siempre habrá alguno que se encargue de decirlo en mi casa.

—Prepare usted una coartada. ¿Le ha llamado por su apellido este periodista?

—No creo; no he podido leer bien el artículo, de la ira que me ha dado. Aquí está —y sacó del bolsillo una hoja arrugada.

—¿Quiere usted que lo lea?

—Sí.

Leí el artículo; estaba escrito sin gracia, pero con mala intención. Hablaba de los vicios de París, de una sociedad, El Escarabajo, que había escandalizado hacía años al buen burgués; de los discípulos de la escuela de Oscar Wilde y de Peladan, y de un joven Escamillo que, en el momento, tenía gran éxito entre los *icoglans* parisienses. El artículo acababa con un verso de un soneto de Laurent Tailhade, titulado *Troisieme Sexe.*

—¿Qué? Dice horrores.

—No. Pero de todas maneras usted lo que debe hacer es escribir a su casa que va usted a cambiar de seudónimo, porque hay envidiosos aventureros que lo están usando.

—Sí, es verdad; sí. ¿Usted sería capaz de hacerme un borrador? Yo no podría.

—Sí, hombre.

Saqué el lápiz y un papel e hice unas líneas que pasé al muchacho; Alfredito pidió papel y pluma y escribió una carta con una letra vacilante y unas líneas que tan pronto subían como bajaban.

—Muchas gracias, don Luis, muchas gracias —me dijo después con una humildad de perro.

—Eso no es nada.

—Si yo supiera hacer algo —exclamó el muchacho de pronto—, me marcharía de aquí...; pero no sé hacer nada, nada.

—¿Pero no es usted dibujante?

—Sí, pero no sé el oficio. He tenido afición... ¡Qué horrible vida!

—¿Es dura la vida para usted? —le pregunté.

—Muy dura —respondió Alfredito con la voz impregnada de lágrimas—. No puedo acabar con la herencia de honradez de mis padres. Mi madre..., una mujer de una aldea, hija de un militar carlista; mi padre, un marino. Si viviera y supiera cómo ando me mataría...

—Hay que olvidar. Rompa usted ese artículo, que eso no vale nada. ¡Qué importa lo que digan de uno! La cuestión es la conciencia.

—Eso lo puede usted decir; yo, no. Yo no puedo olvidar. Soy un hombre... un hombre, o lo que sea, que el mejor día se suicidará. Lo que me retiene es la familia y la religión...; pero así y todo..., si yo pudiera olvidar, y hago lo posible.

En esto apareció a la puerta del café el Vautrin de este pequeño Rubempré. Alfredito se estremeció.

—Estoy decaído —dijo—, voy a tomar morfina.

—¿Toma usted morfina?

—Morfina y cocaína, y cualquier cosa. Adiós, don Luis; usted se compadece, usted no se ríe de mí.

—No, no. ¿Por qué...? Por el contrario..., si le puedo servir de algo para volver a la vida normal, lo haré con gusto.

—Adiós, muchas gracias. ¡Adiós!

Alfredito me saludó inclinándose y sin darme la mano, y se fué a reunirse con su Vautrin.

Desde aquel día ya no le volví a encontrar más al pequeño Rubempré.

XIII

Leve traición.

Unos días antes de Navidad, Ana se despidió de mí. Me dijo que se marchaba al día siguiente camino de Bulgaria. Hacía una tarde fría, triste y lluviosa. Ana estaba distraída pensando en su viaje. Tomamos el té, y después de charlar largo rato yo me levanté para despedirme. Ella me dió la mano, yo se la besé un poco conmovido, y salí de prisa de su casa. En la calle estuve contemplando las ventanas de aquel entresuelo, muy melancólico. Era uno de los pocos sitios donde me había encontrado a gusto en mi vida. Tomé el Metropolitano, volví a mi barrio, y como me pesaba un poco la soledad fuí al restaurante de Montparnasse, donde me había convidado una vez el pianista polaco.

Estaba allí. Le saludé, charlamos, y yo llevé la conversación a hablar de Ana.

Me aseguró que era una mujer fría, pérfida y tortuosa, de quien no se podía uno fiar. Le dije que se marchaba al día siguiente a reunirse con su marido.

—Eso le ha dicho a usted —me replicó el polaco—; vaya usted a saber si será verdad.

—¿Por qué me va a engañar a mí?

—El engañar en esas mujeres está en la masa de la sangre.

Me fuí a mi hotel muy melancólico. Al día siguiente hacía mal tiempo; me levanté tarde, salí a comer, no encontré a ningún amigo; volví a casa y me asaltó la idea de que, faltándome la tertulia de Ana, ya no tenía para mí aliciente alguno la vida en París. Me sentía muy solo y muy desdichado.

El cuarto del hotel me parecía completamente desagradable; miraba la cama, el sillón, los libros, las estampas que había puesto en las paredes; miraba a la calle, al través de la cortina, y lo encontraba todo aburrido y fastidioso. Era como la luz de un paisaje grato que se hubiera de pronto entenebrecido.

A medida que pensaba en ello se me venía a la imaginación el pensamiento de que había pasado por una época feliz de mi vida sin saber retenerla. ¿Pero qué iba a hacer? No iba a ir a un país extranjero y lejano tras ella, que estaba casada.

Después de pensar mucho se me ocurrió partir para Londres y pasar un par de semanas allí. Todavía tenía algún dinero.

Al día siguiente estuve tentado por abandonar el proyecto. La cuestión de si sería verdad o no que Ana se hubiese marchado el mismo día que me dijo, me comenzó a preocupar, y por la tarde se me ocurrió ir a su casa y preguntar en la portería.

Esperé a que obscureciera. Cuando llegué a su calle encendían los faroles; había cesado de llover. Me acerqué a su casa, y vi los cristales del entresuelo iluminados. No se debía haber marchado todavía. En esto se abrió la ventana, y salieron a ella Boris, Ana, y después Marta. Se oyeron al mismo tiempo las notas de un vals en el piano.

Era indudable que estaba. Me volví a casa a pie, pensativo y triste. Cuando llegué vi que me había mojado hasta los huesos.

Me metí en la cama y no pude dormir. Al día siguiente, más sereno, decidí marcharme a Londres y escribir una carta a Ana. Le decía esto:

«Mi querida amiga: Ayer noche, impulsado por el recuerdo grato que tengo de usted y de las horas pasadas en su casa, fuí a pasearme por delante de ella. Mi sorpresa fué grande al ver que usted no se habia marchado y que estaban con usted sus amigos. ¿Por qué engañarme a mí? No lo comprendo. Yo no puedo tener derecho ninguno sobre usted mas que el de la amistad de un amigo leal. Usted podía invitarme, o no invitarme, sin necesidad de darme explicaciones. Ahora noto el ascendiente que tiene usted sobre mí, y que cualquier cosa que usted me ordenara lo haría.

»Siento que al último haya habido este pequeño incidente entre nosotros, y lo siento porque enturbia un poco el recuerdo que tengo de usted... Quizá, no, quizá lo haga más encantador. Supongo que este desvío de última hora

procede de que usted encuentra en mi carácter algo en contradicción con el suyo. Reconozca usted, mi querida amiga, que hubiera podido fingir, y quizá engañarla; pero esto hubiera sido indigno de usted y de mí. Si yo he podido aspirar a que usted tuviera por mí algún afecto, ha sido siempre presentándome tal como soy. Al final de esta semana voy a ir a pasar quince días en Londres; pero si usted se queda y me avisa, no iré. Prefiero hablar una hora con usted, que ver todos los pueblos del mundo.

»Siempre de usted muy devoto, *Luis Murguía.*»

Enviada la carta, esperé dos días con ansiedad, por si me contestaba; pero no me contestó, y tomé el tren para Boulogne.

Los dos semanas qne estuve en Londres me dieron una impresión de algo confuso, caótico, de pesadilla. El recuerdo de Ana me dominaba.

XIV

Lo que no termina.

AL volver a París, el conserje del hotel me habló de una señora que había estado dos o tres días después de irme yo preguntando por mí; que, al decirla que me había marchado, quedó pálida y demudada; que preguntó si yo había recibido una carta suya antes de partir; que la dijeron que no, que la carta había llegado al hotel después de mi marcha.

La señora pidió la carta, y el conserje, después de vacilar, se la dió. La señora la rompió en pedazos, y el conserje vió que los fué echando por la calle.

Era, indudablemente, Ana. Pregunté en su casa por ella. Se había marchado hacía una semana. ¿Qué habría escrito aquella mujer? ¿Vendría a darme alguna explicación? ¿Querría decirme algo? ¿Habría ideado algún proyecto en el cual tuviera yo participación? Una serie de conjeturas, más absurdas las unas que las otras, hice acerca de aquella visita.

. . . .

Yo no sé si hay parálisis del espíritu; si las hay, yo tenía una.

Me encontraba bien, relativamente; comía, dormía, pero estaba un poco en babia; no tenía fijeza para leer y no me enteraba bien de la lectura. Pasaba muchas horas absorto, tendido en la cama, mirando el techo.

A veces, la idea de la posible felicidad perdida me encolerizada; después me decía:

—Pero, ¿cómo iba a ser esto posible? Ella, casada; yo, sin medios, sin energía... Sí, es verdad —murmuraba después—, y, sin embargo... ¿Qué podía haber ideado para retenerla?

Me decidí a volverme a Madrid cuanto antes; la modorra y la pereza momentánea de levantarme de la cama me lo impedían. También se me ocurrió ir a visitar a las señoritas de Pressigny; pero me parecía que fuera del saloncito de Ana ya no querrían nada conmigo. El atractivo, el perfume de las cosas se había evaporado de un momento a otro para mí.

Me reprochan a veces, cuando cuento algo que me ha ocurrido, el que no termina.

—Cierto —contesto—; pero así es como sucedió.

Para que una empresa en la vida tenga su principio, su desarrollo y su fin, tienen que malograrse miles, quizá millones, que les falta principio, desarrollo o fin.

Pero la literatura es eso: darle un fin a lo que no tiene, ponerle un principio a lo que se nos ha presentado sin principio.

Cierto, es así. ¡Pero yo soy tan poco literato!

XV

A Madrid por Roma.

Un día recibí una carta de Joshé Mari. Me decía que estaba con su mujer en Roma, y que me esperaba allí.

Me pareció una buena idea el reunirme con él. Joshé Mari era para mí uno de estos hombres que arrastran; me parecía conveniente acercarme a él, como quien toma un baño frío o corrientes eléctricas. Me decidí, hice mi maleta y me marché a Roma.

Fuí a parar a un hotel elegante. Pensaba estar poco días, y una diferencia de unas pesetas no me representaba nada. No me hospedé en el hotel de Joshé Mari, de miedo a que quisiera manejarme demasiado.

Joshé Mari me reprochó el no haber ido a su fonda.

—Me he metido en el primer coche que encontré en la estación —le dije—, y ya no vale la pena de cambiar, porque pienso estar pocos días.

Paseé con Joshé Mari por Roma y le convidé a comer en mi hotel.

—Hay allí unas señoras que están muy bien. ¿Quieres que le convide a tu mujer?

—No, no; ¿para qué?

Me alegré, porque yo no podía soportar a la mujer de Joshé Mari. Me parecía la quinta esencia de lo poco distinguido, con su cara amarillenta, sus ojos grandes ictéricos, su expresión estúpida y grave y su manera de hablar desdeñosa y recortada.

Joshé Mari quedó encantado con el aspecto del hotel en donde yo paraba.

—¡Qué olfato tienes! —me dijo—. Vas siempre allí donde hay algo bueno. ¡Yo que me he pasado un mes en un hotel, donde no hay más que canónigos!

—Pues casi yo me hubiera alegrado ir a parar ahí, porque aquí a veces me entra un miedo que me paraliza. En un salón que está al lado del comedor, la gente se pone en círculo y hay que pasar por en medio. Hay días que con la idea de cruzar ante la mirada de estas damas me entra una timidez que me hace reír. Bueno, puesto que no me atrevo a moverme —me suelo decir— me quedaré quieto aquí hasta mañana.

Joshé Mari se hubiera trasladado a mi hotel; pero ir con el ballenato triste de su mujer le parecía poco agradable.

A pesar de mi timidez, hice amistades en el hotel con una señorita de Turín, muy poética, muy sentimental. Una señora de Venecia, que comía a mi lado, dijo que aquella señorita estaba un poco enferma porque no se casaba.

Al oírlo, una dama francesa, ya de cierta edad, puso un comentario gracioso.

—Estas cosas se piensan también en Francia —dijo con su acento parisiense muy perfilado—, pero no se dicen.

A los quince días dejamos Roma Joshé Mari y yo.

Joshé Mari decidió volver a España embarcado.

Fuimos en barco hasta Barcelona; pero el viaje no tuvo nada de bonito, porque no hizo mas que llover. De Barcelona marchamos a Zaragoza, en donde quería detenerse la mujer de Joshé Mari para visitar la Virgen del Pilar. Nos instalamos en un hotel. Por la noche me dijo Joshé Mari:

—¿Tú quieres que te llamen mañana temprano?

—¿Para qué?

—Para ver la Virgen del Pilar.

—No, no. El fetichismo no es mi fuerte.

—¡Ah!, ¿no vas a ir?

—Claro que no. ¿Para qué?

Me levanté temprano, visité alguna que otra tienda de antigüedades, donde no encontré nada; comí y estuve en mi cuarto fumando.

Después de cenar, Joshé Mari se empeñó en que debíamos ir al café.

—Bueno. Vamos.

Joshé Mari me estuvo hablando, en palabras muy poéticas, de su emoción al entrar en la iglesia del Pilar. Después de especificarme sus impresiones místicas me dijo:

—Vamos por ahí a pasar un rato.

Dejamos el centro de la ciudad y nos metimos por entre callejones.

Joshé Mari dirigía. Anduvimos media hora; pero, al parecer, no encontrábamos nuestra ruta.

—¿Pero qué diablo destruyeron los franceses en el sitio? —preguntaba indignado Joshé Mari con tanta callejuela.

—¿Adónde quieres ir? —le dije yo.

—Hay por aquí un teatrillo donde he estado otras veces y podríamos pasar un rato —contestó él.

Se le preguntó a un sereno y se dió con el teatro. El teatrillo era un café concierto, y en aquel momento terminaba la función.

Entramos y fuimos a un restaurante próximo a la sala donde tocaba un quinteto de músicos vestidos con frac rojo. Tenía el aire clásico del *music-hall*, y uno de los violinistas a estilo zíngaro se paseaba mientras tocaba el violín. Bailaban dos o tres parejas de mujeres.

Joshé Mari, piloto experto en estas aguas, se puso a hablar confidencialmente con una florista, la cual, al poco rato, vino con dos muchachas muy vistosas y un poco pintadas. Joshé Mari las invitó a cenar y las chicas pidieron langosta, carne, riñones, vinos fuertes, toda una batería mortal para un artrítico.

Para comenzar trajeron una botella de manzanilla.

Joshé Mari sacó a bailar a una de las chicas; yo me quedé en la mesa con la otra, que me miraba estúpidamente, y comía aceitunas y bebía manzanilla.

—¿No bebe usted? —me dijo.

—No.

Nos quedamos sin hablar un momento, hasta que Joshé Mari volvió a la mesa con su pareja y llenó las copas con manzanilla.

—Ahora vengo yo en seguida —le dije a Joshé Mari.

—Bueno.

Salí del salón, bajé las escaleras, cogí la calle, y, preguntando a unos serenos, llegué al hotel y me acosté.

Al día siguiente me hizo gracia la indignación de Joshé Mari, que le contó a su mujer que había andado buscándome casi toda la noche por el pueblo.

Luego me dijo:

—Eres un cochino.

—¿Pues?

—Has quedado muy mal con aquellas chicas.

—¡Bah!, qué importa.

—¿Así que tú te consideras ya como retirado?

—Naturalmente.

—Y no piensas ya comer carne ni langosta, ni beber vino, ni nada.

—¡Ah! Claro. ¿Para qué?

—Pues vas a estar hecho una ostra toda la vida.

Joshé Mari me habló repetidas veces de mi retirada del café concierto de Zaragoza, como si fuera una extravagancia mía.

OCTAVA PARTE

DE CARA AL INVIERNO

I

Reposo en el puerto.

CUANDO he apretado las clavijas de mi guitarra, ha salido de ella un sonido agrio y violento; ahora ya me decido a aflojarlas y a no hacer mas que un acompañamiento monótono y un rum-rum vulgar de plazuela.

A veces, en medio de mis trabajos se me ocurre pensar en mi vida y en la de los demás; por ejemplo, en la de Joshé Mari, y obtengo una conclusión: que la tradición no es algo que incline al bien, como se quiere decir; pero sí algo vital, algo que da energía a la vida, porque impide que la inteligencia arruine la personalidad, empeñándose en resolver problemas irresolubles.

Yo no he tenido esos frenos de la religión y de la moral, y, sin embargo, no creo haber cometido una mala acción grande; y de las pequeñas, veo que los hombres de principios las hacen como los que no los tienen. Si hubiera tenido religión, no creo que hubiera sido mejor; conozco muchas personas religiosas peores que yo.

Al menos, no ha hecho uno en la vida ni indignidades, ni bajezas; quizá alguna pequeña canallada, pero nada más. Poca gente está contenta con su vida; yo tampoco lo estoy; pero no me remuerde la conciencia violentamente.

Creo que si yo fuera religioso, pensaría que he pecado mucho.

Mi pecado principal sería el orgullo y el rencor. El buscar la tranquilidad, la paz, el equilibrio del espíritu son de los más graves pecados para un católico, y el buscar eso por rebeldía contra la autoridad, por rencor contra las obligaciones sociales, agrava el pecado.

Naturalmente, yo no he ido al ascetismo por afición, sino por no ceder a las imposiciones del medio ambiente.

A pesar de mi ascetismo, todavía me han reprochado el ser presumido.

Hace unos meses, en Villazar, iba por el paseo acompañando a unas señoras, y un militar que estaba en un grupo con otros, dijo refiriéndose a mí:

—Me fastidian a mí los hombres de más de cuarenta años que todavía presumen.

Yo me quedé un poco extrañado.

¿Cómo tendrá que ser el prójimo para el español para que no lo encuentre presumido?

II

De hombre de negocios.

Seguía mi vida rutinaria cuando el verano del comienzo de la gran guerra se presentó en mi casa don Bernabé, el anticuario de la Mota del Ebro. Me dijo que iba a poner una pequeña tienda de antigüedades en Madrid.

—¿Qué le parece a usted?

—No sé si será buen negocio o no. No conozco el asunto.

—Para mí puede ser un buen negocio, pero necesitaría un hombre de confianza.

—Comprendido.

—¿Usted no podría encargarse de este asunto?

—Yo, no.

—¿Pero tendría usted inconveniente en echar una ojeada, de cuando en cuando, para ver cómo marcha el negocio?

—No; en eso no tengo inconveniente.

Don Bernabé no encontró la tienda que quería, y alquiló un piso principal en la calle del León, cerca de la del Prado.

—Tiene usted que venir a la Mota conmigo —me dijo—. No tenga usted cuidado, le llevaré en el rápido; pararemos en un hotel de Logroño e iremos a la Mota y a otros pueblos en automóvil.

—¿Y para qué?

—Para que elijamos entre los dos las antigüedades que van a ir al piso que he alquilado en la calle del León.

Hicimos el viaje. Vi lo que el viejo tenía en la Mota y en la Puebla. Aquí guardaba sus mejores cosas don Bernabé. En un caserón próximo a la iglesia había puesto su almacén; en el bajo, tienda de comestibles y taberna, y en el primer piso, cuadros, arcas, muebles, la mayoría muy malos, algunos de valor. Al cuidado de estos cachivaches había una sobrina suya, viuda, con una hija morena, muy perfilada y muy bonita.

—Amigo don Bernabé —le dije—. Esto, aunque no sea antigüedad, es lo mejor de su casa.

El viejo se rió. Volvimos a Madrid, y, a los dos meses, se me presentó de nuevo don Bernabé.

Había puesto un dependiente en su piso de la calle del León, pero no se fiaba de él. Para las ventas no le importaba, porque tenía hecho un catálogo con los precios; pero para las compras, sí.

El quería comprar en Madrid, porque estaba visto que era el sitio donde se podían adquirir las antigüedades a más bajo precio y vender en el pueblo a algunos clientes, que creían que compraban verdaderas gangas salidas di-

rectamente del filón y sin pasar por manos de intermediarios.

Como don Bernabé no tenía confianza en su dependiente, había pensado decirle a éste que yo era socio de la casa, y que para todo objeto que un vendedor pidiera más de treinta o cuarenta duros, me llamaran a mí.

Don Bernabé pondría en el Crédito Lionés quince mil pesetas a mi nombre y un libro de cheques.

—Pero en el verano me marcharé —le dije yo.

—¡Ah!, claro.

Yo no veía que iba ganando con aquella combinación; pero acepté pensando que, al mismo tiempo que los objetos para don Bernabé, podría encontrar alguna ganga para mí.

Al principio de verano fuí a Arnazabal. Mi tía Cecilia, a la muerte de la Joshepa, la criada vieja, decidió meterse monja. Yo cerré por el momento la casa.

Cuando se declaró la guerra estuve con Joshé Mari en Bilbao y visitamos a Ramón y a su mujer.

Ramón me dijo que el negocio de las Navieras era magnífico.

—¿Tú no tienes dinero? —me preguntó después,

—Yo, no. Es decir, no sé si me corresponderán algunas tierras en Arnazabal.

—Yo lo vendería ahora todo —aseguró Ramón— para comprar Navieras.

Me acordé del dinero de don Bernabé. ¿Por qué no negociar con aquellas quince mil pese-

tas? Era un robo, claro es, pero para el que no podía tener sanción la ley.

Le hablé a mi primo y le dije que tenía tres mil duros en Madrid.

—Si tú pones esos tres mil duros, yo te fío otros tres mil.

—Pues ya están.

—Desde mañana tienes Navieras.

Fuí a Madrid, saqué el dinero y volví a Bilbao con él. Al llegar septiembre tuve la veleidad de no regresar a Madrid, pero comprendí que don Bernabé sospecharía. Hice fuerzas de flaqueza y escribí una carta a Joshé Mari pidiéndole tres mil pesetas. Me las envió. Las Navieras subían como la espuma.

Le compré a don Bernabé unos cuantos vargueños y chucherías y le escribí una carta diciéndole que estaba en tratos para comprar un Greco que se vendía en Talavera por diez mil pesetas, y que si le parecía iría yo a verlo, sacando el dinero del Crédito Lionés. Me dijo que fuera inmediatamente.

Fuí a Talavera y le escribí desde allí al viejo diciéndole que era necesario llevar el negocio con calma, porque el vendedor se mostraba muy escamón.

Después tuve la táctica de rehusar una porción de antigüedades que llevaban a casa de don Bernabé. De cuando en cuando compraba alguna cosilla. Decía unas veces que pedían mucho; otras, que lo que traían no valía nada. Así pude resistir siete u ocho meses.

El dependiente, que veía con antipatía mi tutela, escribió, sin duda, a don Bernabé, y éste

me pidió explicaciones. Ya perdida la vergüenza le escribí a Ramón diciéndole que me habían salido mal las cosas y que me mandara diez mil pesetas a cuenta de lo que tuviera allí. Mi déficit con don Bernabé eran diez mil ochocientas pesetas.

A los tres días Ramón me envió las diez mil pesetas.

Una semana más tarde se me presentó don Bernabé con uno del pueblo.

El hombre venía intranquilo, temiendo que yo hubiese gastado todo su dinero. Le pregunté a ver si creía que yo iba a estar trabajando por él sin ganar nada, andando de la Ceca a la Meca y contestando a sus cartas. Le dije que no había comprado las antigüedades que me habían ofrecido porque me parecían caras y malas.

—Yo, si quisiera —añadí—, me podría quedar con este dinero, pero ya sé que no es mío; por otra parte, usted ha querido que yo trabajara gratis, cosa que no es natural ni lógica. Yo me voy a asignar un sueldo de treinta duros al mes, que no es mucho, y el resto se lo entregaré. ¿No encuentra usted eso justo? —le pregunté al señor que acompañaba a don Bernabé.

—Muy justo.

—¡Pero si no ha hecho usted nada! —murmuró don Bernabé dolorido.

—¿Acepta usted o no?

—Sí, ¿qué voy a hacer?

Le di nueve mil cuatrocientas cincuenta pesetas y le dije que no quería más negocios

con él. Don Bernabé se marchó enfurruñado, cavilando qué habría hecho yo con su dinero. El señor que le acompañaba quedó muy amigo mío.

Unos días después volvió a presentarse don Bernabé en mi casa y me dijo:

—Bueno, don Luis, dígame usted, ¿qué hizo usted con mi dinero?

Le contesté que no había hecho mas que prestarle a un amigo mío cinco mil pesetas.

—¿Y se las ha devuelto?

—No; todavía, no.

Don Bernarbé sonrió; el pensar que yo podía perder este dinero le hacía mucha gracia. Si le llego a decir la verdad hubiera sido capaz de morderme.

Don Bernabé me ofreció veinte duros al mes por un trabajo fácil, por ir todas las semanas tres veces, por la tarde, a ver el género que hubiese para comprar en su casa y dar mi opinión. Acepté.

Dos años después de la compra de las Navieras tenía yo una fortuna modesta, bastante para vivir.

III

Consejos

Mi posición había mejorado y decidí tomar un cuarto más grande, en un sitio más céntrico. Alquilé un gabinete, una alcoba y un despacho-salón en la plaza de Oriente. De mis exploraciones y tratos con los anticuarios, me había agenciado alguno que otro mueble bonito y varios cuadros, si no de gran mérito, de los que pueden estar en la pared de una habitación sin molestar la vista.

Al lado del gabinete tenía el despacho, con hermosas vistas y dos balcones, y puse mi pequeña biblioteca con obras de la especialidad genealógica a que me dedicaba, y en la alcoba, los libros que me gustaba leer.

Para inaugurar mi nueva casa invité a la Filo, a la Puri, a mi amiga doña Asunción y a Joshé Mari.

Doña Asunción trató de convencerme de que me debía casar.

—Pero, ¿por qué no se casa usted, Luis? —me preguntó esta señora.

—Soy viejo ya. No estoy enamorado de ninguna mujer; ninguna mujer tiene afición por mí. Yo ya veo que la soledad es cosa triste; pero, ¿qué se va a hacer?

—Debía usted decidirse.

—Sí, decidirse es fácil; pero hay que tener un poco de juventud, de ilusiones, de medios también para vivir.

—Me han dicho que ha hecho usted una gran combinación con las Navieras.

—Lo único que he hecho es procurarme una pequeña renta. Para vivir una persona sin grandes aspiraciones, está bien; para dos no sería nada.

—Pero podría usted volver a trabajar en sus negocios.

—No; ya es difícil.

—¿Así que no piensa usted trabajar?

—Sí, trabajaré en otras cosas; pero no me interesa ser rico. Si usted fuera millonaria, doña Asunción, y tuviera usted un hermoso palacio, yo sería su archivero.

La Filo terció en la conversación.

Ella también creía que me debía casar.

IV

En casa del muerto.

Todos los veranos iba, por agradecimiento, a casa de Ramón. El hombre era de la misma cuerda que Joshé Mari: de los que prometen estar verdes hasta los sesenta años. Una de estas veces, después de pasar una semana allí, fuí a Arnazabal, y a los ocho o nueve días leí en el periódico la esquela de Ramón. Acababa de morir de repente.

Yo, como le debía favores y quizá me necesitaba la familia, fuí a Bilbao.

Adela me recibió muy amablemente. No quise ir a su casa; pero ella me instó a que fuera.

Los hermanos de Adelita eran ya unos pollos. Pepita, la niña mayor, tenía unos quince años, y Ramoncito, doce.

Pepita era una muchacha en pleno esplendor; tenía unos ojos negros muy hermosos y era un poco coqueta.

Cuando la veía o se despedía de mí, me acercaba la mejilla para que la besara.

—Chica —la dije un día—, estás demasiado guapa. No se te puede besar con tranquilidad paternal.

—¿No?

—No.

—Pues bésame sin tranquilidad paternal.

Pepita era muy decidida, y se divertía coqueteando conmigo.

—Pobre tío Luis —me dijo una vez Ramoncito—; ya eres viejo. Pepita ha dicho que ya eres viejo.

—¿Eso ha dicho Pepita?

—Sí.

—Ya ves tú qué calumnia.

Fuí a ver a Rosario, la prima de Adela, casada con un médico, que recordaba que me había conocido cuando estaban haciendo su ajuar de boda en casa de Adela. Tenía tres chicos.

—¿Desde entonces estos tres han venido al mundo? —le pregunté.

—Sí.

Me produjo cierta melancolía ver estos niños. Me daban la impresión de la continuidad de la vida y del acabamiento mío.

—Cuando ellos tengan veinte años, quizá todavía viva yo; cuando tengan mi edad, seguramente habré muerto. Ellos entonces, hombres formales, viejos, mirarán otros niños quizá con la misma melancolía que yo los miro; y así, ¿hasta cuándo?

Pasada la semana en casa de Adela, me volví a Arnazabal.

V

La limitación.

Ya huyo sistemáticamente de las mujeres; no quiero darme a mí mismo el espectáculo de un viejo rijoso y ridículo.

Nada de grandes proyectos, ni de grandes esperanzas; nada de lazos apretados. He llegado a lo que en mi juventud me parecía la más triste necesidad de la vida: la necesidad de la limitación. Me contento con tener un pequeño éxito de conversación en una reunión de señoras, con llevar a casa una chuchería antigua que me parezca bonita y comprar algunos libros.

Esta broma de la genealogía y de la heráldica me divierte mucho y me da algún dinero. Los dos gatos grises que suelen estar encima de mi mesa cuando trabajo son testigo de que, a veces, me río a carcajadas dibujando un árbol genealógico.

Leo bastantes libros de crítica, de historia y de filosofía, y bastantes novelas; libros de versos, pocos.

He intentado varias veces aprender el inglés; pero al último lo he dejado, y leo los libros ingleses traducidos al francés.

No he caído en ese lazo de creer que la época de mi juventud tenga más valor que la actual. Estoy convencido de que esta idea es una ilusión de la vejez, pero una ilusión vital. A nosotros los desarraigados, que no hemos podido o no hemos querido soldarnos con una época, nos pasa como a esos estudiantones que se quedan retrasados en las Universidades...

Estos estudiantes, cuando hablan con sus antiguos camaradas, ya establecidos y padres de familia, los encuentran viejos y rutinarios; en cambio, cuando hablan con los actuales condiscípulos, les parecen tontos y confiados. A su vez, los antiguos condiscípulos encuentran al estudiantón absurdo e infantil, y los nuevos lo tienen por grotesco.

Así es la vida; no hay posibilidad de visión binocular, pero siempre está bien el mirar por encima de todos los cerros que van apareciendo al paso.

Ahora es cuando mejor vivo.

La perversión de la sensualidad me ha ido llevando al puerto.

El aguilucho alimentado de pan empieza a tener plumas de paloma.

No tengo nada de animal violento y carnívoro; no como nunca carne.

En cambio, como frutas crudas desde que he leído la importancia que tienen las vitaminas. No siento con esto debilidad ninguna; al revés, creo que todavía como demasiado.

Tengo un amigo en el Archivo y otro amigo en la Biblioteca Nacional, en la sección de Raros. Muchos días voy por allí, y leo o tomo notas hasta las cuatro; luego paseo, recorro las librerías de viejo y las tiendas de antigüedades, y tomo un plato de verduras y una taza de leche.

Después me acuesto y leo.

Joshé Mari me dice que hago una vida de gato.

Es posible; me gusta, como a los gatos, los sillones cómodos, el fuego, el pescado y los halagos; me fastidia la calle, la solemnidad y la retórica.

A veces voy a casa de la Filo y la Puri, que van viento en popa con su taller y piensan retirarse dentro de ocho o diez años. La Filo, según parece, no ha encontrado el marido ideal y habla con desprecio del matrimonio.

—Cuando me retire, me voy a vivir contigo —me dice.

—Bueno; viviremos como dos viejecitos.

—No, no; yo no me resigno a ser vieja.

—Pues chica, yo no voy a matar a tu marido para sustituírle.

—¡Y pensar que si nos hubiéramos entendido en la juventud hubiéramos sido felices! —me decía ella el otro día.

—Es muy posible. A mí, tú me gustabas mucho.

—Y tú también a mí. Siempre he tenido confianza en ti como en un padre o en un hermano. Chico, ¡qué tristeza equivocarse así! ¿Y tú te has arreglado bien para vivir solo?

—Así, así.

—¡Parece mentira! ¿Y qué haces? ¿Trabajas?

—Sí, un poco.

—¿Y no te da tristeza estar solo?

—¿Qué se le va a hacer?

—¡Qué pena me da esto, Luis!; ¡qué pena!

El verano voy a Arnazabal y le visito a Joshé Mari en San Sebastián.

Joshé Mari celebra mucho que yo no beba vino, ni tome cosas excitantes, ni carne.

—No seas ridículo —me dice.

—Cada cual tiene su plan en la vida —le digo yo.

—No; tú no tienes ninguno— me contesta él.

Yo busco la ecuanimidad, cosa que para Joshé Mari es pecado. A veces parece que lloro por dentro y siento una profunda desolación; pero esto también, según Joshé Mari, es pecado.

Solemos discutir con frecuencia mi primo y yo.

—¿Pero al último eres feliz? —me dice él.

—No; pero hubiera sido menos feliz siguiendo otro camino. No me cambiaría por la mayoría de la gente que conozco.

No le digo que tampoco me cambiaría por él, que tiene que soportar a su mujer con su obesidad, su color hepático y su impertinencia.

—Has resuelto todos tus problemas y no estás contento —me ha dicho él.

—¿Y quién está contento? ¿Tú lo estás?

Me ha parecido que en mi réplica había una ligera dosis de ironía, y he añadido, para encubrirla:

—Todos hacemos lo que nos parece menos malo.

VI

Un último aleteo.

Me encontraba el año pasado en Arnazabal, cuando un día apareció en mi casa Bebé, que estaba tomando las aguas en Urbero.

Hacía dos años que había quedado viuda, y tenía dos hijas. Se aburría en el balneario y vino a verme.

Estaba muy elegante, vistosa, con cierta tendencia a la gordura. Tenía ya los párpados tiernos y arrugas en el cuello.

Hablamos mucho, y fuí a visitarla al balneario.

Me dijo que se marchaba pronto a un pueblo de la costa, en donde había dejado a sus dos hijas con una señora de compañía.

—¿Por qué no viene usted por allí? —me preguntó.

—¿En dónde vive usted?

—En un hotel que hay cerca de la playa.

—Pues iré.

Decidimos ir juntos. El hotel estaba casi en el mismo puerto.

Me dieron a mí un cuarto con vistas al mar.

Conocí a los chicos de Bebé, muy guapos chicos, y a la institutriz, una inglesa de unos cincuenta años, mujer de un aire inteligente y fuerte.

Por las mañanas solía ir a la playa con los niños y la institutriz.

Hablé mucho con ésta. Me dijo que Bebé tenía una fortuna respetable y una gran finca en Castilla.

Bebé no iba a la playa hasta las doce. Era una mujer perezosa y glotona. Le gustaba comer bien, beber copas de anisete y de benedictino después de comer, y fumar un cigarrillo. Tenía esa derivación un poco cínica que suele ser frecuente en las mujeres que pasan de cierto romanticismo a un sensualismo un tanto epicúreo.

Era una mujer sensual que no sentía ni cariños ni odios, pero era muy graciosa, muy despreocupada. Tenía una falta de curiosidad grande, una impotencia para comprender ideas generales extraña y un sentido práctico enorme. Era un tanto egoísta, contradictoria y versátil; pero, a pesar de esto, muy simpática. Quería dos cosas opuestas al mismo tiempo, y cuando no podía conseguir las dos, se quejaba de su mala suerte y de los demás.

—¡Pero, Dios mío! —exclamaba—. ¡Qué gente! No la dejan a una vivir. Siempre me están molestando.

Se aburría en el pueblo, y varias veces fuimos a San Sebastián.

Una noche, al salir del Casino, estuvimos paseando por la orilla del mar.

—¿Se acuerda usted de aquella tarde que volvimos de Hernani? —le pregunté yo.

—Sí. ¡Qué imprudente estuvo usted! —replicó ella, riendo a carcajadas.

Decidimos quedarnos en San Sebastián en el mismo hotel.

Tomamos dos cuartos, y nos dieron dos separados por una puerta. Comenzamos a hablar de cuarto a cuarto, riendo, y probamos a ver si la puerta que comunicaba una alcoba con otra se abría. La puerta se abrió. Al día siguiente Bebé y yo nos hablábamos de tú.

. . . .

Volvimos al hotel de la costa. Hablamos mucho y decidimos casarnos. Era Bebé una mujer que se acomodaba a todo. Lo malo era que tenía el cerebro de un pájaro. Me decía que no le comprometiera.

—Pero, ¿por qué comprometerte? ¿No eres libre? Preséntame como un pretendiente.

El querer casarme con ella, para la mayoría, era una buena jugada que yo quería hacer.

Ella misma me preguntó qué fortuna tenía. Le dije la verdad. Como, a pesar de su inconsciencia, era un poco roñosa, vaciló.

Hombre de escasa fortuna y no muy práctico, no le debí parecer bueno para marido.

Al comenzar el otoño, me dijo que tenía que ir a sus posesiones.

—Yo iré también.

—No, no vengas.

—Te escribiré.

—No; no me escribas.

¿De quién podía tener miedo?

La institutriz inglesa me escribió poco después, que Bebé tenía un pretendiente, un conde, que era, al mismo tiempo, su administrador.

Fuí a Madrid, ya decidido a ir a la finca de Bebé, cuando me telegrafió la inglesa que Bebé se casaba con el conde, su administrador.

Poco tiempo después vi a Luisa, la prima de Bebé.

Dijo que a ésta la habían obligado a casarse con el conde. ¡Tenían las fincas tan próximas!

Después supe que el marido la tenía a Bebé en un puño.

VII

Jerusalén y Babilonia.

Un día, en el Retiro, me encontré con mi amiga doña Rosario y su hija Amparo, y las acompañé. Yo conocía poco a la hija de doña Rosario y me hizo la impresión de una mujer encantadora. A pesar de que era bonita, viéndola de lejos, no llamaba la atención; pero oyéndola hablar se acrecentaba su encanto.

Tenía una benevolencia para todo, una amabilidad, un deseo de agradar que me produjo asombro. Hacía observaciones sobre la gente, y observaciones bondadosas; las mujeres le parecían guapas y elegantes; todos los niños le llamaban la atención, los encontraba bonitos, graciosísimos.

Pasamos al lado de una mujer entretenida por un rico. Era una mujer muy guapa, de fama en Madrid. Bajó del coche y cruzó por delante de nosotros, llena de joyas, con un aire desdeñoso y displicente. A mí, sólo por su actitud, me pareció que debía ser una mujer estúpida, una verdadera vaca.

Amparo la miró con curiosidad y me dijo: ¡Qué mujer más guapa! Es una preciosidad. Luego me habló de sus sobrinos. Tenía esta Amparo una voz como de cristal; todo en ella parecía puro, limpio, diáfano. Cuando me despedí de madre e hija llevaba una impresión como de agua cristalina, de rumor de órgano, de pureza...

—¿Cómo en un mundo donde todo es agrio, venenoso y malhumorado hay personas así? —me preguntaba yo.

Por la noche pasaba por la carrera de San Jerónimo, camino de casa, cuando vi a Joshé Mari que estaba de conquista y hablaba disimuladamente delante del escaparate de una tienda con una vecina mía a quien conocía nada menos que desde Villazar.

Esta mujer, Amalia Martín, no sé si había nacido en Villazar, pero vivía allí cuando yo era chico. Era hija de un coronel, que llegó, antes de morir, a brigadier. Amalia, de niña, era muy vistosa y andaba siempre seguida de tenientes. Era de las que llamaban el Cuarto de Banderas. Al morirse su padre, Amalia fué a vivir a Madrid y se puso a estudiar en el Conservatorio.

Aquí, un profesor, que, al parecer, trataba de convertir la clase suya en un harem, la sedujo, probablemente sin gran trabajo.

Amalia no debía tener condiciones para la escena, porque no siguió este camino y se dedicó claramente a la galantería.

Yo la veía hoy con uno, mañana con otro, en coche, en el teatro, por las calles, al ano-

checer, de conquista. No debía tener amigas; únicamente, a veces, la encontraba con una chata, rubia, aristócrata, casada y separada del marido.

Madama Lulú, la amiga de las de Bernedo, la conocía y me habló de Amalia como de una mujer caprichosa y voluptuosa. Yo me la figuraba una de esas falenas que van a la luz hasta quemarse las alas.

Debía haber resuelto bien la vida; tenía su cuarto en la plaza de Oriente, cerca del mío, que, probablemente, lo pagaba con su pensión, y se dedicaba a piratear y a hacer conquistas. El cuarto suyo, al menos desde la calle, parecía bien arreglado y coquetón.

Yo pensaba si aquella Amalia sería una filósofa, si habría entendido la vida, si después de sus aventuras amorosas sería capaz de comentarlas, de pensar en ellas al lado del fuego; si tendría bastante espíritu para leer un día una poesía romántica o tocar una noche de verano un *Nocturno,* de Chopin.

Le hablé a Joshé Mari de aquella mujer, y mi primo me llevó a su casa. ¡Qué desencanto! Amalia, a pesar de su vida, a pesar de sus aventuras de *cocotte* tenía una moral de comadre. Hablaba mal de las demás mujeres, a quienes acusaba de descocadas, y quería pasar por una señora honesta y respetable.

—Es un escándalo los escotes que llevan ahora las mujeres —nos dijo—. Es un horror. ¿Y las modistas? Esas son las peores.

Esta fraseología me dió asco. Aquello, unido a que la Amalia de cerca se veía que era

vieja, me hizo un efecto deplorable. ¡Pobre mujer!

Estaba agriada, pintada, empolvada, y al abrir la boca enseñaba unos dientes azulados.

¡Qué diferencia entre ella y la hija de doña Rosario, con su vida pura y su mirada clara y su infinita bondad! ¡Qué contraste entre ella y esta vieja aventurera, llena de remilgos!

Jerusalén y Babilonia: Virtud y Vicio. Quizá, más que nada, gracia y torpeza, buen gusto y estupidez.

EPÍLOGO

El amor, el desdén y la barba negra.

Hablábamos el otro día en casa de una señora, amiga de amores, de cómo empiezan y acaban, y de si hay un verdadero acuerdo espiritual entre el hombre y la mujer. Estábamos todos conformes en que hay mujeres que producen un entusiasmo loco, y en que hay hombres que hacen un efecto parecido en las mujeres. Ahora, en qué consisten estas atracciones, estas afinidades electivas, según la frase de Gœthe, ninguno sabía especificar.

Claro que la base es la belleza y la fuerza; pero hay quizá algo más, no bien conocido aún.

—¿Ustedes le conocen a don Juan, el vecino de aquí al lado, que es abogado? —preguntó la señora de la casa.

—No —dije yo.

—Pues es un hombre guapo, muy serio, muy desdeñoso con las mujeres, y con la barba negra. Vivía cuando era soltero en esta misma casa con su madre, y tenía una doncella muy bonita. Un día, a esta muchacha, entusiasmada con el señorito, se le ocurrió comprar un ramo de flores y ponérselo en el cuarto. El hombre averiguó quién había puesto aquellas flores y le dijo a la muchacha que se fuera de la casa.

—¡Qué severidad! ¡Qué idea de sí mismo tendría ese hombre!

—Pues una idea exacta —replicó la señora—: la idea de que las mujeres corren tras de los hombres. Al cabo de poco tiempo, una muchacha rica le escribió a mi vecino, para ver si se quería casar con ella, y se casó.

—La seguridad en sí mismo da el éxito —dijo un muchacho joven.

—Es indudable —añadí yo.

—¿A usted, Luis, nunca le han puesto flores en el cuarto?

—Nunca.

—¿Y le hubiera a usted gustado?

—Figúrese usted.

—¿No le han querido las mujeres.

—Poco.

—¿Pero usted no sería feo de joven?

—Psche... Así..., así...

—Por lo menos debía usted tener un aire agradable.

—No tengo una opinión clara sobre mi físico de entonces; pero parece que la opinión femenina no era muy favorable.

—¿Pero ninguna mujer le ha querido?

—¡Qué sé yo! ¡Es tan difícil saberlo!...

—¿Y por qué habrán tenido ese desvío con usted?

—¿Qué quiere usted, señora? Yo creo que me faltaba, para ser como su vecino de usted, el desdén y la barba negra.

—Y le sobraba la sorna que usted tiene.

—No he sido siempre burlón. Antes era ingenuo y sentimental. Es posible que esto que

usted llama sorna sea una descomposición del sentimentalismo...

—No sé; usted es muy vacilante y muy filósofo, y a las mujeres no nos gusta ninguna de esas cosas.

—Sin embargo, ustedes tienen también su filosofía.

—¿Cree usted...?

—Sí, una filosofía un poco alrededor del ombligo.

—¡Qué mala opinión tiene usted de nosotras!

—No, no crea usted.

—Usted se ha reído mucho de las mujeres.

—No; hubiera sido reírse de la Naturaleza, y yo soy poca cosa para eso.

—Entonces, ¿por qué habla usted mal de nosotras?

—¿Qué quiere usted? Esto no es mas que amor y entusiasmo disimulado por ustedes y dolor por el fracaso.

—¡Bah!

—Sí. No me ha ido completamente bien con el gremio femenino... Como decía antes, me ha faltado el desdén... y la barba negra

Madrid, agosto 1920.

ÍNDICE

	Págs.
Prólogo.	7

PRIMERA PARTE

LA INFANCIA

I.—Mis condiciones de carácter.	9
II.—Luis Murguia y Arellano.	14
III.—Del colegio al pueblo.	20
IV.—La casa de mi abuela.	26
V.—Tipos de Arnazabal.	31
VI.—La línea de la vida.	38
VII.—Una ojeada a la familia.	41

SEGUNDA PARTE

DE ESTUDIANTE

I.—Villazar.	43
II.—Aprendizaje de barbarie..	48
III.—Militares, clérigos y paisanos	51
Conocimientos y amistades.	57
IV.—La Mota del Ebro.	62

Págs.

V.—La Serviliana. 72
VI.—Amores. 76
VII.—Los amigos de Villazar. 78
VIII.—Preocupaciones y lecturas.. 88
IX.—Charo y las mujeres. 93
X.—La Anthoni. 105
XI.—Suzón. 108
XII.—Las amigas de la casa. 111
XIII.—Una boda en un pueblo francés. . . . 113

TERCERA PARTE

JUVENTUD

I.—Sin vocación. 117
II.—De estudiante en Valladolid.. 120
III.—La martingala de Joshé Mari. 124
IV.—Problemas interiores: Divagación confusa. 128
V.—Erotismo y sensiblería. 133

CUARTA PARTE

MADRID

I.—Primeras amistades. 135
II.—Un revolucionario y un «dandy». . . 144
III.—La casa de un indiano. 151
IV.—La novela de mis tres novias viejas. 154
V.—La abuela.. 164
VI.—El conocimiento de la gente. 168
VII.—Las modistas. 171
VIII.—Casi folletinesco. 183
IX.—Amores de embozado. 188

Págs.

X.—Joshé Mari Larrea. 196
XI.—La Enriqueta. 202
XII.—El verano. 205
XIII.—La Rita y su amiga. 208
XIV.—Discusiones con Joshé Mari. 217
XV.—Decaído.. 222

QUINTA PARTE

EN EL VACÍO

I.—Camino de París.. 225
II.—Diligencias vanas. 228
III.—Filosofía del que se sienta en los bancos de la calle. 235
IV.—Oposiciones. 239
V.—Hogar ajeno.. 241
VI.—El amor y la crueldad. 249
VII.—Un señor pintoresco. 257
VIII.—Bebé. 261
IX.—La niña enferma. 265

SEXTA PARTE

PALABRAS Y NADA MÁS

I.—En mi rincón. 275
II.—El clavo de oro. 278
III.—Joshé Mari. 282
IV.—La Gioconda del taller de las de Bernedo.. 284
V.—El hijo de doña Asunción. 289
VI. -Incompatibilidades. 291
VII.—Intentan clasificarme. 293

Págs.

SÉPTIMA PARTE

OTOÑAL

I.—El anticuario de la Mota. 297
II.—Valgañón. 302
III.—La rusa.. 306
IV.—Las amigas de Ana. 313
V.—Gente sin patria. 319
VI.—Me busca. 322
VII.—Genios de café.. 327
VIII.—Una cena. 333
IX.—La tragedia de Alfredito.. 338
X.—La curiosidad de la rusa. 342
XI.—Frialdad. 348
XII.—Despedida de Alfredito. 352
XIII.—Leve traición. 356
XIV.—Lo que no termina. 360
XV.—A Madrid por Roma. 362

OCTAVA PARTE

DE CARA AL INVIERNO

I.—Reposo en el puerto. 367
II.—De hombre de negocios.. 369
III.—Consejos. 375
IV.—En casa del muerto. 377
V.—La limitaeión. 379
VI.—Un último aleteo.. 383
VII.—Jerusalén y Babilonia. 387
EPÍLOGO.—El amor, el desdén y la barba negra. 391

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6603
A7C54
1919
v.3
c.1
ROBA

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 14 05 01 012 9